

Czeslaw Milosz

El Valle del Issa

Título original: *Dolina Issy*

1ª edición: marzo 1981

© Czeslaw Milosz

Traducido del polaco por Anna Rodón Klemensiewicz.  
Diseño de la cubierta: Guillemot Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, Barcelona, 1981.  
Tusquets Editores, S/A; Iradier 24, Barcelona-17

ISBN: 84-7223-201-8  
Depósito Legal: B. 8452 - 1981  
Fotocomposición Beltrán, Sagrera 76,  
Barcelona-27  
Gráficas Diamante, Zamora 83, Barcelona-18

Debemos empezar por la descripción de la Región de los Lagos en la que vivía Tomás. Estas regiones de Europa estuvieron mucho tiempo cubiertas de glaciares, y en su paisaje se advierte la crudeza del Norte. La tierra, generalmente de arena y piedras, es apta tan sólo para el cultivo de patatas, centeno, avena y lino. Esto explica que el hombre haya respetado los bosques que moderan en cierta medida el clima y protegen de los vientos del mar Báltico. Los árboles más comunes son el pino y el abeto, aunque también hay sauces, encinas y arces; faltan las hayas, que crecen mucho más al sur. Se puede viajar por estos bosques durante mucho tiempo sin que se canse la vista, porque, a semejanza de las ciudades humanas, las comunidades arbóreas poseen propiedades inconfundibles; forman islas, franjas, archipiélagos, surcados aquí y allá por caminos con rodadas marcadas en la arena, alguna que otra casa, o un viejo horno para resina, cuyas paredes derruidas van siendo recubiertas por la vegetación. Y siempre, desde una colina, se abre de pronto la inesperada visión de la azulada superficie de un lago con la blanca manchita, casi imperceptible, de un somormujo y una hilera de ánades sobrevolando los juncos. En los pantanos, se crían cantidades de pájaros; en primavera, en el pálido cielo azul, resuena un intermitente rumor — el «va-va» de las becasadas—, sonido producido en el aire por sus plumas remeras, cuando realizan sus monótonas acrobacias amorosas. El débil susurro y el farfullar de los urogallos, como si a lo lejos hirviera el horizonte, y el croar de millares de ranas en los prados (su número determina el de las cigüeñas, que tienen sus nidos sobre los tejados de las casas y de los pajares) componen las voces de esta estación en la que, al fundirse bruscamente las nieves, empieza a florecer el ranúnculo y el mezereón, pequeñas florecillas lila-rosáceas que brotan de los arbustos aún sin hojas. Dos estaciones caracterizan esta región, como si hubiese sido creada para ellas: la primavera y el otoño; largo, generalmente bueno, envuelto en un olor a lino húmedo y en el sonido de golpes de espadilla y de ecos lejanos. Las ocas se sienten entonces inquietas e intentan, torpemente, emprender el vuelo, como si quisieran seguir a las ocas salvajes que las llaman desde arriba. A veces, alguien trae a casa una cigüeña con el ala rota que ha podido salvarse de la muerte que, en cambio, le ha tocado en suerte a su compañera de viaje y que, incapaz de volar hasta el Nilo, es liquidada a picotazos por las guardianas de la ley. Corre la voz de que un lobo se llevó un cochinito. Desde los bosques llega la música de los perros de caza: con voces de soprano, bajo y barítono, ladran sin dejar de correr, persiguiendo la presa y, por el tono, puede saberse si siguen la pista de una liebre o de una cierva.

La fauna de estas tierras es mixta, aún no del todo nórdica. Se encuentra algún que otro lagópodo, pero hay también perdices comunes. La ardilla, en invierno, tiene el pelo grisáceo, aún no es del todo gris. Hay dos clases de liebres: las comunes, que tienen el mismo aspecto en verano y en invierno, y las albinas, que mudan el pelaje y pasan inadvertidas en la nieve. Esta coexistencia de especies distintas ofrece un buen tema de estudio para los naturalistas, y la cosa se complica aún más por el hecho de que, como dicen los cazadores, hay generalmente dos variedades de liebres: la de campo y la de bosque, que además se cruzan a veces con la albina.

Hasta hace poco el hombre de estas regiones fabricaba en casa todo lo que necesitaba. Se cubría con un tejido grueso que las mujeres extendían sobre la hierba y rociaban con agua para que se blanqueara al sol. En la estación de los cuentos y de las canciones, ya bien entrado el otoño, los dedos extraían el hilo de la madeja de lana acompañados por el rítmico golpear del pedal de la rueca. Con este hilo las mujeres tejían paños en sus telares caseros, conservando cada una celosamente el secreto de sus dibujos: cuadritos, espigas, este color para la trama, aquél para la urdimbre. Las cucharas, las cubas, los utensilios caseros se labraban también en casa, igual que los zuecos. En verano, solían llevar un calzado trenzado con líber de tilo. Sólo después de la primera guerra mundial aparecieron las primeras cooperativas lecheras y los centros para la compra de carne

y trigo: también las necesidades de los habitantes de las aldeas comenzaron a ser distintas.

Las casas, de madera, van cubiertas, no de paja, sino de tablillas de pino. Una percha transversal, apoyada sobre una horquilla, de uno de cuyos extremos cuelga un peso y del otro un cubo, sirve para sacar el agua del pozo. La gran ilusión de las mujeres es poseer un jardincillo delante de casa. Crían en él dalias y malvas: plantas altas que crecen pegadas a la pared, no las que sólo adornan la tierra y no pueden verse desde el otro lado de la cerca.

De este panorama general pasemos ahora al valle del río Issa que, bajo muchos aspectos, constituye una excepción en la Región de los Lagos. El Issa es negro, profundo, de curso lento, y sus riberas están cubiertas de mimbres; a veces, hasta desaparece bajo las hojas de los lirios de agua: serpentea por los prados, y los campos, que se inclinan suavemente sobre cada una de sus orillas, poseen una tierra muy fértil. Es un valle privilegiado, gracias a su tierra de mantillo, más bien rara en esos parajes, sus frondosos vergeles y quizá a su aislamiento del resto del mundo, que jamás supuso un inconveniente para sus habitantes. Las aldeas son más ricas que en otros lugares, situadas, o bien junto al único camino ancho a lo largo del río, o bien más arriba, en terrazas; de noche, con las luces de sus ventanas, se miran unas a otras a través del espacio, que repite, como una caja de resonancia, el repicar del martillo, los ladridos de los perros y las voces de sus habitantes; quizá por esto sea tan conocida esta región por sus canciones antiguas que se cantan a voces, nunca al unísono, rivalizando con la aldea de en frente, en busca de un final más bello, dejando que la frase se extinga lentamente. Los estudiosos del folklore han recogido junto al Issa muchos temas que se remontan hasta los tiempos paganos, como la historia de la Luna (que, entre nosotros, es de sexo masculino) que sale del lecho nupcial donde ha dormido con su esposa, el Sol.

Una de las particularidades del valle del Issa es que en él viven más demonios que en otros lugares. Es posible que los sauces carcomidos, los molinos y la maleza de las orillas sean especialmente acogedores para estos seres que se aparecen tan sólo cuando ellos lo desean. Los que lo han visto dicen que el demonio es más bien pequeño, del tamaño de un niño de nueve años, que lleva un frac verde, chorrera, el pelo recogido en forma de cadogán, medias blancas y que, con la ayuda de unos zapatos de tacón alto, procura ocultar las pezuñas, de las que se avergüenza. Hay que aceptar estas explicaciones con cierta reserva. ¿Quién sabe si los demonios, concedores de la supersticiosa admiración de la gente por los alemanes —hombres expertos en comercio, investigación y ciencia—, no tratarán de darse importancia vistiéndose como Emmanuel Kant, de Koenigsberg? No en vano, junto al Issa, al que posee una fuerza impura se le llama también el «alemancillo», dando a entender con ello que el demonio es un aliado del progreso. De todos modos, cuesta creer que pudieran vestirse así cada día. Por ejemplo, uno de sus entretenimientos favoritos consistía en bailar en los cobertizos donde se agrama el lino y que suelen estar en las afueras del pueblo: ¿cómo podrían, con sus fracs, levantar esas nubes de polvo y agramiza, sin preocuparse por mantener un aspecto respetable? ¿Y por qué, al estar dotados de una especie de inmortalidad, habrían elegido precisamente un traje del siglo dieciocho?

En realidad, nadie sabe hasta qué punto pueden cambiar de aspecto. Cuando una joven enciende dos velas, en la vigilia de San Andrés, y se mira en el espejo, puede ver su futuro: el rostro del nombre al que unirá su vida, y a veces hasta el rostro de la muerte. ¿Será el demonio disfrazado, o actuarán otros poderes mágicos? Y ¿cómo distinguir a los seres aparecidos con la llegada del cristianismo, de los antiguos, de los de siempre, de la bruja del bosque, que intercambia a los recién nacidos en sus cunas, o de los duendecillos que, por la noche, salen de sus palacios, ocultos en las raíces de los saúcos? ¿Se comunicarán de algún modo entre sí los demonios y estos otros seres más recientes, o estarán simplemente allí, unos junto a otros, como ocurre con los arrendajos, los gorriones y las cornejas? ¿Dónde estará el país en el que se refugian unos y otros cuando la tierra se ve aplastada por hileras de tanques, cuando los que van a ser fusilados cavan sus propias tumbas junto al río, mientras, entre sangre y lágrimas, penetra la Industrialización en la aureola de la Historia? ¿Podríamos imaginar una especie de congreso que se celebrara en las cavernas situadas en lo más hondo de la tierra, allí donde el calor pasa a ser insoportable debido al fuego del centro líquido del planeta; un congreso en el que centenares de miles de pequeños demonios, vestidos de frac, serios y cariacontecidos, escucharán a los oradores que representan al comité central de los infiernos? Supongamos que los oradores anuncien que, por el bien de la causa, se prohibirá correr por los bosques y praderas, que el momento exige otros medios y que los mejores especialistas actuarán a partir de entonces de manera que la mente de los mortales ya no pueda sospechar su presencia. Se oirían aplausos, pero no espontáneos, porque los congresistas comprenderían que fueron necesarios tan sólo en un primer período, que el progreso los ha relegado a oscuros abismos y que ya no podrán seguir contemplando puestas de sol, ni el vuelo del martín pescador, ni el brillo de las estrellas ni cualquier otra maravilla del mundo inconmensurable. Los campesinos del valle dejaban antaño, junto a la puerta de sus casas, un recipiente lleno de leche para las apacibles serpientes de agua, que no temían a los hombres. Luego se convirtieron en fervientes católicos, y la presencia de los demonios les recordó la lucha por el dominio final del alma humana. ¿Qué será de ellos en el futuro? Al hablar de todo esto, no se sabe qué tiempo escoger, si el presente o el pasado, como si lo que fue no perteneciera totalmente al pasado mientras éste perdure en el recuerdo de las generaciones (o tan sólo en el de un cronista).

¿Acaso los demonios han escogido el Issa por sus aguas? Se dice que éstas poseen unas

propiedades que influyen en el carácter de los que nacen junto a sus orillas. Suelen ser excéntricos, intranquilos, y sus ojos azules, su pelo claro y su complexión más bien pesada dan una falsa idea de buena salud nórdica.

Tomás nació en Ginie, sobre el Issa, en la época en que la manzana madura se estrella contra el suelo en el silencio de la tarde, y en los vestíbulos de las casas aparecen barriles de esa cerveza oscura que se obtiene después de la siega. Ginie es, ante todo, una montaña cubierta de robles. El que hayan construido una iglesia de madera en la cumbre es como una muestra de malevolencia hacia la antigua religión, o quizá también como el deseo de pasar de la antigua a la nueva sin sobresaltos: en ese mismo lugar, hace tiempo, practicaban sus ritos los adoradores del dios del trueno. Desde el césped, frente a la iglesia, por encima del muro de piedra, se ven abajo los meandros del río, la balsa con su carrito encima, que avanza lentamente a lo largo del cable del que tira rítmicamente el barquero con las manos (no hay puente), el camino, los tejados entre los árboles. Un poco apartada, a un lado, se divisa la parroquia con su tejado gris de tablillas de madera, parecida al Arca de los dibujos antiguos. Tras subir unos escalones y darle la vuelta al pomo de la puerta, se sigue avanzando sobre un suelo de gastados ladrillos, colocados en diagonal formando espiga, iluminado el interior por la luz que se filtra por unos pequeños cristales verdes, rojos y amarillos, que suscitan la admiración de todos los niños.

Entre los robles, en una ladera, está el cementerio y, en él, en un recuadro enmarcado por cadenas que unen unas pilastras de piedra, reposan los antepasados de Tomás por parte de madre. A un lado, pegada al cementerio, se yergue una construcción cilíndrica, sobre la que, en verano, corretean las lagartijas entre el serpol. La llaman la Muralla Sueca. Fue levantada por los suecos que llegaron allí de allende los mares, o por los que lucharon contra ellos: entre las ruinas se encuentran restos de corazas.

Más allá de la muralla, empiezan los árboles del parque; al final, lindando con él, hay un camino muy empinado que, en la época del deshielo, se convierte en el lecho de un torrente. Junto al camino, de entre una misteriosa mata de endrino, emergen los brazos de una cruz. Se llega hasta ella por unos peldaños ocultos en la hierba y uno se encuentra entonces con la abertura redonda de un manantial; una rana te mira fijamente desde el borde y si te pones de rodillas y apartas las lentejas de agua, puedes contemplar largo rato las evoluciones de una burbuja. Al levantar la cabeza, aparece un Cristo de madera cubierto de musgo. Está sentado en una especie de capillita, con una mano sobre las rodillas y la barbilla apoyada en la otra, porque está triste.

Desde el camino se llega a la casa por una alameda bordeada de árboles. Los tilos son tan frondosos que forman como un túnel que desciende hasta el estanque. Se llama el Estanque Negro porque no le llega nunca la luz del sol. De noche, da miedo acercarse a él: más de una vez se ha visto por allí un cerdo negro, que gruñe, pisotea los senderos con sus pezuñas y desaparece si uno se persigna. Por detrás del estanque, la alameda vuelve a empinarse y, de pronto, aparece la claridad de un césped. La casa es blanca y tan baja que el tejado, cuyas tablillas están recubiertas aquí y allá de hierba y musgo, parece aplastarla. Una vid silvestre, cuyas bayas encogen la lengua por su aspereza, rodea las ventanas y las dos pequeñas columnas de la terraza. Por detrás, se ha construido una ala nueva, y allí se trasladan todos en invierno, pues la parte delantera se pudre y se hunde a causa de la humedad que rezuma del suelo. Esta parte consta de varias habitaciones, llenas de ruelas, telares y prensas para las telas.

La cuna de Tomás estaba situada en la parte antigua de la casa que daba al jardín y seguramente el primer sonido que le saludaba por la mañana era el del canto de los pájaros detrás de las persianas. Cuando aprendió a andar, dedicó mucho tiempo a recorrer todas las estancias y todos los rincones. En el comedor, no se atrevía a acercarse al gran sofá de hule, no tanto por el retrato de un hombre, de mirada severa, con su armadura y su vestido color púrpura, como por dos rostros de terracota desfigurados por una mueca terrible, colocados sobre la estantería. En la estancia a la que

llamaban el «salón» jamás se atrevió a entrar e incluso, ya bien mayor, nunca se encontró a gusto en él. El «salón», detrás del vestíbulo, estaba siempre vacío; en medio del silencio se oía el chasquido del parqué y de los muebles, y se tenía la extraña sensación de que había alguien allí. Lo que más le gustaba era entrar en la despensa, pero esto ocurría pocas veces. Entonces la mano de la abuela daba vuelta a la llave de la puerta pintada de rojo, y le llegaba como una bocanada de olores de todas clases. Ante todo el olor a los jamones y embutidos ahumados, colgados de las vigas del techo que, acto seguido, se mezclaba a otro perfume penetrante que provenía de los cajoncitos alineados unos sobre otros a lo largo de las paredes. La abuela sacaba los cajoncitos y le dejaba aspirar el perfume, describiendo cada uno de ellos: «Esto es canela, esto café, estos son clavos». Más arriba, allí donde sólo los mayores podían alcanzar, brillaban pequeños potes de color oro oscuro, que despertaban la codicia, el mortero, e incluso la maquinilla para moler las almendras, así como la trampa para cazar ratones: consistía en una caja de hojalata sobre la que podían subir los ratones utilizando un puentecillo con peldaños; cuando iban a morder el tocino, se abría la trampilla y caían al agua. La pequeña ventana de la despensa tenía una reja y, además del olor, reinaba en ella una sombría frescura. A Tomás le gustaba también la estancia que daba al pasillo, junto a la cocina, el llamado «vestuario», donde secaban los quesos y batían la mantequilla. A veces tomaba parte en esta tarea, pues era divertido mover el palo de arriba abajo y de abajo arriba escuchando el gorgoteo del líquido dentro del recipiente: la verdad es que se desanimaba pronto, pues hay que trabajar mucho rato antes de que, al levantar la tapa, se advierta que las aspas del madero están ya recubiertas de grumitos amarillentos. Lo primero que conoció Tomás fue la casa, el jardín de árboles frutales detrás y el césped de delante. En él, había tres agaves, una grande en el centro y dos, más pequeñas, a los lados, que reventaban con su potencia los tiestos de madera, sobre cuyas duelas los aros metálicos dejaban señales de orín, arriba y abajo. La punta de los abetos, que crecían en la parte baja del parque, llegaba hasta estas agaves y, desde allí, se abría el mundo entero. Se bajaba corriendo, hacia el río y el poblado, al principio sólo cuando Antonina llevaba un barreño lleno de ropa para lavar, apoyado en la cadera y, sobre él, la moza o pala para restregar la ropa.

Los antepasados de Tomás habían sido señores. De cómo llegaron a serlo no se sabe a ciencia cierta. Llevaban casco y espada, y los habitantes de las aldeas circundantes cultivaban sus campos. Su riqueza se estimaba más por el número de almas, es decir, súbditos, que por la extensión de las tierras que poseían. En tiempos muy remotos, las aldeas les pagaban el tributo en especie, pero, más tarde, se dieron cuenta de que el trigo, cargado en grandes barcazas y transportado por el Niemen hasta el mar, producía grandes beneficios y que valía la pena roturar parcelas de bosque. Entonces, la gente obligada a trabajar se sublevaba y mataba a los señores, capitaneada por los más viejos, que odiaban tanto a los señores como al cristianismo, que sobrevino al mismo tiempo que la pérdida de la libertad.

Tomás nació cuando declinaba el esplendor de la casa. No quedaban demasiadas tierras, a las que labraban, sembraban y segaban unas pocas familias a sueldo; recibían su paga principalmente en forma de patatas y trigo, y esta gratificación anual se apuntaba en los libros como sueldo en especies. Además de ellos, algunos de los trabajadores también comían en las cocinas de la casa.

El abuelo de Tomás, Casimiro Surkont, no se parecía en nada a aquellos hombres cuya principal ocupación consistía en hablar de caballos y en discutir sobre la calidad de las armas. No muy alto, más bien entrado en carnes, se pasaba generalmente el día sentado en su sillón; cuando, semidormido, apoyaba la barbilla en el pecho, le resbalaban de la calva rosada unos mechones de pelo blanco y las gafas le quedaban colgando de un cordoncillo de seda. Tenía el cutis de un niño (sólo la nariz, con el frío, adquiría el color de una ciruela) y los ojos azules con venillas rojas. Se enfriaba con facilidad y prefería su habitación a los espacios abiertos. No bebía ni fumaba y, aunque le correspondía llevar botas de caña e incluso espuelas, para demostrar que en todo momento estaba dispuesto a montar, llevaba siempre pantalones largos con rodilleras y zapatos de cordones. En toda la hacienda no había un solo perro de caza, aunque, en el patio junto a los establos, corrían hordas de todo tipo de chuchos que se rascaban y buscaban las pulgas, libres de toda obligación. Tampoco había ninguna escopeta. Al abuelo Surkont le gustaba ante todo la tranquilidad y los libros sobre el cultivo de plantas. Es posible que tratara a las personas un poco como si fueran plantas, y sus pasiones no le hacían perder fácilmente los estribos. Procuraba ser comprensivo, y el hecho de ser «demasiado bueno», unido a su aversión por los naipes y el ruido, alejaba a los vecinos de su misma condición. Pronunciaban su apellido y se encogían de hombros, incapaces de reprocharle nada en concreto. A quienquiera que fuera a verle, el señor Surkont le recibía con unos cumplidos totalmente inadecuados a su rango y posición. Es del dominio público que no se trata del mismo modo a un señor, que a un judío o a un campesino, pero él se saltaba estas normas incluso con el terrible Chaim. Cada tantas semanas aparecía Chaim montado en su caballo, con el látigo en la mano, vestido con un caftán negro y pantalones bombachos que le caían sobre las botas, y se metía en casa. Tenía la barba tiesa como un leño ennegrecido por el fuego. Empezaba a hablar de los precios del trigo y de los terneros, pero esto no era más que el preludeo, antes de estallar. Entonces, gritando y gesticulando, corría y perseguía a la gente de la casa por todas las habitaciones, se mesaba el pelo y juraba que se arruinaría si pagaba lo que le pedían. Si no representaba esta escena de desesperación, era como si se marchara con la impresión de no haber hecho lo que creía la obligación de un buen comerciante. A Tomás le extrañaba que los gritos cesaran en seco, que una especie de sonrisa apareciera en los labios de Chaim y se quedara hablando cordialmente con el abuelo.

Su amabilidad para con las personas no significaba que Surkont estuviera dispuesto a ceder en nada. Los antiguos resentimientos entre el pueblo de Ginie y la casa del señor ya habían desaparecido, y la distribución de las tierras se había hecho de tal forma que no había motivo para

nuevas querellas. En cambio, no ocurría lo mismo con el pueblo de Pogiry, al otro lado, junto al bosque. Había continuas disputas por el derecho a los pastos, y la cosa no era fácil. Se reunían, discutían el problema, se indignaban, elegían a una delegación compuesta por los más ancianos. Pero, cuando los delegados se sentaban con Surkont alrededor de una mesa, con botellas de vodka y bandejas de fiambres, toda la preparación quedaba en nada. Se acariciaba una mano con la palma de la otra y, sin prisas, amablemente, daba toda clase de explicaciones. Comunicaba la completa seguridad de que lo que él deseaba era ante todo resolver el problema con absoluta justicia. Asentían, se ablandaban, llegaban a otro acuerdo y, solamente en el camino de vuelta, se les ocurría todo lo que no habían sabido decir, se enfurecían por haberse dejado embaucar una vez más y sentían vergüenza ante el pueblo.

De joven, Surkont había estudiado en la ciudad, leía libros de Auguste Comte y John Stuart Mill, sobre los que bien poco se había oído hablar en el valle del Issa. De aquellos tiempos, Tomás recordaba sobre todo el hecho de que los hombres iban a los bailes vestidos de frac. El abuelo y un amigo compartían un solo frac: mientras uno iba al baile, el otro esperaba en casa y lo intercambiaban horas después.

De sus dos hijas, Helena se había casado con un arrendatario de la región y Tecla con un hombre de la ciudad; esta última era la madre de Tomás. De vez en cuando, pasaba en Ginie unos meses, pero generalmente acompañaba al marido, que viajaba por el mundo buscando una manera de ganarse la vida y luego a causa de la guerra. Para Tomás, su madre era la máxima expresión de la belleza, hasta tal punto que no sabía mucho qué hacer con tanta admiración, así que se limitaba a contemplarla, tragando saliva de puro amor. Al padre casi no lo conocía. Las mujeres de su pequeño mundo fueron ante todo Pola, cuando era aún muy pequeño, y luego Antonina. Pola era, para él, blancura de piel, cabellos de lino y suavidad; más tarde, desplazó su afecto al país cuyo nombre tenía un sonido parecido: Polonia. Antonina caminaba abombando la barriga bajo sus delantales listados. Del cinto le colgaba un manojo de llaves. Su risa recordaba un relincho, y su corazón estaba repleto de cordialidad para con todo el mundo. Hablaba en una mezcla de las dos lenguas; es decir, del lituano, que era su lengua materna, y del polaco, que era la lengua impuesta. Sus expresiones polacas eran incorrectas y tenían un marcadísimo acento lituano.

Tomás sentía un gran afecto por el abuelo. Emanaba de él un olor agradable, y el pelo blanco del bigote le hacía cosquillas en la mejilla. Encima de la cama, en la pequeña habitación que ocupaba, colgaba un grabado que representaba a unos hombres a los que estaban atando a unos postes y a otros, medio desnudos, que se acercaban con unas antorchas encendidas. Uno de los primeros ejercicios de lectura de Tomás consistió en silabear la inscripción: «Las antorchas de Nerón». Este era el nombre del rey cruel, pero Tomás puso el mismo nombre a un cachorro, porque, al mirarle dentro de la boca, los mayores decían que tenía el paladar negro, lo cual quería decir que sería malo. Nerón creció y no mostró malos instintos; era, por el contrario, muy listo: se comía las ciruelas caídas del árbol y, si no las había, sabía apoyarse con las dos patas en el tronco y sacudirlo. Sobre la mesa del abuelo había muchos libros y, en las ilustraciones, se podía ver raíces, hojas y flores. A veces, el abuelo iba con Tomás al «salón» y abría el piano cuya tapa tenía el color de las castañas. Los dedos hinchados, afilados hacia los extremos, recorrían el teclado; este movimiento le sorprendía, como también le sorprendía la caída de las gotas sonoras.

El abuelo pasaba largas horas reunido con el administrador. Este se llamaba Szatybelko; llevaba una barbilla partida por la mitad y, al hablar, se la acariciaba y alisaba con la mano hacia uno y otro lado. Era menudo, andaba con las rodillas ligeramente dobladas y calzaba unas botas demasiado anchas, que se le salían al caminar. Fumaba en pipa, desproporcionadamente grande para él. Tenía la caña curvada hacia abajo y la cazoleta se cerraba con una tapita de metal con agujeraos. Su habitación, al final del edificio que albergaba los establos, las cocheras y la sala para la servidumbre, estaba llena de plantas de geranio, puestas en tiestos e incluso en latas. Las paredes estaban cubiertas de imágenes de santos que Paulina, su mujer, adornaba con flores de papel. A Szatybelko le seguía a todas partes su perrito, llamado Mopsik. Mientras su amo estaba en el

despacho con el abuelo, Mopsik le esperaba fuera, muy inquieto, porque entre tantos perros grandes y gente extraña necesitaba sentirse constantemente protegido.

Los invitados —salvo personas como Chaim u otros propietarios que venían para hablar de toda clase de asuntos— comparecían a lo sumo una o dos veces al año. El amo no se alegraba especialmente de verles, pero tampoco le disgustaba. Cada una de las visitas ponía, en cambio, de muy mal humor a la abuela.

De la abuela Micaela, es decir Misia, Tomás jamás recibió un solo regalo, y ella no se ocupó de él lo más mínimo, pero era todo un carácter. Daba tremendos portazos, gritaba a todo el mundo, y no le importaban en absoluto las demás personas ni lo que pudieran pensar de ella. Cuando se enfurecía, solía encerrarse en su habitación durante días enteros. Cuando Tomás estaba junto a ella, sentía la misma alegría que se siente al encontrarse en la espesura del bosque con una ardilla o una marta. Como ellas, pertenecía a la especie de criaturas silvestres. Su nariz, que recordaba el hocico de esos animalitos, era grande, recta, hundida entre las mejillas, tan prominentes que por poco no quedaba oculta entre ellas. Tenía los ojos como dos nueces, el pelo oscuro y el peinado liso: salud y limpieza. A finales de mayo, empezaban sus salidas hacia el río; en verano, se bañaba varias veces al día, en otoño rompía con el pie el primer hielo. En invierno, también dedicaba mucho tiempo a toda clase de abluciones. A pesar de todo, cuidaba de que la casa estuviera aseada, aunque, a decir verdad, sólo en aquella zona a la que ella consideraba como su madriguera. No tenía otras necesidades de ningún tipo. Tomás y sus abuelos rara vez se sentaban juntos a la mesa, porque ella no admitía la regularidad en las comidas: consideraba que eso eran pamplinas. Cuando sentía necesidad de comer, iba a la cocina, vaciaba los recipientes con leche cuajada y mordisqueaba algún pepino con sal, o cualquier otra verdura a la vinagreta: le encantaba todo lo que fuera fuerte y salado. Su aversión por el ceremonial de los platos y las fuentes —con lo agradable que es refugiarse en un rinconcito y comer cualquier cosa sin que nadie te vea— provenía de su convencimiento de que se trataba de una pérdida inútil de tiempo y, además, de su avaricia. En cuanto a los invitados, la molestaban por el hecho de que había que entretenerles cuando uno no estaba predispuesto a hacerlo y, además, porque había que darles de comer.

No usaba corpiños, enaguas de lana, ni corsés. En invierno lo que más le gustaba era acercarse al fuego, arremangarse las faldas y calentarse el trasero: esta posición indicaba que estaba dispuesta a conversar. Este gesto de provocación hacia los buenos modales le impresionaba mucho a Tomás.

Los enfados de la abuela Misia quedaban sin duda en la superficie; dentro, en su interior, se ocultaba algo así como una carcajada; dejada de lado, apartada de los demás con indiferencia, debía de pasárselo en grande. Tomás imaginaba que estaba hecha de un material muy duro y que, en su interior, funcionaba una suerte de maquineta que no necesitaba cuerda, un *ptrpeiuru mobile*, para el cual el mundo exterior era totalmente innecesario. Utilizaba toda clase de subterfugios para poder acurrucarse cómodamente dentro de sí misma.

Le interesaba por encima de todo cualquier forma de magia, los espíritus y la vida de ultratumba. Su única lectura eran las vidas de los santos, pero seguramente no buscaba en ellas simplemente el contenido; de hecho, la embriagaban, y la transportaban a un mundo de ensueño las palabras mismas, el sonido de las frases piadosas. Jamás le dio a Tomás lección alguna de moral. Por la mañana (si es que se decidía a abandonar su refugio, que olía a cera y jabón), se sentaba con Antonina e interpretaban sueños. Si se enteraba de que alguien había visto al demonio, o de que en la vecindad quedaba alguna casa deshabitada porque se oían ruidos de cadenas o el rodar de barriles, sentía una alegría indescriptible. Cualquier signo del otro mundo la llenaba de buen humor, pues era la prueba de que el hombre no está solo en la tierra, sino acompañado. En cualquier acontecimiento, por nimio que fuera, advertía augurios y señales de las Fuerzas. Hay que saber entender y comportarse; entonces las Fuerzas que nos rodean nos servirán y nos ayudarán. La abuela Misia sentía tal curiosidad por estos seres que nos rodean en el aire, y a los que codeamos continuamente sin darnos cuenta, que trataba de muy distinta manera a las mujeres del pueblo que conocían secretos y magias, e incluso les regalaba trozos de tela o una rodaja de embutido para tirarles de la lengua.

Se ocupaba muy poco de la hacienda, lo suficiente como para poder controlar al abuelo y vigilar que no se llevara algo para sus protegidos, pues él solía hacerlo, a escondidas, para evitar discusiones. Nunca hacía nada por nadie —las necesidades de los demás no le pasaban siquiera por la imaginación—; libre de remordimientos y consideraciones sobre cualquier tipo de obligación para con el prójimo, simplemente vivía. Si Tomás conseguía alguna vez hacerle una visita en la cama, en la alcoba cerrada con una cortina, junto al reclinatorio de madera labrada y la almohadilla de terciopelo rojo, se sentaba a sus pies y se apoyaba en sus rodillas cubiertas con una manta (no podía sufrir los edredones acolchados); entonces, sus ojos aparecían rodeados de arruguitas, las mejillas coloradas sobresalían más que de costumbre, y todo eran muestras de cordialidad y presagios de historietas divertidas. A veces, alguna de sus travesuras provocaba su enfado, le llamaba malo y payaso, pero no le impresionaba porque sabía que la abuela le tenía afecto.

Los domingos, para ir a la iglesia, se ponía unas blusas oscuras que se abrochaban hasta el cuello con corchetes, más arriba de la chorrera. Usaba una cadenita de oro con cuentas menudas como cabezas de alfileres, y el medallón, que a veces le dejaba abrir (no contenía nada), se lo guardaba en el bolsillo junto a la cintura.

Distintas clases de Fuerzas observaban a Tomás a pleno sol, entre el verdor, y lo juzgaban según el campo de sus conocimientos. Aquéllas que poseen el don de salirse fuera del tiempo, movían melancólicamente sus transparentes cabezas, porque eran capaces de apreciar las consecuencias del éxtasis en el que vivía Tomás. Estas Fuerzas conocen, por ejemplo, las composiciones con las que los músicos han tratado de expresar la felicidad; pero, para apreciar la vanidad de sus esfuerzos, basta con acercarse a la cama de un niño que acaba de despertar, en una mañana de verano, oyendo por la ventana el silbido del mirlo, un coro de cacareos, cloqueos y graznidos desde el corral, todas las voces en medio de la luz que nunca acabará. La felicidad es también el tacto: con los pies desnudos, Tomás pasaba desde la lisa superficie de la madera del suelo hasta el frescor del mosaico de piedra en el corredor y la redondez del pavimento en el sendero, sobre el que se secaba el rocío. Hay que tener en cuenta que era un niño solitario, en medio de un reino que podía variar a su antojo. Los demonios, que se encogían rápidos cuando él se acercaba y se escondían debajo de las hojas, se comportaban como las gallinas que, cuando se asustan, estiran el cuello y muestran su ojo inexpresivo.

Sobre el césped, en primavera, aparecían unas flores llamadas «llavecitas de san Pedro». A Tomás le gustaban mucho: la hierba uniformemente verde y, de pronto, esa claridad amarilla, sobre un tallo desnudo, realmente como un manojo de pequeñas llaves, y en cada una un pequeño círculo rojo. Las hojas de la parte baja eran arrugadas, agradables al tacto, como el terciopelo. Cuando en los parterres florecían las peonías, las cortaban con Antonina para llevarlas a la iglesia. Hundía en ellas su mirada y todo él hubiera deseado introducirse en aquel palacio rosado; el sol atraviesa sus paredes y, al fondo, entre el polvillo dorado, corretean los menudos insectos: uno de ellos se le introdujo una vez en la nariz por haber aspirado el perfume con demasiada fuerza. Saltando sobre una pierna, seguía a Antonina cuando iba a buscar carne a una gruta excavada en tierra, en el jardín. Bajaban por una escalera de madera, y Tomás disfrutaba palpando con los dedos de los pies el frío de las losas de hielo extraídas del Issa y cubiertas de paja. Afuera, un calor agobiante; allí, todo tan distinto, ¿quién hubiese podido adivinarlo? Le costaba creer que la gruta no seguía más adentro y que terminaba allí, con aquella pared de obra que rezumaba humedad. Y también los caracoles. Por los senderos mojados después de la lluvia, pasaban de un césped a otro, dejando atrás una huella de plata. Si se les cogía con la mano, se escondían en su caparazón, pero volvían a salir en seguida si se les cantaba: «Caracol, col, col, saca los cuernos y ven al sol». Si todo esto les gustaba a los mayores, era de una manera, como podían fácilmente comprobarlo las Fuerzas, en cierto modo vergonzante; por ejemplo, ensimismarse contemplando la anilla blanquecina sobre el caparazón de un caracol, decididamente no era cosa de adultos.

A Tomás el río le parecía inmenso y lleno de ecos: las palas de las lavanderas golpeaban tac-tac y, a lo lejos, otras les contestaban, como si hubiera un tácito acuerdo para comunicarse a distancia. Era toda una orquesta, y las mujeres nunca se equivocaban; cada nueva lavandera que entraba cogía en seguida el ritmo. Tomás se refugiaba entre los arbustos, subía al tronco de un sauce y solía pasar horas enteras escuchando y contemplando el agua. En la superficie, correteaban las arañas, alrededor de cuyas patas se forman pequeños hoyos. Estaban también las cantáridas, gotas de metal tan resbaladizas que el agua no las mojaba, que bailaban dando vueltas, siempre dando vueltas. Iluminados por un rayo de sol, bosques de plantas en el fondo y, entre ellas, bancos de pececillos que se dispersan en todas direcciones y vuelven a reunirse: movimientos de cola, fugas, otros movimientos de cola. A veces, desde el fondo, subía hasta la luz un pez mayor que los demás, entonces el corazón de Tomás empezaba a latir de emoción. Saltaba en su rama cuando, en el centro del río, se oía un chapoteo, luego un brillo fugaz y unos círculos que iban agrandándose. Como algo

extraordinario, pasaba a veces una barca: aparecía y desaparecía tan aprisa que no le daba ni tiempo de observarla. El pescador se sentaba muy al fondo, casi en el agua, movía su remo de dos palas y arrastraba tras de sí una cuerda.

Muy pronto, Tomás se fabricó unas cañas de pescar; era muy paciente, pero no tenía mucho éxito. Fueron los hijos de los Akulonis, Józiuk y Onuté, los que le enseñaron cómo se prepara el anzuelo. Al principio, iba a su casa, en un extremo del pueblo, sólo por unos minutos, luego se acostumbró y, si no volvía a la suya, ya sabían dónde encontrarle. A la hora de comer, le daban una cuchara de madera y se sentaba a la mesa con todos, comiendo de la misma fuente buñuelos de queso con nata líquida. Akulonis era muy alto, y su espalda recta maravillaba a Tomás, quien no conocía a nadie que anduviera tan erguido. Con las correas de las sandalias se ceñía la tela de los pantalones hasta las rodillas. Le entusiasmaba la pesca y, lo que era más importante, poseía una barquita. Detrás de los manzanos, junto al granero, el terreno bajaba hasta formar como una ensenada cubierta de ácoro, a través del cual la canoa había abierto una especie de paso; allí yacía, medio recostada sobre la orilla. A los niños les estaba prohibido empujarla hasta el agua, así que solamente podían hacer ver que navegaban, balanceándose sobre uno de sus extremos. La canoa consistía en un tronco vaciado y dos flotadores para el equilibrio, que no impedían que volcase fácilmente. Akulonis iba con ella a pescar el lucio, con cucharilla. El hilo que iba dejando atrás se lo pasaba por la oreja para notar en seguida el tirón del pez. Durante la noche dejaba cañas de pescar y le dio una a Tomás. Sobre el sedal, a cierta distancia de la caña, ataba unas horquillas de avellano, en las que enroscaba el sedal que se introducía en una ranura y, más abajo, en su extremo libre, colocaba un doble anzuelo. El mejor cebo es la perca pequeña, porque, cuando se le coloca el anzuelo en un costado, después de abrirle la piel con una navaja, es capaz de seguir moviéndose durante toda la noche; los otros peces pequeños no tienen tanta resistencia, mueren demasiado aprisa. Todo el mérito de lo ocurrido debería atribuírsele a Akulonis, que fue quien lanzó el anzuelo después de escoger cuidadosamente el lugar. Tomás no conseguía conciliar el sueño. Se levantó muy pronto y bajó corriendo hasta el río, sobre el que descansaban todavía las nieblas del amanecer. En el rosado remanso, entre remolinos de vapor, vio las horquillas: vacías. No podía creerlo, pero empezó a tirar con dificultad: se oía un chapoteo. Volvió a subir corriendo, a toda velocidad, lleno de felicidad, para enseñarles a todos un pez del tamaño de su brazo. Todos fueron a verlo. No era un lucio, sino alguna otra especie, y Akulonis dijo que era más bien raro que se dejara pescar. A Tomás jamás le había ocurrido nada parecido y lo estuvo contando con orgullo durante años.

Sentía una gran simpatía por la señora Akulonis, clara como Pola, y buscaba sus caricias. En su casa se hablaba en lituano, y Tomás, casi sin darse cuenta, empezó a pasar de una lengua a otra. Los niños mezclaban las dos, excepto cuando tenían que decirse algo, para lo cual usaban expresiones de hace siglos: así, cuando los niños corrían desnudos para lanzarse al agua, no podían gritar otra cosa que no fuera: «*¡Eb, Vyraiü*», que significa «¡Eh, hombres!». Vir, como supo más tarde Tomás, quiere decir lo mismo en latín, aunque el lituano es seguramente más antiguo que el latín.

Pero pasaba el verano. Llegaba el tiempo de las lluvias, de la nariz pegada a los cristales y de dar la lata a los mayores. Al atardecer, en la cocina donde las chicas se reunían junto a Antonina para hilar o pelar alubias, se contaban cada día nuevas historias; era desesperante que algo, como ocurría a menudo, interrumpiera esa diversión. Tomás escuchaba las canciones; una sobre todo le intrigaba mucho, pues Antonina la cantaba con aire de misterio y le decía que no era para él. Cuando él estaba presente, sólo cantaba el estribillo:

Frú, frú hace la faldita,  
¿no siente miedo la señorita?

y de lo demás sólo le llegaban fragmentos. Era sobre un caballero que se marchó a la guerra y murió, pero una noche, transformado en fantasma, volvió a ver a su amada, la montó a su caballo y se la llevó a su castillo. Pero, en realidad, no poseía ningún castillo, sino una tumba en el

cementerio.

Una de las chicas de la región de Poniewiez repetía a menudo una canción, que, según le parecía a Tomás, se refería a unos albañiles que construían una casa:

Señor patrón, déme la cuenta  
ya no quiero trabajar  
déme lo que he ganado,  
pues me voy a marchar.

la última palabra se cantaba alargándola mucho para indicar que se iba a ir muy lejos.

Mi maleta preparada  
junto a la puerta,  
He besado a mi Kasienska  
que llora, despierta.

Había otros cantos más alegres, como:

Con su copa y su botella  
a Grynkiszek se marchó  
se buscó una joven bella  
de Grynkiszek a Wajwod.  
Corre, corre caballito,  
a la iglesia he de llegar.  
Sólo con mi Miguelito  
me querré casar.

O bien:

Jovencitas, si bailáis,  
los zapatos destrozáis.  
—Mi hermano Conrado  
los arreglará.  
Tengo un perro lanudo,  
me los buscará.

Cuando se predice el futuro por el sistema de derretir cera, el momento de mayor emoción es cuando la cera líquida cae chisporroteando en el agua fría y toma la forma de las figuras del Destino. Luego se la observa, dándole vueltas, hasta que los allí reunidos exclaman: ¡Oh! ¡Ah!, al descubrir formas de coronas, animales, cruces y montañas. Por san Andrés, Tomás pasó mucho miedo por culpa de esos augurios. Sólo a las chicas les está permitido mirarse al espejo, pero formalmente: encerrándose en su habitación a las doce de la noche. Él intentó hacerlo en broma, delante de todos, pero acabó llorando porque vio el reflejo de unos cuernos rojos. Tal vez fueron los bordados de alguna blusa que pasó un momento a sus espaldas, pero tampoco estaba seguro de que fuera así y, durante mucho tiempo, evitó toda clase de espejos.

Cierto invierno (cada uno de ellos tiene esa primera mañana en que se pisa la nieve caída durante la noche), Tomás vio un armiño, o una comadreja, junto al Issa. El hielo y el sol, las varas de los arbustos en la ladera inclinada del otro lado, parecían ramos de oro con pinceladas, aquí y allá, grises y azules. Y, de pronto, apareció aquella bailarina increíblemente ligera y graciosa, una blanca hoz que se doblaba y enderezaba. Tomás la contemplaba con los labios entreabiertos, como

petrificado, pero lleno de deseo. ¡Poseer! Si tuviera en la mano una escopeta, dispararía, porque uno no puede quedarse así, cuando la admiración te ordena que aquello que la produce sea tuyo para siempre. ¿Pero qué ocurriría entonces? No quedaría ni la comadreja, ni la admiración, sólo un ser sin vida en tierra; es mejor que sólo los ojos se salgan de las órbitas y que no se pueda hacer nada más que esto.

En primavera, cuando florecen las lilas, los niños se quitaban las botas y caminaban torciendo los pies, porque cada piedrecilla pinchaba como un clavo. Pero, en seguida, la piel se endurecía y, hasta los primeros hielos, Tomás correteaba descalzo por los senderos; los domingos, los zapatos le apretaban y se los quitaba en seguida después de la misa.

No todos tienen la suerte de ser los héroes de una aventura como la que protagonizó Pakienas. Tomás siempre se acercaba a él con veneración. Pakienas, parecido a una perca, con una nariz afilada que siempre brillaba, tejía en un gran telar y se ocupaba de la prensa en la que se introducía el tejido, entre dos cartones que se habían ennegrecido por el uso y la absorción de colorantes. La gente del vecindario traía a menudo sus tejidos a la casa del señor, para prensarlos y plancharlos. Aunque la historia que estamos relatando ocurrió hace tiempo, la gente aún la recuerda y quedó el testimonio vivo de que no se trataba de una cosa que sólo se oye contar, pues Pakienas podía confirmarla en cualquier momento (aunque le disgustaba hacerlo).

La historia estaba relacionada con el bosquecillo, un lugar cercano al Issa en el que crecía un grupo de pinos. En ellos, anidaban grajos que sobrevolaban los árboles graznando. El bosquecillo tenía mala fama. Habían enterrado en él a un mayoral que se había atragantado con un trozo de queso. «¿Cómo se atragantó?», preguntaba Tomás. Pues sí, se atragantó mientras estaba comiendo en el prado, y quizá a causa de esta muerte extraña no quisieron enterrarlo en el cementerio. Además, en el bosquecillo, había también un cofre enterrado por las tropas de Napoleón. Dicen que, mientras estaban cavando el agujero para enterrar al mayoral, dieron con la azada en la tapa metálica del cofre. Pero, si era así, ¿por qué no lo habían abierto? Las respuestas no quedaban claras (que si no habían logrado abrirlo, que si les habían faltado fuerzas y tiempo).

Cierta noche, cerca de las doce, Pakienas volvía de una fiesta al aire libre, al otro lado del río. Encontró la canoa que había dejado antes oculta entre los arbustos y cruzó con ella hasta la otra orilla. Pero, apenas hubo dado unos pasos en tierra firme, vio cómo se le acercaba, del lado del bosquecillo, algo como una columna de vapor. Empezó a andar aprisa, pero la columna le siguió. Se le pusieron los cabellos de punta y echó a correr, pero la columna seguía guardando siempre la misma distancia. Pakienas corrió como un liebre hasta el parque y, gritando como loco, empezó a aporrear la puerta del señor Szatybelko en busca de ayuda.

El pudor con el que Pakienas recordaba aquel suceso, quedaría quizás explicado con lo ocurrido en la fiesta campestre. En la aparición del espíritu del mayoral, Pakienas buscaba un castigo y un signo, lo cual quiere decir, en una palabra, que era supersticioso. Seguramente sí, como su hermano, hubiera emigrado a América y estuviera como él planchando pantalones en un establecimiento junto a una anodina calle de Brooklyn, el recuerdo de aquella noche se le hubiera ido borrando lentamente: primero, hubiera dejado de contarlo a los demás y, luego, a sí mismo. También lo habría olvidado si le hubieran admitido en el ejército. Pero eran las copas de aquellos árboles, que veía cada día cuando iba de su vivienda junto al granero al taller donde tenía el telar, las que mantenían en su memoria aquel recuerdo. De todos modos, recordemos que el cronista no está obligado a proporcionar todos los detalles acerca de los personajes que aparecen en su campo visual. Nadie es capaz de penetrar en aquella vida, y aquí se la cita tan sólo para dejar constancia de que Pakienas existió alguna vez, en algún tiempo, pero mucho más tarde que muchos sabios cuyos largos escritos trataban de demostrar la inexistencia de fantasmas y dioses. Baste aquí la información de que los escrúpulos y la timidez le impidieron casarse y, cuando las mozas y Antonina le reconvenían por su soltería, se limitaba a rascarse la nariz sin contestar.

En el chaleco, el triángulo blanco de la camisa terminaba por arriba con un cuello bordado en rojo, una expresión ausente en el rostro y cierto nerviosismo en las manos cuando se le rompía alguna hebra del telar. Puede añadirse también que tenía en su poder la enorme llave del granero. Al salir, la guardaba en una rendija del umbral de madera. Dentro —cuando Tomás aprendió a abrir la gran puerta claveteada con tachas de hierro—, se caminaba sobre una alfombra de grano desparramado y negros excrementos de rata; uno se sentaba sobre el trigo fresco y podía cubrirse las

piernas con él. En el desván, a través de una pequeña ventana (se llegaba a ella por un túnel, debido al grosor de los muros), se podía contemplar todo el paisaje hasta muy lejos, todo el valle. En la habitación de Pakienas, había sacos de harina, una cama, sobre ella un crucifijo con un recipiente de plomo para el agua bendita y un hisopo puesto detrás de un brazo del crucifijo.

Cuando iba a jugar con Józsiuk y Onuté al campo donde pacían las ocas, Tomás llegaba a veces hasta el linde del bosquecillo: rumor del viento en lo alto, graznidos, silencio entre los troncos y una desagradable atmósfera de misterio. Una vez, infundiéndose mutuamente valor, llegaron hasta la tumba del mayoral. Crecían sobre ella tupidos arbustos de frambuesas y ortigas. ¡Conque de aquella vegetación salía la columna blanquecina, atraída por la luz de la luna, y daba vueltas entre los árboles! Entonces, Tomás no estaba muy seguro de que las hojas de las ortigas se movieran o no.

Se iba a la iglesia por la Muralla Sueca. Vestido con su chaqueta de paño grueso, que le picaba a través de la camisa, Tomás observaba los movimientos de los monaguillos con sus roquetes. Les estaba permitido subir por las escaleras hasta el mismo altar que brillaba como si fuera de oro, balanceaban los incensarios, contestaban sin miedo al sacerdote y le acercaban jarritas con picos que recordaban la luna nueva. ¿Cómo podían ser los mismos chicos que gritaban en el agua cuando pescaban cangrejos, se tiraban de los pelos y recibían imponentes palizas de sus padres? Les tenía envidia por ser, una vez a la semana, tan distintos, debido tan sólo al hecho de que todos les estaban mirando.

Varias veces al año, había en Ginie un mercado. Los vendedores de la ciudad montaban abajo sus tenderetes de tela, junto a la carretera, al lado del camino que baja desde los robles del cementerio. Vendían roscos en forma de corazón y pitos de barro en forma de gallitos, pero lo que más atraía la atención de Tomás eran los cuadraditos de color violeta, rojo y negro de los escapularios y los manojos de rosarios, así como la gran variedad de objetos menudos.

Pero ninguna fiesta podía igualarse a la de Pascua, no sólo porque entonces se machacaba el grano de adormidera en los almireces y se arrancaba las nueces de las tartas. En Semana Santa, en la iglesia, donde todas las imágenes estaban tapadas con crespones negros y, en vez de campanas, se oía el ruido seco de las carracas, se visitaba el sepulcro de Jesucristo. Ante la gruta, estaba la guardia, con sus yelmos plateados adornados con plumas y penachos, armada con picas y alabardas. Jesús yacía sobre un túmulo: era el mismo del gran crucifijo, sólo que los brazos de la cruz se tapaban con hojas de hierba doncella.

Se esperaba con impaciencia el espectáculo del Sábado Santo. Mozalbetes de quince a dieciséis años, que, en días anteriores, se habían reunido para prepararlo todo, entraban en la iglesia gritando y agitando unos palos de cuyos extremos pendían cornejas muertas. Las viejas beatas, que rezaban durante horas enteras, bajaban cada vez más la cabeza, debilitadas por el estricto ayuno; los mozos las despertaban pasándoles la corneja por la cara, o bien pegaban con ellas a las personas que traían los huevos para bendecir envueltos en pañuelos. Representaban obras teatrales en la hierba, frente a la entrada. La que más le gustaba a Tomás era la del martirio de Judas. Trataba de huir como podía, lo perseguían en círculo cubriéndolo de insultos hasta que se colgaba, sacando la lengua: al descolgarlo del árbol era cadáver, pero ¿es que a un hombre así se le puede permitir que escape tan fácilmente? Lo tumbaban boca abajo, lo pellizcaban; él gemía lastimeramente hasta que, por fin, le quitaban los pantalones, y uno de los chicos le metía una pajuela en el trasero: a través de esta paja le insuflaban el alma, hasta que Judas se levantaba de un brinco gritando que volvía a estar vivo.

Cuando Tomás fue un poco mayor, iba con Antonina y la abuela Surkont a celebrar la fiesta de la Resurrección. Después de tristes cánticos y letanías, estallaba el coro: ¡Aleluya!, empezaba la procesión. La gente se agolpaba junto a las puertas, afuera aún era de noche y el viento hacía bailar las llamas de las velas. En lo alto, se movían las ramas de los árboles, hacía frío, empezaba a amanecer. El vaivén de pañuelos multicolores de las mujeres y las cabezas descubiertas de los hombres, la procesión alrededor de la iglesia a lo largo del muro de piedra: todo esto acabó significando para Tomás el comienzo de la primavera.

Luego, llegaban las soñolientas conversaciones de los días festivos, el empalago de los dulces y las carreras de huevos. Los niños construían la pista con tiras de césped, ligeramente inclinada por la parte interior, recubierta con trozos de hojalata para aumentar la velocidad. No hay dos huevos que rueden de la misma manera y, por su forma, hay que saber adivinar cómo irá si se lo coloca en el extremo del canal, por la derecha, o si es mejor ponerlo a la izquierda, o mejor aún en el centro. Aquí va bien, sigue bien, ya está alcanzando los demás huevos que han quedado desparramados

como un rebaño de vacas, ahora parece que va a chocar, pero no, tambaleándose, como si siguiera una especie de impulsos íntimos, pasa de largo casi rozando al otro, o bien se detiene justo antes de tocarlo.

Para la festividad del Corpus, adornaban la iglesia con guirnaldas de hojas de arce y roble. Colgaban desde las vigas del techo hasta casi rozar las cabezas de los fieles. Ya desde principios de mayo, colocaban flores debajo de la imagen de la Virgen, y luego cubrían también todo el altar. Los niños iban a la sacristía, donde les daban cestitos con pétalos de rosas o peonías. La abuela Surkont deseaba que Tomás tomara parte en la procesión. Se caminaba de espaldas delante del palio, debajo del cual el sacerdote llevaba la custodia, y había que andar con cuidado para no tropezar con una piedra y caerse. En Corpus, casi siempre hace calor, todos están sudados y emocionados por llevar sus pendones y banderas. Pero es una festividad alegre, llena de claridad, crisar de golondrinas, tintineo de campanillas, blancura, púrpura y oro.

En el mundo había estallado una guerra muy grande, y la Región de los Lagos dejó de pertenecer desde un principio al emperador ruso, cuyos ejércitos fueron derrotados. Tomás vio a los alemanes una sola vez. Iban tres, montados en soberbios caballos. Entraron en el patio de la mansión: Tomás estaba sentado junto a Grzegorzunio quien, demasiado viejo para trabajar, se dedicaba a la cestería. El oficial más joven, estrecho de talle, sonrosado como una señorita, saltó del caballo, le dio unas palmaditas en el cuello y se bebió una pinta de leche. En seguida se vio rodeado por las mujeres de la servidumbre; tan sólo Grzegorzunio no se movió, ni apartó la navaja de la varita de mimbre. Les parecía muy raro a todos que un hombre vistiera un traje verde como la hierba. Llevaba en el cinto una pistola muy grande en una funda de piel, de la que sobresalía la culata metálica y el largo cañón por debajo. Tomás casi se enamoró de su soltura y de algo más que no hubiese sabido definir. El oficial devolvió la pinta, saltó sobre el caballo, saludó y se marchó con sus soldados, pasando junto a los establos por la alameda de tilos.

Nos quedaría todavía algo por decir acerca de su destino, pero nunca pasará de ser una mera suposición. Dio una vuelta alrededor de la iglesia de Ginie y, apoyado en el muro, se dedicó a dibujar en una libreta. A lo mejor recordaba otras iglesias parecidas, de madera, que había visto antes de la guerra, en Noruega. Y, mientras se levantaba y sentaba, apoyado en los estribos, acompañado del crujido del correaje, aspiraba el perfume de los prados junto al Issa y pensaba en la tierra destrozada del frente occidental, en Francia, donde hacía poco aún estaba luchando. Pero él no se fijó en Tomás entonces, ni (¿por qué iba a ser imposible?), veinte años más tarde, cuando, instalado en un coche de general, lleno de mantas y termos, apoyando su abundante barbilla sobre el cuello del uniforme, atravesaba las calles de una ciudad de Europa Oriental, que acababa de ser tomada por el ejército del Führer. Tomás (admitámoslo), apretaba los puños dentro de sus bolsillos y no reconoció en el vencedor a su efímero amor.

Para Ginie, la única consecuencia visible de la guerra fue la de que la gente dejó de ir de compras al pueblo porque no había nada que comprar. De ahí que nacieran nuevas actividades que interesaban vivamente a Tomás. Por ejemplo, la elaboración del jabón. Se encendía una gran hoguera en el huerto: sobre un trébede, había un gran perol en el que, con un palo, se daba vueltas a la brea de color oscuro, procurando taparse bien la nariz. A pesar del olor, ¡cuántas correrías y gritos para deliberar si el jabón estaba saliendo bien! Luego, la brea se solidificaba y se cortaba la masa a trozos. También había que fabricar velas. Utilizaban para ello botellas cortadas que se llenaban de sebo, y a las que, en el centro, se les colocaba un pabilo. Uno de los sistemas para cortar las botellas consiste en rodearlas con una cuerda mojada en petróleo: se prende fuego a la cuerda y el vidrio se parte en dos, exactamente en aquel punto. Compraron también dos lámparas de carburo, cuya forma y olor excitaban a Tomás. La abuela Surkont secaba hojas de fresas que le hacían las veces de té y, en vez de azúcar, usaba miel, aunque pronto descubrió la sacarina y, desde entonces, nunca volvió a ponerse azúcar, porque es igual de dulce y más barata.

Tomás tenía que estudiar, pero, en la casa, no había nadie que pudiera ocuparse de él, así que le mandaban a la aldea, a casa de José, llamado el Negro. Realmente era negro: tenía las cejas como dos gruesas tiznaduras, la cara enjuta y los cabellos ligeramente canosos sobre las sienas. Vivía en casa de su hermano y le ayudaba en la hacienda, pero se dedicaba a toda clase de quehaceres. Recibía libros de algún lugar desconocido, secaba plantas entre hojas de periódico que prensaba con una tabla, escribía cartas y hablaba de política. Había estado en varias cárceles por culpa de esta política y había trabajado en la ciudad, aunque no seguía la moda ciudadana: por los bordados de sus camisas, daba a entender que seguía siendo un campesino. Pertenecía a esa casta de gente que, entre los cronistas de nuestro tiempo, se ganó el título de nacionalista, es decir, deseaba trabajar

para la mayor gloria del Nombre. Y de ahí provenían sus problemas y sus penas. Porque lo que él llevaba en su mente era Lituania, y, en cambio, a Tomás tenía que enseñarle a leer y escribir principalmente en polaco. Que los Surkont se sintieran polacos lo consideraba una traición, pues era difícil encontrar un apellido más autóctono. El odio hacia los señores —por el hecho de serlo y por haber cambiado de lengua para así apartarse más del pueblo— y la dificultad para odiar a Surkont que le había confiado al nieto precisamente a él, junto con la esperanza de que le abriría al chico los ojos sobre la maravilla del *Nombre*, toda esta mezcla de sentimientos se encerraba en su carraspeo cuando Tomás abría ante él su libro de lectura. La abuela estaba muy descontenta con esas clases y de ese acercamiento a la «plebe» y no aceptaba la existencia de lituano alguno, aunque su fotografía habría podido ilustrar un libro sobre los que habitaban en Lituania desde hacía siglos. Pero traer a casa una profesora particular le parecía una excesiva complicación, de modo que, aun murmurando entre dientes que le estropearían al niño, aceptó a José por necesidad. Tomás no comprendía esos problemas y esas tensiones y, cuando las comprendió, le parecieron algo excepcional. Si se hubiera encontrado con un pequeño inglés educado en Irlanda, o un pequeño sueco educado en Finlandia, habría encontrado en ellos muchos rasgos comunes, pero las tierras que se extendían más allá del valle del Issa estaban, para él, envueltas en niebla: todo lo que aprendió de los cuentos de la abuela es que los ingleses comen compota en el desayuno —y por eso les tenía simpatía—, que los rusos habían mandado al abuelo Arturo a Siberia y que su obligación era amar a los reyes polacos, cuyas tumbas están en Cracovia. Para la abuela, Cracovia era la ciudad más hermosa de la tierra y le prometía a Tomás que le llevaría allí cuando fuera mayor. En definitiva, como resultado de este patriotismo de la abuela, ubicado en algún remoto lugar, de la tolerancia del abuelo, a quien los problemas de las nacionalidades dejaban más bien indiferente y de las exclamaciones de José («nosotros», «nuestro país») nació en Tomás una desconfianza que se manifestaría siempre en el futuro cuando alguien hiciera en su presencia demasiadas referencias a títulos y estandartes; una especie de duplicidad de afectos.

Las enseñanzas de José se prolongaron durante mucho tiempo debido al caos de los años de transición, de los que surgió la pequeña república lituana. Por iniciativa de José, empezó entonces en Ginie la construcción de la primera escuela, de la que fue maestro.

Pero, de momento, la guerra estaba tan sólo llegando a su fin y esto se advertía al observar la carretera, por ejemplo desde el viejo banco junto al parque. A menudo pasaban por allí vagabundos que venían de lejos, de más allá de los lagos, de las ciudades. Huían del hambre. Llevaban atados a sus espaldas sacos y hatillos y, a menudo, empujaban carritos de madera con niños pequeños dentro. Una familia de ésas, compuesta por la madre y dos hijos, fue acogida en la casa, con la complicidad de Antonina que quedó cautivada por Stasiek, el mayor de los hijos, porque tocaba muy bien la armónica y cantaba canciones de moda en las ciudades, pero sobre todo porque hablaba con un estupendo acento mazur. Al escucharle, se extasiaba y cerraba los ojos con deleite. Stasiek, con sus orejas separadas y su delgado cuello, no atraía especialmente a Tomás, aunque le hizo una ballesta con culata como las de verdad. Por la noche, bajo el tilo, se oían risitas de las chicas y, cuando Stasiek se quedaba solo con Antonina, Tomás también se sentía inquieto hasta que se alejaba de ellos, con aire de aburrimiento; sin saber por qué, algo le molestaba, como cuando, al mediodía, el sol se esconde de pronto detrás de una nube.

En cuanto a los demonios, habían especialmente elegido a Baltazar para martirizarle. Nadie lo hubiera dicho, porque parecía una persona creada para la alegría. El cutis de un gitano, dientes blancos, casi dos metros de altura, una cara redonda cubierta de pelos: plumón sobre ciruela. Cuando llegaba a la casa, con su blusón recogido por un cinto, su gorra azul marino ladeada, de la que sobresalían unos mechones tiesos, Tomas corría a su encuentro gritando de alegría: siempre traía una cesta con setas —hongos y setas de cepa que tenían por arriba el color de un tronco de aliso cortado, y cuyos flancos eran blancuzcos y moteados—, o bien caza: becadas o urogallos, con su lista roja sobre el ojo. Baltazar era guarda forestal, pero no del todo. Nadie le pagaba, ni él pagaba a nadie; vivía en el bosque, había recibido maderaje gratis para construir su vivienda, tenía sus patatas y su trigo desparramados por los calveros y cada año roturaba un poco más de terreno para su uso particular. Siempre que venía, aumentaban los portazos y los chirridos de las llaves en los armarios, lo cual producía jaqueca a la abuela Surkont. Tomás la oía refunfuñar y decirle al abuelo: «¡Este favorito tuyo! ¡Me harás el favor de no apartar nada para él!».

Muchos envidiaban a Baltazar, y con razón. Al entrar como guarda no tenía nada: ahora, tenía una hacienda, vacas, caballos y una verdadera casa, no una choza, con el entarimado de tablas, una terraza y cuatro habitaciones. Se casó con la hija de un rico propietario de Ginie y tenía dos hijos. Surkont no sabía negarse a nada de lo que le pedía «Baltazarito» y esto incluso daba pie a algún que otro comentario. No tenía enemigos, porque sabía comportarse: vigilaba que nadie cortara árboles en el viejo robledal, pero no se oponía a que alguien de la aldea de Pogiry se llevara un abeto o un arce, a condición de que tapara luego el tronco con musgos para que no quedaran huellas.

Felicidad. A Baltazar le gustaba quedarse echado en su pequeño porche con una jarra de cerveza braceada junto a él, en el suelo. Bebía a pequeños tragos, se relamía, bostezaba y se rascaba. Gato saciado, era precisamente entonces cuando algo enloquecía en su interior. De vez en cuando, el abuelo sentaba a Tomás en el birlocho junto a sí, e iban a la casa del guarda, que quedaba bastante lejos, más allá de los campos que ya no eran de su propiedad. Ese vehículo se usaba muy a menudo, así como la *linijka*, que constaba de un madero largo sobre cuatro ruedas al que se subía como si se montara a caballo. En la cochera había otros carruajes, por ejemplo una carroza, cubierta de polvo y telarañas, montada sobre unas barras de trineo, unos trineos descubiertos y la «araña»: de color amarillo chillón, larga, con las dos ruedas delanteras enormes, las de atrás pequeñas y, sobre ellas, un asiento alto para el cochero o el lacayo. Entre una y otra parte de la «araña» (recordaba más bien a una avispa), sólo unos travesaños elásticos que hacían rebotar si se saltaba sobre ellos. En el birlocho, el abuelo sujetaba a Tomás por la cintura cuando el vehículo se inclinaba: después de los campos, empezaban los pastos y los colmenares; en las rodadas recubiertas de hierba, el agua negra ocultaba los baches en los que las ruedas se hundían hasta los ejes. El humo sobre el fondo del bosquecillo de arces indicaba que pronto se oirían ladridos de perros y que aparecería el tejado y el brocal del pozo. A Tomás le hubiera gustado vivir así, en un lugar apartado, con animales emergiendo de entre la espesura de los bosques y observando los movimientos a su alrededor. La casa olía a resina, la madera no había tenido tiempo de ennegrecer y brillaba como si fuera cobre. Baltazar enseñaba todos los dientes con una ancha sonrisa, y su mujer colocaba sobre la mesa la merienda y los obligaba a comer embutidos repitiendo sin cesar: «Tomen, tomen algo». Delgada, con la mandíbula saliente, no abría la boca para nada más.

Tomás dejaba a los mayores y corría a espiar los arrendajos y las palomas silvestres; había por allí gran cantidad de pájaros. Cierta día, entre un montón de piedras de un prado, encontró un nido de abubillas: introdujo la mano y cogió un polluelo que aún no sabía volar, sólo erguía la cresta para imponer respeto. Se lo llevó a casa, pero el polluelo no quería comer, huía a lo largo de las paredes,

y Tomás tuvo que soltarlo.

Con toda seguridad, Baltazar no le hubiera confiado a Tomás lo que le estaba atormentando. A decir verdad, ni él mismo lo entendía, sólo sabía que día a día estaba peor. Mientras estuvo construyendo la casa, aún fue tirando. Pero, luego, se paraba junto a su arado, liaba un cigarro y, de pronto, perdía la noción de dónde se encontraba, despertando con los dedos crispados, entre los cuales se había escurrido el tabaco. El único remedio era matarse a trabajar, pero por pereza acababa pronto con cualquier labor y, entonces, cuando se dejaba caer en el banco con su jarra de cerveza, le invadía una repugnante flojera que daba vueltas en su interior, despacio, embotándole los sentidos, dejándole como semidormido, y gritaba con los labios apretados: ojalá hubiera podido gritar, pero no. Sentía que necesitaba algo: enderezarse, pegar un puñetazo en la mesa, salir corriendo hacia algún lugar. ¿Pero hacia dónde? Sentía como un cuchicheo que le llamaba y formaba un todo con aquella flojera. Baltazar tiraba a veces el vaso contra el que le atormentaba de aquel modo, a veces entrando en su interior, a veces burlándose de él a cierta distancia, y entonces su mujer le quitaba las botas y lo metía en la cama. Baltazar se dejaba llevar por la mujer, pero, como le ocurría con todo, lo hacía con hastío y con el convencimiento de que no era lo que tendría que ser. Le repelía su fealdad; aún de noche era soportable, pero ¿y de día? El sueño le traía un poco de alivio, pero por poco tiempo; de noche, se despertaba y le parecía que estaba yaciendo en el fondo de un pozo profundo de paredes muy altas, del que nunca podría volver a salir.

Algunas veces, ocurría que empezaba a dar puñetazos en la mesa y a correr. A continuación, se ponía a beber, y no paraba en menos de tres o cuatro días. Bebía tanto que, cierto día, el vodka se inflamó en su interior y la judía de la aldea tuvo que agacharse sobre él y orinarle en la boca (es un remedio conocido, pero acarrea el deshonor). Corrió la voz de que Baltazar volvía a estar poseso, unos decían que era por sus riquezas y su cordura, pero otros se lamentaban de su desgracia y de sus relaciones con el diablo, lo cual no era solamente invento suyo, pues Baltazar, cuando estaba borracho, contaba, llorando, toda clase de cosas.

Muchos años después de dejar Ginie, Tomás se puso a meditar en lo ocurrido con Baltazar, basándose tanto en los cuentos que había oído sobre él, como en lo que no eran cuentos. Recordó su brazo musculoso que, al tensarse, se ponía duro como una piedra (Baltazar era muy forzado) y los ojos de largas pestañas, como de cierva. Ni las cualidades ni los aciertos protegen contra la enfermedad del alma. Al pensar en él, Tomás se inquietaba por su propio destino, por todo lo que había aún delante de sí.

Con su barbita y su mirada inquieta, juntaba suavemente las manos cuidadas, de señor, y apoyaba los codos en la mesa. Herr Doktor, el «alemancillo»: así es cómo lo veía Baltazar. «¡Fuera!», murmuraba y trataba de santiguarse, pero, en vez de ello, sólo se rascaba el pecho, mientras las palabras del otro, en tono persuasivo, caían una tras otra como un murmullo de hojas secas.

—Pero amigo Baltazar —decía—. Sólo pretendo ayudarte, te atormentas continuamente en vano. Te preocupas por la hacienda, porque la tierra no es tuya, porque la tienes y, al mismo tiempo, no la tienes. Te vino fácilmente y fácilmente se irá, ¿no es así? Hoy, lo debes todo al señor, mañana ¿algún otro ocupará Ginie y te echará?

Baltazar gemía.

—¿Es realmente la tierra lo que tanto te preocupa? Di la verdad. No, tú, en el fondo de tu corazón, guardas algo más. Ahora, aquí, sientes el deseo de levantarte, correr y huir para siempre. El mundo es muy grande, Baltazar. Hay ciudades que, de noche, se llenan de música y risas, te quedarías allí dormido junto al río, solo, libre, nada detrás de ti, una vida acabada, la otra empezada. No te avergonzarías de tu pecado, se abriría ante ti lo que para siempre quedará oculto. Para siempre. Porque tú tienes miedo. Tienes miedo de perder la tierra, los animales. ¿Es que volveré a no tener nada?, te preguntas. Está bien, dentro de ti hay un Baltazar, otro Baltazar y otro, pero tú escoges al más tonto. ¿Prefieres no saber nunca cómo es el otro Baltazar? ¿Lo prefieres?

—¡Dios mío!

—Nada puede ayudarte. Otoño, invierno, primavera, verano, otra vez otoño, y así siempre igual, te meterán en un hoyo. Bebe un poco más, es todo cuanto puedes hacer. ¿De noche? Bien que lo sabes. Pero no fui yo quien te aconsejó casarte cuando no sentías deseo alguno de hacerlo, ni de escoger a la mujer más fea sólo porque su padre era un ricachón. Es terrible, Baltazar. De aquí viene todo. Has querido asegurarte el futuro. Pero, ¿cuándo estabas mejor? ¿Cuando tenías veinte años o ahora? ¿Recuerdas aquellas noches? Tenías la mano fuerte para el hacha, los pies ágiles para el baile, la garganta limpia para el canto. ¿Recuerdas cómo echabais leña a la lumbre? ¿Y aquellos amigos tuyos? Hoy, estás solo. Un hacendado. Aunque, no lo niegues, pueden quitarte esta casa.

Baltazar se sentía como paralizado. En su interior, era como un saco de serrín. El otro lo notaba inmediatamente.

—Sales por la mañana; frente a tu casa, hay rocío, los pájaros cantan, ¿algo de esto es para ti? No, tú solamente cuentas. Para ti es tan sólo un día más, y otro y otro. Con tal de ir tirando. Como un caballo castrado. ¿Cómo era antes? No te entretenías en contar. Cantabas. Y ahora, ¿qué? Miras los robles, pero te parecen estopa. A lo mejor, ni existen. En los libros describen muy bien esto. Pero tú nunca sabrás cómo lo han descrito. Si alguien lleva dentro de sí un fardo como el tuyo, más vale que se cuelgue de una vez, porque llega un momento en que va por el mundo sin saber si no estará soñando. Esto está en los libros. ¿Te colgarás? No.

—¿Por qué otros son felices y yo no?

—Pues porque a cada uno le ha sido dado un hilo, que será su destino. O bien se coge de su cabo, y uno entonces se alegra de que todo le vaya como es debido, o bien no se logra cogerlo. Tú no has sabido. Tú no has buscado tu propio hilo, sino que has estado observando a unos y otros para tratar de ser como ellos. Pero lo que para ellos significa felicidad, para ti ha sido desgracia.

—¿Qué debo hacer, pues? Dime.

—Nada, ya es demasiado tarde. Demasiado tarde, Baltazar. Pasan los días y las noches, y cada vez tienes menos valor. No te queda valor ni para colgarte, ni para huir. Te quedarás aquí, pudriéndote.

La cerveza salía de la jarra con su turbio chorro, bebía, pero, en su interior, todo estaba ardiendo. El otro sonreía.

—En cuanto a tu secreto, no es menester que te atormentes. Nadie lo descubrirá. Quedará sólo entre tú y yo. ¿No estamos todos condenados a morir? ¿No es lo mismo un poco antes que un poco después? Aquel hombre era joven, es cierto. Pero había estado mucho tiempo en la guerra, y en su pueblo ya se habían olvidado un poco de él. La mujer seguirá un tiempo aún llorándole, pero acabará consolándose. Su hijo pequeño, tan gordito, le echaba los bracitos al cuello, pero era demasiado pequeño, no se acuerda del padre. Lo que ahora debes evitar, cuando estés bebido, es contar a la gente que tienes no sé qué crímenes sobre la conciencia.

—El cura...

—Sí, sí, te confesaste. Pero no eres tan tonto como para no comprender que, allí, en el confesionario, no eras capaz de soltar nada. Mentiste. Claro, es penoso no recibir la absolución. Así que mentiste, dijiste que él te había atacado con un hacha y entonces le mataste. Sí, saltó sobre ti, pero ¿qué paso luego? ¿Qué, Baltazar? Le disparaste mientras estaba comiendo pan entre los arbustos. Echaste los bizcochos manchados de sangre en el hoyo, junto a él, y lo enterraste todo, ¿verdad?

Entonces, Baltazar daba alaridos y lanzaba el vaso contra la pared. La aparición del «alemancillo» era también la causa de las escenas en las tabernas, donde volcaba mesas, bancos y rompía las lámparas.

Aquel lugar en la hoya, entre el bosquecillo de abetos, pronto quedó totalmente cubierto. Aquella vez, Baltazar levantó con la pala una buena porción de hierba y luego volvió a colocarla en el mismo sitio. Solía ir allí al atardecer, se sentaba, escuchaba los gritos de los arrendajos y las correrías de los tordos. La sensibilidad disminuía, era más fácil soportarlo allí que pensar en ello de lejos. Casi sentía envidia de aquel que yacía allí mismo. Una gran paz, y las nubecillas que se deslizan entre los árboles. Frente a él, en cambio, ¿cuántos años aún?

Escondió la pequeña carabina en el agujero de un viejo roble y jamás volvió a tocarla. Le había recortado el cañón a una carabina del ejército, lo cual le permitía llevarla escondida debajo del abrigo, y el otro creyó que Baltazar iba desarmado. Saltó sobre él desde la espesura del bosque junto al camino, con el hacha levantada y gritando que pusiera los brazos en alto. Barba rojiza, capote ruso roto: era un fugitivo que escapaba de una prisión alemana a través del bosque. ¿Qué quería? ¿Quitarle el traje civil, matarle, o era un perturbado? Baltazar agarró la carabina, el otro dio media vuelta y desapareció rápidamente entre los arbustos. Pero no conocía bien todos los pasos y senderos. Los animales, aunque vayan dando vueltas en círculo, siempre acaban deteniéndose donde deben hacerlo. Así que, sin prisas, comenzó a rodearlo. Si el fugitivo había ido en aquella dirección, dedujo que llegaría hasta el joven bosque de abetos y allí descansaría. ¿Qué es lo que impulsaba de aquel modo a Baltazar? ¿El deseo de venganza, o el miedo a que el otro tuviera compañeros y le atacaran de noche? ¿O era simplemente la pasión del cazador? ¿Ir detrás de la presa? Si ella va por allí, yo voy por allá. Fue avanzando a gatas y pudo entrever el viejo capote más o menos allí donde esperaba encontrarlo. Le dejó y volvió a rodearlo por el lado del bosque joven que le permitía acercarse más. Entonces, apuntó con el pequeño cañón a la espalda inclinada (lo veía de perfil), al cuello, a la cabeza, con su gorra sin visera. Luego trató con todas sus fuerzas de recordar por qué había apretado el gatillo, pero, a veces, le parecía que había sido por un motivo y, poco después, le parecía que el motivo había sido otro.

El ruso cayó de bruces. Baltazar aguardó, todo estaba en silencio, sólo se oían a lo lejos los breves gritos del azor. Nada, ni un movimiento. Se aseguró y, entonces, se acercó despacio al muerto. Le dio la vuelta. Los ojos color azul pálido miraban al cielo primaveral, un piojo subía por el borde del abrigo. Un saco de bizcochos abierto y manchado de sangre. Las tapas de los zapatos totalmente gastadas, debía venir de muy lejos, desde Prusia. Inspeccionó los bolsillos, pero no encontró más que una pequeña navaja y dos marcos alemanes. Escondió todo esto, más el hacha, junto con el cuerpo, debajo de unas ramas de abeto, porque tendría que volver de noche provisto de una pala.

Precisamente en aquel lugar, mientras meditaba, tomó la decisión de buscar ayuda. Estaba casi seguro de que esa decisión provenía, en cierta manera, del ruso. A lo mejor no lo había matado en vano. Aquella noche durmió bien. Se puso en camino al amanecer.

El brujo Masiulis criaba muchas ovejas y había que abrir las puertas de varios cercados antes de llegar al patio de la casa. Baltazar le entregó sus regalos: una cajita de mantequilla y una sarta de salchichas. El viejo se ajustaba de vez en cuando las gafas con montura de alambre. Tenía la piel como ahumada, de la nariz y de los oídos le asomaba una pelusa blanca. Primero intercambiaron noticias sobre lo que ocurría por la región. Pero, cuando llegó el momento en que hubiera tenido que exponer el motivo de su visita, Baltazar no supo qué decir. Se limitó a señalar el corazón, como si quisiera arrancarlo, gruñendo como un oso: «Me atormentan». El brujo no contestó, meneó la cabeza, lo condujo por el huerto, detrás de las colmenas, hasta un lugar donde, entre unos manzanos, estaba la antigua herrería cubierta ahora de hierba. Descolgó unos saquitos colgados de unas varas, cogió del rincón un brazado de leña, lo repartió en cuatro pequeños montones e hizo

sentar a Baltazar en medio, sobre un tronco. Puso fuego a la leña y arrojó en él hierbas que iba sacando de los saquitos, mientras murmuraba unas palabras en voz baja. Salía un humo espeso, que producía sopor, y el rostro con gafas aparecía ora por un lado, ora por otro, murmurando como una especie de oración. Luego, le ordenó que se levantara y le condujo de nuevo a su vivienda. Baltazar bajaba los ojos ante su mirada, como si ya se hubiera declarado culpable de muchas faltas.

—No, Baltazar —dijo por fin el viejo—. Yo no puedo ayudarte. Para un rey, un rey; para un cesar, un cesar. Cada poder tiene su poder, y este poder no es el mío. Quizá encuentres a alguien que haya recibido el que tú necesitas. Espera.

Aquí terminaron sus esperanzas. Los dientes seguían brillando, y una sonrisa de alegría para aquellos que no trataban de adivinar.

El cura visitaba pocas veces la casa de los Surkont, y Tomás jamás había estado en la casa parroquial hasta el día en que fue allí con Antonina; se quedó en los peldaños contemplando los mágicos cristales, mientras Antonina, con gesto tímido, se arreglaba el pliegue del pañuelo junto a la mejilla. Al párroco, arrugado y cargado de espaldas, le llamaban el «Pues-pues», por las palabras que intercalaba continuamente sin necesidad alguna. Le dijo a Tomás que rezara el Padre Nuestro, el Ave María y el Credo y le regaló una estampa de la Virgen. Se parecía en ella a las golondrinas que hacían sus nidos en el techo de los establos, e incluso dentro, encima de las escalerillas de mano que se apoyan en el heno. El vestido azul oscuro, el rostro bronceado y, a su alrededor, una aureola de oro verdadero. Guardó la estampa en un calendario y se alegraba, volteando sus páginas, cuando llegaba al punto en que aparecían los colorines.

Aprendía el catecismo con facilidad, pero sus simpatías no iban repartidas por igual. El Dios Padre, con barba, encoge las cejas con severidad y se eleva por encima de las nubes. Jesús mira dulcemente y señala el corazón, del que salen rayos, pero vuelven al cielo, y también está lejos. El Espíritu Santo es distinto. Es una paloma que vive siempre y manda un haz de luz directo sobre la cabeza de las personas. Cuando se preparaba para la confesión, rezaba para que se posara sobre él, porque eso de los pecados no le resultaba nada fácil. Los contaba con los dedos, se perdía y tenía que volver a empezar. Acercando los labios a la reluciente rejilla del confesionario y escuchando el jadeo del cura, recitó a toda prisa su lista. Pero ya en la Muralla Sueca, sintió dudas, anduvo más despacio y, al llegar a la alameda, se puso a llorar desesperado y se fue a ver a la abuela Misia para preguntarle qué podía hacer, porque había olvidado algún pecado. Ella le aconsejó que volviera a confesarse, pero entonces él se puso a llorar aún con mayor desconuelo, de pura vergüenza. No quedaba otra salida, Antonina se lo llevó, cogido de la mano, a casa del cura; su presencia le tranquilizaba, quizá no estaba bien, pero era mejor que ir solo.

De modo que Tomás, muy pronto, experimentó algo así como el anticipo de lo que los teólogos definen como conciencia escrupulosa, que es la causa, según ellos, de muchas victorias del diablo. Procurando no omitir nada, sin embargo no incluía entre sus faltas uno de sus secretos. No sabía verlo desde fuera, no le pasaba siquiera por la cabeza que era algo sólo y exclusivamente suyo, suyo y de Onuté Akulonis (y que al mismo tiempo esto existía fuera de ellos, que, antes que ellos, ya otros lo habían descubierto). La impureza de palabra y obra, por ejemplo, era algo muy distinto: decir palabras feas, espiar a las chicas que se bañan y tienen una corneja negra debajo del ombligo, o bien asustarlas el sábado por la noche en la fiesta, cuando entre baile y baile se ponen de cuclillas en el huerto levantando las faldas.

Con Onuté, despistaban a menudo al grupo de los demás niños y se iban a un lugar junto al Issa que era exclusivamente suyo. No se podía llegar hasta allí sino rastreando a gatas a lo largo de un túnel de endrino colgante, que hacía como un codo, y había que conocerlo bien. Dentro, sobre un montículo de arena, la seguridad les acercaba el uno al otro, hablaban en voz baja, y nadie, nadie podía encontrarles allí, mientras ellos oían el chapoteo de un pez, los golpecitos de los renacuajos, el ruido de las ruedas en la carretera. Yacían desnudos, con las cabezas vueltas el uno hacia el otro, la sombra caía sobre sus manos y, en aquel inaccesible palacio, se sabían totalmente seguros, todo participaba de cierto misterio y se sentían deseos de contar cosas en voz baja (pero ¿qué?). Onuté, al igual que su madre (y al igual que Pola), tenía el cabello rubio, recogido en una trencita. Y esto ocurría así: ella se acostaba boca arriba, le atraía hacia sí y lo abrazaba con las rodillas. Se quedaban así mucho rato, el sol se desplazaba lentamente, él sabía que ella esperaba sus caricias y todo se volvía muy dulce. Pero ella no era otra niña, sino Onuté, y él no hubiera podido confesarse de algo que le había ocurrido con ella.

Por la mañana, al recibir la comunión, se sentía ligero, debido también a que estaba en ayunas y tenía como un agujero en el estómago. Volvía a su asiento con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando la punta de sus zapatos. Era incapaz de imaginarse que la hostia que llevaba pegada al paladar y que tímidamente trataba de separar con la lengua fuera el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo, era evidente que esto lo cambiaba y que, al menos durante todo el día, permanecía silencioso y obediente. Lo que más estimulaba su imaginación eran las palabras del cura cuando decía que el alma humana es como una habitación que hay que limpiar y adornar para recibir al Invitado. Pensó que, a lo mejor, la hostia se disuelve, pero allí, en el alma, vuelve a formarse para quedarse, rodeada de un verdor, en aquella brillante vasija. Que él, Tomás, tuviera dentro de sí una habitación así, le llenaba de orgullo y se comportaba de modo que no pudiera estropearse, ni desordenarse.

Se iba acercando el día en que, según le habían prometido, iba a hacer de monaguillo, incluso empezó a estudiar respuestas incomprensibles en latín, pero el viejo párroco se marchó y hubo grandes cambios. El nuevo cura, joven, apuesto, con la barbilla prominente, unas anchas cejas que se juntaban sobre la nariz, asustaba un poco por la brusquedad de sus movimientos. Se quedó con los antiguos monaguillos y no se ocupó de los nuevos. Además, le ocupaban temas más importantes.

Sus sermones no recordaban en nada las prolijas charlas a que estaban acostumbrados en Ginie, intercaladas de carraspeos y monótonos «pues-pues». Tomás, aunque no era capaz de captar todo el significado de lo que oía, esperaba anhelante, como todos, el momento en que el cura apareciera en el púlpito. Empezaba hablando con voz normal, como se habla en casa. A continuación, a cortos intervalos, pronunciaba una frase con mucha fuerza, que sonaba como una música. Por fin, levantaba los brazos y profería tales gritos que las paredes vibraban. Fulminaba los pecados, su dedo índice señalaba a la multitud, y cada uno temblaba porque creía que apuntaba precisamente hacia él. Y, de pronto, el silencio. Se quedaba erguido, con el rostro rojo y acalorado y miraba: apoyado en el borde del púlpito, se inclinaba y, con voz apenas perceptible, cariñosa, de corazón a corazón, persuadía y describía las escenas de felicidad que esperan a los que se salvan. Entonces los oyentes tenían que enjugarse las lágrimas. La fama del padre Peikswa traspasó pronto el territorio de Ginie y de las aldeas vecinas, y las gentes acudían a él desde otras parroquias para confesarse; siempre le rodeaban pañuelos que se inclinaban cuando sus admiradoras intentaban besarle la estola, o la mano.

Le adoraban la señora Akulonis, las chicas del servicio, pero sobre todo Antonina («limpia el alma de pecados —suspiraba—, parece como un cepillo de hierro que te rascara por dentro»). Incluso la abuela Misia, contraria en principio a los sermones lituanos, le aceptó tras oírle unas cuantas alocuciones en polaco. Pero todo ese entusiasmo no duró mucho. Sí, Ginie se sentía muy honrada por su presencia, reconocían las mujeres delante de los extraños, pero ya con caras largas, y en seguida llevaban la conversación a otro terreno. Tanto Tomás como los demás niños supieron pronto que valía más dejar de ir a la casa del párroco.

Unos días antes de la Asunción, trajeron el féretro de Magdalena. Iba colocado sobre un gran carro cubierto de heno, tapado con una manta estampada. Los caballos, que descansaban a la sombra de unos tilos, bajaban la cabeza hundida en los sacos de avena, ahuyentando suavemente las moscas con la cola; acababan de hacer un largo viaje. La noticia se extendió tan rápidamente que la persona que acompañaba al cuerpo aún no había atado las bridas a un palo cuando ya la gente empezaba a acudir, en grupitos, a la espera de lo que iba a ocurrir. En lo alto, sobre las piedras planas del camino, apareció el padre Peikswa. Quedó inmóvil, como preguntándose si debía bajar, o tomando fuerzas. Por fin, empezó a bajar lentamente, se detuvo, sacó un pañuelo, lo arrugó y lo retorció entre los dedos.

El escándalo en torno a Magdalena duró aproximadamente medio año y había empezado por su culpa. Bien pudo no ocurrir nada. Peikswa la encontró ya como ama de llaves en la casa parroquial y a nadie debería importarle lo que había ocurrido entre ellos: un cura es también un hombre. Pero ella empezó a comportarse incorrectamente. Caminaba adelantando la barbilla, balanceándose, casi bailando. Era evidente que le encantaba acercarse a él de ese modo cuando tenía algo que decirle, para dar a entender claramente a las demás mujeres: vosotras besáis sus manos y su sotana, pero yo lo tengo entero para mí. Lo cual les permitía luego imaginarlo a él, al mismo que lo veían ante el altar, desnudo con ella en la cama y adivinar lo que se decían y lo que hacían. Es sabido que, en esta clase de asuntos, se pueden perdonar muchas cosas, mientras no intervengan imágenes enojosas que difícilmente pueden apartarse de la mente.

Al considerar el comportamiento de Magdalena en su conjunto (había servido al viejo párroco durante dos años), los habitantes de Ginie, en largas e interminables conversaciones, decidieron que ya con anterioridad no todo marchaba como era debido. Si el matrimonio no se celebró y el chico se casó en seguida con otra, no fue sólo por su edad —ya tenía veinticinco años como mínimo—, ni del todo por ser pobre, hija de jornaleros sin tierras, venidos de lejos. De nada sirvieron los consejos, el chico estaba dispuesto a actuar en contra de la voluntad de sus padres; en esto, nadie podía negar que la chica era hábil. Pero, al último momento, él cambió de parecer. Se asustó: encontró que era demasiado ardiente y desenfrenada. Este y muchos otros detalles aparecían ahora bajo una luz nueva, y se complementaban unos a otros. Y para aquel que hubiera podido ponerlo en duda, allí estaba ahora ese féretro.

Como Antonina, al pronunciar el nombre de Magdalena, escupía al suelo, Tomás tampoco le tenía simpatía, sin saber exactamente por qué. Ella le llamaba a la cocina y le daba pasteles cada vez que iba a la parroquia, en tiempos del padre «Pues-Pues». En realidad, en aquella época, la admiraba y sentía en su presencia como un nudo en la garganta. Sus faldas revoloteaban, fuertemente ceñidas a la cintura; cuando se inclinaba sobre la lumbre y probaba la comida con una cuchara, un mechón de pelo le resbalaba junto a la oreja y, de lado, debajo de la blusa, se veían bambolear sus pechos. Les unía el hecho de que él sabía cómo era ella y ella ignoraba que lo supiera Tomás. Él confesó su pecado, pero ya había visto. Junto al río, había un árbol muy inclinado por encima del agua, al que se podía subir y esconderse entre las hojas. El corazón late con fuerza: ¿vendrá, no vendrá? El Issa comienza a ponerse rosado por el sol poniente, los peces corretean ágiles. Se distrajo observando el vuelo de unos patos y ella ya estaba allí, tanteando con el pie si el agua estaba fría, mientras se quitaba la blusa por la cabeza. No entraba en el agua como las demás mujeres, quienes se agachan y levantan varias veces, salpicando a su alrededor. Lo hacía despacio, paso a paso. Los pechos se separaban a uno y otro lado, y, debajo del vientre, no era muy negra: sólo un poco. Se sumergió y empezó a nadar «estilo perro», levantando a veces un surtidor con el pie, hasta la zona en que las hojas de los nenúfares cubrían el río. Más tarde, volvió y se lavó con

jabón.

Lo que llegaba a oídos de Tomás quedaba poco claro para él, pero, aun así, era espantoso. No le parecía posible que el mismo hombre que tronaba contra el fuego del infierno fuera él mismo un pecador. Y, si el que imparte la absolución, es igual a los demás, entonces ¿qué valor tiene ese perdón? Por lo demás, Tomás no se hacía preguntas concretas y, desde luego, nunca se hubiera atrevido a plantearlas a los mayores. Magdalena adquirió para él el encanto de las cosas prohibidas. En cambio, los mayores se enfadaban con ella. Separaban lo que Tomás no era capaz de hacer: ella era una cosa, y el sacerdote vestido con la casulla, otra. Pese a todo, Magdalena había estropeado la armonía, había enturbiado la paz y había enfriado el entusiasmo por los sermones.

Peikswa empezó a bajar la cuesta y todos se preguntaban qué haría con el féretro. Cuando llegó junto al carro, volvieron la cabeza. El cura estaba llorando. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas, una tras otra; le temblaban los labios: los apretó con fuerza y volvió a abrirlos tan sólo para rogar que subieran el cuerpo hasta la iglesia. Preparaba para la suicida un entierro cristiano. Quitaron la manta y apareció la caja, de pino blanco. La cogieron entre cuatro y comenzaron a subir la empinada cuesta, de modo que Magdalena quedaba casi de pie.

Para envenenarse con raticida, hay que haber perdido toda esperanza y, al mismo tiempo, haber sucumbido de tal modo a los propios pensamientos que éstos acaban por separar del mundo, hasta el punto de dejar de ver todo lo que no sea el propio destino. Magdalena habría podido conocer muchas ciudades, países, personas, inventos, libros, y pasar por varias de las encarnaciones accesibles a los seres humanos. Habría podido ser —pero era imposible explicárselo, ni mostrárselo con alguna varita mágica— como millones de mujeres iguales que ella y que sufrían igual que ella: todo habría sido inútil. Tampoco habría servido para nada el que pudiera intuir la desesperación de aquellos que, en el mismo instante en que ella se ocasionaba la muerte, luchaban todavía por una hora, un minuto de vida. Cuando los pensamientos cesaron por fin, y el cuerpo se halló frente a frente ante el último terror, era ya demasiado tarde.

Hay que comprender que había quedado en muy mala situación poco antes de que marchara el viejo párroco, cuando su prometido rompió con ella. Tras el descalabro de aquel amor, surgió en ella el frío convencimiento de que ya nada cambiaría, que sería así para siempre. Todo en su interior se agitaba y se rebelaba, no podía seguir así; ¿qué hacer con aquella certeza de que transcurrirían los días, los meses y los años y, de pronto, mirad, ya se ha vuelto vieja? Se despertaba al amanecer y se quedaba echada con los ojos abiertos; le parecía terrible tener que levantarse y proseguir con sus quehaceres diarios. Se sentaba en la cama y se cogía los pechos con las manos: igual que ella rechazados, tendrían que compartir con ella su soltería y marchitarse inútilmente. ¿Y qué más? ¿Ligar con chicos en los bailes para que la llevaran al granero o al prado, y luego se riesen de ella? Se sentía totalmente hundida cuando el padre Peikswa se hizo cargo de la parroquia.

El columpio se detuvo un instante, para luego volver a bajar a toda velocidad, hasta cortar la respiración. De pronto, el cielo y la tierra cambiaron, el mismo árbol que veía desde la ventana era distinto, las nubes no se parecían a las de antes, todas las criaturas se movían como si estuvieran llenas de oro puro y lo irradiaran. Nunca creyó que pudiera llegar hasta ese punto. Había recibido una recompensa por su sufrimiento y, aunque luego tuviera que sufrir durante toda la eternidad, valía la pena. Contribuía no poco a su felicidad la deliciosa sensación de la ambición saciada: a ella, la pobretona casi analfabeta, a ella, que no podía encontrar marido, la había elegido él, un sabio, a quien nadie podía igualar.

Y entonces —hay que comprenderlo— fue despojada de todo y condenada al desamor, esta vez para siempre. Peikswa, consciente del escándalo y obligado a elegir, la entregó como ama de llaves a un párroco de un pueblo lejano, tan lejano que ambos vieron claramente que la ruptura sería definitiva. En aquella casa junto al lago, en compañía de un viejo malhumorado, Magdalena no aguantó mucho tiempo: sólo el suficiente como para volver a caer en aquella negra noche que la había acompañado antes del período de felicidad. Se envenenó cuando el viento silbaba entre los juncos y la ola depositaba blancas salpicaduras de espuma sobre la arena, golpeando contra la quilla de las barcas amarradas a la pasarela.

El otro párroco no quiso darle sepultura. Prefirió ceder su carro, un par de caballos y un carretero, y quitarse el problema de encima.

El último viaje de Magdalena —antes de entrar en el país en el que la recibirían las damas de antaño— empezó a primera hora de la mañana. Despeinadas nubecillas correteaban en lo alto, los caballos iban al trote, en los prados los hombres afilaban sus guadañas y las piedras de afilar tintineaban contra el metal. Luego, se encaminó por un sendero arenoso entre enebros, a través de un bosquecillo de abetos, cada vez más arriba, hasta llegar a la encrucijada desde la que se ven tres superficies de agua unidas entre sí por brazos de vegetación, como un collar de piedras claras. Entonces, otra vez para abajo, a través de los bosques, y, allí, en una calle del pueblo, Magdalena

contempló al mediodía las hojas del viejo arce hasta el momento en que las sombras empiezan a alargarse, cuando el calor ya no cansa a los caballos y se puede reemprender la marcha. En el dique, revestido de planchas redondeadas, las ruedas saltaban pese a que los caballos fueran al paso; resonaba el concierto nocturno de los tordos y se abría ya el cielo estrellado, palpitante por la rotación de las esferas y de los universos. Una paz inmensa, un espacio azul oscuro. ¿Quién mira desde allá? ¿Quién ve a aquel diminuto ser que ha sabido por sí solo detener el movimiento de su corazón, la circulación de su sangre y, por propia voluntad, se ha convertido en un objeto inmóvil? Junto a ella, el olor de los caballos, las perezosas llamadas del carretero hasta altas horas de la noche. Por la mañana, ya estaban cerca. Siguieron por montículos y robledales el descenso hacia el valle del Issa; ya aparece el río centelleante entre los mimbres, y el padre Peikswa va leyendo el breviario.

En verano, el cuerpo se descompone pronto, y se preguntaban por qué el párroco se retrasaba tanto, como si no quisiera devolverla a la tierra. Pero, mientras la subían, no notaron olor desagradable alguno (luego recordaron este detalle). La enterraron en un extremo del cementerio, allí donde empieza la pendiente escarpada y las raíces sostienen con sus nudos la tierra escurridiza.

El día de la Asunción, Peikswa pronunció un corto sermón, con voz intranquila y sosegada. Explicó cómo Ella, que no conoció mácula, llegó al cielo, no sólo con su alma, sino con todo su ser, tal como había sido mientras vivió entre los mortales. Primero, sus pies apenas rozaron la hierba; luego, sin moverlos, se elevó lentamente, siempre más alto; la brisa jugueteaba con su larga túnica (como las que solían llevar en Judea) hasta que pasara a ser tan sólo un puntito muy pequeño entre las nubes, y lo que a nosotros, los pecadores, se nos dará en el valle de Josafat, si logramos merecerlo, ya le había sido concedido a Ella: contemplar el rostro del Todopoderoso, con todos sus sentidos terrenales, en un estado de eterna juventud.

Poco tiempo después, Peikswa se marchó de Ginie y nunca más se supo de él.

Las vecinas hablaban de ello, con los codos apoyados en los setos. Los hombres callaban, los ojos fijos en las pulgaradas de tabaco, ensalivaban el papel de fumar y simulaban estar absorbidos por esta actividad. La inquietud iba lentamente en aumento, aunque, por ahora, sólo buscaran las causas, trataran de acertar y procuraran no pronunciar palabras peligrosas.

Quien más datos proporcionaba, y con ello aumentaba el chismorreó, era el nuevo padre Monkiewicz, rechoncho, calvo y nervioso. Se asustó y no pudo mantenerlo secreto por mucho tiempo. No supo encontrar explicación natural alguna a aquel continuo golpeteo en la pared (tres golpes cada vez). Después de las cosas que le contaron, empezó a sentirse incómodo en aquella casa y soportaba mal la presencia que se dejaba sentir con aquellos golpes en la pared, o moviendo lentamente el pomo de la puerta. Se levantaba de un salto, abría la puerta, pero, detrás de ella, nunca había nadie. Vivía con la esperanza de que aquellas manifestaciones se acabarían; pero, por el contrario, se hacían notar siempre más. Pidió al sacristán que fuera a dormir a la parroquia, y, a partir de entonces, nadie tuvo ya que limitarse a conjeturas. Además, el padre Monkiewicz, al ver que no conseguía solucionar pronto el caso, pidió ayuda a algunos de sus feligreses. Se reunían varios por la noche y hacían turnos en la cocina.

El pobre espíritu de Magdalena no quería abandonar los lugares en los que había sido tan feliz. Con un hacha invisible cortaba invisibles maderos y encendía una gran fogata que lanzaba llamas y crepitaba como si fuera de verdad. Removía los pucheros, cascaba huevos y hacía tortillas, a pesar de que la placa de la cocina permanecía fría y vacía. ¿De qué instrumentos disponía? ¿Se trataba sólo de sonidos, una especie de amplio registro de murmullos que imitaban los sonidos de la naturaleza, o es que el espíritu poseía otra cocina, distinta, con un cubo universal, una sartén universal, y un montón universal de leña que eran como el extracto de todos los cubos, sartenes y leñas que podían existir? Imposible saberlo. No quedaba más que escuchar y, como mucho, no confiar en los propios sentidos. El agua bendita se mostraba ineficaz. El sacerdote rociaba la cocina, se producía una corta pausa y, de nuevo, volvía a empezar cada día con más desenvoltura, armando ruido con los cacharros, arrastrándolos y haciendo chapotear el agua. Peor aún, al parecer, aquella actividad se trasladó al dormitorio. Además de golpes y movimientos del pomo de la puerta, se oían también pasos, y papeles y libros caían al suelo. Otra novedad: algo así como una risa sofocada. El padre Monkiewicz hizo la señal de la cruz y roció con agua bendita un rincón: nada; otro rincón, nada; otro rincón, nada, pero, cuando se acercó al cuarto rincón se oyeron risitas y un silbido como a través de una nuez vacía.

La noticia se extendió rápidamente por todas las aldeas vecinas y, si la gente de Ginie no hubiera creído que al fin y al cabo era asunto suyo y que no había que involucrar a gente de fuera, habrían intentado ir a pasar la noche a la cocina, no tres, sino trescientos hombres. Al no poder tomar parte activa en el asunto, se dedicaban a comentar, y la parroquia era un hervidero de toda clase de chismes, a cual más disparatado.

Fue Baltazar quien, en cierto modo, contribuyó a afirmar la creencia de que al espíritu de Magdalena ya no le bastaba el edificio de la parroquia. Todo lo que contaba habría merecido ser tomado a broma, o al menos con ese mínimo de seriedad con el que se suelen escuchar las historias de borrachos para que no se sientan ofendidos... de no ser por un detalle. Baltazar afirmaba, nada más ni nada menos, que acababa de ver a Magdalena del lado del cementerio, montada en un caballo blanco que bajaba hacia el río. Iba desnuda, y tanto ella como el caballo resplandecían en la oscuridad. Cuando, en casa de su suegro, se reunió mucha gente, repitió una y otra vez lo mismo y se enfadaba cuando le insistían y le volvían a insinuar que, a lo mejor, se trataba tan sólo de una alucinación. Entonces, alguien tuvo la idea de ir al establo del cura y comprobar si su caballo bayo

estaba allí. Estaba, pero sudado como si alguien lo hubiera estado montando al galope.

La casa de los Surkont era naturalmente un hervidero de noticias, y Antonina volvía cada día con algo nuevo. La abuela Misia repetía: «¡Es tremendo!». Encantada con aquellas bromas de ultratumba invitó al sacerdote para que descargara sus penas. Saboreando un té de fresas y con cara preocupada, confesó que estaba al límite de sus fuerzas y que, si aquello no cesaba pronto, pediría el traslado a otra parroquia; de modo que el triunfo de la abuela fue total, y, en sus exclamaciones de incredulidad («¡qué me dice usted!»), se notaba una inmensa satisfacción, pues ella estaba de parte de los espíritus y no de los hombres. Pero entonces ocurrió algo, allí mismo, y a Tomás, a quien dejaron visitar a Szatybelko en la cama cuando ya se encontraba mejor, se le ponía la carne de gallina. El enfermo hablaba con voz débil; la barba descansaba sobre la sábana, y en la alfombrita dormitaba Mopsik, hecho un ovillo: su comportamiento había sido indigno, pues había huido con su resto de cola entre las piernas, pero su amo no le guardaba rencor. Esta es la exacta descripción del encuentro. Era la época de la trilla. El locomóvil se guardaba en un cobertizo junto al pajar y, al terminar el trabajo, se guardaba en él, bajo llave, la valiosa correa transmisora. Aquella noche, Szatybelko estaba sentado ya en su habitación, con las zapatillas puestas y fumando su pipa, cuando, de pronto, le asaltó una duda: no podía recordar si había cerrado o no la puerta con llave, y la imposibilidad de reproducir en su mente el gesto de la obligación cumplida, le atormentaba. Por fin, preocupado ante la eventualidad de que alguien pudiera robar la correa, volvió a calzarse las botas, refunfuñando, se puso el abrigo de piel, cogió la linterna y salió de aquel ambiente caldeado al frío y a la lluvia. Era noche cerrada, y veía sólo lo que entraba en el círculo iluminado por la linterna. El cobertizo, efectivamente, no estaba cerrado a llave. Entró, pasando por el estrecho espacio que quedaba entre la pared y la caldera del locomóvil, y comprobó que la correa seguía en su sitio. Pero, cuando dio la vuelta para salir, un monstruo salió a su encuentro. Szatybelko lo describió como una especie de tronco grueso que avanzaba por todo lo ancho, horizontalmente. Sobre él había enclavadas tres cabezas, «cabezas de tártaro», decía, retorciéndose en horribles muecas. El monstruo avanzaba, y él se persignaba retrocediendo, pero advirtió que se estaba cerrando la salida, así que, agitando la lámpara, trató de abrirse paso. Entonces, pisó con una bota el cuerpo del espantajo: un cuerpo blando «como un saco de cascabillo». Una vez fuera quiso correr, pero no se atrevió a darse la vuelta. Paso a paso, de espaldas, anduvo todo el camino desde los graneros hasta su casa, y las tres condenadas cabezas siguieron contorsionándose sobre aquel cuerpo rechoncho y sin pies, casi pisándole los talones. Se había quedado sin aliento y, al llegar a su puerta, cayó al suelo, exhausto. En seguida tuvo una fiebre altísima; todo el episodio no había durado más de un cuarto de hora, y él, hasta aquel momento, nunca había tenido problemas de salud.

Como suponía la abuela Misia, puede que se le hubiese aparecido el espíritu de un mahometano proveniente del montículo llamado el Cementerio Tártaro. De no ser por aquel nombre, se hubiera borrado el recuerdo de los prisioneros tártaros que, en tiempos muy remotos, habían estado trabajando en Ginie. Pero ¿por qué había aparecido precisamente ahora? ¿Qué le había empujado a hacerlo? ¿Quién le había mandado inmiscuirse en los acontecimientos que enturbiaban la paz de aquel lugar? Sólo podía ser Magdalena, quien se había convertido en algo así como la madre superiora de las fuerzas ocultas.

Todos estos hechos condujeron lentamente a una situación de enfrentamiento entre el pueblo y el padre Monkiewicz. Una vez puestos de acuerdo sobre la causa, razonaban lógicamente que había que suprimirla. Primero, se lo dieron a entender tímidamente, generalizando, con rodeos, utilizando comparaciones y eufemismos. Pero, al no obtener resultado alguno, declararon sin más circunloquios que había que terminar con todo aquello y que tenían un medio para conseguirlo. A lo que él contestó agitando los brazos y gritando que nunca, nunca transigiría con semejante solución y les llamó paganos. Se puso terco y no hubo manera de convencerle. Algunos aconsejaban no pedirle permiso, pero sabían que tampoco ellos se atreverían. De modo que nadie hizo nada. Mientras tanto, llegó a casa del cura otro sacerdote, para pasar unos días y celebraron exorcismos.

A Tomás le daba miedo salir de casa al anochecer, pero sólo hasta el día en que tuvo aquel sueño. Fue un sueño lleno de fuerza y dulzura; pero también sembrado de terror, y le habría sido difícil precisar qué prevalecía en él. No habría podido encerrarlo en unas palabras, ni al día siguiente por la mañana, ni más tarde. Las palabras no recogen las mezclas de olores, o lo que nos atrae de ciertas personas, y menos aún si nos hundimos en pozos a través de los que pasamos al otro lado de la existencia que hasta entonces conocíamos.

Vio a Magdalena en la tierra, en la soledad de la tierra inmensa, en la que había estado desde hacía tiempo y para siempre. Su vestido se había descompuesto, jirones de materia se mezclaban a los huesos resecos, y el mechón de pelo que le resbalaba por la mejilla junto al fogón de la cocina, quedaba pegado a su cráneo. Pero, al mismo tiempo, era la misma, tal como la había visto aquel día al entrar en el río, y esa simultaneidad, encerraba el conocimiento de otro tiempo que no era el que normalmente nos es accesible. Una sensación como de presión en la garganta le embargaba por completo, pervivía en él en cierto modo la forma de su pecho y de su cuello, y su contacto se transformaba en una queja, en una especie de canto: «¡Oh, por qué pasa, por qué el tiempo pasa por mis manos y mis pies, oh, por qué soy y no soy, yo, quien una vez, sólo una vez, viví desde el principio hasta el fin del mundo! ¡Oh, el cielo y el sol existirán, y yo jamás volveré a existir, estos huesos son cuanto queda de mí, oh, nada es mío, nada!». Y Tomás cayó con ella en el silencio, bajo la tierra donde se escurre la piedra y los gusanos se abren camino; él mismo se convirtió en un puñado de huesos polvorientos, se lamentaba por los labios de Magdalena y descubría, para sí mismo, las preguntas: ¿por qué yo soy yo? ¿Cómo puede ser que, teniendo cuerpo, calor, manos, dedos, tenga que morir y dejar de ser yo mismo? Quizá, en realidad, tampoco se trataba de un sueño, pues, inmerso como se encontraba en el más profundo de los abismos, bajo una superficie de acontecimientos reales, sentía su propia corporeidad, condenada, descompuesta ya tras la muerte. Pero, al mismo tiempo que tomaba parte en esta aniquilación, conservaba la capacidad de poder verificar que él, aquí, era el mismo que él allá. Se despertó gritando. El contorno de los objetos formaba parte de la pesadilla, no los percibía con mayor precisión. Cayó de nuevo en el mismo sopor, y todo volvió a repetirse en distintas versiones. El amanecer lo liberó, y abrió los ojos, aterrado. Regresaba de muy lejos. Lentamente, la luz fue recobrando el travesaño que unía las patas de la mesa, las banquetas, la silla. ¡Qué alivio al comprobar que este mundo real se componía de objetos de madera, hierro y ladrillos, y que todos ellos tenían relieve y un tacto rugoso! Saludó los objetos que ayer había menospreciado, sin casi fijarse en ellos. Hoy, le parecían tesoros. Buscaba las grietas, las hendiduras, los nudos. Pero de aquello le quedó como un poso delicioso, el recuerdo de unas zonas cuya existencia nunca hasta entonces había supuesto.

A partir de entonces, decidió que, si Magdalena se le acercaba en la arboleda oscura, no gritaría, porque ella sería incapaz de hacerle daño. Incluso deseaba que se le apareciera, aunque sólo de pensarlo se le ponía piel de gallina, pero no era desagradable, como aquel día en que estuvo acariciando una cinta de terciopelo. No reveló a nadie su sueño.

Lo que hicieron se realizó en secreto, y Tomás tardó mucho en enterarse, pero, cuando lo supo, aquella acción lo llenó de tristeza y horror.

Sólo los más viejos del lugar, unos cuantos campesinos propietarios, fueron admitidos. Se reunieron al atardecer y empezaron bebiendo mucho vodka. Sea como fuere, ninguno se sentía del todo tranquilo y todos trataban de darse ánimos. Habían obtenido el permiso, más concretamente, el padre Monkiewicz había dicho: «Haced lo que queráis», lo cual significaba, a todas luces, que se daba por vencido al fracasar los medios que tenía a su disposición. Poco después de la marcha de su colega —aquella noche, precisamente, no había en la parroquia más que el sacristán y la vieja ama de llaves, porque creían que, tras los exorcismos, Magdalena les dejaría en paz—, en el dormitorio se oyó un grito y Monkiewicz apareció en la puerta con su largo camisón rasgado por varios sitios, con los jirones de tela colgando. La enfermedad que contrajo, la erisipela, él mismo y todos los demás la atribuyeron al susto. El único remedio eficaz contra la erisipela, contraída después de un susto, son los conjuros. Así pues, llamaron a una curandera que se inclinó sobre él, murmurando sus encantamientos. Es sabido que las curanderas conocen fórmulas que obligan a la enfermedad a abandonar el cuerpo: las refuerzan con amenazas, fragmentos de oraciones cristianas y otras más antiguas, pero las palabras, una vez reveladas, pierden su poder, y al que las conoce le está permitido revelarlas antes de morir tan sólo a una persona. El sacerdote se sometía de mala gana a aquellos remedios. Pero, cuando se trata de recuperar la salud, no cabe la duda, y uno siempre espera que el tratamiento tendrá éxito. Asimismo, la débil esperanza de que las martirizadoras apariciones desaparecieran fue lo que venció su resistencia y le indujo a aceptar la otra propuesta.

Un rito de esa índole debe llevarse a cabo de noche. No es una regla fija, pero hay que sentir devoción; es decir, ante todo, permanecer en silencio y que no haya mirones, tan sólo personas serias y de confianza. Comprobaron el filo de las palas, encendieron las linternas y se escabulleron de uno en uno, de dos en dos, por los huertos.

Soplaba un fuerte viento que removía las hojas secas de los robles. En la aldea, ya no quedaban hogares encendidos y sólo había aquella negrura y aquel murmullo de hojas. Cuando se hubieron reunido todos en la plazoleta frente a la iglesia se dirigieron en grupo hasta el lugar y se colocaron como pudieron en círculo en la pendiente, que en aquel punto era ya muy inclinada. Dentro de los redondos cristales de las linternas, protegidas por varillas metálicas, las llamas saltaban y se encrespaban, azuzadas por los ramalazos del viento.

Primero la cruz. Estaba allí, enclavada para perdurar mientras resistiera la madera, para pudrirse y descomponerse después por su extremo enterrado y, por fin, para inclinarse lentamente con el paso de los años: la quitaron y la dejaron cuidadosamente a un lado. A continuación, de unos golpes de pala destruyeron el túmulo de la sepultura, sobre la que nadie nunca había depositado una flor: trabajaban aprisa, porque se trataba de algo horrible. A una persona se la entierra para la eternidad; ir después de unos meses a comprobar qué ha pasado con ella, es contra natura. Es como plantar una bellota o una castaña y levantar luego la tierra para ver si ya está germinando. Pero, quizás, el sentido de lo que trataban de hacer radicaba precisamente en que era preciso un acto de voluntad, una decisión, para contrarrestar, mediante una actuación inversa, otras contrarias a lo que es normal.

La tierra arenosa rechinaba. Se acercaba el momento. La pala tropieza con algo duro; miran, acercan las linternas; no, es una piedra. Siguieron hasta encontrar las tablas; les quitan la tierra, las dejan a la vista para poder abrir la tapa. El vodka había sido de gran utilidad: producía aquella temperatura interior que permitía a aquellos seres, vivos, enfrentarse a los demás, que parecían entonces menos vivos, y más aún a los árboles, a las piedras, al silbido del viento, a los espectros de la noche.

Lo que encontraron confirmó todas las suposiciones. En primer lugar, el cuerpo no se había descompuesto en absoluto. Decían que estaba como si lo hubieran enterrado el día anterior. Era una prueba suficiente: solamente los cuerpos de los santos, o de los espectros, poseen semejantes propiedades. Segundo, Magdalena no yacía de espaldas sino boca abajo, lo cual también era una señal. Pero, incluso sin estas dos pruebas, estaban decididos a llevar a cabo lo convenido. Puesto que poseían las pruebas, todo resultó más fácil, pues ya no cabía duda alguna.

Dieron la vuelta al cuerpo dejándolo boca arriba, y el que llevaba la pala más afilada se abalanzó sobre Magdalena y le cortó la cabeza en seco. Traían un tronco de álamo afilado por un extremo. Lo apoyaron en su pecho y lo clavaron, golpeando con la parte del hacha opuesta al filo, de manera que atravesó el ataúd por debajo y quedó bien hundido en la tierra. A continuación, agarrando la cabeza por los cabellos, la colocaron a sus pies, volvieron a colocar la tapa y la recubrieron de tierra, ahora ya con alivio, incluso con risas, como suele ocurrir tras unos momentos de gran tensión.

Quizás Magdalena sintiera tal terror a la descomposición física, quizás se defendiera tan desesperadamente para no entrar en el tiempo nuevo, desconocido para ella, de la eternidad, que estaba dispuesta a pagar cualquier precio, incluso a convertirse en espectro, comprando con esta dura obligación, el derecho a conservar su cuerpo intacto. Quizás. Sus labios, podían jurarlo, seguían rojos. Cortando su cabeza y destrozando sus costillas, ponían fin a su orgullo carnal, a su pagano apego a los propios labios, manos y vientre. Atravesada como una mariposa por un alfiler, tocando su propia cabeza con los pies, que llevaban los zapatos que le había comprado Peikswa, debía considerar ahora que se diluiría en la savia de la tierra, como todos.

Los alborotos en la parroquia cesaron repentinamente, y, desde entonces, no volvieron a oírse historias sobre Magdalena. ¿Quién sabe si consideró más eficaz que cocinar en una cocina invisible, o dar golpes y silbar, prolongar su vida penetrando en los sueños de Tomas, quien jamás pudo olvidarla?

Aquel otoño en que Magdalena asustaba a la gente, los árboles frutales dieron una extraordinaria cosecha y, como no había dónde vender la fruta, la daban a los cerdos y guardaban para el uso diario y para conservas sólo las de mejor calidad. En la hierba se pudrían montones de manzanas y peras entre las que zumbaban avispas y enjambres de avispones. Uno de ellos picó a Tomás en el labio, y se le hinchó toda la cara: no era fácil verlos, pues se introducían en el interior de las peras por un agujerito estrecho y sólo después de sacudirla bien varias veces, el blando cuerpo listado se asomaba. Tomás ayudaba en la recolección subiendo a los árboles y le producía una gran satisfacción ver que los mayores no sabían trepar como él, incluso a ramas más delgadas, a la manera de un gato. Sin cesar iban madurando nuevas variedades de peras: bergamotas, verdinales, almizcleñas y otras muchas.

A finales del verano, Tomás descubrió la biblioteca. Hasta entonces, aquella habitación angular no le había interesado, con sus paredes barnizadas de aceite, y tan helada que, cuando afuera hacía mucho calor, allí se temblaba de frío. Consiguió las llaves de los armarios y cada día encontraba en ellos algo divertido. En uno de estos armarios, con vidrieras, dio con unos libros encuadernados en rojo, con adornos dorados en las tapas y muchos dibujos en el interior. No supo leer las inscripciones, pues estaban en francés; la niña que representaban los dibujos se llamaba Sophie y llevaba unos pantalones largos terminados en puntillas. En otro armario, empotrado en la pared, entre telarañas y rollos de papeles amarillentos, descubrió un tomo cuyo título era *Tragedias de Shakespeare*: pasó con él largos ratos sentado en el césped, junto al verde muro de arbustos que olía a musgo y a serpol. También frecuentaban aquel lugar unas grandes hormigas rojas, y más de una vez se estuvo frotando furiosamente una pantorrilla contra la otra, pues sus picaduras eran muy dolorosas. En el espacio que se abría entre las copas de los abetos, vibraba el aire; al otro lado del valle, diminutos carros arrastraban nubecillas de polvo. En el libro, hombres con armaduras, o trajes cortos (¿llevaban las piernas desnudas, o pantalones muy apretados?), cruzaban sus espadas, caían al suelo atravesados por un estilete; las páginas, con manchas de orín, olían a moho. Seguía las líneas del libro con el dedo, pero, a pesar de estar escritas en polaco, se desanimó y consideró que trataba de asuntos destinados a los adultos.

Más satisfacción encontraba en los libros de viajes. En ellos, veía a negros desnudos, que sostenían arcos, iban en canoas de junco, o, con una cuerda, tiraban de un hipopótamo igual al de su libro de ciencias naturales. Tenían el cuerpo listado, y Tomás se preguntaba si su piel era realmente rayada, o si tan sólo los habían pintado así. Más de una vez soñó que navegaba con aquellos negros por meandros siempre más inaccesibles, entre papiros más altos que un hombre, y que allí se construían una aldea a la que nunca llegaría un extraño. Leyó dos de estos libros, porque estaban escritos en polaco (en ellos, aprendió en realidad a leer, pues le cautivaban) y entonces comenzó para él una etapa total y sorprendentemente nueva.

Para construir sus arcos, escogía varas de avellano, pero de los que no crecen al sol, porque éstos generalmente salen torcidos. Se introducía entre los arbustos, en la sombra, donde no había hierba, sino enmarañadas raíces y matorrales entre los que correteaban los reyezuelos con su miedoso chic-chic-chic. Allí, el avellano se estira para alcanzar la luz, recto, sin ramas, y es el que va mejor.

También encontró para cobijarse una gruta oscura donde guardaba sus armas.

Salía a cazar armado con flechas a las que clavaba unas aletas de plumas de pavo para que volasen mejor; él mismo se inventaba la presa, podía ser, por ejemplo, una mata redonda de frambuesas. Se sentaba también en la pasarela desde donde, con una regadera, se sacaba agua del estanque; no del Negro, sino del otro, el que estaba entre un ala de la casa, el vergel y los edificios de la granja. Fingía ir en barca y disparaba contra los patos, lo cual le valió ser interrogado, pues

habían encontrado un pato muerto; no confesó su culpa. A lo mejor el pato había muerto de otra cosa. Los indios pescan con arco y flecha, así que se dedicaba también a buscar peces en el río, en un lugar poco hondo (para no perder la flecha), pero se le escabullían siempre.

En los días lluviosos, sentado en el porche junto a una mesa fija en el suelo, dibujaba espadas, lanzas y aparejos de pesca. Y ahora detengámonos en un rasgo de su carácter. Cierta día, empezó a dibujar arcos, pero, de pronto, se detuvo y rompió el dibujo. Amaba sus arcos y, repentinamente, sin saber por qué, se le ocurrió pensar que no se debe representar lo que se ama, que hay que guardarlo como un secreto.

La abuela Misia lo llevó un día al desván y le mostró un baúl repleto de trastos viejos. Y, entre ellos, ¡libros de cuentos! Encontró uno que hablaba de un chico que se había subido de polizón a un barco y, escondido debajo de la cubierta, se alimentaba de bizcochos, rodeado por manadas de feroces ratas. Encontró agua en unos barriles: agua dulce. ¿Quería esto decir que contenía azúcar? Así se lo imaginaba Tomás y, por eso, comprendió mejor la alegría del chico cuando logró abrir un agujero en un barril.

Uno de los lugares que más se prestaba para soñar con las aventuras que acababa de leer, era el retrete. Se llegaba a él por un estrecho sendero bordeado de arbustos de grosella. La puerta se cerraba por dentro con un gancho y, por el corazón recortado en ella, podía verse si alguien se acercaba. Por las rendijas, penetraban rayos de sol y, afuera, resonaba una ininterrumpida música de moscas, abejas y abejorros. Uno de estos abejorros peludos, zumbando con fuerza, se aventuraba de vez en cuando dentro del agujero, cuyo hedor Tomás aspiraba con fruición. Las arañas extendían sus telarañas en los rincones. La vela, que se fijaba a una viga transversal, dejaba chorreras de estearina. Las paredes laterales también tenían aberturas, pero por ellas no se veía más que las hojas del saúco.

Si, a través del corazón de la puerta, Tomás divisaba a Antonina, interrumpía sus meditaciones y se abrochaba aprisa los pantalones. Al otro extremo del sendero, junto al vertedero, Antonina degollaba las gallinas. Hinchaba y apretaba entonces los labios, preparándose para asestar el golpe con la hacheta, mientras colocaba la gallina sobre el tronco; ésta, asustada, pero no demasiado, pensaba seguramente en cómo terminaría aquello, o a lo mejor no pensaba nada. Relucía la hacheta, el rostro de Antonina se encogía de dolor (gesto que, al mismo tiempo, era como una sonrisa) y, luego, sólo quedaba un batir de alas y convulsivos estremecimientos de un guiñapo plumoso en el suelo. Tomás sentía entonces como un escalofrío y, por eso, le gustaba presenciar aquella escena. En una ocasión, el espectáculo fue realmente extraordinario. Un gallo enorme, con las erizadas plumas doradas y brillantes, levantó el vuelo decapitado, irguiendo el rojo muñón de su cuello. Aquel vuelo mudo mereció por parte de Antonina, que lo contemplaba con la boca abierta, una admirativa aceptación, porque el gallo cayó tan sólo después de estrellarse contra el tronco de un tilo.

Tomás no iba ahora tan a menudo al río con su aparejo de pescar ni a la casa de los Akulonis, quizás a causa de Magdalena, quizás debido a sus lecturas. Los lugares solitarios junto al Issa empezaron a parecerle peligrosos y, en cuanto a sus cacerías con el arco, no sentía deseo alguno de compartirlas con otros niños, a quienes podrían parecerles ridículas, ya que no se trataba de un entretenimiento tan serio como pescar o fabricar caramillos con varas de sauce. También deseaba que nadie pudiera sorprenderlo en algunos de sus juegos, que eran demasiado infantiles para un niño tan mayor: colocaba, por ejemplo, frente a frente dos ejércitos de palitos clavados en la arena, se ponía alternativamente de parte de uno o del otro bando y bombardeaba al enemigo con una artillería de piedrecitas.

Al comenzar el invierno, llegó de Dorpat, en Estonia, la abuela Dilbin, y la habitación que ocupó atraía especialmente a Tomás. No mucho más alta que él, sonrosada, se diferenciaba de la abuela Misia en que se ocupaba de todo, zurcía los calcetines y pantalones de Tomás, le daba clases y le examinaba de religión. Pero lo más importante es que era distinta de todos los demás. Fumaba cigarrillos con una larga boquilla; se había acostumbrado a fumar, según ella misma confesaba, debido a las preocupaciones: los cigarrillos la aliviaban un poco. Del cofre que había traído consigo se sacaba primero una gran caja plana y, entonces, aparecían cantidades de cajitas, metálicas y de madera, paquetitos atados con cintas y un sinfín de objetos pequeños cuidadosamente envueltos en periódicos. La ceremonia de vaciar el contenido del cofre no se efectuaba a menudo, sólo en días señalados. A Tomás le tocaba siempre algún obsequio; por ejemplo, una tableta de auténtica tinta china: la abuela le explicó para qué se usaba, pero lo que le fascinaba era su forma, su negrura y sus cantos afilados.

Nunca había oído tantas cosas sobre el mundo como ahora. La abuela había pasado su juventud en Riga y le contaba las excursiones que hacían a Majorenhof, cómo se bañaban en un mar de verdad y cómo, cierto día, por poco se la lleva una ola; le hablaba del padre y, por tanto, del bisabuelo de Tomás, el doctor Ritter, que curaba a los niños y no cobraba nada si los padres eran pobres; le hablaba de cuánto le querían todos, de la fama de bromista que tenía, pues le gustaba gastar bromas inocentes a la gente, se disfrazaba, ponía caras divertidas; en cierta ocasión, incluso su propia madre le echó unas monedas dentro del sombrero creyendo que se trataba de un mendigo, tan bien había sabido cambiar de aspecto. Tomás oyó también hablar, por primera vez, del teatro y de la ópera: un cisne entraba en el escenario nadando y balanceándose, y hubiera podido jurarse que había en el escenario agua de verdad. La abuela pronunciaba el nombre de la cantante: Adelina Patti, y suspiraba. Suspiraba también al recordar las noches de Riga, cuando se reunía con mucha gente joven, y cantaban, tocaban y representaban cuadros escénicos. También describía el campo, Imbrody, junto a Dynaburgo, finca que pertenecía a la familia de su madre, los Mohl, así como sus viajes en carroza a través de bosques llenos de bandoleros; las tabernas solitarias, donde se refugiaban los bandoleros; la cama-guillotina cuyo baldaquín caía de noche y mataba al viajero, tras lo cual cama y cadáver se hundían en el suelo de la habitación gracias a una maquinaria complicadísima, y la carroza que cruzaba el río en una balsa: los caballos se asustaban y todos morían ahogados. También contaba la historia de una camarera de Imbrody a la que los chicos asustaban cuando se miraba en el espejo, cosa que le encantaba hacer: colocaban largas pipas detrás del espejo e, inesperadamente, le lanzaban bocanadas de humo. Cierta vez, mientras dormía, la transportaron con cama y todo, y la dejaron flotando en medio del lago; cuando se despertó, empezó a gritar sin saber dónde se encontraba. Estaban igualmente los paseos por ese lago, en un barquito blanco a vela. Eso es cuanto captaba Tomás, en medio de otros hechos y nombres que le interesaban menos.

También por la abuela supo las historias que se contaban acerca de Bitowt, un hombre tragón y excéntrico, famoso en toda Lituania. Cuando llegaba el verano, Bitowt mandaba preparar su carruaje, en la parte trasera hacía colocar el forraje para los caballos, se sentaba detrás del cochero, envuelto en su guardapolvo, y emprendía un viaje que duraba varios meses, pues visitaba todas las propiedades que encontraba a su paso, sin dejarse ni una: en todas le recibían como a un rey, en parte por el terror que inspiraba a todos su lengua viperina, capaz de proferir las mayores barbaridades. En su carruaje, fumaba gruesos cigarros, cuyas colillas iba tirando hacia atrás; en cierta ocasión, apenas le dio tiempo a saltar, pues del heno que transportaba empezaron a salir grandes llamaradas. En otra ocasión, llegó a una aldea en día de mercado, se acercó a un judío que

vendía naranjas y le preguntó cuántas seguidas podía comer. El judío contestó que cinco. Bitowt le aseguró que él podría comerse sesenta, a lo que el judío dijo que se las regalaba a quien fuera capaz de hacerlo. Bitowt se había comido cincuenta naranjas cuando el judío empezó a gritar: «¡Socorro, se va a morir, se ha comido más de cincuenta naranjas!». En su casa, tenía un magnífico cocinero con el que siempre discutía. Después de la cena, le mandaba llamar y gemía: «Bribón, voy a despedirte, has vuelto a cocinar tan bien que he comido demasiado y ahora no podré dormir». Pero volvía a llamarle en seguida para preguntar qué haría al día siguiente para el almuerzo.

A través de las conversaciones con la abuela, Tomás aprendió un poco de historia. Sobre su cama, pendía una imagen de la Virgen (la había sacado de su cofre), y, sobre su mesilla de noche, había el retrato de una hermosa joven; su cuello desnudo emergía de un ancho cuello con las solapas vueltas a ambos lados. La hermosa joven se llamaba Emilia Plater y, a través de los Mohl, la unía a Tomás un lejano parentesco del que tenía que sentirse orgulloso, pues era recordada como una heroína. En el año 1831, montó a caballo y dirigió un regimiento de sublevados, en los bosques. Murió de las heridas recibidas en una batalla contra los rusos. La imagen de la Virgen pertenecía al abuelo Arturo Dilbin, quien, en su juventud, también había elegido la clandestinidad en los bosques, allá por el año 1863 («Recuérdalo, Tomás, mil ochocientos sesenta y tres»). El lema de los sublevados, «Por nuestra y vuestra libertad», significaba que también estaban luchando por la libertad de los rusos, pero, en aquel momento, el Zar era muy poderoso, mientras que ellos no tenían para luchar más que fusiles y sables. El Zar mandó colgar al jefe del abuelo Arturo, el comandante Sierakowski, y a él lo exilió a Siberia, de la que el abuelo volvió después de muchos años de cautividad y luego se casó. El padre y el tío de Tomás estaban en la actualidad en Polonia, en el ejército, y también luchaban contra los rusos.

La abuela Dilbin andaba por casa vestida como si fuera a ir a la ciudad, incluso se ponía el broche de ámbar. Debajo de la falda, como descubrió Tomás cierta vez, llevaba varias enaguas de lana, y se apretaba la cintura con una especie de corpiño con ballenas. Sus ojos azul cielo parecían asustados, y, en sus labios, se esbozaba una mueca indefensa cuando la abuela Misia, siguiendo su costumbre, se levantaba las faldas junto a la estufa. También le molestaba lo que le parecía ser una burla de los sentimientos humanos, una manera de no tomarse nada en serio. Si, por ejemplo, ella hablaba de alguien que estaba enamorada de una joven, la abuela Misia se frotaba el trasero contra la placa de la estufa y preguntaba, alargando las sílabas al estilo lituano: «¿Y por qué, señora mía, está enamorado?». Siempre el mismo: «¿Y por qué?», como si fuera insuficiente el hecho de que la gente ama, desea y sufre. Se encogía de hombros enfadada, hablaba de sus «costumbres paganas»: pero Tomás no se ponía de parte de la abuela Dilbin, porque adivinaba que era débil, a pesar de toda su bondad. Ella se lamentaba de que Tomás creciera a su aire, mal cuidado, como un animalito salvaje. Pero, con estas opiniones lo malcriaba, ya que hasta entonces le había parecido natural coserse los botones, con el hilo y la aguja de Antonina; en cambio, ahora pedía ayuda para cualquier cosa, porque ya tenía a alguien que se ocupaba de él y estaba a su servicio.

Las espaldas redondeadas de la abuela Dilbin y las venitas de sus sienes, ocultaban una evidente fragilidad. Descubrió que por muy temprano que entrara en su habitación, a las seis o a las cinco, siempre estaba sentada en su cama rezando en voz alta, casi gritando, con la mirada perdida, los ojos llorosos y dos húmedos chorrillos surcando sus mejillas. La abuela Misia dormía en invierno hasta las diez, y, una vez despierta, permanecía aún largo rato desperezándose como un gato. De noche, en la habitación de la abuela Dilbin, se oían pasos hasta muy tarde. Paseaba fumando cigarrillos. Las pisadas monótonas que resonaban en la casa adormecían a Tomás. Durante el día, para pasear por el jardín, la abuela nunca salía sola; él tenía que acompañarla, porque padecía vértigos: se detenía en medio del sendero, con los brazos estirados y gritaba que estaba a punto de caerse, que la sostuviera. Cuando, una vez, salieron a dar un paseo en el carruaje tirado por caballos, en el punto donde el camino pasaba junto a un precipicio, cerró los ojos y, momentos después, preguntó si ya se habían alejado del peligro.

Tomás sentía la tentación de darle disgustos y ponerla a prueba. Durante el paseo, cuando lo

llamaba para pedirle que la cogiera del brazo, no contestaba en seguida, se escondía detrás del tronco de un árbol y en general se las arreglaba para poder arrancarle a aquella bolita sonrosada alguna queja temerosa: «¡ Ay de mí!».

La hija del conde von Mohl se casó con el doctor Ritter: tuvieron seis hijas, y la más pequeña, Bronislawka, pasó a ser con el tiempo la abuela Dilbin. De aquella época de calor, amor y felicidad, anterior a su decimoctavo cumpleaños, guardaba en su cofre cuadernos escritos con letra menuda. Entonces, escribía versos. Unas cuantas flores secas perduraron más que los seres a quienes había querido.

Konstanty tocaba muy bien el piano, cantaba con voz de barítono, y, en todas las fiestas juveniles de Riga, recitaba con gran éxito poesías patrióticas. Pero a los padres no les gustaba, era demasiado joven, demasiado irreflexivo y, además, no tenía un céntimo. Poco después de romper con él, apareció un nuevo pretendiente, y Broncia conoció las primeras noches de llanto en soledad y del terror que se experimenta cuando se sabe que todo nuestro destino está en juego. Arturo Dilbin, entonces ya no muy joven, a decir verdad más bien maduro, era considerado un hombre reposado y, además, le rodeaba el nimbo del martirio. Sus propiedades le fueron confiscadas por su participación en el levantamiento, pero tenía la vida asegurada como administrador de las propiedades de unos parientes suyos. Lo aceptaron, y Broncia abandonó la ciudad de su juventud para instalarse en una lejana campiña, entre problemas con la servidumbre y cuentas domésticas, en las silenciosas veladas, bajo la pantalla de una lámpara detrás de la que Arturo fumaba su pipa.

He aquí su retrato: la frente despejada, la cara enjuta, una mirada llena de violencia y orgullo, las mejillas hundidas y enormes bigotes de color rubio claro. Ancho de espaldas, seco, a menudo introducía la mano delgada tras un cinto de piel sostenido con hebilla. Mantenía una jauría de perros y dedicaba a la caza sus horas de ocio. Le entusiasmaban las carreras de carruajes, esa prueba de fuerza entre el conductor y los caballos, en la que las tensas riendas arrancan la piel de las manos. Era un marido afectuoso, aunque, a espaldas de su mujer, procuraba ayudar a las madres de los hijos naturales que tenía esparcidos por la región. Estos hijos provenían casi todos de sus tiempos de soltero. Era del dominio público que Arturo Dilbin, siendo joven aún, impidió que cierta familia aristocrática se extinguiera, haciendo frecuentes visitas a la condesa, cuyo marido estaba completamente idiotizado. Todas esas habladurías no le afectaban en lo más mínimo. Al contrario, se alisaba con orgullo el bigote y, cuando se encontraba por casualidad con el joven conde, le miraba de reojo, satisfecho, porque se había convertido en todo un hombre de bien.

Resignación y deber. Luego, llegaron los hijos, y sobre ellos vertió Bronislawka todo su amor. Cuando el hijo mayor, Teodoro, cumplió siete años, lo llevó a Majorenhof, al mar, pero no volvió a encontrarse allí tan bien como antes. El segundo hijo nació el mismo año en que murió Arturo, que se había resfriado durante una cacería. Lo bautizó con el nombre de Konstanty.

Por más que se rastree en la historia de los Dilbin, los Ritter y los Mohl, no se encuentra ni un solo rasgo de parecido familiar con Konstanty. Tenía los ojos negros, el pelo como la pez, que le bajaba hasta media frente, el color de cara oliváceo, como un meridional, y la nariz aguileña. Era delgado y nervioso. En su infancia, se metió a todo el mundo en el bolsillo porque tenía un corazón de oro; bastaba que alguien le pidiera algo para que ya estuviera dispuesto a dárselo todo, a quitarse incluso el abrigo o la chaqueta. También dicen que estaba muy bien dotado, que era poco menos que un genio. Pero, cuando Bronislawka se trasladó a Vilna para dar instrucción a sus hijos (cosa que no le fue nada fácil, pues contaba tan sólo con sus menguadas posibilidades), Konstanty no quiso estudiar. El más mínimo esfuerzo le cansaba. La madre le suplicaba, caía de rodillas ante él, prometía regalos, le amenazaba. Él sabía que ella no era capaz de llevar a cabo ninguna de sus amenazas y que, si quería algún regalo, su madre jamás se lo negaría. Pronto empezó a frecuentar malas compañías, jugadores de cartas y gente disoluta. Bebía, contraía deudas, frecuentaba a prostitutas. Por fin le expulsaron del instituto, en cuarto curso, y allí terminó su formación.

Mientras tanto, el mayor, Teodoro, estudiaba veterinaria en Dorpat y, una vez obtenido su diploma, mantuvo a la madre y al hermano. Parecido a su padre de cara y complexión, era no obstante más suave, más dado a sueños románticos. Se sentía aplastado por la responsabilidad y por su propia honestidad, cuando lo que realmente deseaba era viajar y vivir aventuras (todos los Dilbin habían sido un poco aventureros, y uno de ellos había servido en el ejército de Napoleón, tomando parte en las campañas italiana y española). Se casó con Tecla Surkont, a quien conoció durante unas vacaciones en casa de unos primos, no lejos de Ginie. Sería el padre de Tomás. Cuando estalló la guerra, sintió una satisfacción mal disimulada, pues era el presagio de nuevos cambios: era la «guerra de las naciones», anunciada desde hacía un siglo y que habría de destruir el poderío del Tirano del Norte.

Las lágrimas que Bronislawa Dilbin tragaba primero a escondidas, se abrían siempre con mayor osadía camino por sus mejillas. Pedía a Dios que se apiadara de Konstanty y que le perdonara a ella sus pecados si, por su culpa, había castigado al chico. Sus ruegos aún se elevaban en el espacio, en las primeras horas de la madrugada, cuando se supo que Konstanty había falsificado la firma de su hermano en unos talones bancarios y, más tarde, reclutado por el ejército ruso, fue inscrito en la escuela de suboficiales para ser en seguida despachado al frente. Cuando, más tarde, pasó a primera línea de fuego, ella vivió en el perpetuo temor por su suerte, no así por la de Teodoro, quien, como profesional, servía en retaguardia. Por fin, llegó la noticia de que, tras caer herido, lo habían hecho prisionero. Desde entonces, todo fueron paquetes de cartón, cosidos en tela, con destino a la Cruz Roja. Los recibía sin duda en algún lugar desconocido de Alemania. Bronislawa contaba los días entre paquete y paquete, confeccionaba saquitos para el azúcar y el cacao, hacía mil combinaciones para poder llenar al máximo la caja. Por fin, llegó el año 1918 y una carta de Konstanty en la que le contaba que, de la herida producida por un obús, no le quedaba más que una cicatriz en el pecho, que había intentado huir por un túnel del campo de prisioneros, pero que lo habían cogido, y que, finalmente, se encontraba en libertad y se alistaría en la caballería polaca.

Allí, lejos, seguía la guerra entre Polonia y Rusia, y habían matado al zar. Teodoro y su mujer visitaron a la abuela en Dorpat, en su viaje desde Pskow hacia el sur, cumpliendo sus deberes patrióticos. Entretanto, ella desgranaba las cuentas del rosario imaginando las marchas nocturnas. Veía a Konstanty, encorvado en su caballo, en una tormenta de nieve y lluvia, las cargas con los sables en alto, y su pecho, ya una vez destrozado, expuesto de nuevo a las balas. La obsesionaban los rostros de los muertos: los alemanes, al ocupar Dorpat, fusilaron a los comisarios bolcheviques y esparcieron los cuerpos por la plaza, prohibiendo que fueran enterrados. Yacían en tierra, cubiertos de hielo, vidriosos.

Imploraba a Dios por la vida de Konstanty. Pero, a esas horas de la madrugada, se sentía presa de otra clase de temor, el miedo al tiempo, a la mezcla del pasado y del futuro, y a todas las mentiras de Konstanty: su forma de acercarse sigiloso al cajón de Teodoro para sacar, a escondidas, un billete de banco, y el escalofrío que la recorría cuando tenía que decirle que lo había visto. Konstanty primero palidecía y luego se sonrojaba; a ella le daba pena, pero, acto seguido, llegaba aquel momento: él sacudía la cabeza y se defendía con desfachatez. Konstanty creía a pie juntillas en sus propias mentiras, y esto era lo más doloroso. Tenía una extraña incapacidad para vivir la vida tal como era en realidad; la adornaba con sus fantásticos proyectos, siempre seguro de que había encontrado un nuevo medio para hacer fortuna, que justificaba momentáneamente ciertas irregularidades. Ella sabía que era incapaz de cambiar. La plegaria con la que imploraba su retorno, no era del todo pura. Llevaba continuamente en el recuerdo todo lo que había tenido que hacer por culpa de su debilidad, de su total incapacidad para terminar lo que empezaba, su falta de preparación en todo. Se le aparecían antros y garitos de alguna gran ciudad, los hombres jugando a las cartas, con las prostitutas apoyadas en sus hombros: y, en medio de todo aquello, él, su pequeño Kostus. La plegaria no era pura, y ella se sentía culpable, tratando de ahuyentar el dolor con ese movimiento. Eran las «Torres de marfil», «Arca de la alianza», que Tomás oía del otro lado de la puerta.

Sus pecados... Nadie nunca los conocerá. Quizás sólo ella, penetrando en sí misma, en la circulación de su sangre, en su propio yo corpóreo que la palabra es incapaz de transmitir a los demás, hallaba, en lo más hondo de su ser, la culpa de su propia existencia y la del nacimiento de sus hijos. Pero no son más que suposiciones. Tomás había probablemente heredado de ella la conciencia escrupulosa y la tendencia a hacerse continuos reproches por todo. Cuando la hacía rabiar, se vengaba, como si de sí mismo se tratara, de la vergüenza que despertaba en él su queja: «¡Ay de mí!».

Se avecinaba la primavera. El hielo del estanque aparecía más húmedo y se borraban las huellas de las botas de Tomás: patinaba, o se divertía simplemente, golpeando en la losa verde en la que, inaccesibles, habían quedado atrapados insectos y hojas de plantas lacustres. La nieve parecía cansada: a mediodía, caían del tejado gotas que labraban hileras de pequeños agujeros a lo largo de los muros de la casa. Al anochecer, la luz clara y rosácea sobre los blancos lomos de la tierra se espesaba y se volvía de color amarillo y carmín. Las huellas de los animales y de las personas quedaban oscurecidas por la humedad acumulada en ellas.

Tomás se pasaba las horas dibujando, estimulado por las revistas ilustradas alemanas que había traído consigo la abuela Dilbin. Vio en ellas cañones, tanques y el avión «Taube», que le gustó mucho. En dos ocasiones, un avión había sobrevolado Ginie, pero a mucha altura; la gente se agrupaba y señalaba con el dedo el cielo, de donde les llegaba el zumbido. Pero, ahora, Tomás pudo comprobar cómo era en realidad un avión. En sus dibujos, los soldados corrían al ataque (no es difícil dibujar el movimiento de las piernas, basta con doblar los palitos a partir de la rodilla), se caían, del cañón de su fusil salían manojos de líneas rectas y las balas seguían su curso: hileras de líneas interrumpidas. Sobre todo ello, volaba el «Taube».

Antes de contar un hecho que, desde luego, estaba relacionado con las escenas que inventaba Tomás en el papel, hay que describir la distribución de las habitaciones en aquella zona de la casa. En invierno, sólo se usaban aquéllas cuyas ventanas se abrían al vergel, es decir, al interior del ángulo formado por la antigua mansión y las nuevas dependencias. Primero estaba la sala, donde se tejía (allí trabajaba Pakienas); luego, nada, un lugar para almacenar lana y semillas; a continuación, la habitación de la abuela Dilbin, a la que seguía otra, en la que dormía Tomás. Luego venían ya las habitaciones de los abuelos. Primero, la de la abuela Misia y, en la misma esquina, la del abuelo.

Aquella mañana, Tomás se había despertado temprano, porque sentía como si tuviera frío, daba vueltas, trataba de acurrucarse en un rinconcito, pero todo era inútil, un soplo de aire helado caía sobre él. Se volvió de espaldas a la ventana, estiró su edredón hasta el cuello y se quedó mirando la pared iluminada por el sol. En el suelo, sobre un gran recuadro de tela, habían extendido harina a secar. Al pasar la vista por ella, algo llamó de pronto su atención: algo que brillaba, como si fueran cristallitos de hielo o sal. Se levantó y, puesto en cuclillas, tocó con el dedo: eran fragmentos de vidrio. Entonces, sorprendido, miró hacia atrás. En el cristal de la ventana, había un agujero del tamaño de una mano grande, y, a su alrededor, las fisuras formaban como una estrella. Fue corriendo a la habitación de la abuela Misia para decirle que, durante la noche, alguien, desde el vergel, le había lanzado una piedra.

Pero no había sido una piedra. Estuvieron mucho rato buscando hasta que el abuelo descubrió, debajo de la cama de Tomás, en un rincón, un objeto negro y ordenó que nadie lo tocara. Enviaron a buscar a alguien del pueblo que hubiera servido en el ejército. El objeto negro, luego Tomás pudo observarlo mejor, se parecía a un huevo más bien grande y muy pesado. En el centro, le rodeaba como un cuello dentado. Afuera, debajo de la ventana, encontraron huellas de zapatos y un mechero. También recordaron todos que aquella noche los perros habían ladrado más que de costumbre.

La granada no había explotado, pero habría podido hacerlo; entonces, seguramente, habrían colocado a Tomás bajo los robles, no lejos de Magdalena. El mundo seguiría existiendo, las golondrinas, las cigüeñas y los estorninos volverían, como cada año, de sus lejanos viajes, y las avispas y los abejorros seguirían absorbiendo el dulzor de las peras. No nos incumbe juzgar por qué no explotó. Golpeó contra la pared, rebotó y fue rodando hasta debajo de la cama de Tomás: en su interior maduraba la decisión, en la frontera misma entre el sí y el no.

El abuelo Surkont se disgustó mucho. Cuando le contaban casos de ataques a casas señoriales (muy cerca, por el lado de levante tenían un buen ejemplo de ello), carraspeaba suavemente y convertía la amenaza en broma. Ni siquiera tomó especiales medidas de precaución cuando, por los bosques, merodeaban bandas de fugitivos rusos, que vivían del pillaje. ¿Y quiénes, entre los que habitaban la región, podían tener interés en atacarle? ¿No lo conocían todos desde niño, o es que había hecho daño a alguien? ¿A lo mejor, involuntariamente? En cuanto al odio que existía entre polacos y lituanos, trataba de convencer a los polacos que los lituanos tenían todo el derecho a poseer su propia nación, y que ellos, los que hablaban en polaco, eran, igual que él mismo, *gente lituani*. Pero alguien había arrojado una granada. ¿Quién y contra quién? Contaban las ventanas: una, en la habitación del abuelo, dos en la de la abuela Misia, dos en la de Tomás. Si lo hubiera hecho alguien que conociera bien la casa, no hubiera apuntado contra el niño, parecía evidente. De modo que se trataba de alguien de afuera, o bien de alguien mal orientado y que se había equivocado.

A la abuela Misia no le preocupó en absoluto el hecho de que pudiera ser odiada hasta aquel punto. Vertió sobre el abuelo su dosis habitual de reproches acerca de sus simpatías por los lituanos y campesinos, señalándole que esto era lo que merecía a cambio. Tampoco pareció preocuparla mucho su propia seguridad; aunque, a decir verdad, no era fácil buscar alguna protección mejor: las contraventanas de madera se cerraban por fuera, y únicamente colocaron un candado en las de la abuela Dilbin, que estaba realmente asustada. Después de aquella milagrosa salvación, malcriaba aún más a Tomás y, de lo más hondo de su cofre, que escondía tesoros siempre inexplorados, extrajo una cajita alargada que contenía pinturas auténticas y un pincel. La primera obra de Tomás fue un pinzón: pues el pinzón (siempre los veía picoteando semillas en los arbustos alrededor de la casa) es una gran mancha roja, a la que se añade color azul mezclado con un poco de gris y un poco de negro. El pinzón y el pico picapinos, que tiene la cabeza roja y golpea en lo alto de los árboles desprendiendo de las ramas blancos copos de nieve, constituyen la mayor sorpresa del invierno.

La aventura de la granada de mano no entraba en el círculo de fantasías viajeras y guerreras de Tomás. No eran sus soldados y piratas, sino la fuerza encubierta y la oscuridad de la noche, aunque las huellas en la nieve le incitaban a imaginar botas altas, guerreras ceñidas por un cinturón y deliberaciones en voz baja. Se volvió desconfiado y sentía miedo cuando se encontraba con alguno de aquellos muchachos cuyo porte, adquirido en el ejército, ya de por sí infundía temor. A decir verdad, en verano, siempre que se acercaba al Issa avanzaba con la prudencia de un indio, porque ellos se instalaban en la espesura, de la que llegaban silbidos y carcajadas. Disparaban sus carabinas, y las balas se deslizaban por la superficie del agua como piedras planas. Tenían mala fama en el pueblo y se apartaban de todos. Akulonis les amenazaba con el puño y les insultaba porque le ahuyentaban los peces, y, una vez, llegaron hasta aturdirlos a golpes de granada, lo cual provocó la indignación general: esta manera de pescar no sólo es demasiado fácil, sino indecorosa.

Como medida de seguridad, adoptaron en realidad sólo una. Colocaron una cama en la sala de tejer, y Pakienas pasó a dormir allí, lo cual no constituía una protección especialmente eficaz. Se decía de él que era terriblemente miedoso, fama que quizás aún le venía de los alaridos que profirió hasta encontrar a alguien en su huida del espíritu del mayoral. Además, el aspecto externo de la persona suele apoyar ese tipo de juicios, y en su caso, eran sus ojos saltones, que se movían como los de un cangrejo. Además de un bastón con nudos, Pakienas tenía un viejo revólver, pero sin balas.

José el Negro subía trabajosamente por la carretera que sale del pueblo. Se hundía hasta el tobillo en la nieve mezclada con estiércol de caballo; unos riachuelos bajaban por los carriles alisados por las barras de los trineos. Se desabrochó su chaqueta blancuzca de grueso paño. Alzó un momento la gorra al pasar ante la cruz y entornó los párpados porque la luz lo cegaba. Allí estaban la blanca colina y, en la cima, la orilla del parque y la blancura de la pared de los graneros. En el valle, por encima de un bosquecillo, en un recodo del Issa, volaban las cornejas con un graznido que anunciaba la primavera.

Pasó de largo por la alameda y, bordeando el huerto, se dirigió hacia la *kumietynia*. Antiguamente, en las chozas que bordeaban la carretera por ambos lados, vivían los *kumiecie*, o sea los peones que trabajaban para el señor. Ahora quedaban sólo unos pocos, y las demás chozas estaban ocupadas por toda clase de gentes, generalmente unos infelices que buscaban trabajo aquí y allá. José contestó cortésmente a todos los saludos, pero llevaba demasiada prisa para detenerse a hablar. Al final de la *kumietynia*, junto a la cruz con su tejadillo metálico, torció hacia la derecha, hacia el pueblo de Pogiry y la oscura franja del bosque.

Pogiry es un pueblo alargado, cuya calle mayor se extiende a lo largo de más de una *venta*, a la que cruza otra calle perpendicular a aquélla. Es una aldea bastante rica, no hay en ella casas con techos de paja, ni chozas sin chimenea. Los huertos son casi tan buenos como en Ginie. Crían también muchas abejas que producen una oscura miel de alforfón, trébol y flores de los prados silvestres. José se detuvo frente a la tercera casa después del caserón de Baluodis, el americano, pintado de verde, y miró al patio, por encima de un seto de tablas afiladas. Vio allí a un hombre ya mayor, vestido con un caftán de lana (las ovejas en Pogiry son generalmente marrones y negras) que estaba descortezando un tronco. José empujó la portezuela y, después de estrecharle la mano, observó que se trataba de un abeto más que regular. El viejo asintió y añadió que le sería muy útil, ya que se tenía que apuntalar el granero. Seguro que el abeto había llegado hasta allí gracias a Baltazar, pero esto no era asunto de José.

El joven Wackonis apareció de pronto desde algún rincón, medio dormido. Se pasó los dedos por el pelo para quitarse las briznas de paja y el plumón y, mientras presentaba sus respetos a José, un poco avergonzado, le observaba con una mirada algo insegura. Vestía pantalones de color azul oscuro y una blusa militar. Su ancho rostro se ensombreció cuando José le dijo que venía para hablarle.

José dejó la jarra de estaño, se secó los bigotes con el revés de la mano y se lo quedó mirando sin decir palabra. Finalmente, apoyó los codos en la mesa y dijo:

—Lo sé todo.

El otro, sentado en un rincón del banco, parpadeó varias veces, pero en seguida bajó los párpados con expresión soñolienta. Se encogió de hombros.

—Aquí no hay nada que saber.

—Quizás lo haya, o quizás no lo haya. He venido a verte, porque eres un estúpido. ¿Quién te enseñó a escribir? ¿Ya no te acuerdas?

—Usted.

—Eso es. ¿Acaso lo hice para que fueras a arrojar granadas contra la gente?

Wackonis alzó los párpados. Su rostro tenía ahora una expresión adulta y seria.

—¿Y, si fuera yo, qué? No fue contra la gente, fue contra los señores.

José dejó sobre la mesa su tabaquera de abedul y se puso a liar un cigarrillo. Lo introdujo en una boquilla, lo encendió y aspiró el humo.

—¿Viste alguna vez que yo estuviera de parte de los señores?

—No lo vi, pero lo veo ahora.

—Tu padre no te lo dirá, pero te lo digo yo. Tú escucha a los más listos y no a los que son como tú. No tenéis nada dentro de la cabeza.

Wackonis cruzó los brazos sobre el pecho, le temblaban los músculos de la mandíbula.

—Los señores nos han chupado la sangre y no los necesitamos para nada. Matas a uno, a otro y acabarán marchándose a su Polonia. La tierra será nuestra.

José movía la cabeza con aire burlón.

—¡No necesitamos a los señores en Lituania, la tierra es nuestra! ¿A quién se lo has oído decir? A mí. Y ahora tú quieres darme lecciones. ¿Quieres matar e incendiar como los rusos?

—Ellos ya no tienen zar.

—Si no lo tienen, lo tendrán. Tú eres un lituano. El lituano no es un bandido. A los señores les quitaremos las tierras de todos modos.

—¿Quién se las quitará?

—Lituania se las quitará. Todos los eslavos, tanto los polacos como los rusos, no son más que basura. He trabajado en Suecia, y nosotros debemos vivir como ellos.

Wackonis escuchaba con las cejas fruncidas, mirando hacia la ventana.

—Todo polaco es un enemigo.

—Los Surkont son lituanos desde hace siglos.

El otro se rió.

—¿Qué clase de lituano, si es un señor?

José acercó el jarro y se echó cerveza. Preguntó:

—¿Ibas tú contra él?

El chico hizo una mueca de indiferencia.

—Nnno, me daba igual.

José volvió a mover la cabeza.

—¡Muy bonito! Puedes dar gracias a Dios de que la granada no haya explotado. ¿Te han dicho a quién hubiera matado?

—No me lo han dicho.

—Al pequeño Tomás. La encontraron debajo de su cama.

—¿Al Dilbin?

—Sí.

Callaban los dos. Sin apartar los labios de la jarra, Wackonis masculló:

—Todos sabemos dónde está su padre. De tal palo, tal astilla.

—Estúpido. ¿Hubieras ido al entierro?

—¡Qué iba a ir!

El labio de José se arqueó, descubriendo los dientes. Se ruborizó.

—Tú, Wackonis, escúchame bien. Sé también quién te empujó a hacerlo y quién estuvo contigo aquella noche. Tus «Lobos de Hierro» no me dan miedo. Lucháis contra mujeres y niños.

Wackonis se levantó de un brinco.

—¡A usted no le importa si alguien me empujó o no me empujó!

José se echó para atrás en el banco y, mirándolo de arriba abajo, le espetó con desprecio:

—¿Qué te pasa? ¿No serás polaco?

El hielo se agrietaba sobre el Issa produciendo un estruendo parecido al disparo de un cañón. Luego bajaban los témpanos arrastrando paja, maderos, haces de leña, gallinas muertas, y las cornejas se paseaban encima de ellos, a pasitos menudos. La perra Murza había parido, en la granja, varios cachorros, pero no pudo mantener oculta por mucho tiempo su carnada, porque los cachorritos empezaron pronto a chillar. Tomás acercaba a su mejilla los cálidos cuerpecillos y observaba sus ojos cubiertos aún por una nubecilla azulada. Murza, pelirroja, mitad lobo, mitad zorro, con el hocico oscuro y manchado, aceptaba con indulgencia su visita, jadeando con la lengua fuera.

Pakienas colocó los cachorros en un cesto, y a Murza la encerraron en la leñera junto al cachorro más grande y más fuerte, el único que le dejaron. Tomás corrió detrás de Pakienas y lo alcanzó junto a la escarpa sobre el río, allí donde se abrían las terreras de arcilla amarilla, con agujeros excavados por las golondrinas zapadoras. Los hielos ya habían bajado, y, sobre la cóncava superficie, giraban los embudos de los remolinos.

Pakienas tomó impulso y lanzó al cachorro. Un chapoteo, nada, la corriente rompió y empujó el círculo, y la cabeza del perrito apareció más abajo: movía las patitas, desapareció y se le volvió a ver aún en el recodo del río. Ahora, Pakienas los sacaba del cesto de dos en dos y, mientras lanzaba a uno, el otro lo mantenía apretado contra el pecho. El último se hundió tan sólo un segundo, luchó valientemente hasta que la corriente lo empujó hacia el centro: Tomás lo acompañó con la mirada.

Del calor, de entre las cosas que aún no eran capaces de distinguir, caían al agua helada: no sabían siquiera que existiera agua en algún lugar. Tomás volvió pensativo. En su curiosidad se introdujo la sombra de aquel sueño sobre Magdalena. Abrió la puerta de la leñera y acarició a Murza que gemía, intranquila, y que se escabulló de entre sus manos, husmeando.

Llegaron los primeros días claros. En el corral, las gallinas escarbaban la tierra y el viejo Grzegorzunio se sentaba en su banqueta y afilaba algo —su navaja, tan gastada por el uso que su hoja se iba estrechando hasta casi convertirse en una lezna, cortaba la rama de un solo movimiento rápido—, no como Tomás que incluso con la misma navaja tenía «que hacer una incisión a uno y otro lado para que la rama se rompiera.

La señora Malinowski fue a visitar al abuelo Surkont porque quería arrendar su vergel. Era una propuesta insólita, pero dijo que quería probar, pues su hijo Domcio ya había cumplido los catorce años y creía que entre los dos podrían arreglarse. El abuelo le prometió el vergel, y ella salió ganando por haber venido pronto. Días más tarde, retumbó en el patio el carruaje de Chaim quien quería proponer como arrendatarios a unos parientes suyos. A su favor tenía las garantías profesionales y la costumbre, porque los arrendatarios siempre son judíos. Pero la palabra obliga, y todo terminó con el aparatoso gesto de mesarse el pelo, gritos y puños clamando al cielo.

La señora Malinowski, que era viuda y la más pobre de todo el pueblo de Ginie, no sembraba ni cosechaba, y poseía tan sólo una casucha junto a la balsa, sin terreno alguno. Era baja y ancha, y el pico de su pañuelo le quedaba levantado sobre la frente pecosa formando como un tejado casi más alto que su cabeza. Su visita marcó para Tomás el comienzo de una nueva amistad.

Unos meses más tarde, Tomás llegó hasta aquella parte del vergel que quedaba detrás de las hileras de colmenas (para llegar hasta allí había que pasar muy cerca de las colmenas y, las abejas a menudo atacaban) y descubrió una cabaña. Una cabaña magnífica, no como las que construyen los pastores para pasar la noche en los prados. En el centro, uno podía ponerse de pie sin tener que inclinar la cabeza y, para cubrirla, se habían utilizado haces enteros de paja, sujetos con varas. El punto de unión, que correspondía al vértice de esta V invertida, estaba reforzado con clavos. A la entrada, habían encendido un fuego junto al que estaba sentado un mozalbete que asaba manzanas verdes clavadas en un palo; fue él quien enseñó la cabaña a Tomás, por dentro y por fuera.

Dominico Malinowski, pecoso como su madre, pero alto y con mechones pelirrojos, se hizo en seguida amigo de Tomás, quien, al tutearle, se sentía como avergonzado, algo así como a disgusto, por aquel privilegio que le concedía un chico casi adulto. Domcio le enseñó a fumar en pipa: la había construido con una bala de carabina, a la que había practicado un orificio en el que introdujo una embocadura. Era la primera vez que Tomás fumaba, pero, aunque sentía una quemazón en la garganta, daba fuertes chupadas para mantener encendida la hoja doblada del tabaco casero. Con todas sus fuerzas trataba de merecer —y a partir de entonces para siempre— la aprobación de aquellos ojos grises y fríos.

Antes, cuando no aparecía, Antonina contestaba invariablemente: «Tomás ha vuelto a ir a casa de los Akulonis», en cambio ahora decía: «Tomás está en la cabaña». El irresistible encanto de la pequeña columna de humo entre los árboles y, en el interior, el olor a manzanas semipodridas y a paja. ¡Cuántas horas junto al fuego! Domcio sabía lanzar los salivazos a gran distancia, sacar el humo por la nariz (dos columnas que ascendían lentamente en el aire) y preparar trampas para pájaros y martas (en el parque, una marta perseguía a una ardilla alrededor del tronco del tilo, pero, para colocar las trampas, habría que esperar hasta el próximo invierno); le enseñaba además toda clase de maldiciones. A cambio, le exigía que le contara lo que está escrito en los libros. No sabía leer y se interesaba por todo. Al principio, Tomás sintió vergüenza, la ciencia adquirida por medio de la letra impresa le parecía inferior (una vergüenza parecida, por ejemplo, a la que sentía por su solidaridad con la abuela Dilbin), pero Domcio se lo exigió y su curiosidad parecía inagotable: «¿Para qué?», «¿cómo?», «¿y, si es así, por qué?», y no siempre Tomás podía explicárselo, porque nunca antes se había detenido a pensarlo.

Atracción, sumisión. ¿Atracción por lo que era rudo y malicioso? Domcio le parecía el sumo sacerdote de lo verdadero, puesto que sus ironías y sus burlas solapadas roían la superficie de los conocimientos de Tomás, pero éste intuía que, debajo de ella, se agitaba lo que era realmente auténtico. Pero no se trataba de aquellos largos caracoles sin cáscara que cazaban, para luego acercarlos al fuego y ver cómo se encogían, ni de los abejorros a los que colocaban una paja en la parte posterior y dejaban otra vez en libertad, ni siquiera de una rata a la que Domcio metió en un túnel, entre carbones encendidos. Era algo más distante, más hondo. Cada una de sus visitas a la cabaña del vergel traía una promesa.

Y no le quedaba más salida que tratar de adivinar qué ocurría, porque Domcio no le desvelaba sino una faceta de su naturaleza, y lo trataba con cautela. No necesitaba demostrarle claramente a Tomás que estaba por encima de él, lo aceptaba con la condescendencia del que se siente más que respetado. Además, trataba de no propasarse. Quizá porque una ingenua confianza desarma, o porque le parecía más prudente no crearse mala fama en casa de los señores. Así, en su gruñido, «hmmm», y en su manera de burlarse, con las manos en las rodillas, cuando Tomás insistía en penetrar en los conocimientos prohibidos, a los que no podía acceder, radicaba precisamente gran parte de aquello que el pequeño quería saber. Pero, si, en cierta ocasión, esta reserva se rompió de pronto fue por culpa de los demonios del Issa, o de la inexperiencia de Tomás, quien despreció la regla según la cual no hay que seguir siempre y a todas partes a la persona a la que se adora. Pero ¿de dónde le habría venido el tacto suficiente, si vivía solo con sus ensueños y, en realidad, nadie le había enseñado a comportarse?

La señora Malinowska iba pocas veces a la cabaña. Al mediodía, le llevaba la comida a su hijo, pero no siempre, y Domcio se cocinaba él mismo la sopa de col, cortaba con la navaja grandes rebanadas de pan negro y se las comía acompañadas de tajadas de tocino. Y, además, manzanas y peras asadas: las peras asadas en ceniza son lo mejor del mundo, y las patatas, que también se preparaban, se cubrían de una corteza crujiente; para probar si ya estaban cocidas, clavaban en ellas unos palitos afilados. Antonina sólo iba allí para llevarse a Tomás por el pescuezo, o para cargar con las «cestas de la inspección» —así se llamaba la porción de frutas que el arrendatario cedía al señor para el consumo diario de su casa—; en tal caso la ayudaban a llevarlas. A Domcio le llamaba con un nombre tan divertido como feo: *napuzuk*, que significa «pariente de todos los sapos».

Domcio, debemos confesarlo ahora, era un rey disfrazado. Gobernaba con la ayuda de un silencioso terror y observaba cuidadosamente ese silencio. Llegó al cargo de rey gracias a su fuerza física y a su vocación para el mando. Los que recibían palizas de sus fuertes puños acataban la prohibición y nunca se atrevieron a acusarle delante de sus padres. La corte que le rodeaba en los pastos que circundaban el pueblo, se componía, como suele ocurrir, de confidentes más próximos, o ministros, así como de vulgares aduladores, utilizados para servicios secundarios como, por ejemplo, perseguir las vacas cuando entraban en terreno vedado. Para los experimentos serios que llevaba a cabo, se rodeaba tan sólo de sus confidentes.

Su mente crítica, que no aceptaba nada sin una comprobación científica, observaba atentamente todo lo que corre, vuela, salta y repta. Cortaba patas y alas y, de este modo, procuraba profundizar en el misterio de las máquinas vivientes. Sus experimentos abarcaban también a las personas; en estos casos, sus ministros sujetaban fuertemente por las piernas al objeto, es decir a Verónica, de trece años de edad. También le intrigaban los productos de la técnica, y estuvo mucho tiempo observando la construcción del molino, hasta que él mismo construyó un modelo exacto, al que incluso aportó mejoras, y lo instaló luego en el lugar donde el torrente irrumpe en el Issa.

Imponiendo su voluntad a los chicos de su misma edad, Domcio se vengaba de todo lo que había sufrido de los mayores. Desde pequeño, sólo humillaciones: tanto él como su madre trabajaban en tierras ajenas, generalmente para ricachones, amos de sesenta u ochenta hectáreas, que eran sin duda los peores. Su vida consistía en mirarles a los ojos, adivinar sus deseos, adelantarse y ejecutar rápidamente lo que le ordenaran hacer poco después, simulando hacerlo alegremente y por propia voluntad, temblando de miedo si, llegado el momento, le negaban la medida de centeno prometida, o el par de zapatos viejos: así nace el odio, o bien la duda de si todo este mundo no se asienta en alguna mentira.

A principios de verano, antes de instalarse en la cabaña del vergel, en la vida de Domcio ocurrió un hecho importante. Tanto cumplió y corrió tras los caprichos ajenos, tanto hizo y tanto insistió que, al fin, consiguió que uno de los antiguos soldados le prestara, de vez en cuando, su carabina. Esto era, además, una recompensa por su silencio sobre ciertos asuntos.

Por aquel entonces, se presentó un caso de rabia en la región, y corrió la sospecha de que uno de los perros del pueblo había sido mordido por un perro rabioso. Decían que convenía matarlo, pero nadie se decidía a hacerlo, hasta que Domcio lo supo y se ofreció para sacrificarlo. Se lo entregaron de mala gana, porque, a lo mejor, ni siquiera había sido mordido. El perro, grande, negro, con el rabo levantado y pelos blancos en el hocico, daba saltos de alegría junto a él, contento de que le soltaran y de salir al campo, en vez de bostezar y buscarse las pulgas. Le dio de comer y, luego, lo condujo junto al lago situado en medio de un pequeño promontorio en un tranquilo recodo del Issa. Este laguito era alimentado por un riachuelo que recogía el agua de los deshielos primaverales a través de un canal; poco profundo y cálido, constituía un remanso ideal para los lucios: en verano, se secaba casi del todo y quedaba en él más lodo que agua: habitaban allí permanentemente tan sólo las epinochas. Lo rodeaba un tupido muro de juncos, altos como un hombre a caballo.

En una orilla, dentro de este círculo de juncos, crecía un peral. Domcio ató allí al perro, con una soga gruesa. Él se sentó a poca distancia, con la carabina en la mano. Sacó las balas del cargador y colocó en su lugar unos balines de madera que él mismo había tallado. El perro meneaba alegremente la cola y soltaba pequeños ladridos. Había llegado el momento: podía disparar, o no disparar; se acercó la culata al hombro, retardando el instante para poder deleitarse con la posibilidad misma. Era precisamente eso: el perro no sospechaba nada, y él, Domcio, tenía en su mano la elección, era él quien decidía. Y, más aún, por un movimiento de su dedo, el perro pasaría

en seguida a ser otra cosa: ¿pero qué cosa? ¿Caerá muerto, o seguirá saltando? Y, al mismo tiempo, bajo el peral y en los alrededores, todo cambiaría. Nada es comparable al poder mortífero de una bala; aquella paz, aquel silencio, como si el hombre no estuviera allí. Y, sin ira ni esfuerzo, decir: ya.

Se oía tan sólo el ruido de los juncos movidos por el aire; la lengua colorada y húmeda del perro colgaba del hocico abierto. Lo cerró de golpe con un ruido seco: había atrapado una mosca. Domcio apuntaba a su brillante pelaje.

Ya. Durante una fracción de segundo, el perro quedó como atónito. Y, en seguida, se lanzó hacia delante, con un ladrido ronco, tensando la cuerda. Enfadado por esta actitud hostil, Domcio disparó la segunda bala. El perro cayó, se levantó y, de pronto, comprendió. Con el pelo erizado empezó a retroceder ante la visión aterradora. Recibió otros balazos, pero espaciados, para que no muriese demasiado aprisa; y después de cada disparo, el espectáculo variaba, hasta que el perro no pudo más que arrastrarse por el suelo con la parte trasera, entre gemidos y convulsivos movimientos de patas, caído ya sobre un costado.

De vuelta a su cabaña, junto al fuego, Domcio reflexionó sobre temas teológicos, basados en el recuerdo de aquellos instantes. Si él estaba tan por encima del perro, hasta el punto de poder disponer de su destino a su antojo, ¿acaso Dios no hacía lo mismo con los seres humanos?

Sentía rencor contra Dios. Sobre todo por su insensibilidad ante sus más sinceras súplicas de ayuda. En cierta ocasión, en vigilias de Navidad, les faltó en casa incluso el pan, y su madre lloraba y rezaba arrodillada ante una imagen santa: él pidió un milagro. Subió al desván, se arrodilló y, después de persignarse, dijo con sus propias palabras: «Es imposible que no veas la tristeza de mi madre. Haz un milagro y me entregaré a Ti; márame en seguida; después, permíteme tan sólo ver el milagro». Saltó de la escalera, seguro de que sería escuchado, se sentó tranquilo en el banco y esperó. Pero Dios se mostró totalmente indiferente, y madre e hijo se fueron a dormir hambrientos.

Además, Dios, que tiene en su mano el rayo, un arma aún mucho más eficaz que el fusil, está claramente de parte de los mentirosos. En domingo, éstos se visten de fiesta, sus mujeres se engalanan con corpiños de terciopelo verde y bajo la barbilla se atan pañuelos de colores recién sacados de los baúles. Cantan a coro, levantan los ojos en alto y juntan las manos. ¡Pero, en cuanto vuelven a casa, tienen de todo! Aunque uno reviente junto a su puerta, no son capaces de dar nada, mientras ellos se hartan de buñuelos y nata. Saben pegarte, no sin antes encerrarte en el granero para que nadie lo oiga. Se odian los unos a los otros y se dedican a hablar mal de todos. Son malos y tontos, y sólo una vez a la semana hacen ver que son buenos. ¿Y cuál es el premio de semejante conducta? Dios dispuso que el más rico del pueblo fuera el que se acuesta con su propia hija; Domcio una vez les espío: por la rendija, vio una rodilla desnuda y oyó los jadeos del viejo y los quejidos amorosos de la joven.

El cura enseña que hay que ser pacífico. Pero la realidad es que todos los animales persiguen y matan a otros animales, y todos los hombres oprimen a otros hombres. Cuando era pequeño, a Domcio lo zarandearon todos. Empezaron a respetarle tan sólo cuando se hizo mayor y fuerte, y pudo hacer sangrar bocas y narices. Dios cuida de que los fuertes estén bien y los débiles, mal.

¡Si pudiera volar hasta los cielos y tirarle de la barba!

Los hombres han inventado ya máquinas que vuelan, y seguro que inventarán otras aún mejores. Mientras tanto Domcio se perdía en aquel laberinto de preguntas. ¿A quiénes se llevan los demonios al infierno? A lo mejor, Dios simula que nada le importa y astutamente vuelve la cabeza, como el gato, que suelta al ratón para volver a cazarlo en seguida. De no ser por el miedo al infierno, se podría vivir de otro modo muy distinto, tú a lo tuyo y, al que se interponga en tu camino, un disparo.

Sentado en cuclillas, escuchando con indulgencia las explicaciones de Tomás, trataba de encontrar una salida entre aquellos intrincados caminos. De pronto, le deslumbró una nueva idea: ¿no serán los curas unos cuentistas? ¿No se habrá Dios despreocupado del mundo? ¿Y si fuera mentira que Dios lo ve todo, simplemente porque no le apetece hacerlo? Desde luego, el infierno

existe en algún lugar, pero éste es un asunto entre hombres y demonios, y éstos —al igual que la transparente bruja Laurae, que puede cambiar de figura a su antojo— suelen atrapar a los incautos que quieren tener tratos con ellos. ¿Y si Dios no existiera y el cielo no estuviera habitado? ¿Cómo podría comprobarlo?

La mente de Domcio, como hemos tenido ocasión de observar, sabía apreciar el valor de un experimento. Y, lentamente, llegó a la siguiente conclusión: si el hombre es para el perro lo que Dios para el hombre, cuando el perro muerde a un hombre, éste agarra un palo, al igual que Dios, mordido por el hombre, se enfada y castiga. El truco está en saber encontrar algo tan insultante para Dios que se vea obligado a servirse de sus rayos. Si entonces no ocurriera absolutamente nada, quedaría por fin demostrado que no vale la pena preocuparse por Él.

Una lezna de zapatero muy afilada. Domcio la llevaba en el bolsillo y probaba su filo con el dedo. Aquel domingo, el sol amaneció entre nieblas que luego se asentaron al ras del suelo y, en el aire, volteaban tenues hilillos propios del veranillo de San Martín. Cerca de una de las escarpas del Issa, había una gran piedra cubierta de líquenes secos. Era plana por encima, como un altar. Los ministros de Domcio —con zapatos y camisas limpias, porque antes habían ido a misa— se sentaron frente a la roca, fumando cigarrillos y haciéndose los duros. No era descabellado imaginar que, a su alrededor, se unieran a ellos seres invisibles, que se relamían y abrían los ojos de par en par para no perderse el espectáculo.

Entretanto, Domcio permanecía de pie junto al Issa, echando piedrecitas al agua, pensativo. Aún estaba a tiempo de volverse atrás. ¿Y si todo aquello fuera cierto? De ser así, lo partiría un rayo allí mismo. Levantó la cabeza: el cielo sin nubes, el sol muy alto, era mediodía. ¡Si pudiera al menos ver un rayo en el cielo azul! Pero no, y, para entonces, ya sería demasiado tarde. Las menudas olas, que se perseguían en círculos cada vez más amplios, balanceaban las hojas que arrastraban en la superficie; una de ellas se dobló, y el agua recubrió su verde doblez. ¿Qué? ¿Acaso tenía miedo? Arrojó la piedra a un punto lejano en la sombra de la otra orilla, apretó los puños en los bolsillos y buscó la lezna con los dedos.

Se acercó a la roca. Entonces, ellos, sus súbditos, comenzaron a retroceder. Se retiraban aprisa, alejándose siempre más, mientras él los seguía con una mirada cargada de desprecio. Sacó del bolsillo un pañuelo azul arrugado, lo desplegó con cuidado y alisó los bordes sobre la rugosa superficie de la roca.

Después de misa, Tomás procuró verle en seguida, pero le perdió de vista. Alguien lo había visto dirigirse a los pastos, y Tomás se encaminó tras sus huellas. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! A Domcio le enfureció el hecho de que le siguiera de aquel modo, pero le irritó aún más el que Tomás se presentara precisamente cuando todo había madurado hasta el punto de máxima tensión, cuando la arruga vertical entre sus cejas indicaba la voluntad de persistir en su osadía. ¿Por qué preocuparse por algo que no fuera exclusivamente aquello que estaba a punto de realizar? ¿Y no es precisamente en esos momentos cuando se suele poner las cartas boca arriba, o sea, en este caso, mostrar que la aparente simpatía hacia alguien no era sino la penosa necesidad de soportar su compañía? Domcio le pegó un tremendo grito a Tomás, quien no entendía nada, aunque ya había captado lo inapropiado, lo absurdamente ridículo de su presencia allí, reflejados en las caras de los chicos que le miraban. A una orden de Domcio, sus ministros se abalanzaron sobre Tomás, lo tiraron al suelo y se arrojaron sobre él. Trató de librarse, pero sus manos, que apestaban a tabaco, lo mantenían paralizado en el suelo. Fue tan sólo capaz de alzar un poco la barbilla. Le impusieron silencio.

La roca que le servía de mesa le llegaba a Domcio un poco por encima de la cintura. En el centro del pañuelo, destacaba por su blancura una hostia: el cuerpo de Cristo. Después de comulgar, había vuelto a su asiento con los brazos cruzados sobre el pecho, llevándola en la lengua hasta poder escupirla hábilmente en el pañuelo. Por fin, podría saber la verdad. Cogió la lezna y la volvió, con la punta para abajo, contra Dios. Fue bajándola lentamente, la subió otra vez un poco. Aestó el golpe. Mantuvo el filo dentro de la herida, mientras miraba en todas direcciones, esperando el castigo. Pero no ocurrió nada. Una bandada de pajarillos pasó con su trepidante vuelo tornasolado, desde allende los campos. Ni una nube. Se inclinó para comprobar si la hostia partida, junto a la lezna, no rezumaba alguna gota de sangre. Nada. Entonces, se animó a clavar y pinchar, destrozando en mil pedazos el blanco redondel.

Tomás, cuando al fin lo soltaron, se levantó de un salto y corrió a toda velocidad, sintiendo que los sollozos le ahogaban. Huía y le parecía que, al hacerlo, huía de todo el mal de este mundo y que

no hubiera podido ocurrirle nada más terrible. No sentía tan sólo horror al pecado mortal. De pronto, comprendió su inutilidad, toda la falsedad de los momentos en los que se creyó amigo de Domcio. No era amigo de ninguno de ellos. Huía para siempre. En casa, temblando, se pegó al brazo de la abuela Dilbin; ahora, era él quien necesitaba ayuda. Ella le preguntaba qué le había ocurrido, pero obtenía por toda respuesta sus convulsivos sollozos. Por la noche, gritó que tenía miedo, que no apagarán la luz. Una vez dormido, habló en voz alta, y la abuela se levantó varias veces, inquieta, para tocarle la frente con la mano.

Sin esperar al domingo siguiente, fue a confesarse, aunque a duras penas consiguió hilvanar una explicación de lo ocurrido. El padre Monkiewicz quedó tan impresionado por aquella muestra de impiedad en su parroquia, que se movía y se agitaba continuamente en su confesionario: trató de tirarle de la lengua, para poder extirpar el mal de raíz cuanto antes. Pero Tomás no traicionó a nadie, a pesar de que el sacerdote le explicó que, en semejantes casos, hacerlo es incluso el deber de un cristiano. Sin saber bien por qué, aquel nombre no le pasaba por la garganta. Recibió la absolución y eso le tranquilizó un poco.

Desde aquel día, dejó de ir a la cabaña del vergel, aunque era el mejor momento para la recolección de la fruta, y buscaba siempre alguna excusa cuando Antonina le ponía una cesta en la mano. Procuraba desaparecer sin ser visto. Si, por entre los árboles, veía pasar los gastados pantalones de Domcio, se escondía y, si se encontraba con él por casualidad, bajaba la vista simulando no verle.

A decir verdad, aquella ceremonia junto al Issa no tuvo consecuencias. Los chicos, más bien decepcionados —si hubiera caído un rayo, o, al menos, hubieran visto un poco de sangre, habría sido distinto— e incapaces de profundizar en el sentido científico del experimento, optaron por dedicarse a jugar a la mona. Domcio —vale la pena fijarse en el detalle— recogió las partículas de la hostia y se las comió: una cosa es acribillarla, y otra muy distinta tirarla o pisotearla. Se sentó en la escarpa con las piernas colgando, golpeando la arcilla con los talones y fumando su pipa de fabricación casera. Sentía en su interior como un vacío. Porque, aunque pegues a tu propio padre, aunque rompas una vara contra él, o le dispares con un fusil, es mejor esto que no tener a nadie con quien discutir. Le invadió la tristeza de la orfandad, de su doble orfandad. ¿De modo que no hay nadie, nadie, a quien poder pedir algo? Solo, completamente solo.

Las aguas del Issa ondulaban, suavemente. La serpiente de agua atravesaba el río de una orilla a la otra, con la cabeza perpendicular a la superficie, dejando tras de sí pliegues oblicuos. Domcio calculaba la distancia y sentía en su brazo la precisión del tiro. Pero la serpiente de agua es sagrada, y el que la matara atraería sobre sí la desgracia.

Cada otoño Tomás asistía a la trilla. Cuando la máquina es más interesante es en el momento en que empieza a funcionar, o suelta el vapor. Sobre la caldera, un poco de lado, cerca del lugar donde se echan los leños al fuego, giraban dos grandes bolas sobre unas pequeñas barras metálicas bajadas, como dos manos. Nunca pudo comprobar si aquellas dos manos se levantaban alguna vez. Solía pasarse horas contemplando las dos bolas, olvidando todo lo demás. Si se movían lentamente, pru-tac, pru-tac, podía distinguirlas perfectamente, pero, si se movían aprisa, se fundían en un círculo rotatorio que giraba con un tef-tef-tef que impedía incluso distinguir muy bien su color negro. En un rincón de la choza, pintada de amarillo (de cuyo tejado sobresalía la chimenea del locomóvil), había dos bancos. Tomás se sentaba en uno de ellos, al que venían también de vez en cuando los hombres del pajar a liar un cigarro. Sobre el otro banco de en frente, solía recostarse sobre una pelliza forrada el joven Sypniewski, sobrino de Szatybelko, quien cuidaba de la caldera. Encogía las piernas, apoyaba la cabeza en una mano y meditaba: pero ¿acerca de qué? Eso será siempre su secreto. De vez en cuando, se levantaba, comprobaba el manómetro, abría la portezuela y lanzaba grandes leños de roble en las entrañas encendidas al rojo vivo; otras veces, engrasaba algo con una alcuza de base flexible, aunque, en realidad, quien se ocupaba de la máquina era el herrero.

Con la cara encendida, la nariz llena de olores grasientos, Tomás salía a tomar el aire que desmelenaba las hojas de los chopos. Afuera, otro movimiento le atraía: el movimiento de la correa. Ancha de un codo, confeccionada con diversos trozos de piel, unía la gran rueda del locomóvil a la ruedecilla de la trilladora. ¿Cómo no se escurría de la rueda grande? La verdad es que esto solía ocurrir cuando disminuía la velocidad de rotación; se oían entonces gritos de alerta para que nadie se acercara, porque se desplomaba con un estruendo y, si pillaba a alguien, podía romperle los huesos. Cuando terminaban de trabajar, el herrero y Sypniewski acercaban a la correa unos palos (tenían que apretar fuerte) y así frenaban su movimiento, luego se apartaban y la correa se deslizaba al suelo en silencio. Se sabía que la máquina iba disminuyendo de velocidad a medida que los remiendos de la correa se hacían cada vez más visibles.

En el pajar, había nubes de polvo, ruido y una gran actividad. De unos ganchos de hierro colgaban los sacos que se hinchaban deprisa. Tomás hundía la mano en aquel torrente de granos frescos que caían de los orificios. El herrero llevaba los sacos llenos junto al chopo, donde estaba la báscula. Junto al montón de gavillas (el polvo se introducía en los ojos y enturbiaba la vista), los pañuelos blancos de las mujeres y sus rostros sudados. Las gavillas recogidas con las horcas trazaban un arco y, entonces, la trilladora se atragantaba, wuj. Por detrás, unas garras rojizas (en otros tiempos la trilladora había sido roja) removían torpemente la parva, hasta que salía de entre ellas la paja.

Se necesitaban varios caballos para transportar la trilladora o el locomóvil. Algunas veces, no muchas, la llevaban a casa de un vecino, entre gritos, restallidos de látigo y ramas colocadas bajo las ruedas. En toda la región sólo dos personas poseían una máquina: ellos y Baluodis, el americano, en Pogiry. En las demás haciendas, se trillaba con trillos. Si alguna vez la pedían prestada nunca la trasladaban hacia la parte baja, junto al río, pues, para bajarla no había problema, pero, para subirla, habría sido demasiado pesada para los caballos.

Durante la trilla, Tomás se había sentido siempre como en casa, pero, después de aquella aventura con Domcio, advirtió por primera vez una especie de hostilidad. Las frases sueltas de los hombres, que lanzaban salivazos amarillentos por el tabaco y no le hacían el menor caso, le hacían sentirse como aislado. El ensimismamiento de Sypniewski, el impaciente refunfuñar de las mujeres cuando trepaban a los montones de paja, gritándole que no las entorpeciera en el trabajo, y los niños medio harapientos, de su misma edad, que tenían ya una obligación bien definida, que consistía en

sacar de debajo de la trilladora la tela en la que se recogía la ramera, todo ello creaba como una barrera que le separaba de los demás.

También los otros pequeños fracasos iban quizás adquiriendo importancia lentamente. Por ejemplo, la burlona condescendencia con la que le trataban los jornaleros cuando intentaba arar o segar. Estaba también lo del «barabán»: una placa de hierro suspendida entre dos estacas que Szatybelko hacía sonar golpeándola con un martillo para anunciar, por la mañana, la hora de ir al trabajo, o, al mediodía, la hora del almuerzo, más tarde, otra vez, para llamar al trabajo y, al anochecer, para anunciar el final de la jornada (durante la trilla, se recurría para ello al silbido del locomóvil, tan fuerte, que se tenían que tapar los oídos). Szatybelko podía tocar a golpes una melodía y la gente decía que sonaba como: «Señor-ladrón, señor-ladrón». Se reían sin acritud, pero a Tomás le producía cierto malestar. En casa, Antonina y las mujeres de servicio hablaban a menudo entre ellas de los señores, de cómo eran antes y de cómo las maltrataban. Uno de sus juegos despertaba particularmente la imaginación de Tomás: mandaban a la sirvienta que trepara a un árbol y piara como un pájaro, y, entonces, le disparaban con una escopeta. Tomás recordaba a las chicas que subían a los árboles para coger cerezas o manzanas. Le gustaba mirar desde abajo hacia sus partes oscuras debajo de la falda (desde que el mundo es mundo, en Ginie, ninguna llevaba bragas). Se reían y le regañaban, pero, en el fondo, el juego no les disgustaba. ¿Cómo? ¿Disparar con un fusil debajo del árbol? En los suspiros de Antonina, descubrió no sólo un rencor encubierto, sino también un sentimiento de superioridad hacia él, que también era señor.

Por esos u otros motivos, transcurría largas horas en compañía del abuelo. Con las manos hundidas debajo de los muslos, balanceándose, escuchaba sus explicaciones sobre el nitrógeno que absorben las plantas y el oxígeno que desprenden; de cómo, antiguamente, quemaban los bosques y plantaban trigo año tras año, hasta obtener una tierra fértil y de cómo, más adelante, inventaron la rotación de los cultivos y en qué consistía. El abuelo acabó convirtiéndose en su principal compañero, y Tomás hojeaba sus libros pidiendo ya aclaraciones. Penetró en el verde reino de las plantas, cuando las hojas de los árboles se volvían amarillas y empezaban a caer, ese reino distinto a la realidad cotidiana. En él se sentía seguro, las plantas no tienen maldad, entre ellas nadie se expone a rechazo alguno.

Por parte del abuelo tampoco había peligro. Jamás se impacientaba; ni jamás estaba tan ocupado con sus asuntos de adulto como para no poder atender a los deseos de Tomás, que denotaba buen humor y simpatía. Incluso cuando se lavaba, o se ponía fijador para peinar su escasa cabellera sobre la calva, contestaba a sus preguntas. El fijador era una especie de jaboncillo metido en un tubo de cartón. Tomás se lo pasaba por la palma de la mano y aspiraba su perfume. El abuelo solía lavarse con agua caliente y se ponía una toalla alrededor de la cintura. Tenía el pecho y el vientre cubiertos de vello canoso.

La abuela Dilbin se lamentaba de que Tomás no se preparara debidamente para poder ingresar en un instituto, porque aquellas clases con José el Negro no la convencían: ella misma le enseñaba alguna cosilla, pero, ya se sabe, ¡las cosas últimamente habían cambiado tanto! Le prometía que su madre llegaría pronto y se los llevaría a los dos, pero, al parecer, su llegada iba aplazándose continuamente. La verdad es que los conocimientos de Tomás no se desarrollaban de un modo uniforme. Leía bien, porque la curiosidad lo impulsaba. Pero escribía unos garabatos ilegibles: hablaba con acento local, mezclando con el polaco expresiones lituanas (después, en el colegio, pasó por algunas humillaciones debido a esas deficiencias). Gracias a su repentino acercamiento al abuelo empezó a adquirir bastantes conocimientos de botánica, y éste vivía con la esperanza de que, en vez de soldado o pirata, acabara siendo agricultor. No se conserva ninguna fotografía suya de aquellos tiempos, sencillamente porque no se le habría hecho ninguna. Se miraba a veces en el espejo, pero no sabía verse a sí mismo en comparación con los demás. No le pasaba por la imaginación usar un peine, o un cepillo, para domar su pelo. Una mata dura y espesa, de color rubio oscuro, que le remontaba sobre la frente. Tenía las mejillas llenas, los ojos grises, la nariz respingona, como la de un cerdito (igual al de la fotografía de color lila de la bisabuela Mohl). Era alto para su edad.

«Tomás tiene la cara como el culo de un tártaro», oyó una vez que un Korejwa le decía a otro. Esto colmó la medida de su odio. Una sola vez los dos chicos de Korejwa, vecino de la otra orilla del Issa, habían ido con sus padres de visita a Ginie. Sus juegos no se acomodaban a los suyos, se hacían los mandones y Tomás se sentía ofendido por sus risitas, codazos, y cuchicheos.

Existía la sospecha de que había heredado de alguien la dificultad para el trato con la gente: la autosuficiencia de la abuela Surkont, o la naturaleza miedosa de la abuela Dilbin. O simplemente era una cuestión de falta de entrenamiento. En cierta ocasión, los abuelos lo llevaron a una visita bastante lejos. Tomás miraba de soslayo a la hija pequeña de sus anfitriones y tembló cuando ella le cogió de la mano para dar una vuelta por el jardín. Caminaba rígido, reteniendo la respiración, y sentía como un temor a sus codos delgados y desnudos, que le trastornaban. En el parque, se apoyaron en la barandilla del puentecillo sobre el riachuelo y sintió que esperaba algo de ella, pero siguió callado, porque, en realidad, le llegó, como en una oleada, el recuerdo de sus juegos con Onuté, y se sintió desfallecer.

Sus modales no eran mucho mejores: restregaba el suelo con los pies, mientras se inclinaba en un saludo frente a un invitado, y se ruborizaba. Había ido varias veces al pueblo, pero no podía decirse que esto le había ayudado a conocer el gran mundo. Se pasaba el día en el mercado, junto al carro, ayudando a Antonina a colocar las manzanas que vendía. Algunas casas de la aldea quedaban casi sumergidas por el Issa, que allí era distinto, de cauce más ancho, y las calles estaban empedradas con adoquines tan grandes que torcían los tobillos. Los judíos, de pie sobre los peldaños de madera, invitaban a pasar a sus tiendas. Estaban transformando por dentro el edificio más importante, el palacio blanco de los príncipes, junto a los estanques cubiertos de lentejas de agua, ahora deshabitado, en un colegio o un hospital. Dado que la estación de ferrocarril quedaba a un lado, preferían volver por el camino más largo, aunque también el mejor, que atravesaba la vía férrea; así, Tomás conseguía a veces ver el tren. Esperaba la vuelta con impaciencia porque Antonina le daba las riendas y podía hacer restallar el látigo. Si iban de viaje solos, procuraba que les dieran los mejores caballos, pues corrían el riesgo de encontrarse con un automóvil. Cuando esto ocurría, Tomás quitaba rápidamente las mantas con las que recubrían los asientos de heno, saltaba del carro y tapaba las cabezas de los caballos con una manta, para que no enloquecieran.

Con su abuelo, sin tener que someterse a los modales y obligaciones que siempre se exigen en el trato con la gente, profundizaba en la historia de la germinación subterránea de las semillas, la ascensión de los tallos, las corolas, los pétalos, los pistilos y los sépalos de las flores. Decidió que, para el próximo verano, sabría ya lo suficiente sobre las familias de las plantas como para poder hacer un herbario.

Cuando era aún muy pequeño lo sentaban sobre una piel de oso y, entonces, reinaba una santa paz, porque levantaba los brazos para no tocar al peludo animal y quedaba inmóvil en esa postura, entre asustado y encantado. La piel, gastada y apolillada, pertenecía al que fue seguramente el último oso de la región; lo habían cazado durante la infancia del abuelo. Los osos, que Tomás conocía gracias a aquella piel y a los dibujos, despertaban en él sentimientos de ternura. Quizá no sólo en él, porque los mayores hablaban de ellos a menudo. Antiguamente, los había en las grandes casas de campo, y les enseñaban a realizar algunos trabajos, como, por ejemplo, a dar vueltas al molino, o a acarrear leña. Contaban historias divertidas sobre ellos. En Ginie, quedaba el recuerdo de un oso ambicioso: le gustaban las peras dulces y, si su amo dejaba que le acompañara a la hora del almuerzo, tenía que ser muy equitativo al repartir la fruta: si el oso recibía alguna pera medio podrida o verde, se ofendía y se ponía a chillar. Tomás se movía impaciente sobre su silla cuando le hablaban de la astucia de otro oso que se dedicaba a matar gallinas y al que tuvieron que atar con una cadena. Pero el oso había encontrado un medio para continuar haciéndolo: se sentaba y, con las patas delanteras, hacía llover arena; las tontas de las gallinas se acercaban hasta entrar en su radio de acción, entonces él las mataba de un manotazo y, guardándose la presa debajo de las posaderas ponía cara de inocente. Pero el héroe de la más divertida historieta (contada por la abuela Dilbin) fue un oso que, cierto día, en ausencia del cochero se montó al carruaje que estaba estacionado frente a una casa. Los caballos se asustaron y arrancaron al galope; el oso asustado también, no tuvo tiempo de bajarse y llegaron así a la carretera principal. En el cruce, había una cruz a la que el oso se agarró al pasar, pero, como se sujetaba al coche con la otra pata, arrancó la cruz de cuajo y, así, con los caballos al galope, entraron en el pueblo, donde provocaron escenas de pánico, porque realmente el espectáculo tenía algo de diabólico.

Un gran señor se sirvió de unos osos para demostrar su desprecio por los rusos. El gobernador fue a visitarle y presencié la siguiente escena: ante la terraza, dos osos con alabardas, y, en la escalinata, el gran señor vestido con una blusa rusa de campesino, haciendo profundas reverencias. El gobernador comprendió el significado: «Nosotros, los salvajes súbditos del emperador, mitad animales mitad hombres, os damos la bienvenida a nuestra casa». El gobernador se mordió los labios, ordenó dar media vuelta y se marchó.

En todas estas historias, los osos aparecían como animales de una inteligencia casi humana y sin duda los martirizaban sin razón, como ocurría en la Academia de Smorgon, según contaba el abuelo. El suelo era allí de palastro, y, por debajo, encendían fuego y hacían pasar a los osos que llevaban zuecos de madera en las patas traseras. Ponían una música, y como el suelo quemaba, los pobres osos se ponían de pie ya que las patas delanteras no estaban protegidas. Luego, siempre que oían aquella música, recordaban el suelo ardiendo y bailaban.

Lo que también ayudaba a hacerlos simpáticos era el hecho de que, aun siendo tan grandes y fuertes, tenían una naturaleza tranquila e incluso miedosa. Un ejemplo de ello es lo que le ocurrió cierta vez a un campesino, en la época en que aún se encontraban muchos osos en la región. Se le perdió una vaca, que era muy arisca y se apartaba a menudo del rebaño. Furioso, cogió un bastón y, cuando la encontró por fin tranquilamente recostada entre unos arbustos de frambuesa, le propinó una gran paliza. Se oyó un tremendo rugido, pues se trataba en realidad de un oso. El campesino huyó a toda velocidad en una dirección, el oso en otra y, en su escapada, ensució de estiércol todos los arbustos de frambuesas. Incluso hoy en día, a la diarrea producida por el pánico se le llama «enfermedad del oso».

El abuelo recordaba que, cuando mataron al oso, cuya piel corría aún por casa, y ahumaron sus jamones, los perros reconocían su carne por el olor y se les erizaba el pelo.

En invierno, la abuela Misia colocaba junto a su cama una alfombrita de alce. Lo mejor del alce es su piel curtida, gruesa y flexible; cuando a Tomás se le gastaban las suelas de las babuchas, la abuela sacaba una pieza grande de esa piel, medía y marcaba con un lápiz el contorno exacto, que luego recortaba con unas tijeras. Esto también era un recuerdo de tiempos remotos, porque ya por aquel entonces quedaban pocos alces. En los bosques, a unas veinte *verstas* de Ginie, los cazadores furtivos todavía mataban alguno de vez en cuando.

Las pieles se relacionaban en la casa con uno de los amores de Tomás. Cierta día, en otoño, llegó Baltazar, le dijo que le había traído un regalo y que bajara a verlo al carro. Allí, sobre un lecho de paja, había una jaula de varitas metálicas y, dentro, un búho real.

Naturalmente la abuela Surkont protestó, porque aquel pajarraco ensuciaría la casa, pero el búho se quedó. Baltazar lo había recogido cuando todavía no sabía volar y lo había criado. No era demasiado salvaje, se dejaba coger por debajo de la barriga y, entonces, piaba con voz fina, como un pollo. Por eso, Tomás lo llamó Cuícuí. Parecía increíble que pudiera salir de él aquella voz. Aunque no mucho mayor que una gallina, de una punta a la otra de las alas era más largo que Tomás con los brazos abiertos; el pico encorvado y potente, y las garras de un asesino. Tomás se dedicó a buscarle ratones en todas las ratoneras. Cuícuí sostenía la carne entre las garras y la despedazaba con el pico. Lo abría amenazadoramente cuando Tomás acercaba la mano a su jaula, pero nunca le pilló un dedo. Al atardecer, Tomás lo soltaba en la habitación. Un vuelo silencioso, una corriente de aire, nada más. En el centro, dejaba caer un húmedo montón de estiércol que se esparcía con un chapoteo (había que secarlo corriendo con un trapito para no irritar a los mayores) y, subido en la estufa, ululaba con voz profunda. Cuando ya había volado lo suficiente, volvía a la jaula.

Tenía el plumaje suave, los ojos anaranjados con destellos dorados, y movía la cabeza de arriba abajo como un miope cuando quiere leer una inscripción. Tomás le cogió afecto y observó muchas de sus costumbres. Si lo ponía sobre la alfombrita de alce, su comportamiento era tan divertido que uno tenía que reírse a carcajadas: le cogían como unos espasmos nerviosos, las garras se cerraban solas y parecía como si estuviera amasando, ora con una pata ora con la otra. El contacto con aquella piel de pelo corto evocaba sin duda el recuerdo de todos sus antepasados, que destrozaban ciervas y liebres. En cambio, colocado sobre la piel de oso, no ocurría nada particular.

A Tomás le hubiera seguramente dado vergüenza confesar alguna que otra asociación de ideas, que no quedaban muy claras en su mente. Así, por ejemplo, pensaba en todo lo que tiene pelo, en general. ¿Por qué, como le habían explicado, levantaba los brazos sentado en aquella piel? ¿Por qué todos consideran que los osos son unos animales tan simpáticos? ¿No será, acaso, porque son tan peludos? Magdalena, aquel día en el río. Y el búho, al sentir aquellos espasmos, ¿no sentía acaso lo mismo que él, aquel escalofrío durante el sueño? Identificándose hasta cierto punto con el búho, transformándose en él cuando daba saltos sobre el alce, le hubiera faltado poco para preguntarle si también sentía deseos de desgarrar a Magdalena, o si aquello tan dulce que sentía era porque ya había muerto. Si no se lo preguntó, tanto mejor.

Los pollos también pían, pero son lo que son. En cambio, en la naturaleza del búho había aquella duplicidad: indefenso, confiado, su corazón late bajo los dedos y sus patas cuelgan, desgarbadas; los párpados cubren sus ojos de abajo arriba cuando se le rasca detrás del oído. No obstante es el terror de los bosques por la noche. ¿Y si no fuera, como dicen, un bandido? Pero, si lo fuera, es como si eso no cambiara en nada su naturaleza íntima. Quizás todo Mal conlleve en sí la indefensión: era tan sólo una sospecha, apenas la sombra de un pensamiento.

Cuando llegó tía Helena, en primavera, y vio el búho, se puso a cuchichear con la abuela Surkont. Decidieron venderlo, porque los cazadores pagarían bien por él: lo colocan en lo alto de un palo y se esconden en una cabaña cubierta de ramas; desde allí, disparan contra toda clase de pájaros que bajan para picotear al búho. Tomás aceptó el veredicto sumisamente, como comprendiendo que no hay que alargar los amores más allá de su término. Pero del dinero prometido no vio ni un céntimo.

Cuando iba a la biblioteca se ponía la pelliza, porque allí no había calefacción y se le quedaban las manos amoratadas cuando rebuscaba entre los viejos pergaminos con la esperanza de encontrar algo sobre animales o plantas. Acostumbraba a llevarse unos cuantos tomos y corría a sentarse en algún lugar caliente para hojearlos. Uno de esos libros tenía el título escrito en letras retorcidas como serpientes y, con dificultad, pudo deletrear: *De la Sociedad que usa la espada*, pero no pudo seguir, de modo que fue a ver al abuelo para que le dijera de qué trataba el libro. El abuelo se colocó las gafas y empezó a leer despacio aquel texto escrito en polaco antiguo: «Profesión de Fe de la Hermandad de Nuestro Señor Jesucristo / en Lituania /, recogida y resumida conforme las Sagradas Escrituras, ítem, defensa de esta comunidad contra todos sus enemigos, escrita por Simón Budne. Y también, clara demostración, según las Sagradas Escrituras, de que un cristiano puede tener como siervos a hombres libres y no libres, mientras haga uso de ellos en el temor de Dios. Año del nacimiento del Señor 1583».

Golpeó con la funda de piel de las gafas la cubierta polvorienta del libro y fue pasando las hojas. Al final, carraspeó.

—No es un libro católico. Ves, hace muchos, muchos años, vivió aquí Jerónimo Surkont. Seguramente este libro era suyo. Él era calvinista.

Tomás sabía que eso de «calvinista» servía para designar a alguien muy malo y que era incluso un insulto. Pero esa gente sin Dios, que no iba a la iglesia, sino a *kirches*, pertenecía al mundo lejano de las ciudades, los ferrocarriles y las máquinas. ¿Cómo, aquí, en Ginie...? Apreció el honor de haber sido admitido a compartir semejante secreto.

—¿Era un hereje?

Los dedos del abuelo guardaron las gafas en la funda. Miraba la nieve detrás de la ventana.

—Hum, sí, sí, un hereje.

—¿Y ese Jerónimo Surkont vivía aquí?

Parecía como si el abuelo despertara de un sueño.

—¿Si vivía aquí? Seguramente, pero sabemos poco de él. Solía pasar largas temporadas en Kiejdany, junto al príncipe Radziwill. Los calvinistas tenían allí su comunidad y su escuela.

Tomás intuyó en el abuelo una especie de reserva, o resistencia, esa habilidad que tienen los mayores para, al hablar de ciertas personas de la familia, hacerlo a media voz, o callarse cuando uno entra de pronto en la habitación. Era imposible imaginar los rostros de aquellas personas, se perdían en la sombra, como en los retratos ennegrecidos: apenas si la línea de una ceja, o la mancha de una mejilla. Sus culpas, lo suficientemente graves como para que los mayores se avergonzaran de ellas, los tiempos en que vivieron y los grados de parentesco, todo eso se desvanecía en susurros, o en amonestaciones por suscitar temas que no eran de su incumbencia. Aquella vez, en cambio, todo fue distinto.

—Una rama de los Surkont es alemana. Precisamente la de Jerónimo. Hace casi trescientos años, en el año 1655, llegaron aquí los suecos. Entonces, Jerónimo se pasó al bando del rey sueco, Carlos Gustavo.

—¿Fue un traidor?

El abuelo tenía costumbre de pellizcarse entre dos dedos la punta de su nariz surcada de venitas violetas y, cuando súbitamente la soltaba, producía un sonido parecido a un tj, tj.

—Sí, lo fue —y otra vez el tj, tj—. Sólo que, si hubiera luchado contra los suecos, habría también traicionado al príncipe a cuyo servicio estaba. De todos modos habría sido un traidor. Radziwill se alió con Carlos Gustavo.

Tomás frunció las cejas y se quedó meditando sobre aquel complicado dilema.

—Así que el culpable fue Radziwill —sentenció al fin.

—Sí, así es. Era un hombre lleno de orgullo. Creyó que recibiría de Carlos Gustavo el título de Gran Duque y que así dejaría de ser vasallo del rey polaco. Hubiera podido reinar sobre Lituania y obligar a todos a aceptar la religión de Calvino.

—Si todo le hubiera salido bien, ¿nosotros ahora seríamos calvinistas?

—Seguramente sí.

Ahora el abuelo observaba a Tomás con atención, y era difícil saber a qué se debía su sonrisa, quizás al hecho de que adivinaba el pensamiento que iba conformándose en aquella rápida sucesión de preguntas. ¿A qué se debe que seamos lo que somos? ¿De qué depende? ¿Y quién sería él si fuera otro?

—Pero Jerónimo Surkont no fue, en realidad, calvinista, sino sociniano. Es otra modalidad religiosa entre aquellos que no reconocen al papa.

Y le habló de los socinianos, es decir, los arrianos, que inventaron una nueva doctrina: según ellos, no podían aceptar cargos, ni ser gobernadores, jueces o soldados, porque Cristo lo había prohibido. Tampoco podían tener súbditos. Pero se producían grandes discusiones sobre este tema, y muchos de ellos decían que las Sagradas Escrituras sí lo permitían con toda claridad; el abuelo creía que aquel libro hablaba precisamente de eso. Jerónimo Surkont, cuando echaron de Lituania a los suecos, se marchó y no volvió nunca más. Se estableció en Prusia, en algún lugar cerca de Königsberg.

Así fue cómo quedó echada la semilla, y el abuelo jamás sabría cuánto tiempo permanecería envuelta en el sueño vegetal de todas las semillas que esperan pacientemente a que llegue su hora. Recogidos en un hatillo, ya estaban allí los crujidos del entarimado bajo los pasos que avanzan a lo largo de las estanterías, en las que destacan unos recuadros blancos con una cifra sobre las oscuras hileras de encuadernaciones, y, los codos apoyados en la mesa, el círculo de luz cae de una pantalla verde; la mano balancea el lápiz en el aire al compás de la idea que, al principio, no es más que una niebla, sin líneas ni contornos. Nadie vive solo: cada uno habla con los que ya han pasado, cuyas vidas se encarnan en él, sube los peldaños y, siguiendo su huella, visita los rincones del edificio de la historia. De sus esperanzas y frustraciones, de los signos que han quedado tras ellos, aunque no sea más que una letra esculpida en una piedra, nacen la serenidad y la moderación para poder emitir luego un juicio sobre uno mismo. Pueden considerarse afortunados los que llegan a conseguirlo. Nunca y en ningún lugar se sienten solos y aislados, les fortalece el recuerdo de todos los que, al igual que ellos, tendieron hacia un objetivo inalcanzable. Tomás alcanzaría o no algún día aquella felicidad, pero momentos como aquéllos en compañía del abuelo perduraron en él, a la espera de la edad en que las voces apagadas por la distancia recobran su valor.

El español Miguel Servet estuvo agonizando más de dos horas: su agonía no concluía porque había demasiado poca leña; entre las llamas profería quejas contra el afán de ahorro de la ciudad de Ginebra: «¡Ay de mí, que no puedo acabar de morir en esta hoguera! ¡Los doscientos ducados y la cadena de oro que me quitaron cuando me hicieron prisionero hubieran bastado para comprar suficiente leña para quemarme hasta el fin, ay de mí!».

Entre tanto, Calvino, sentado en la penumbra de su habitación, leía la Biblia, y sólo su vicario, Guillaume Farel, con los ojos anegados de lágrimas por el humo, le gritaba al hereje que se estaba asando vivo: «¡Cree en el Hijo eterno de Dios, Jesucristo!».

Esta suerte le tocó a Miguel Servet, tras veinte años de clandestinidad en Francia, entre los papistas, por decisión del renovador del cristianismo en quien había confiado, con quien mantenía una correspondencia secreta y a quien acudió buscando protección. Pero su espíritu era fuerte, la lengua, entre los labios medio carbonizados, aún se movía, y la voz débil afirmaba la blasfema verdad: «Creo que Jesucristo es el auténtico hijo de Dios, pero que no es eterno».

Después de su muerte, un murmullo de voces recorrió distintos países, las plumas de oca chirriaron en Basilea, Tubinga, Wittenberg, Estrasburgo y Cracovia, copiando las tesis contra la Santísima Trinidad, prestadas a escondidas por los amigos. El Príncipe masculló: «¡*Schwermerei!*» cuando encontraron en Tubinga, entre los estudiantes polacos, los escritos prohibidos; la Universidad temblaba, y trataban por todos los medios de acallar la cuestión. Estaba prohibido pronunciar el nombre de Servet, e incluso Petrus Gonesius, quien, a su vuelta de Padua, difundió el nuevo descubrimiento entre las comunidades de Polonia y Lituania, procuraba no mencionar en público el nombre de su maestro. Pero Melancton se percató del hecho: «He leído el libro del lituano que trata de sacar a Servet de los infiernos» —escribía. Jacobo Paleólogo, en Transilvania y en Moravia, escribía la gran obra de su vida, ya abiertamente en defensa del español, *Contra Calvinum pro Serveto*, pero la Santa Inquisición puso las manos sobre el cofre que contenía sus manuscritos cuando fue arrestado y conducido a Roma para morir martirizado.

Al narrar un hecho, se acostumbra a reconstruir a los personajes y los sucesos a partir de los pequeños detalles que han llegado a nuestro conocimiento: no sería del todo honesto afirmar que Jerónimo Surkont era alto o bajo, moreno o rubio, sin tener de estos rasgos la menor información; tampoco se ha podido saber las fechas de su nacimiento y de su muerte. Una cosa sí es cierta, y es que consideraba a Roma la sede del Anticristo y que, mientras iba a caballo por el camino junto al Issa, con su pelliza de alce, miraba con melancolía a aquella gente incapaz de abrazar la doctrina verdadera. Ahí está, a la vista, pensaba, su cristianismo, hecho a la medida de las supersticiones papistas: después de sus piadosos gorjeos en la iglesia, las mujeres van corriendo a depositar su ofrenda a las serpientes, pues, de no hacerlo, sus hombres perderían la fuerza y no serían capaces de cumplir con sus obligaciones conyugales. No cuentan aquí las Sagradas Escrituras, sino extrañas historias sobre el dios del viento y el dios del agua, que sacuden el mundo de un lado a otro, como si se pasaran un plato. ¡Y qué decir de aquellos ritos paganos, cuando los cazadores, armados con venablos, se reúnen antes de ir de caza mayor, y de las asambleas secretas bajo los robles! Todo seguía igual.

Le gustaba seguramente indagar, investigar hasta el fondo cualquier tema, y buscaba la compañía de personas que fueran como él: las encontró en Kiejdany. Allí, debió estudiar mucho para estar a la altura de las discusiones que tenían lugar a la luz de las velas y que partían de citas de las Escrituras: «Pues no, hermanos míos, vuestra dialéctica me parece demasiado tortuosa, más bien se la podría llamar sofística», «Este punto en hebreo tiene otro sentido», «¿Qué pretendéis, querido hermano? ¿Acaso en griego y en latín no se dice suficientemente claro cómo hay que explicarlo?»

En aquellos tiempos, los trinitarios, que seguían fielmente a Calvino, los deístas e incluso los que, siguiendo a Simón Budny, se negaban a adorar a Jesús, no luchaban entre sí, pues sus odios se veían frenados por la influencia del príncipe Radziwül, quien, aun tomando por modelo la iglesia de Ginebra, no prohibía las discusiones teológicas e incluso apreciaba las novedades. En su corte, se refugiaron varios arrianos de Polonia y no les ocurrió nada, aunque lo cierto es que su actitud fue más bien prudente.

¿Fue sumergido Jerónimo Surkont? Es decir, ¿fue bautizado ya adulto, tal como prescribían los Hermanos, quienes negaban validez al bautismo de los niños? No se sabe, pero dejó de ser trinitario y siempre conservó en su memoria el martirio de Servet, desde el cual habían transcurrido casi cien años. Admitía como verdad revelada que aquel Cerbero de tres cabezas, colocado por consejo del diablo en el lugar del Dios único, es un monstruo que rebaja el entendimiento. Captaba la grandeza de la tesis que trastocaba el orden establecido hasta entonces: hay un solo Dios y una sola Escritura, clara, que no necesita de otros para explicar sus misterios; el que la lee puede enterarse por sí mismo de cómo debe vivir, y regresa al tiempo de los Apóstoles a través de los siglos en los que mediante la escolástica trataron de oscurecer las palabras sencillas de los profetas y de Cristo. Calvino se detuvo a medio camino y mató a Servet por miedo a la verdad. Quien no destruya al Cerbero nunca se liberará de los marmoteos, de las indulgencias, de las misas por las almas de los muertos, de las plegarias por la intercesión de los santos y de otras brujerías por el estilo.

De los pocos datos que poseemos, puede deducirse que, en el debate que, desde hacía muchas décadas, dividía a los Hermanos, él había optado por la herencia dejada por Petrus Gonesius. Esto significaría que, si bien había puesto en Jesucristo las esperanzas de salvación de su alma («Soy como un perro sarnoso ante la faz del Señor, mi Dios», se pudo descifrar en uno de sus libros), sostenía no obstante que Cristo no era consubstancial con la divinidad del Padre, que el Logos, la palabra invisible, inmortal, se hizo carne en el seno de una virgen y que del Logos tomó Cristo su principio. Así pues, la naturaleza humana de Cristo lo impregnaba de temor, de agradecimiento y de dulzura, pero no como los que rehusaban adorarlo, que no veían diferencia alguna entre Jeremías, Isaías y Jesús, y que se apoyaban más en el Antiguo Testamento que en el Nuevo.

Pero ¿qué ocurrió con el escrito de Gonesius, *De primatu Ecclesiae Chrtstianae*, al que seguramente estudió, y con los escritos de sus sucesores? Jerónimo Surkont no podía despreciar sus argumentos en otro ámbito, en el práctico, aquellos argumentos que tanto revuelo armaron en los sínodos lituanos, pues todo lo que pedían estaba fuertemente apoyado en los Evangelios. ¿Acaso no ha sido dicho: «Si alguien te abofetea en la mejilla, ofrece la otra; y al que quiera quitarte la túnica, déjale también el manto»? ¿No ha sido dicho: «Dejad los muertos sepultar a sus muertos, y tú sígueme y explica el reino de Dios»? ¿No ha sido dicho: «El que me escucha y no pone mis palabras por obra es semejante al hombre que edificó su casa sobre la arena: bajaron las aguas, se estrellaron contra la casa y ésta cayó con gran estruendo»? Los judíos, los griegos, los esclavos y los señores deben ser todos iguales y todos hermanos. El cristiano no mancha sus manos de sangre y se quita la espada del cinto. Otorga la libertad a sus súbditos, vende sus posesiones y reparte el dinero entre los necesitados. Sólo así se hace digno de la salvación y sólo en esto se distingue de los infames, cuyos actos contradicen sus palabras.

La época de la que hablamos fue posterior al período en que los sínodos lituanos desecharon tan desconsideradas exigencias, hecho que provocó amargos debates con los Hermanos polacos. Es de suponer, pues, que Surkont basaba sus argumentos en el Antiguo Testamento y en ejemplos suministrados por la experiencia. ¿Liberar a los esclavos? (Vivían realmente en una opresión y miseria enormes.) Pero ¿y si se aprovechara esa libertad tan sólo para volver al paganismo, a la barbarie y a los desmanes? En los tiempos en que Rekuc fue jefe del distrito de Samogitie, se hizo una tentativa de este tipo, pero se desperdigaron todos por los bosques, de donde salían tan sólo para robar y matar. Y, ya más cerca de nosotros, aquella rebelión de campesinos, resucitando a antiguos dioses, que también se dejó sentir tan cruelmente entre los señores del valle del Issa. ¿Deponer la espada? Los seguidores de Gonesius no escogieron para pregonarlo un momento

demasiado oportuno: en aquel tiempo, en el Este, más allá del Dniéper, había una guerra casi ininterrumpida contra Iván el Terrible. Fueron vencidos por minoría de votos en los sínodos y, desde entonces, no han vuelto a levantar cabeza.

Pero, Carlos Gustavo alzó la espada y fundó el imperio de todos los protestantes. Nadie sabrá cuáles fueron las dudas de Jerónimo Surkont, cómo fueron los momentos en los que tomó su decisión. Su príncipe les abría una perspectiva de grandezas. Los lituanos, decía, al igual que ahora dependen del rey polaco, podrían depender del rey sueco y, con su ayuda, podrían arrancar las tierras y las almas a los papistas. Podrían llevar la luz hacia Oriente y hacia el Sur, hasta la misma Ucrania, a todas aquellas tierras en las que oscuros popes cuentan aún historias sobre el santo Bizancio, pero ya no saben el griego y engañan al pueblo. Además, no quedaba otra salida: la invasión de los jesuítas, sus ingeniosos métodos para atraerse las mentes de la gente, sus teatros, sus escuelas, cada año hacían disminuir el número de fieles, la chusma estudiantil en Vilna profanaba los santuarios y atacaba los cortejos fúnebres. Un poco más y no quedaría en Lituania ni rastro de la Reforma. El príncipe jugaba la última carta al servicio de la fe y, al mismo tiempo, de su vocación de protector de la fe. Y, como meta lejana, sí: la corona. Y, quién sabe, quizás también los ejércitos sueco, lituano y polaco a las puertas de Moscú.

Hay también motivos para creer que le impulsaba no sólo la lealtad para con el príncipe, sino también el desprecio por la alborotada masa de señores de la nobleza, a quienes los curas incitaban a una guerra santa contra los herejes. Los consideraba puros elementos, llevados por la ceguera del instinto, incapaces de razonar fríamente y de leer las Sagradas Escrituras.

Fiel hasta el final, vivió experiencias terribles: las dudas de los que parecían más seguros después de los primeros fracasos, la lucha fratricida, el país devastado por los ejércitos y la despreocupación del aliado que se entregó al pillaje. El príncipe murió cuando los papistas se apoderaban de la fortaleza, la última. Era obligado proceder al recuento de la propia derrota: es el momento en que cada hombre repite las palabras de Cristo: «Señor, ¿por qué me has abandonado?», y la voluntad y el orgullo se desvanecen en la nada.

Esperemos que las Escrituras le sirvieran de consuelo. Y quizás también el recuerdo de su propio mártir antitrinitario, cuya cabeza se vio envuelta por una corona de paja impregnada en azufre, su cuerpo amarrado a un poste con una cadena y su libro, atado a un pie, en espera de las primeras llamas. La descripción exacta de la muerte de Servet ha llegado hasta nuestros días gracias a los hermanos en la fe de Jerónimo Surkont, de las comunidades polacas y lituanas. Ellos copiaron el manuscrito, que más tarde desapareció, *Historia de Servelo et eius morte*, cuyo autor fue Petrus Hyperphragmus Gandavus.

No, el destierro no puede compararse a la tortura del cuerpo.

Pero Surkont conoció las torturas del alma, el estigma de la traición, y sopesaba sus actos sin jamás alcanzar la certeza de haber obrado como era debido. De un lado, su deber hacia el rey, hacia la *res publicae* y hacia el príncipe, quien admitía sus diferencias teológicas. Del otro, su repulsión hacia los papistas y su aversión hacia los invasores, a los que, no obstante, tenía que desear éxitos y no derrotas. Considerado hereje por los católicos, fue también un renegado apenas tolerado por los protestantes. Realmente, no le quedaba sino repetir: «Soy como un perro sarnoso ante la faz del Señor, mi Dios».

Se ha sabido, por casualidad, que el último descendiente de Jerónimo, el lugarteniente Johann von Surkont, estudiante de teología, cayó en el año 1915, en los Vosgos. Si yace en la ladera oriental, allí donde las apretadas hileras de cruces, que, de lejos, parecen viñedos, descienden hacia el valle del Rhin, hoy todavía los vientos secos que soplan desde su Lituania familiar deben peinar la hierba sobre su tumba.

En Ginie, la apicultura era la ocupación de Helena Juchniewicz, tía de Tomás. Siguiendo una antigua costumbre, aunque era de la familia, recibía parte de la miel y de la cera por cuidar de las colmenas. Cuando venía a casa, empezaba por sacar todos los utensilios de un armario especial y se vestía. Se abrochaba las mangas junto al puño con un imperdible y se ponía una máscara en la cabeza: una especie de cesta de muselina verde. Pocas veces la picaban las abejas, y no siempre usaba guantes. Tomás era el encargado de recoger brasas en la cocina para el fumigador de hojalata con mango de madera: se echaba serrín sobre las brasas y había que moverlo mucho rato para que se encendiera. Con su máscara, con el cuchillo y el cubo en una mano y el fumigador humeante en la otra, parecía... uno trataba de encontrar a qué se parecía, pero era difícil. De todas maneras, Tomás la miraba embobado cuando la veía caminar por la avenida, llena de entusiasmo, en dirección al colmenar. Al volver, cogía leche cuajada de una vasija con la que empapaba un trapito que aplicaba sobre los puntos en los que la habían picado las abejas. Cuando llegaba el momento de sacar la miel, Tomás daba vueltas a la centrifugadora: un recipiente grande de metal que giraba sobre un palo; entonces, fluía la miel de los enmarcados paneles.

La nariz de tía Helena, grande, de forma piramidal, sobresalía de entre sus prominentes mejillas, unas manzanas semejantes a las de la abuela Misia, a quien se parecía, sólo que era más corpulenta y de ojos azules. Una sonrisa azucarada y una expresión de santidad que le era muy útil, pues con ella revestía de inocencia sus pasiones. Entre éstas destacaba la tacañería, que no radicaba precisamente en el ahorro, sino en algo que llevaba muy dentro de sí y que la inducía a actuar de ésta u otra manera, bajo la apariencia de que lo hacía por un motivo diferente. Si tenía que ir a resolver algún asunto en el pueblo, nunca iba en el carruaje, decía: «Hace un día tan hermoso que iré paseando» y se hacía a pie aquellas diez verstas, aunque en seguida se quitaba los zapatos, «porque es más sano andar descalza». La verdadera razón era que hubiera tenido que dar al cochero algún dinero para tomarse un trago, y los zapatos, indudablemente, se gastan. Al repartir la miel o la harina, procuraba que a los demás les tocara la mejor parte y se emocionaba angélicamente ante su propia bondad, sólo que en aquella mejor parte siempre se escondía alguna tara importante. Decían que, en su casa, para la comida de la servidumbre, les ofrecía embutidos sólo cuando ya estaban agusanados, pero ella seguro que se alegraba de su buen corazón, y de pensar en lo bien que cuidaba a su gente, pues ellos, ¿verdad?, también han de comer carne, además de patatas y gachas.

De la abuela Misia heredó una resistencia y una fortaleza a toda prueba; nunca estaba enferma (y si lo hubiese estado, hubiera proclamado a los cuatro vientos que los médicos no saben nada, para evitar que, Dios no lo quisiera, alguien llamara a uno). Veinte *verstas* en un par de horas eran para ella como un paseo; habría podido andar hasta cien, con aquel ligero paso suyo de campesina. Y, naturalmente, se bañaba en el río hasta noviembre. Tomás nunca vio en su casa ni un solo libro, ni siquiera el misal, como si hubiera jurado no tocar la letra impresa, pero hubo un tiempo en el que estudió algo, porque incluso sabía un poco de francés.

Su marido, Luk Juchniewicz, montaba, siempre que venía a casa, una especie de teatro en el que era imposible no tomar parte, de tan contagioso como era. Ya desde el carro empezaba a gritar, saludando con los brazos en alto; saltaba en tierra, corría, y los faldones de su guardapolvo o de su casaca revoloteaban tras él y, así, preparado para repartir abrazos, chillaba con voz de falsete: «¡Mamaíta! ¡Ay, ay! ¡Qué contento estoy de veros! ¡Por fin! ¡Ay, ay! ¡Cuánto tiempo sin vernos!...» Y muá, muá y mm mm... Pero lo mejor de todo era su cara: redonda, con un flequillo oscuro en la frente, se arrugaba por efecto de la cordialidad y la ternura; ninguna otra cara sería capaz de arrugarse de aquella manera. «El bonazo de Luczek», correspondía la abuela Misia, medio ahogada y babeada, pero, a sus espaldas, sólo suspiraba con indulgencia: «Este Luczek, es un

bonazo». En cambio, para la abuela Dilbin, Luk era un claro ejemplo de que el antiguo proverbio tenía en parte razón: a orillas del Issa sólo nacen locos o necios.

Aquel verano, cuando Tomás hacía su herbario (mendigó unas cartulinas a Pakienas), no acercarse a las abejas hubiera estado en desacuerdo con su honor de investigador de la naturaleza. Insistió, hasta que la tía se avino a llevarlo consigo al colmenar. Se vistió de manera que ninguna abeja pudiera introducirse en los pantalones largos que le prestó el abuelo, recogidos en los tobillos, en una vieja máscara de tela metálica oxidada y en unos guantes de goma. Las abejas, a las que se valora por su sabiduría y sobre las que fluye toda la poesía con sabor a miel, son totalmente distintas cuando se abre una colmena a cuando se las oye zumban entre las ramas de un tilo. El fuerte olor, la fiebre, el hervidero enloquecido, la dureza de la ley... Sin duda, Ginie había preparado mal a Tomás para la vida en sociedad si le asustó tanto aquello, no sabía qué, innominado y sin piedad. Aquellos insectos se lanzaban para picar, le cubrían los guantes, con el cuerpo convulsivamente arqueado, vibraban y, silbando, se agarraban a la goma con las patitas: en realidad, todo aquello para, poco después, cometer el acto mortal y acabar agonizando en la hierba, entre impotentes convulsiones. La tía de Tomás trabajaba con tranquilidad, de vez en cuando se las quitaba de encima con un gesto negligente. Le advertía: «¡No hagas movimientos bruscos!», pero a Tomás, más que el dolor, le impresionaba el infierno de la colmena, que le imponía su propio ritmo; no pudo soportarlo y echó a correr, las abejas seguían (en su zumbido, cuando persiguen, se oye el crimen), mientras Tomás chillaba y movía los brazos en todas direcciones; en una palabra, todo su deseo de realizar un acto útil terminaba en deshonra.

Las plantas le caían mejor porque son tranquilas. Algunas, según se las va conociendo mejor gracias al voluminoso *Herbario económico-técnico*, despiertan el deseo de procurarse un crisol y unos morteros, y hacerse una farmacia, pues sus cualidades curativas son extremadamente atractivas. Casi se distinguen los distintos colores de las hierbas cocidas, que luego hay que pasar y colar, de los extractos que se obtienen al cubrirlas con alcohol, y de las mermeladas de raíces a las que se acostumbra a considerar inútiles. La imaginación crea una penumbra aromática, como ocurre en la despensa de la casa de Ginie. Pero Tomás prefirió entregarse por el momento al trabajo menos práctico de coleccionar especies.

Sentía predilección por las orquídeas silvestres. Hay en ellas la magia oculta de los seres que viven en el calor y la humedad, y traen a los países nórdicos la nostalgia del trópico. Su tallo, la verde carnosidad de su cuerpo, y, muy cerca de él, ocultando el candelabro de múltiples brazos, las flores que huelen suavemente a sustancia rancia y salvaje y obligan a olerlas con detenimiento hasta que el olor se vuelve concreto, como para facilitarnos la tarea de darle un nombre, cosa que jamás se consigue. Aparece en los prados junto al Issa en el mes de junio, cuando, entre el limpio brillo de la hierba, suben todavía los vapores del agua estancada en los huecos, llenos de cieno y restos de juncos. No es fácil hallar la orquídea punteada —pequeña columna de color lila claro, con pequeñas manchas de color morado oscuro— en el instante de la plenitud de su floración, porque muy pronto aparece sobre sus pétalos, aquí y allá, la herrumbre de la marchitez. Tomás se arrodillaba y, con el cortaplumas, hurgaba en la tierra negra (los cortaplumas, que desgraciadamente se perdían de vez en cuando, marcaban distintos momentos en su vida: después de uno con mango de madera, tenía ahora uno plano, de metal). Levantaba la tierra con cuidado para sacar el bulbo entero que se ramificaba como en unos dedos carnosos. De este bulbo emerge la orquídea para una corta cita con el sol y para seguir luego, allí abajo, hasta el año siguiente. Oprimida entre los cartones, la orquídea se volvía de un color marrón amarillento, y el bulbo quedaba aplastado adquiriendo extrañas formas.

Hay otra orquídea silvestre que es toda ligereza y claridad y, en los atardeceres de verano, luce con la blancura del narciso. Cuando la niebla nocturna que sube del río se extiende sobre un prado con orquídeas, éste parece lleno de pequeños fantasmas. Desgraciadamente, cuando se secan, pierden todo su encanto; sólo queda un esbelto dibujo de color marrón. Lo mismo ocurre con el aro. Llegó a la conclusión de que las plantas, que crecen en lugares secos, se conservan muy bien, casi

no cambian, pero él se sentía atraído por la frondosa vegetación de los lugares húmedos. Incluso los insectos que se mueven en las arenas ardientes entre enmarañados tallos fibrosos, tienen un aspecto poco atractivo, van protegidos y sus movimientos son rápidos. ¡Qué distintos a los de la jungla sombría! El exceso de luz disminuye la existencia.

Entre las dunas, Tomás recogía verbascos, demasiado largos para caber en un herbario, que él doblaba en zigzag. Y naturalmente buscaba con especial interés aquellas flores que, según el libro, eran más raras. Precisamente por su rareza, apreciaba en particular el calderón (*Trollius*) que crecía entre los robles junto al cementerio; era una especie de ranúnculo grande, parecido a una rosa amarilla.

Ayudaba al abuelo a cuidar los arriates que se extendían a lo largo de la pared, a ambos lados de la terraza. Escardaba, trasplantaba y traía agua del estanque. Se bajaba a la pasarela por unos peldaños hechos de tepes sostenidos con tacos de madera. Había que pasar primero por la portezuela (nadie sabe por qué estaba allí) de la pequeña empalizada, invisible bajo el lúpulo y la centinodia. Sumergía la regadera en una capa de lentejas acuáticas, y las ranas verdes, que al verle habían saltado al agua asustadas, se quedaban inmóviles junto a los palos que flotaban en el centro. Luego, volvía con la regadera llena, jadeando un poco porque estaba lejos, y contemplaba al abuelo mientras regaba, pensando en cuánto le duraría el agua. Al atardecer, olían fuertemente las menudas estrellitas de color gris *azulado* de la matiola, que bordeaban los dos parterres. El abuelo cultivaba sobre todo alhelí—sus flores adquieren las profundas tonalidades del terciopelo— y *asters*, que florecen hasta bien entrado el otoño, cuando comienza a cubrirlos la escarcha.

La reseda parece insignificante y no es especialmente bonita, pero Tomás la colocaba entre sus preferencias, porque, al igual que la orquídea silvestre, despierta el deseo de adentrarse en su olor y es lástima que sea tan pequeña: una reseda del tamaño de una col sería una maravilla aromática.

Como la abuela Misia consideraba que la enfermedad forma parte de aquellos males que no pueden sucederle a una persona normal, nadie aprovechaba las cualidades curativas del mundo vegetal. Aunque a la antigua despensa se la seguía llamando «la botica», nadie guardaba medicinas en sus cajoncitos, excepto unas flores de árnica, para aliviar los golpes, y frambuesas secas, que el abuelo tomaba en infusión para sudar cuando estaba resfriado. Tomás, quien a menudo comparecía lleno de golpes y rasguños, sabía que el mejor remedio eran las hojas de la abuela; aplicaba una de ellas sobre la herida y lo cubría todo con un trozo de tela. Si no se curaba, Antonina ensalivaba un trocito de pan y lo amasaba con telarañas: esto siempre daba buen resultado. La abuela Dilbin introdujo el uso del yodo, pero a Tomás no le gustaba porque escocía.

Las aficiones botánicas de Tomás no duraron más allá de una temporada. El herbario, concebido para convertirse en una obra monumental sobre la flora, adquiriría siempre menos ejemplares nuevos, y las cartulinas suplementarias resultaron inútiles. Su atención había empezado a desviarse hacia los pájaros y los animales, hasta que se olvidó de todo lo demás. El cambio se produjo gracias a tía Helena, aunque es difícil precisar si su papel habría de reducirse al cumplimiento de los destinos del sobrino. Además, quien importa ahora no es tía Helana, sino el señor Romualdo.

Romualdo Bukowski, en camisa y calzoncillos, terminó por la tarde de segar el trébol, dejó la guadaña junto a la cuneta y fue a bajar al riachuelo. Descansó unos minutos, se desnudó y, con el agua hasta la rodilla, se lavó a conciencia; al inclinarse, le colgaba, bamboleando, el cordoncito negro con la medalla. Se enjabonó con satisfacción la barriga hundida y los muslos: aún no se sentía viejo. Volvió a ponerse la ropa sobre el cuerpo mojado y se dirigió hacia su casa, a través del huerto, con la guadaña al hombro. Barbarka, que traía una vasija llena de leche cuajada de la fresquera, le propinó un codazo debajo de las costillas: en público, no se permitían estas familiaridades. El le correspondió con una sonora palmada en el trasero, a lo que ella se puso a chillar diciendo que le haría tirar la leche.

Los perros ladraban en el corral, y, como se sentía de buen humor, Romualdo fue a buscar el cuerno de caza que colgaba de la pared, debajo de la escopeta y las fustas, cuya empuñadura terminaba en una pezuña de cierva. Volvió a la terraza con el cuerno y sopló: los perros comenzaron a gemir y llorar, reclamando libertad y cacerías. Luego, ya en su alcoba de solterón, abrió un cofre y se afeitó ante un espejito (tenía la barba dura y oscura) y se peinó el bigote. Su rostro enjuto estaba quemado por el sol, y unos hilos blancos asomaban en el negro bigote, pero eso no le importaba.

Se puso las botas de caña alta y brillante, y se abrochó bajo la barbilla el cuello de la chaqueta color azul marino. «¿Adonde va?», preguntó Barbarka. «Y a ti ¿qué te importa? Más vale que me traigas algo de comer, en vez de tanto charlar.» De entre unas correas amontonadas en un rincón sacó dos sillas de montar: «Corre, llama a Pietruk y dile que ensille a Kary y a Kasztanka». Compareció Pietruk con sus pecas, rascándose, como tenía por costumbre, por el agujero de los pantalones; Romualdo le siguió para asegurarse de que las cinchas quedaran bien ajustadas. Montó ágilmente a Kary, las ruedas de las espuelas tintineando, y condujo al otro caballo de la brida. Tras atravesar la pequeña hondonada, empezó a subir por el pedregoso caminito que atraviesa el bosquecillo. Súbitamente, un grévol arrancó el vuelo, el hombre se recostó sobre el cuello del caballo y esperó a ver dónde se posaría.

En el dedo de Romualdo, brillaba un anillo con escudo, pero no de oro, sino de hierro. La casaca era de paño casero, teñido de oscuro. Los príncipes Radziwill, ya a principios del siglo dieciséis, atraían colonos al valle del Issa, y los Bukowski, procedentes del lejano Reino, llegaron con sus carros encapotados, tras atravesar bosques, vados y zonas despobladas, y se quedaron en aquellos bosques inmensos. Estos hombres corrieron distintas suertes. Muchos de ellos quedaron tendidos en los campos de batalla contra los suecos, los turcos y los rusos, batallas próximas o lejanas a los lugares donde se habían establecido. Algunas ramas de la familia Bukowski se habían empobrecido, convirtiéndose en artesanos o campesinos. Pero Romualdo conservaba las tradiciones. Su padre administraba una hacienda propia cerca de Wedziagola; luego, vinieron las particiones, las ventas, las compras y se trasladaron allí. Perdieron su fortuna, pero lo que se es no depende del dinero que se tiene.

Después del bosquecillo, el camino baja hacia unos prados entre un laberinto de cercados hechos de ramas secas sostenidas con varas de madera. El brocal del pozo, los tejados de las primeras viviendas; cuando pasó frente a la casa, ambos se saludaron con un gesto de la mano.

Masiulis, el brujo, estaba sentado de espaldas contra la pared, fumando su pipa. No se tenían mucha simpatía. Poseía tanta tierra como Romualdo, pero ¡vaya vecino!, campesino y lituano por más señas. Acompañó al jinete con una mirada oblicua de sus ojos entornados, aspiró una bocanada de humo, tosió y escupió.

Era un hermoso atardecer. Quedaba aún algo de claridad, que se volvía ligeramente rosada detrás de la negra masa del horizonte, claramente delimitado por las afiladas copas de los abetos; en lo

alto, la oblea de la luna y el lejano eco de la melodía de un pastor que tocaba una larga tuba de madera, cubierta de corteza de abedul. Puso el caballo al trote. La tierra ondula, no se piensa en nada, tan sólo se siente la alegría del movimiento, la alegría de la pierna que percibe el calor y la belleza del animal. Pronto, aparecen los pastos llanos y los campos cultivados; a un lado, la mancha oscura del parque y, más allá, en un espacio vacío, envueltas en una niebla azulada, se dibujan suavemente las colinas al otro lado y por encima del valle del río.

A la linde misma del parque, sentada en un banquito cubierto de blancas barbas de musgo, Helena Juchniewicz contemplaba la luna que iba adquiriendo fuerza por momentos. Había salido para descansar y respirar el aire puro de aquel atardecer estival, y que a nadie se le ocurra pensar que lo hizo para ir de paseo con el señor Romualdo (en tal caso se hubiera puesto pantalones, ¿no es así?). No, en realidad, había olvidado por completo que, así, bromeando, lo había citado; ningún deseo pecaminoso había guiado sus pasos. Cuando Romualdo, que había dejado los caballos atados a un árbol, más abajo, junto al camino, empezó a subir hacia el banco, exclamó: «Oh», sorprendida. La saludó con galantería, inclinándose y besando la punta de sus dedos. Hablaron del buen tiempo, de la hacienda, él le dijo unas cuantas ocurrencias divertidas, y ella rió a gusto. Cuando le propuso un paseo, primero se negó afirmando que había perdido la costumbre de montar y que, además, no llevaba un traje adecuado. Pero, al fin, accedió y puso el pie en el estribo como una amazona nata. «¿Adonde iremos?», preguntó. «Probaremos por allí», señaló él hacia adelante, «¿le parece bien?»

El camino, blanco de polvo, conduce desde Ginie, a lo largo del Issa, donde los campos en terrazas se vuelven siempre más inclinados. Primero, a ambos lados del camino, hay tierras yermas y prados; luego, acosado por una prominencia del terreno, el camino se esconde entre los sauces de la orilla, hasta bifurcar, después de atravesar primero una, luego otra aldea, ante cuyas casas descansan grandes fajos de juncos cortados puestos a secar: para los que van a la otra orilla, hay allí un vado, y aquellos que siguen recto, por el camino más largo, deben subir al monte Wilajna. Una corriente rápida socava y descalza un banco de arena, cubierto, en el centro, por matas de juncos. El vado es cómodo, el agua no llega hasta los ejes de los carros. En otoño y en época de lluvias, es peligroso, los caballos relinchan con voz ronca y avanzan asustados, pero no queda más remedio que fiarse de su instinto, porque es imposible saber qué hay delante. El monte Wilajna, sembrado de grandes rocas y arbustos de enebro que recuerdan oscuras siluetas humanas, cae verticalmente sobre el río, que excava en él un barranco. Desde la cumbre, se vislumbra una espléndida vista sobre aquella cinta azul, allá en el fondo, y las islitas alrededor del vado. Pero el monte, salvaje y solitario, nadie sabe por qué, goza de mala fama.

Todo se había sumergido ya en el silencio. Pasaron por delante de un campo cercado que olía a leche recién ordeñada; se oía el ruido de un chorro de leche cayendo en un cubo y la voz impaciente del ama de casa diciendo: «Eh, Marga», cuando la vaca le daba un coletazo en la cara. Avanzaban casi en la noche, cruzando a veces el haz de luz que salía por la puerta de una casa, y acompañados por los ladridos de los perros detrás de los corrales. El agua en el vado centelleaba y su superficie se rizaba ligeramente. Cuando las herraduras de los caballos empezaron a resonar sobre las piedras de la pendiente del Wilajna, lavadas por las lluvias, Helena acertó las bridas de Kasztanka.

—Algo aquí da miedo.

Él se rió.

—¿Qué es lo que da miedo?

—Dios nos libre de pronunciar su nombre.

—Yo tengo un sistema para tratar con él.

—¿Qué clase de sistema?

—Hablarle cortésmente e invitarle a hacernos compañía. Entonces, seguro que no nos hará nada.

—¡Virgen Santa! ¿Cómo puede usted decir eso? Si sigue así, me marchó.

—Lo decía en broma.

Seguían por el camino empinado, la oscuridad iba haciéndose más densa, un débil vientecillo bailaba entre las hierbas. Se pararon al borde del barranco. Abajo, el río brillaba débilmente. Un

pájaro en vuelo pió plañideramente: tiú-tiú-tiú.

Se quedaron inmóviles, el bocado tintineó y Helena suspiró. ¿Era porque estaba bien hacerlo así, o porque suelen elegirse los gestos y los ademanes que pueden hacerse, o porque a veces se desearía que fuese de otra manera?

La Vía Láctea, a la que allí llaman la Vía de los Pájaros, desplegaba en el cielo sus signos luminosos.

Como una estatua oscura, como una vertical móvil en el lomo del caballo, así es cómo apareció a los ojos de Tomás el señor Romualdo, con su pequeña gorra con visera azul marino y la fusta colgando junto a la silla de montar, cuando, saliendo de la alameda, llegó cabalgando frente a la terraza. En poco tiempo, se hicieron grandes amigos. En el comedor, sentados alrededor de la mesa, tía Helena le acercaba las mermeladas y el abuelo le preguntaba sobre las cosechas. Pese a todo, Tomás se daba cuenta, por detalles casi imperceptibles en el comportamiento de las abuelas, de que se mantenían las distancias. El señor Romualdo podía venir de visita, pero no pertenecía al mismo mundo. Lo cual no tenía la menor importancia, pues de su persona emanaba un encanto muy particular. Su visita y la conversación acerca de animales presagiaban nuevas maravillas.

Ante todo, Tomás nunca había ido a Borkuny a pesar de que viviera a tan sólo tres *verstas* y media. Un día acompañó a su tía, quien tenía que ir a ver al brujo con el fin de obtener unos medicamentos para las ovejas y, aprovechando aquella circunstancia, se le ocurrió a ella ir a visitar también al señor Bukowski. Pasada la *kumietynia*, junto a la cruz, se torcía, no hacia la derecha en dirección a Pogiry, ni por otro camino también a la derecha, y luego, recto, en dirección de la casa de Baltazar, sino a la izquierda, hasta alcanzar la linde del bosque donde, en seguida después de los primeros árboles, se abría un mundo totalmente nuevo; de la colina se bajaba a un pequeño valle, sembrado de bosquecillos, marismas y caminitos de una sola vía que serpenteaban entre la vegetación. La casa y el patio del señor Romualdo aparecían de pronto en el valle, detrás del bosque de abetos. Era un edificio pequeño con columnitas de madera que sostenían la terraza, rodeado de saúcos. Oculto detrás de la casa, estaban el huerto de árboles frutales, los alisos y el pinar de jóvenes pinos, que ascendía en franjas escalonadas hasta los pinos de tronco largo. En el interior, olía a cuero, y, por los rincones, había montones de correas, sillas de montar y arneses; entre esos montones y en las paredes, se hallaba cantidad de objetos poco corrientes —cuernos de caza, pitos, escarcelas y cartucheras. Tomás preguntó para qué servían cada uno de aquellos objetos, y Romualdo le permitió coger una escopeta, tras doblarla para cerciorarse si estaba cargada, pero, al oír el ruido del gatillo, se sobresaltó y le dijo que esto no se hacía: cuando se aprieta el gatillo con el fusil descargado, puede estropearse el percutor. Aquella escopeta era del siglo dieciséis, de calibre mediano; la del doce, con un orificio de cañón muy ancho, a veces va mejor, sobre todo para animales de gran tamaño, y la del veinte, la más pequeña, se usa tan sólo para pájaros menudos. El señor Romualdo la había heredado de su padre, y, aunque vieja, disparaba bien. Adornaba el cañón un dibujito sinuoso, labrado en plata: se trataba de una escopeta llamada damascena.

Una chica joven, de aspecto y ademanes modosos, servía la mesa, cubierta con un mantel. Tomás la miraba embobado, o, como suele decirse, no podía apartar los ojos de ella, seguramente por el color de su piel, de una blancura que, suave y gradualmente, iba transformándose en arbol a la altura de las mejillas; llevaba una trenza recogida de un tono dorado oscuro, y, cuando una vez lo miró por un instante, fue como un misterioso brillo de intenso azul oscuro. Le pareció notar en aquella mirada un destello de simpatía, pero cuando, más tarde, a la hora de irse, oyó que ella le murmuraba por lo bajo al señor Romualdo: «*Szutas*» —se refería a él—, pasó mucha vergüenza, pues, en lituano, aquella expresión equivalía a decir que alguien estaba un poco chiflado. Aquel detalle enturbió toda la alegría de la visita, pero, al mismo tiempo, a partir de entonces, deseó aún más volver a Borkuny, por desafío, o para tratar de arreglar algo.

El señor Romualdo subió con ellos al carruaje. Insistió en que estaba muy cerca y en que su madre se alegraría. Borkuny es un conjunto de tres propiedades, que no tienen nombres separados: las tierras se distribuían de manera que, entre la hacienda del señor Romualdo y la de la vieja Bukowski, quedaban medidas como una cuña las tierras de Masiulis. La casa de la madre estaba

situada en la colina y, desde la terraza se abría la vista sobre un pequeño lago, al fondo de una hondonada pantanosa. La señora Catalina Bukowski realmente se mostró muy amable y hospitalaria. ¡Pero qué cara! Cubierta de verrugas, de las que sobresalían matitas de pelos, y las cejas descoloridas y arremolinadas, el búho de Tomás la ganaba en belleza. Su voz era honda y baja, masculina. Además, su aspecto armonizaba con su manera de dar órdenes, como pronto Tomás tuvo ocasión de observar. El que llevaba la hacienda era su hijo Dionisio, soltero y ya no muy joven. Nunca la contradecía y se encogía mansamente cada vez que ella pegaba un grito. A Tomás no le llamó la atención por ningún detalle particular, a no ser por sus botas de caña suave que se ajustaba con tiras de cuero por debajo de la rodilla y se ensanchaba sobre los muslos en forma de cáliz. El tercer hijo, Víctor, un adolescente casi adulto, tenía los ojos saltones y los rasgos mal dibujados, y tartamudeaba; si conseguía farfullar algo, se comía la mitad de las palabras, pronunciando en realidad sólo las vocales, mezcladas a unos sonidos guturales que podían indicar cualquier letra. Por ejemplo: «Ya hemos recogido el heno», sonaba así: «Gaguego guegogigo gue guego».

Y, otra vez, hubo que sentarse a la mesa y volver a comer, ante la botella de *krupnik*: «Usted ya puede beber, ya no es un niño», decían, y añadían: «Bebamos a vuestra preciada salud». Levantaban las copas y el cristal tintineaba. Tomás tomó un sorbo, y los ojos se le llenaron de lágrimas, pues la bebida quemaba como si fuera fuego. En cambio, la señora Bukowski lo vació todo de un trago (hablando de tragos: más tarde, Tomás observó que la señora Bukowski se servía más de uno: simulaba buscar algo en el armario, y clúc, volvía a cerrarlo en seguida con el rostro acalorado). Dionisio llenaba una ronda tras otra, y tía Helena tampoco se quedaba atrás: la verdad es que no bebía como los demás, entornaba los párpados y sorbía el contenido de la copa como si fuera agua. Empezaron a hablar más alto y a contar chistes que él no entendía. En fin, tonterías de mayores: se aburría. Alguien empezó a canturrear. La señora Bukowska se levantó de un salto, corrió hacia la pared y volvió con una guitarra que estaba colgada sobre un tapete con un gatito bordado. Colocada en el centro de la habitación, marcando el ritmo con el pie, atronó a la concurrencia con su voz de bajo:

Dulce Anita, Anita mía,  
¿dime por qué te han pegado?  
¿Por el azúcar, por el café?  
¿o por la honra que te han robado?

No es por azúcar, ni por café  
Ni por la honra que me han robado.  
Mi madre quiere que en casa esté  
Y a mí un mozo me ha enamorado.

Animada por el éxito, se sentó y, pasando los dedos por las cuerdas, cantó la canción de Wurcel, acompañándose con unas lánguidas caídas de ojos. Tomás conocía esta canción, se la había oído a Antonina, y siempre le había producido cierta extrañeza. ¿Cómo alguien puede ser joven como una fresa si ha estado amando durante cuarenta años? De hecho, las palabras de la canción eran como sigue:

Wurcel, Wurcel eres un tirano,  
frío e insensible a mi corazón.  
Más de cuarenta años hace que te amo  
de lo que es testigo y me dará razón  
de dulces cartas lleno el cajón.

Wurcel, Wurcel, el demonio os casará,  
y a mí, joven como una fresa,  
un hermoso príncipe me amará.

A decir verdad, todo esto resultaba muy ridículo en boca de la señora Bukowski, con su aire romántico, y aún más ridículo cuando pasó a cantar «Enganchad los cuatro caballos, pues voy a visitarla», con su estribillo «me voy-me voy- me voy-me voy». De todas maneras, Tomás prefería que se entretuvieran así en vez de ir llenando platos y copas. Se resignó a soportarlo, porque comprendió que había que armarse de paciencia: los mayores nunca pueden centrar su atención en una sola cosa. Él, en cambio, se interesó en seguida por un tema apasionante. Dionisio hablaba de una camada de lobos, no lejos de allí; al atardecer, había visto al más viejo rondar junto a los barrizales, de modo que seguramente por allí debían estar escondidos los cachorros; pero, cuando empezó a hacer más preguntas todo se diluyó en risas, palabras y ruido de platos. De todos modos, en Borkuny quedaba mucho por conocer e investigar, y, además, allí se sentía menos incómodo que cuando iban de visita a casa de los terratenientes. A la hora de sentarse a la mesa, no había que estar tan pendiente de los modales; le inspiraban confianza sus uñas enlutadas y sus manos callosas por trabajar en la tierra, así como la deferencia que mostraban hacia su tía y hacia él.

De las dos casas de los Borkuny, la del señor Romualdo era la más interesante: en la de su madre, hablaban sobre todo de cómo habían ido las cosechas, de qué se iba a sembrar, a qué precio se vendía el lino; en cambio, en la de él, se hablaba de caballos, perros y escopetas. Deseaba volver a ir allí cuanto antes, pero, al mismo tiempo, le turbaba aquel recuerdo: sólo con la mirada había expresado lo mucho que ella le gustaba —¿pero acaso siempre que alguien te gusta debes simular que no?. Volvieron cuando ya anochecía; tía Helena arreaba los caballos con las riendas y estaba alegre, aunque nada hacía suponer que había bebido demasiado. El crepúsculo, allí, entre aquella variedad de cosas que iban apareciendo a ambos lados de la carretera, era distinto al de Ginie: se llenaba de toda clase de voces, que provenían de los matorrales y los prados pantanosos; reclamos y gárrulos, ranas o patos salvajes, y muchos otros pájaros más. Los chotacabras pasaban ante ellos en su vuelo oblicuo. Tomás se sentía embargado por una piadosa emoción hacia todo aquel hervidero nocturno, hacia todos aquellos seres cuyas costumbres y cuyos asuntos, al estar ocultos, incitaban a la observación y a la investigación. Es tonto el que la gente se haya empeñado en hacer campos de cultivo por todas partes. En cuanto se llega a los campos, se acaba la belleza. Si de él dependiera, prohibiría arar la tierra, para que por todas partes sólo hubiera bosques, llenos de animales salvajes. Pensándolo bien, decidió que, cuando fuera mayor, crearía un país que no fuera más que bosque; no dejaría entrar en él a los hombres, o quizá sólo a algunos. ¿A cuáles, por ejemplo? A hombres como el señor Romualdo.

La ocupación a la que se entregaba Tomás con especial fruición, cuando le daban permiso para ir a pasar unos días a Borkuny, podría despertar ciertas dudas. A algunos animales les protege el miedo que sienten al verlos los seres humanos, miedo o repugnancia, y no necesariamente a causa de un peligro definido; han perdurado hasta hoy vestigios de antiguos y tácitos acuerdos, o de ritos ancestrales. Actuar abiertamente contra aquel estado de cosas, en el que nada está sujeto a palabras, puede ser aconsejable, pero también puede no serlo del todo, y, si lo es, lo es tan sólo con la condición de no atraer sobre sí la venganza de lo desconocido. Tomás, a pesar de ello, trató de sobreponerse a aquellas dudas, pues estaba convencido de que actuaba como un caballero exterminador del Mal.

Estamos hablando de las víboras. En Borkuny, las había en cantidades extraordinarias, subían a las terrazas e incluso se introducían en las casas: el señor Romualdo encontró una debajo de su cama. Se ocultaban de preferencia en dos lugares. En un bosquecillo de abedules, junto al caminito que llevaba a la fuente, allí donde los árboles crecían muy espesos y cubría la tierra una capa de hojas secas; allí, entre aquella hojarasca, se escondían, y ya no había manera de encontrarlas. El caminito les servía de terraza para tomar el sol y, de allí, se iban seguramente a cazar ratones. Otra de sus ciudades quedaba en un rincón de la marisma, entre montículos de musgo debajo de los pinos jóvenes. Para buscarlas allí, Tomás tenía que ponerse las botas altas de Romualdo e introducirse en aquel terreno enemigo con el corazón ligeramente encogido al pasar junto a aquel musgo que le llegaba casi a la altura del rostro.

La víbora, según el libro *Vípera Berus*, al morder, introduce un veneno que puede llegar a causar una grave enfermedad e incluso la muerte. Para curar las picaduras, se puede, o bien recurrir a fórmulas mágicas, o bien quemar la herida con un hierro candente, o bien emborracharse hasta el delirio, aunque la mejor solución consiste en emplear los tres sistemas a la vez. Las víboras de Borkuny eran grises, con una línea negra en zig-zag en el lomo; pero, en el bosque, además de éstas, había otras más pequeñas, de color marrón, con una línea en zig-zag de color marrón oscuro en vez de negro. El señor Romualdo decía que la víbora no pone huevos como las demás serpientes, sino que se cuelga de una rama para que la cría le salga del vientre. Al parecer, mientras sale la cría, la víbora permanece atenta, a punto de comérsela, pero las crías son, desde el primer momento, muy ágiles y se esconden en la hierba. Generalmente, la víbora no trepa a los árboles, pero hay excepciones, pues, en cierta ocasión, picó a una chica en la cara mientras recogía nueces. En Borkuny, eran una verdadera plaga, y no es de extrañar que a Tomás le apasionara su papel de exterminador.

Romualdo también le habló de otras serpientes. A unas veinte verstas de allí, en los bosques, había grandes pantanos que nunca se helaban, a los que el hombre no podía acercarse. Además, nadie había tenido el valor de hacerlo, pues aquél era el reino exclusivo de cierta clase de serpientes. Eran negras, con la cabeza roja; atacaban a la primera, saltaban y mordían en la cara o en la mano. En esos casos, no había remedio posible, uno se moría antes de tener tiempo de pronunciar «Dios mío»: caía fulminado. Sería interesante ir hasta allí para observar qué clase de animales vivían en aquellos parajes. Decían que, a veces, los alces se refugiaban allí cuando eran perseguidos.

Cuando hacía mucho calor, el señor Romualdo se iba a dormir al henil, aunque, en realidad, no se sabía si era realmente por eso, pues, en su casa rodeada de arbustos, nunca hacía un calor sofocante, pero lo hacía sencillamente porque necesitaba más aire. Al principio, a Tomás le costó acostumbrarse a la infinidad de pequeños pulgones y gusanitos que se le subían encima haciéndole cosquillas. Pero, con el olor a heno recién cortado, dormía en seguida. Y, por las mañanas, ¡qué

despertar! El griterío de los pájaros se introducía primero en sus sueños haciéndose siempre más penetrante; Tomás, abría los ojos y veía las rendijas en los maderos del techo por las que se filtraba el sol. Por encima de los maderos, correteaban unas uñitas menudas, algo aleteaba y Tomás intentaba adivinar quien andaba por allí: ¿tan sólo un gorrión, o algo mayor? Quizás una paloma silvestre. Se levantaba y, en compañía de Romualdo, se iba a lavar al pozo. Ante Tomás se presentaba una gran alegría y un largo día de verano. Comían pan moreno y bebían leche. Tomás se calzaba unas botas (aquí las llevaban siempre para mayor seguridad), cogía su bastón de avellano e iba a cazar.

El truco consistía en acercarse sin causar el menor ruido, para evitar que las víboras, asustadas, saltaran demasiado aprisa entre los sauces. Generalmente, ya a cierta distancia, distinguía aquella especie de látigos semidormidos que tomaban el sol. Los alcanzaba de un salto y les golpeaba la cabeza con una vara. Entonces, saltaban, se retorcían y serpenteaban en dirección a la maleza salvadora, pero él les cortaba la retirada. Tenía otro palo, con un corte profundo en uno de sus extremos y una ramita introducida en aquel corte; con él apretaba la cabeza de la víbora y luego retiraba la ramita. La llevaba colgada así hasta casa, mientras se debatía en contorsiones sincopadas (tienen una extraordinaria resistencia). La dejaba colgada del palo para que se secara: las víboras disecadas constituyen un remedio eficaz contra algunas enfermedades de las vacas, y los que viven a orillas del río, donde no hay víboras, suben a buscar esta medicina.

La caza de la serpiente en el pantano requería sobre todo mucha cautela al avanzar: podía haber alguna entre los arbustos, o entre las bayas de los arándanos palustres. Además, el musgo blando no permitía atontarlas, por lo que había que actuar con mucha habilidad para perseguir con el palo bifurcado aquel cuello huidizo. Cuando Tomás ya pudo llevar una escopeta (no aquel verano, sino el siguiente), encontró, a unos ocho pasos de distancia, una víbora enroscada a una mata. Disparó, pero ocurrió algo muy extraño: la víbora desapareció como si se hubiera volatilizado, a pesar de que a esa distancia el plomo diera de lleno en el objetivo.

Sin embargo, a pesar de su lucha contra ellas, nada permite creer que Tomás se había librado de los prejuicios que rodeaban a las víboras, o mejor dicho, del desagradable escalofrío que recorre el cuerpo frente a aquella energía que se manifiesta de un modo tan imprevisible. La fuerza que se acumula en aquella especie de cuerda, el repugnante tacto escurridizo de sus anillas abdominales y el corte vertical de su pupila, constituyen elementos de excepción entre todos los seres vivientes. Dicen que los pájaros, ante su aparición, se sienten como paralizados; no debería extrañarnos, porque la fuerza de la serpiente está, en cierto modo, fuera de ella, como si ella misma sirviera tan solo de intermediaria, o de instrumento.

En primavera, Tomás tuvo ocasión de presenciar, en el bosque junto a Borkuny, un espectáculo poco frecuente: el baile nupcial de dos víboras. Ocurrió en medio de un pequeño claro. Se detuvo, no porque hubiera visto algo especial. Nada, únicamente una vibración, una descarga eléctrica. Un baile de relámpagos sobre la tierra. Apenas hubo comprobado que se trataba de dos serpientes, éstas desaparecieron.

En aquel primer verano de amistad con el señor Romualdo, Tomás no se dedicó solamente a este tipo de caza. Bajo su vigilancia, alcanzó el privilegio de poder disparar con una escopeta. Primero contra la pared del henil para acostumbrarse al retroceso del arma. Luego, contra un objetivo viviente. Oyeron el graznido de un arrendajo, y, en el máximo silencio, fueron acercándose.

Joven y tonto, en vez de graznar en algún lugar oculto, se había posado en una rama muy visible. Un disparo, y Tomás, con un grito de júbilo, corrió a recogerlo. Pero, al levantarlo por las patas, se abrieron las alas y, del pico menudo, resbaló una gota de sangre. Entonces, sintió una congoja que no quiso confesar. Hay que ser valiente y ahogar la sensiblería, si se quiere llegar a poseer el título de investigador y cazador.

Una vez admitido en estas actividades profesionales, se dedicaba a calibrar perdigones con una medida de metal, mientras Romualdo fabricaba los cartuchos; limpiaba los cañones de la escopeta con un trozo de estopa bañada en aceite para que brillaran como una patena al mirar a contra luz por

aquel largo anteojo. También aprendió a quitarle la piel a los pájaros. Los azores solían atacar las gallinas; cuando ocurría, se oían los gritos de Barbárica: «¡Un pájaro! ¡Un pájaro!» (llamaba así a todas las aves de rapiña). Mataron a uno, pero el otro, que pudo escapar, observaba el corral desde lo alto de un aliso. Tomás hizo prácticas en el cuerpo del azor muerto: se raja la piel del pecho y la barriga, se la separa a ambos lados, cortando con un cuchillo la membrana que la une a la carne y, entonces, se desprende con facilidad; al llegar a la cola —para no cortar las plumas— y a las patas, cuyas garras tienen que salir junto con la piel, empieza lo más difícil; una vez hecho esto, se estira toda la piel como una media y se vacía la cabeza de los sesos y los ojos: eso también es difícil; basta un solo golpe torpe de cuchillo para que se partan los tenues párpados. Se pone a secar la piel después de frotarla con ceniza y rellenarla de estopa. Se le puede dar la forma de un pájaro sentado en una rama, pero, para ello, hay que disponer de alambre y de unos botones de cristal para colocarlos en lugar de los ojos.

La primera vez que Tomás descubrió las artimañas de que se sirven los hombres para cazar animales salvajes, fue cuando llegó a Borkuny para pasar unos días y ayudar en la recolección de setas. Las mañanas eran claras, el cielo de un color azul pálido, y, en los prados, había algo que no era ni rocío, ni aún escarcha. En el bosque de abetos junto a la casa, había en el musgo tantos niscalos como para llenar cestas enteras. El señor Romualdo se pasó el asa del cesto por el brazo, cogió el fusil por la correa y se puso en el bolsillo de la casaca, colgado de un cordón, un reclamo de hueso, que, como dijo, podría serles útil. Los reclamos se hacen con un fragmento de ala de lechuza o, a veces, con un hueso de liebre, aunque éste no tiene un timbre tan claro. Con él se imita el trino del grevol, si no, no habría manera de descubrirlos; a la más mínima señal de peligro, se arriman de tal forma al tronco que no se les distingue de la corteza. A una señal convenida, Tomás se quedó inmóvil, con el cuchillo rozando a una seta, y, en el silencio sólo interrumpido por la caída de las finas agujas, se oyó un trémulo silbido. Despacio fueron adentrándose en la espesura y en la penumbra del bosque. El señor Romualdo acercó el reclamo a los labios y sopló delicadamente pasando los dedos por los agujeritos. Silencio. El corazón de Tomás latía con tanta fuerza que temía que se le oyera. De pronto el grevol contestó en algún lugar cercano. Un ruido de alas, y, de improviso, sobre la rama de un abeto, vio, en medio de la rojiza oscuridad, una sombra que movía la cabeza en todas direcciones buscando al compañero. El movimiento del brazo fue tan rápido que el eco del tiro resonó a la vez, y, cuando se desvaneció el humo (Romualdo usaba pólvora negra), el grevol yacía inmóvil al pie del árbol, casi confundido con la hojarasca.

Romualdo merecía entrar en el Reino vedado a las personas corrientes. La presencia del animal lo excitaba, el músculo de su mejilla se contraía, todo él se transformaba en una tensa vigilancia, y era evidente que, en aquel momento, nada en el mundo le importaba más que aquello. Su sirvienta, Barbarka, era ya otra cosa: pertenecía al mundo de los adultos, ¡lástima, tan bonita y con un aspecto tan infantil! Debería entristecernos el ver cómo viven las personas, indiferentes a lo que es realmente importante; no se sabe, a decir verdad, con qué llenan sus vidas. Seguramente se aburren. De todos modos, Barbarka dedicaba mucho tiempo a cuidar el jardín: había llgado a cultivar flores hermosísimas, cuadros enteros de reseda, esbeltas malvas y ruda, cuyo olor verde sabía conservar durante todo el invierno. Para ir a la iglesia, se adornaba el pelo con ella, como todas las jóvenes. Pero aquellas miradas suyas, tan rápidas, llenas de curiosidad, como si ponderara los hechos siguiendo un pensamiento secreto, pertenecían a una persona extraña y adulta. Tomás le perdonó su primera ofensa y, desde entonces, simuló no fijarse en ella, aunque le molestara su aire de indulgencia, como si considerara, por ejemplo, que limpiar una escopeta no era más que un juego de niños. Si hubiera podido oír de sus labios una sola palabra de admiración, o respeto, pero no lo conseguía. Ante las presas que traía de sus expediciones contra las víboras, expresaba siempre, repugnancia, exclamaba «ex» y movía las comisuras de los labios en una especie de risita, como si aquella ocupación fuera poco menos que indecente.

Romualdo tenía cuatro perros: tres perros rastreros y uno de muestra. El negro Zagraj, de cejas amarillentas, ladraba con voz de bajo. Ya maduro, apreciado por su tozudez y su resistencia, compensaba con estas cualidades su deficiente olfato. Si perdía el rastro, en vez de correr a uno y otro lado sin rumbo, se ponía a trazar círculos según un plan razonado. El tenor Dunaj, parecido a Zagraj, aunque más delgado, no merecía mucho respeto, porque su actuación era de lo más irregular. Tan pronto, un día, merecía los máximos elogios, como, al día siguiente, no servía para nada; su celo estaba estrechamente relacionado con su estado de ánimo, y más de una vez sólo marcaba el paso como si dijera: «Puedo cantar, pero que busquen los demás, hoy me duele la cabeza». Lumia, la perra amarilla, de raza perdiguera, poseía un olfato infalible y un gran entusiasmo; era un compendio de virtudes. El brillo de sus ojos dorados adquiría tonalidades violeta y azules. Apoyaba amorosamente sus hermosas patas en el pecho del señor Romualdo cuando quería lamerle la cara. Los tres perros pasaban el verano aburridísimos, atados con cadenas, porque si los soltaban eran capaces de organizar su propia cacería, pasándose la presa del uno al otro. Las telarañas otoñales en los caminos anunciaban su liberación, mientras que para Karo, el pointer, empezaba la época de las meditaciones junto al hogar, cuando, con el hocico bajo la cola, aspiraba su propio olor.

Durante toda la semana, anterior a aquel domingo, Tomás contó los días. El sábado, fue a Borkuny con tía Helena, quien volvió por la tarde, dejándolo a él para que pasara la noche. La excitación le impedía estar quieto, la sábana se le bajó a los pies y la paja le picaba, pero, por fin, con el calor y el peso de la pelliza que le cubría, acabó por quedarse dormido como un tronco. Le despertaron en la oscuridad apenas grisácea unos ligeros golpes en la ventana. Eran Dionisio y Víctor con la cara pegada al cristal. Entraron, bostezando. Barbarka, medio dormida, con los cabellos sueltos cayéndole por la espalda, entró con una lámpara de cristal ahumado, encendió el fuego en la cocina y se puso a freír buñuelos de patata. Afuera, había una espesa niebla, y gruesas gotas caían de las ramas a la terraza.

Con el desayuno, los hermanos tomaron un trago. Víctor reclamaba: «Bagagga, eggega ga goguiga», lo que quería decir: «Barbarka, enseña la rodilla»; es la costumbre, trae suerte, pero ella le sacó la lengua. Los perros estaban locos de alegría; los ataron con traillas. A Tomás le tocó Dunaj y tuvo que retenerlo con todas sus fuerzas para no correr, pues el perro tiraba violentamente de la correa. Bajaron por un caminito hasta el río, lo atravesaron y se adentraron en el bosque que era propiedad del gobierno. Romualdo estaba en buenas relaciones con el guarda, y éste le dejaba cazar oficiosamente.

Reinaba el más absoluto silencio, la niebla iba escamando, y de ella surgían la abundante vegetación aun mojada por el rocío y las plantas rojizas que bordeaban el sendero. El eco del cuerno de caza que el señor Romualdo se había llevado a los labios, sonaba a lo lejos; al tocar se le hinchaban las mejillas y los ojos se le inyectaban de sangre. Cuando Tomás lo intentaba, conseguía extraerle algunos sonidos, pero jamás armonizarlos en una melodía.

Los olores del otoño... Es imposible explicar de dónde proceden, ni de qué extrañas mezclas están compuestos: la putrefacción de las hojas y de las pinochas, la humedad de los blancos hilillos de los talos, en el mantillo, bajo los viscosos ramojos de los que salta la corteza. Llegaron al punto idóneo para la caza: pequeños calveros atravesados por el cepillo de los pinos jóvenes, un claro entre los abetos, desde allí, en diagonal, otro que volvía a desaparecer en el bosque, liso como una carretera, cubierto de musgo, con un caminito en el centro. La presa suele observar fielmente sus costumbres. Cuando se asusta, traza en su huida un círculo, procurando eludir a sus seguidores hasta llegar a uno de los caminos que recorre a diario. Por el ladrido de los perros, el cazador sabe adonde

se dirige, debe intuir el recorrido elegido por la presa y llegar a tiempo. La atención del animal está tan concentrada en los perros que le persiguen, que no espera el peligro que le viene por delante y se encuentra de frente con el hombre.

Tomás no llevaba escopeta y asistía tan sólo como aprendiz de poca categoría. Tenía que seguir siempre a Romualdo. Soltaron los perros, impacientes, que de inmediato se hundieron en el espesor del bosque. Zagraj pasó junto a ellos, husmeando, y les miró con expresión interrogante. «Tú, Dionisio, ve al claro que linda con el bosque», dijo Romualdo. «Tú, Víctor, ve al Prado Rojo, Tomás y yo nos quedamos aquí.» Los dos chicos se alejaron, los árboles pronto ocultaron sus espaldas de las que sobresalía el cañón metálico de la escopeta. «Ya verás cómo Lutnia arranca la primera», afirmó Romualdo.

Un pájaro carpintero golpeaba el tronco de un árbol, se oía rascar una corteza. De pronto, a lo lejos, oyeron la aguda voz de un perro: «Ay, ay». «¿No te lo decía? ¡Es Lutnia!». Silencio. Y otra vez: «Ay, ay». «Está buscando, el rastro no es claro, tendrá que trabajar un poco más.» Entonces, Tomás oyó por primera vez en su vida el concierto de los perros rastrosos. «Guau, guau, guau, guau», se oía ahora seguido. Al instante, se le añadió una voz: «¡Dunaj!», gritó Romualdo. Se quitó la escopeta del hombro. Potente, a cortos intervalos, se oía la voz de Zagraj. Tomás jamás había imaginado que de las gargantas de los perros pudiera salir semejante música, que resonaba en algún punto lejano del bosque, verdadero coro atenuado por la distancia. «Están acosando a una liebre. Pero no aparecerá por aquí. Vamos, Tomás, en marcha», y Tomás echó a correr detrás de Romualdo a paso ligero, pero, de pronto, sintió que se le cortaba el aliento y apenas si podía seguirle. Una vez en el calvero, torcieron a un lado, por el avellanar, en dirección al barranco, luego siguieron por el fondo del barranco para volver a subir hasta el talud. «Aquí.» Romualdo le señaló un pino bajito detrás del cual tenía que apostarse, mientras él se quedaba en el centro, esperando, con el cuello tenso y el fusil preparado para disparar, inmóvil. El talud, cubierto aquí de pinocha, se inclinaba suavemente hacia una verde hondonada bien visible y, detrás de ella, otra vez una franja clara entre las paredes de árboles. El coro de los perros estalló de pronto a su izquierda, en una mezcla de deseo, obstinación y ferocidad, y enmudeció de pronto. Ay, ay, gemía de nuevo Lumia acosando aún.

No pasará... ¡Aquí está! A Tomás le pareció enorme, casi roja sobre el fondo verde, cuando apareció de pronto en la hondonada frente a ellos. Tomás abrió la boca y, por un instante, se alegró de no ser él quien disparaba. El desasosiego que sintió mientras aquello se acercaba y crecía era superior a sus fuerzas y, así, con la boca abierta, le sorprendió el disparo. La liebre recibió como una sacudida, dio una voltereta en el aire, y de inmediato sus patas se agitaron en convulsiones. Tomás la alcanzó el primero. Romualdo volvió a colgar del hombro el fusil y se acercó despacio, sonriendo. No, en realidad, los primeros en llegar fueron los perros. Dunaj la zarandeaba y levantaba hacia Tomás el hocico lleno de pelo. Romualdo sacó una navaja, cortó las patas traseras y las echó a los perros, mientras acariciaba a Lutnia en recompensa por el buen trabajo. Encendió un cigarrillo. «Este Dunaj, si la encuentra herida y no llega a tiempo, es capaz de comerse media liebre», dijo.

Tomás preguntó a Romualdo como podía saber dónde tenía que detenerse. Éste se rió: «Hay que saberlo. Si la acosan por aquel lado» y señaló el avellanar del barranco, «y la presa ha dado la vuelta por allí» y señaló hacia la izquierda, «no tiene más opción que salir por aquí. Siempre vuelven adonde tienen su madriguera».

Tocó el cuerno para llamar a Dionisio y Víctor. Se sentaron en unos troncos. Un sol blanquecino trataba de abrirse paso entre las nieblas. Tomás preguntó qué clase de animales podrían encontrar todavía. Gamos y, a veces, zorros, pero no ocurre con frecuencia, son demasiado astutos.

Cuando Dionisio y Víctor salieron por fin del bosque, apartando las ramas mojadas de los pinos, deliberaron unos minutos y decidieron seguir por el talud, avanzando por las terrazas de tierra seca, reforzadas con piedras, que formaban como anchos peldaños. Y, mientras caminaban, hablando tranquilamente, los perros lanzaron una súbita queja, como un gemido de resentimiento: guau, guau;

agarraron las escopetas. «¡La tienen a la vista!», gritó Dionisio y Tomás vio por un instante el pelaje de la liebre y, detrás de ella, las alargadas siluetas de Lutnia, Dunaj y Zagraj. «¡Se fueeee!» exclamó Romualdo. «Inútil seguirla.» Y contó la historia de unos cazadores que, mientras los perros corrían tan lejos que apenas podían oírles, se sentaron a jugar a las cartas debajo de un árbol. De pronto, la liebre cruzó a toda velocidad por encima de las cartas. Esta historia indignó a Tomás por parecerle un ejemplo claro de la sacrílega actitud de las personas ante los problemas esenciales. Sospechas, no del todo fundadas, le insinuaban que, para ciertas personas, la caza no tiene más importancia que la que pueden tener las cartas o el vodka, y no es para ellos más que un simple pasatiempo.

La queja furiosa se transformó en un ladrido regular que iba alejándose. Sin prisa, se situaron en sus puestos. Los arrendajos graznaban, inquietos por su presencia. Tomás fijaba toda su atención en la línea del sendero frente a él, pero se oyeron dos disparos que el eco trajo mezclado al rumor de las hojas. «Es Dionisio», adivinó Tomás, porque Víctor no habría podido disparar dos tiros seguidos con su escopeta de un solo cañón.

Después de una curva, miraron por entre unos troncos y vieron el espectáculo, a escala reducida, como a través de una lente: Dionisio, una liebre a sus pies y los perros. A las alusiones maliciosas de Romualdo, respondió que había fallado el primer tiro. Romualdo bebió de una botella plana, forrada de fieltro. Tomás rehusó cuando se la ofreció bromeando y se preguntó si aquel líquido era compatible con la dignidad de Romualdo el Magnífico.

«Mira, Tomás, tus zapatos ya no sirven.» Era verdad, los zapatos que se ponía para ir a la iglesia no servían para vagar por los prados húmedos. Él, quien se habría convertido casi en un experto, tendría que llevar botas de caña alta, de ser posible con una correa que se abrochase debajo de la rodilla, y, mejor aún (soñaba con ellas), unas botas que le llegaran por encima de la rodilla, como las de Dionisio. El abuelo sería capaz de comprender semejante petición, pero la abuela y la tía se opondrían seguro, las dos por motivos económicos.

El abuelo hojeó los tomos de la *Historia de la antigua Lituania* de Narbut; antes de que Tomás empezara a rebuscar en los armarios que contenían libros antiguos, el abuelo nunca se preocupó por saber qué contenía su biblioteca. Aconsejó a Tomás que llevara aquellos tomos a José el Negro y de él pasaran al padre Monkiewicz. Seguro que cada uno encontraría en ellos algo diferente, de acuerdo con sus propios intereses. El párroco carraspeaba irritado, moviéndose con impaciencia en su silla, cuando leía acerca de la infinidad de dioses y diosas que antiguamente se adoraban en el país, y reconocía las supersticiones que habían extrañamente perdurado hasta hoy, a pesar de sus continuos esfuerzos por erradicarlas. Es difícil saber si este tipo de lecturas es bueno para el alma. Por ejemplo, uno cierra un libro, guarda las gafas en la funda y se dedica a otro quehacer, pero, de pronto, inesperadamente, se le aparece la imagen de Ragutis, tal como lo desenterraron de entre las arenas del bosque; el adiposo dios de la borrachera y la depravación, esculpido en un grueso taco de roble, sonrío con aire burlón; sus pies enormes, calzados con zuecos, le sostienen sin necesidad de apoyo alguno, con toda las vergüenzas cuidadosamente reproducidas, *in naturalibus*. Y uno no puede dejar de pensar en él.

En cuanto a José, algunos capítulos parecían escritos expresamente para él, como los que hablaban de Liethui, la diosa de la libertad, parecida, según el autor, a la Frey de los escandinavos. Después de siglos, la nación había recuperado la libertad, pero no había perdurado ni la más mínima partícula de los restos de Lejczis, que fue empalado o ahorcado por los señores. Nunca nadie encontrará algo sobre él, salvo su nombre escrito en un pedazo de pergamino, perteneciente al privilegio real del año de gracia de 1483. Por este privilegio, un noble terrateniente, llamado Rynwid, recibió unas tierras, «en recompensa por haber sofocado una revuelta campesina que exigía más libertad que la que la ley les otorgaba, así como por haber hecho prisionero al jefe de los rebeldes, Lejczis, quien, despreciando la dignidad y la autoridad de su Majestad, se había atrevido a exhibir ante él un gato, símbolo de la libertad pagana de Liethui».

El historiador Narbut, un noble terrateniente al igual que Rynwid, o Surkont, en el año 1805, regaló su reloj a un hombre que, en un día de mercado, le repitió las palabras de una antigua plegaria musical a la diosa y que despertó la curiosidad del recopilador: «¡Pequeña Liethua», dice la canción, «libertad querida! Te has ido a los cielos, ¿dónde estarás? ¿Sólo la muerte nos acogerá? Adondequiera que mire el infeliz, ya sea al levante, ya al poniente, sólo ve miseria, violencia y opresión. El sudor del trabajo y la sangre de los golpes han cubierto la vasta tierra. Pequeña Liethua, libertad querida, baja del cielo y apiádate de nosotros». Es evidente que todo esto parecía escrito para José. Y así, cada uno por su lado, hablaban de ese libro en la parroquia, en la habitación donde se oía el tic-tac del reloj, mientras las dalias asomaban la cabeza por la ventana. Magdalena había plantado un hermoso jardín, y ahora bastaba con ir conservándolo.

Cierta tarde de otoño, José, menos dispuesto a recordar el pasado, debido a ciertas noticias desagradables que habían llegado a sus oídos en la aldea, exponía lentamente sus quejas. El párroco le escuchaba con las manos cruzadas sobre la barriga, entornando los párpados. En realidad, esas quejas siempre aparecían en sus charlas habituales, pero ahora había llegado el momento de preguntarse cómo había que actuar y la cuestión se refería también a los señores.

José hacía el recuento de los campos de cultivo, los prados y los pastos de Surkont, e informaba al sacerdote de lo que había llegado a su conocimiento. Merecía, cuando menos, un encogimiento de hombros el hecho de que el que parecía el mejor de todos también se sirviera de subterfugios.

—¿Y para qué lo necesita? —preguntaba José— ¿Acaso cree que podrá llevarse sus bienes a la tumba? Si en todas partes tienen la misma habilidad para ayudarse entre sí, ¿de quién van a ser las tierras? ¿Por qué no quieren comprender que su tiempo ha pasado?

En Letonia, les dejaban sólo cuarenta hectáreas: esto era correcto. El párroco insinuó que el problema no consistía en el número de hectáreas, sino en que la nación estaba corrompida, y en que los funcionarios se inclinaban ante todo aquel que poseía riquezas. Según José, la decisión de cuánto había que quitar y a quién, debería estar en manos de la gente de cada región, pero el párroco replicó que esto sería anarquía. Quizás sí lo fuera, pero ¿qué otra solución cabía, si no?

Sin embargo, ahora la cuestión era hacer algo. José no era partidario de las denuncias, ni de otro tipo de trámites que, aun bajo otro nombre, vienen a ser lo mismo. Pero, a veces, ocurre que no queda otra salida. En tal caso, hay que pensarlo muy bien: ¿convertirse en culpable por indiferencia, o cumplir con el deber por desagradable que sea? Hay que prever también qué consecuencias puede todo eso acarrear al prójimo. De todos modos, a Surkont no le matarían, ni lo mandarían a la cárcel, ni le confiscarían sus propiedades; sencillamente, tendría menos tierras. Más o menos, esto es lo que José trataba de explicar al sacerdote, pidiéndole al mismo tiempo su opinión.

El párroco reflexionó, se acarició la calva y dio al fin la respuesta acertada.

—¿Ha prometido Surkont dar el maderaje para la construcción de la escuela? —preguntó.

—Sí, para cuando empiecen las primeras heladas.

—Después de que él y los demás propietarios hayan dado su parte, ¿cuánto va a faltar todavía?

—Pues, alrededor de 120 estéreos.

—Hmmm.

En este «hmmm» se encerraban muchas cosas. Hasta entonces, a José no le había pasado por la cabeza semejante solución, pero ahora lo veía clarísimo. Bastaría sentarse a una mesa con Surkont y, sin otorgarle demasiada importancia, como si nada, darle a entender que él estaba al corriente de todo y firmemente decidido a no permitir que eludiera la parcelación. Entonces el otro, para ganárselo, estaría dispuesto a todo y el asunto del maderaje quedaría al mismo tiempo resuelto.

No preguntó más, y entablaron una discusión política; es decir, discutieron acerca de si el Gran Duque habría podido salvar a la patria de haber luchado del lado de los caballeros teutones en contra de los polacos en vez de ir con los polacos contra los caballeros teutones. Cuestión importante, si nos atenemos a las consecuencias de la segunda elección. Aunque sólo fuera por la existencia de una Michalina Surkont, que habría preferido morir antes que reconocerse lituana, sin olvidar la del mismo Surkont y de muchos miles como él. Así es cómo, después de un hecho acaecido hacía algunos centenares de años, los círculos iban ensanchándose, como ocurre cuando se echa una piedra en el agua.

—¿Y qué hay del padre de Tomás? —preguntó el párroco.

La sonrisa de José fue mas bien amarga.

—No vale la pena hablar de eso. Ese no volverá. Por el solo hecho de haber servido en su ejército, aquí iría a la cárcel. Seguramente también se llevará al hijo a su Polonia.

El párroco suspiró.

Se avergüenzan de pertenecer a un país pequeño. Sólo les importa ahora la cultura, las grandes ciudades. Pero Narbut sí que se sentía de allí. Aunque, en aquellos tiempos, la nacionalidad era otra cosa.

—Es como si la gente fuera presa de un encantamiento.

El padre Monkiewicz movía la cabeza en señal de desacuerdo.

—No, lo que ocurre es que, en el país, hay demasiadas mezclas. La vieja Dilbin, la abuela de Tomás, es de origen alemán. Y Prusia está llena de apellidos lituanos o polacos, cuando allí todos son alemanes. Esperemos que no salga nada malo de todo este lío.

José devolvió a Tomás la *Historia de Lituania* después de unos meses, y las conversaciones a las que su lectura había dado lugar indudablemente no quedaron registradas ni en la piel del lomo, ni en las rígidas páginas. Vuelta a colocar en el armario, la obra siguió impregnándose de olor a moho, mientras la recorrían pequeños insectos a los que les gusta la vida en la humedad y la penumbra.

José nunca fue a ver a Surkont para proponerle su silencio a cambio del maderaje para la escuela, aunque está comprobado que, durante mucho tiempo, llevó intención de hacerlo. La decisión no era

fácil: a un lado de la balanza, había que poner la propia finalidad inmediata del acto, o sea, la escuela y, al otro lado, unos principios y el bien de los más necesitados, que recibirían tierras, de haber parcelación. Se impusieron los principios. Pero esto no determinaba en absoluto qué medios se emplearían. Cabían tres posibilidades: una, comunicar abiertamente a Surkont que estaban al corriente de todo y que, en la ciudad, se diría, a quien había que decirlo, que lo que no es verdad, no es verdad. Es decir, sería como declarar la guerra; dos, no demostrar nada, actuar en secreto, y en secreto presentar la queja a las autoridades; y tres, esperar y, antes de entrar en acción, observar qué saldría de todas aquellas estratagemas. Esta última solución parecía la mejor, pues la precipitación es enemiga del sentido común y más de un problema se resuelve favorablemente con tan sólo un poco de paciencia.

Tomás poseía un Estado propio. De hecho, por ahora sólo lo tenía sobre el papel, pero en él podía arreglarlo y cada día cambiarlo todo a su gusto. La idea le vino mirando unos largos rollos de papel vegetal que el abuelo y tía Helena (quien ahora iba por allí a menudo) extendían encima de la mesa. Pintadas con acuarelas, podían verse figuras geométricas y líneas divisorias: eran los planos de las tierras pertenecientes a Ginie. Las superficies claras, uniformemente coloreadas, se transparentaban a través del papel.

El Estado de Tomás era totalmente inaccesible, rodeado por todas partes de barrizales, parecidos a los que habita la serpiente de cabeza roja. Debería estar totalmente cubierto de bosques, pero, tras pensarlo bien, decidió introducir en él un poco del claro verdor de los prados. No harían falta carreteras, pues una selva virgen atravesada por una carretera no sería una auténtica selva virgen, así que, para comunicarse habría una red de ríos unidos por líneas azules de canales y lagos. Las personas especialmente invitadas podrían pasar, claro está, pues había marcado unos pasos secretos entre los barrizales. Todos los habitantes —no muchos, porque el país se destinaría ante todo a cobijar cómodamente a los animales: bisontes, alces y osos— vivirían exclusivamente de la caza.

Llegaron los fríos otoñales, y Tomás se quedó sin mesa, pues la que estaba en la parte de la casa cerrada durante el invierno, la transportaron a la nueva ala. Junto a ella, estudiaban los planos y tenían lugar aquellas largas conversaciones en las que se repetía la palabra «reforma», y durante las cuales él temía las preguntas indiscretas de su tía Helena. Por eso, cuando se sentía amenazado, recogía sus mapas y papeles y se instalaba en la pequeña mesita del cuarto de la abuela Dilbin. Ésta no le molestaba en absoluto, porque estaba casi siempre en cama, enferma. A cambio, tenía que escuchar sus quejas y gruñidos, pues, según ella, todos la habían olvidado y se sentía como entre extraños; se moriría en aquel agujero y jamás volvería a ver a sus hijos, jamás. Maldecía a los lituanos por su infame ingratitud. Si Konstanty y Teodoro, y todo el ejército polaco, no hubieran luchado contra los bolcheviques, ya verían qué hubiera quedado de su Lituania. Y, por eso, el padre de Tomás y su tío recibían esa recompensa: no poder volver a su tierra natal, ni por unos días, como si fueran criminales. Sus cartas llegaban después de dar un gran rodeo por Letonia y, por lo tanto, con mucho retraso: entre Polonia y Lituania, incluso esto había sido prohibido. Para recibir pronto las cartas, hacía verdaderas comedias. Tomás observaba los subterfugios de que se valía para obligarles a mandar los caballos al pueblo para recoger el correo, si habían estado unos días sin ir. Simulaba estar a punto de morir para que alguien fuera a buscar al doctor Kohn, hasta en días de grandes aguaceros. Luego, sus dedos temblaban al romper los sobres, parpadeaba aprisa, y unas manchas rojizas aparecían en sus mejillas.

Tomás no podía tomarla en serio, ni le impresionaban sus susurrantes quejas y, al mismo tiempo, sentía una especie de irritación cada vez que la oía hablar de su Konstanty. La abuela Misia y tía Helena decían de él que era un cara dura. Ahora había llegado a ser oficial de carrera, lugarteniente de los ulanos, lo cual indicaba que había mentido y no había dicho que sólo tenía tres cursos de bachillerato, porque, para ser oficial, hay que haber terminado los estudios secundarios. Con su perpetua manía de citar lo, la abuela se ponía en ridículo. También criticaba sin parar la vida en Ginie: que si estaba a merced de los Surkont, en una casa en la que ni siquiera se sirven comidas decentes, que si no tenía a quien dirigir la palabra, que si Antonina era allí la dueña, e incluso que si el tabaco casero que Tomás le cortaba en pequeñas tiras para liar cigarrillos era malo (pues, según ella, no tenían buen aspecto hasta que no recortaba con unas tijeras las hebras que sobresalían del tubito; cuando estaban colocados en la cajita, todos iguales, le gustaba removerlos). Tomás sólo escuchaba a la abuela con atención cuando le explicaba lo magnífico que sería cuando, por fin, viniera su madre y se los llevara de allí a los dos, a él y a ella.

Muchos días a la semana, Tomás iba al pueblo a tomar clases con José. Cuando escribía cifras, se aplicaba mucho y deseaba que su maestro lo elogiara; no le importaba el hecho de que las dos abuelas y tía Helena no respetaran en absoluto a José. Éste alzaba los hombros cuando apoyaba los codos en la mesa; la nuez de su cuello musculoso subía y bajaba, y su aspecto de pesada solidez inspiraba confianza. Quizás era lo que más falta le hacía a Tomás; alguien que dijera: esto está bien, esto está mal, y él pudiera tener la seguridad de que era así.

De vez en cuando, aparecían funcionarios lituanos y, entonces, la abuela Misia y tía Helena se escondían, pues consideraban que no convenía recibirles con excesiva cortesía; no querían mancillarse con la poco adecuada compañía de aquellos «porquerizos», como les llamaban, ya que, más que verdaderos funcionarios, eran en realidad campesinos. Tomás miraba por la puerta entreabierta y los veía sentados con el abuelo, quien simulaba beber, para incitarlos a ellos a beber vodka. Luego, el abuelo subía a su coche hasta el granero, y allí Pakienas les cargaba uno o dos sacos de avena para sus caballos.

Estas visitas intensificaban las conversaciones sobre «negocios», en las que tomaba parte incluso la abuela Misia, mientras se balanceaba frente a la estufa, ora sobre un pie, ora sobre el otro. También por negocios el abuelo iba ahora a la ciudad. Colocaba el dinero y los documentos en una bolsa de tela, que se colgaba del cuello, y, para más seguridad, la sujetaba con imperdibles a la camiseta. Encima, se ponía la camisa, un jersey de lana y el chaleco.

Entre las puntas del cuello duro introducía el nudo de la corbata que sujetaba con una goma. De un bolsillo a otro del chaleco colgaba la gruesa cadena del reloj.

Como consecuencia de sus visitas a Borkuny, Tomás se dedicaba a escribir en un cuaderno especial, que parecía un libro, en la habitación de la abuela Dilbin o, si no podía aguantarla por más tiempo, en el comedor bajo la lámpara. Recortó con cuidado unas cuartillas de papel, pegó los bordes, les puso unas tapas de cartulina y escribió encima: *Pájaros*. Al hojearlo (cosa que nadie hacía, pues el valor de la obra consistía en que era secreto, y Tomás habría odiado al que se hubiese atrevido a hacerlo), se habrían encontrado, primero, con unos títulos, en letras más grandes y subrayadas, y, debajo, con letra más pequeña, la descripción. Le costó mucho vencer su inclinación por los garabatos; escribía con la pluma, despacio, sacando la lengua. Su esfuerzo fue coronado por el éxito, porque el conjunto no se presentaba nada mal.

Tomemos como ejemplo los picos. Ante todo, el que más le gustaba, y aparecía en invierno en el parque, era grande y de colores variados. Sólo una especie, la grande, tiene la cabeza roja. Así pues, escribía: «Pico dorsiblanco (*Picus leucotos* L.)» y, debajo: «Habita en bosques frondosos con viejos árboles decrepitos, así como en densos bosques de coníferas. En invierno, se acerca a los poblados».

O bien, «Pico negro (*Picus martius* L.), el mayor de la familia de los picos. Es negro, con una mancha roja en la cabeza. Anida en bosques de coníferas o abedules».

Tomás había visto un pico negro en Borkuny: no de cerca, pues no permite que nadie se le acerque; sólo se le puede entrever un instante entre los troncos de los abedules y el eco se lleva su agudo y chirriante crri-crrri-crrri.

De hecho, ignoraba que, después del nombre latino, se escribía «L.», o «Linni» en recuerdo del naturalista sueco Linneo, quien fue el primero en clasificar las especies, pero nunca dejaba de poner esta inicial para que su libro sobre los pájaros no se diferenciara en nada de otras clasificaciones sistemáticas. Los nombres latinos le encantaban a Tomás por su sonoridad: por ejemplo, el escribano (*Emberisa Citrinella*), o bien el zorzal (*Turdus Pilaris*), o el arrendajo (*Garrulus Glandarius*). Algunos de estos nombres se distinguían por tener una enorme cantidad de letras, y los ojos de Tomás debían saltar continuamente de su cuaderno a la página del antiguo tratado de ornitología para no dejarse ninguna. Ahora bien, si los repetía varias veces, sonaban muy bien: el cascanueces era nada menos que *Nucifraga Caryocatactes*, sin duda una palabra mágica.

Aquel cuaderno demostraba la capacidad de Tomás para centrar su atención en lo que le apasionaba. El esfuerzo valía la pena, porque encerrar un pájaro en un escrito y ponerle un nombre equivale casi a poseerlo para siempre. ¡Qué interminable cantidad de colores, tonos, chirridos,

silbidos y aleteos! Al volver las páginas, lo tenía todo ante sus ojos, y Tomás actuaba ordenando, en cierta manera, aquel exceso de existencia. En realidad, en los pájaros, todo causa inquietud: sí, existen, pero ¿podemos simplemente afirmarlo y luego nada? La luz centellea en sus plumas cuando vuelan; del cálido amarillo interior de los picos, que los polluelos abren en su nido escondido entre las ramas, nos llega como una corriente de relación amorosa. Y la gente considera que los pájaros no son más que un detalle sin importancia, algo así como un adorno móvil, casi ni se fijan en ellos, cuando lo que deberían hacer ante semejantes maravillas, es dedicar toda su vida a una sola finalidad: meditar sobre la felicidad.

Esto (más o menos) es lo que pensaba Tomás, y ni la «reforma» ni los «negocios» le afectaban, aunque el apasionamiento con el que oía hablar de ellos le forzaba a tomarlo en consideración. Oía continuamente: «Pogiry», «Baltazar», «el prado», y era lo suficientemente listo como para entender de qué se trataba, aunque no le cayera bien. Deseaba, ciertamente, que al abuelo le salieran bien las cosas, pero habría preferido que no hablara de ello con tía Helena.

Baltazar engordaba a ojos vista. Algunos sufrimientos del alma propician la gordura y son quizás más dolorosos que aquéllos por los que se adelgaza. Cuando oyó hablar del célebre rabino de Szylely, al principio se lo tomó a broma, pero luego su risa se convirtió en una angustiosa duda: ¿sería prudente rehusar una ayuda que a lo mejor podía salvarlo? Decidió tan sólo esperar a poder hacer el viaje en trineo. Con las primeras nieves, llegaron las heladas, cogió frío en los trineos, entró en una taberna para calentarse, se emborrachó y pasó allí la noche, recostado en un banco. Por la mañana, ardor en el estómago, la carretera inhóspita, rígidas columnas de nieve en polvo que el viento, aullando, levanta en torbellino y que hieren con sólo mirarlas. Por fin, llegó a Szylely. La casa del rabino, grande, con el tejado de madera que se hundía de viejo, estaba al final de la calle; se llegaba a la puerta tras atravesar un patio inclinado. Ya en el vestíbulo, le rodearon tres o cuatro personas. Había un montón de gente, jóvenes y viejos, que le preguntaban de dónde venía y para qué. Dejó el látigo en un rincón, se desabrochó la pelliza, sacó el dinero y contó la cantidad que, según decían, había que dejar como ofrenda. Finalmente, le introdujeron en una habitación donde un hombre barbudo, con la gorra hundida hasta la frente, sentado detrás de una mesa, estaba escribiendo en un libro muy grande. Éste le dijo a Baltazar que él no era el rabino, pero que tenía que explicarle a él el motivo de su visita, y él se lo repetiría al rabino: era el reglamento. Entonces, Baltazar, indeciso, empezó a rascarse la melena despeinada y se sintió indefenso. Creía, a pesar de todo, en una especie de rayo que lo traspasaría y le revelaría toda la verdad, incluso a sí mismo. ¿Hablar? Apenas salieran unos pocos sonidos de su boca, se notaría la falsedad y la falta de medios para poder expresarse. Tendría que ir desgranando confesiones totalmente contradictorias y, para colmo, allí, ante aquel judío desconocido, que no cesaba de mover la pluma y ni siquiera le había pedido que se sentara (sólo al cabo de un rato le indicó una silla). De lo que Baltazar fue capaz de balbucear se desprendía que no sabía qué hacer consigo mismo, que vivía y no vivía y que se moriría si aquel santo varón no le ayudaba. El judío dejó la pluma a un lado, hundió la mano en la barba y le preguntó: «¿Tienes hacienda propia? ¿Mujer e hijos?». Y, después, añadió: «¿Son los pecados los que no te dejan vivir? ¿Unos pecados muy graves?». Baltazar asintió, aunque no sabía bien si eran los pecados, el miedo u otra cosa lo que no le dejaba en paz. «¿Y rezas a Dios?», siguió indagando el judío. No entendió la pregunta. Si uno está mal y desea mejorar, es evidente que es Dios quien debería solucionarlo, pero ¿y si no quiere hacerlo? No hay manera de acceder a El. Baltazar iba a la iglesia, como es debido, y por eso movió afirmativamente la cabeza: sí, *rezaba*.

Luego, pasó mucho rato esperando otra vez en el vestíbulo apoyado contra la pared, mientras cantidades de personas entraban y salían, sacudiéndose la nieve de las botas. El griterío iba en aumento, y el aire parecía más espeso con tantas voces y tanta gesticulación, delante de sus narices. De pronto, desde dentro, se oyó una llamada, y toda la multitud, Baltazar incluido, volvió a entrar en tromba en la habitación donde estaba el escribiente; se abrió otra puerta y, entre apretujones, se encontró en otra habitación oscura, cuyo extremo opuesto, al fondo, estaba casi todo ocupado por una mesa negra. En medio de tanto ruido, rumor de pasos y exaltación, se oyó una orden: «¡Silencio!», y todas las voces repitieron: «¡Silencio! ¡Silencio!».

Por una puerta lateral, entró el rabino; detrás de él, el secretario barbudo. El rabino era menudito, con cara de jovencita: como la cara de Santa Catalina en un cuadro de la iglesia de Ginie. Junto a las mejillas, sus cabellos rubios y esponjosos formaban ricitos. Iba vestido de oscuro, su blanca camisa estaba abrochada debajo de la barbilla con un botón brillante; en la cabeza, llevaba un solideo de seda. Entró con aire azorado, los ojos bajos, pero, cuando su ayudante hizo una señal a Baltazar para que se acercara y el rabino levantó los párpados, le observó durante un tiempo con una mirada penetrante, echando un poco la cabeza hacia atrás y alisándose con la mano las solapas

de su levita. Ante él, Baltazar se sentía como un gigante indefenso.

Sin dejar de mirarle de aquel modo, pronunció unas palabras en su lengua. La estancia se llenó de susurros; los que se apretujaban detrás de Baltazar se balancearon, y de nuevo se oyó: «¡Silencio! ¡Silencio!». El secretario tradujo al lituano:

—Él dice: «Ningún-hombre-es-bueno».

Y el rabino volvió a hablar al otro lado de la mesa, y el barbudo tradujo:

—Él dice: «El-mal-que-has-hecho-hombre-no-es-más-que-tu-propio-destino ».

Baltazar sentía que le empujaban por detrás, en el silencio lleno de siseos y expectación, oía al barbudo:

—Él dice: «No-maldigas-hombre-tu-propio-destino-porque-quien-cree-que-tiene-el-destino-de-otro-y-no-el-propio-morirá-y-será-castigado-no-pienses-hombre-có-mo-podría-ser-tu-vida-porque-si-fuera-distinta-no-sería-la-tuya». Ha dicho.

Baltazar comprendió que esto era todo. Otro hombre se hallaba ahora frente al rabino y éste le hablaba. Abriéndose paso con dificultad entre la multitud, salió de la casa, furioso. ¿De manera que para aquello había hecho veinte *verstas* con aquel frío glacial? ¡Malditos judíos! ¡Y maldita su propia estupidez! Sin embargo, una vez pasado el pueblo, mientras su bota, que pendía más allá del travesaño inferior de los trineos, abría un surco en la blancura, su cólera desapareció. En su lugar, surgió una gran congoja. ¿Qué esperaba en realidad? ¿Un sermón de una hora, o unas pocas palabras? Daba lo mismo. Y esto no era lo peor, lo peor era aquella especie de vacío total, que hace que uno tenga ganas de aullar: ni trompetas de ángeles, ni lenguas de fuego, ni espadas que se bifurcan por su extremo como el aguijón de una serpiente. Sí, avanzaba por la carretera: a su espalda, casas; ante él, leños grises y el bosque; sobre él, nubes. Y él, ¿qué? ¿Tan sólo que había nacido, que moriría y que debería aprender a soportar su suerte? Lo mismo, siempre lo mismo, tanto si era un cura como si era un rabino. Pero nadie llegaba al meollo de la cuestión. ¡Qué felicidad si, ahora, de pronto, apareciera a la orilla del cielo la cabeza enorme de un gigante que hiciera una hondísima inspiración, y todo, Baltazar incluido, fuera tragado por sus fauces! Pero nada semejante ocurriría. ¿A qué viene irritarse contra el judío? Era un hombre como todos los demás, lleno de vana palabrería, ¿pero acaso habría alguien que supiera decir algo distinto? Aunque te sientas enloquecer de dolor, vendrán y te soltarán otro discurso. Han sabido inventar máquinas, pero, con excepción de aquel «nació y murió», no saben de hecho nada de nada.

Un poco más, y hasta llegaría a creer que algo positivo había sacado de su visita a Szylely. Las primeras palabras del rabino le habían infundido un poco de esperanza. ¿Quién sabe si todo el mundo sufre y siente remordimientos, sin confesarlo? Si todos se reunieran y se contaran unos a otros todos sus pecados, ¿no se sentirían mejor? Pero, ¿quién se atrevería a hacerlo? ¿Cómo? ¿Es que nadie es bueno? Seguramente acudiría también alguien con pecados leves. Pero no tener pecados, ¿es suficiente? Hmm, aquí se dio cuenta de que el judío era muy astuto y que aún tenía para rato de darle vueltas a la cuestión.

Se quitó los guantes y lió un cigarrillo. El caballo trotaba a buen paso y los cascabeles de la collera resonaban en el vacío. De unas varas de mimbre, saltó una liebre que se alejó brincando a lo largo del arroyo helado. Oscurecía, en el bosque era ya casi de noche, pero aún le dio tiempo para ver unas señales entalladas en los pinos. Estaban a punto de ser talados. Baltazar había leído en el periódico que el Gobierno había vendido mucha madera a Inglaterra. Aquel pino, por ejemplo, no llevaba entalladura. ¿Por qué? Porque estaba torcido. El tronco que, al principio creció recto, se inclinó de pronto horizontalmente, y de ese brazo se disparó hacia arriba un palo recto como una vela. Quizás el rabino se refiriera a esa clase de destino. El pino no tiene posibilidad de volver a empezar. Tiene que empezar a partir de lo que ya existe, aunque esté torcido. Lo demás puede ser recto. Y el hombre, ¿puede volver a empezar de nuevo desde el principio? Tampoco.

Arreó al caballo, descontento. El hombre no es un árbol; el árbol sabe lo que necesita: luz. Pero al hombre le parece que crece recto y, en cambio, crece torcido. En esto estriba la dificultad. Mi vida es así y así. Y he de ir hacia aquí y hacia allá para cambiarla. Sin embargo, sigo recto, como un

tiro, sin detenerme, para, de pronto, darme cuenta, demasiado tarde ya, que, en vez de ir para arriba, he ido para abajo. Y aquí termina su sabiduría judía.

Firmemente decidido a no detenerse en el camino, tiró de las riendas cuando vio, a la luz de las ventanas de una taberna, el brillo de unos grumos de nieve. Atados a un lado del edificio, los caballos sacudían los morrales con avena fijados al hocico y, a cada movimiento, hacían tintinear los cascabeles de los arneses. Era su propio destino, no el de otro. Sea. Apoyó una mano sobre el pomo de la puerta. ¿Entraría? Entró.

Si aceptamos la teoría de que los fracs y las medias de los demonios son el testimonio de sus simpatías por el siglo dieciocho, la reforma agraria, que consiste en quitar la tierra a unos para darla a otros, tendría que situarse fuera del campo de su conocimiento. Al diablo que custodiaba a Baltazar (como una corneja que da vueltas alrededor de una liebre herida) debió parecerle una obligación muy penosa tener que estudiar esta cuestión. También aquí, aunque sólo sea por un afán de exactitud, nos ocuparemos de ella unos instantes.

Las tierras de Surkont quedaron divididas de la siguiente manera, atendiendo a sus características:

Tierras de labor.....	108,5 hectáreas
Pastos junto al Issa, terrenos sin utilidad, etc.....	7,9
Pastos en litigio junto al pueblo de Pogiry.....	30,0
Bosque, prados y tierras roturadas por Baltazar para su propio uso .....	42,0
Total:	188,4 hectáreas

Según la reforma recién decretada, todo lo que superara las ochenta hectáreas sería parcelada entre los campesinos sin tierras, y el propietario recibiría una compensación tan baja que, en la práctica, no contaría siquiera. Surkont, o quizás su hija, preocupada por sus bienes, encontró la siguiente solución: si una finca agrícola ha sido dividida entre varios miembros de la familia, que han construido en ella edificios y la explotan personalmente, cada uno de ellos puede poseer hasta ochenta hectáreas. Surkont decidió, pues, desprenderse de las treinta hectáreas de pastos en litigio para cerrarle el pico al Gobierno, y el resto, es decir 158,4 hectáreas, dividir las entre él y su hija Helena. Sí, pero ¿y la fecha? El reglamento decía claramente que las particiones efectuadas después de una fecha determinada no serían válidas. Para que cerraran los ojos ante una pequeña irregularidad e inscribieran en los libros, como por error, una fecha anterior, había que contar con la buena voluntad de los funcionarios, que suelen ser muy sensibles a las deferencias de que son objeto. Esto es lo que el abuelo trataba de obtener.

El otro problema era el bosque. Según la ley, todos los bosques pasan a manos del Estado. Así pues, inscribió los suyos como prados. El resto dependería de hacia dónde quisieran mirar los tasadores: ¿mirarían hacia abajo, o levantarían los ojos hacia esa extraña hierba cuyo tallo no podría abarcar un hombre con los brazos estirados? De hecho, del viejo robledal quedaba ya bien poco: lo que más abundaba eran bosquecillos umbrosos de jóvenes ojaranzos, unos pocos abetos y bastantes árboles maderables en terreno pantanoso. Pero toda esa zona colindaba con el bosque estatal, que se extendía a lo largo de decenas de kilómetros, y esto aumentaba el riesgo.

Dos fincas: la suya y la de Helena. Pero, ¿dónde situar esa segunda finca? Inesperadamente, Baltazar iba a ser muy útil. Cuando Surkont permitía a Baltazar que hiciera lo que le viniera en gana, no le guiaba ningún cálculo premeditado. No era cálculo, sino predilección por aquel chico (basta mirarle para ver que este hombre de treinta o cuarenta años seguirá siempre siendo un chico). Y ahora la casa del bosque y sus dependencias les serían muy útiles: en los documentos, dirían que Helena administraba sus propias tierras.

Estos eran, a grandes rasgos, la situación y los planes para hacerle frente. La mejor clase de cerveza y el más aromático aguardiente, fabricado con nueve distintas especies de hierbas silvestres, aparecían en la mesa cuando Helena Juchniewicz iba a pasar un rato a su casa, pero Baltazar la

observaba atentamente, enseñando como siempre los dientes en una sonrisa bondadosa. ¿Acaso no la conocía bien? Discretamente, como por casualidad, Helena metía ahora la nariz en los establos o en el granero. Es triste tener que tratar con una persona así.

Según algunos, el demonio no es más que una especie de alucinación, producto de los sufrimientos del alma. Si lo prefieren, el mundo debe parecerles aún más difícil de entender, porque ningún otro ser viviente, con excepción del hombre, padece alucinaciones. Supongamos que la diminuta criatura que se paseaba dando saltitos, junto a las manchas de bebida derramada que Baltazar se entretenía extendiendo con el dedo por la mesa, debieran su existencia a la borrachera. Pero esto no prueba nada. Había días en que Baltazar volvía a sentirse alegre, silbaba mientras seguía su arado; y, de pronto, aquel sobresalto interior que siempre anunciaba la llegada del terror. En cuanto daba unos pasos fuera del círculo que le había sido asignado, una fuerza extraña volvía a empujarlo hacia dentro. Eso es: extraña, porque no sentía su sufrimiento como formando parte de sí mismo. Seguro que, allí, en lo más hondo de su ser, seguía habiendo pura alegría. El ataque venía de fuera. El terror provenía del hecho de que la sutileza y la penetración del razonamiento que era capaz de desarrollar cuando estaba desesperado no provenían de su fuero interior, y era esa clarividencia sobrehumana la que lo aniquilaba. El sentimiento del propio ridículo también formaba parte de ese estado de ánimo, y quienquiera que lo persiguiera se aprovechaba de ello.

—Sí, Baltazar —se decía—. Una sola vida. Millones de personas se ocupan de millones de asuntos, pero tú, Surkont, Helena Juchniewicz, la tierra, aquel accidente con la carabina, todo es poca cosa. ¿Por qué a ti precisamente te tenía que ocurrir? Como una estrella, habrías podido caer aquí, o allá. Pero fue aquí, y nunca nacerás por segunda vez.

—El rabino estaba en lo cierto.

—¿En lo cierto? Sin embargo, te muerdes los puños al pensar que la Juchniewicz podría echarte, y te muerdes los puños de rabia contra ti mismo, por mordértelos. Aparentemente, te conformas con tu suerte, pero no consientes. El rabino, no lo niego, acertó, porque es un hombre de experiencia. Pero esto no es difícil de adivinar. El Baltazar mancillado lamenta que todo esto haya caído en suerte al Baltazar puro, que no existe. ¡Magnífico ese Baltazar puro! Sólo que no existe.

Los dedos se agarraban a la mesa. Ojalá pudiera pegar, destrozar, convertirse en fuego o piedra.

—No, hombre, volcarás la mesa, y luego ¿qué? Yo sé que lo que quieres en realidad no es esto, sino preguntar algo. Pregunta, te sentirás aliviado. Te echas esto en el gaznate, pero dejas de pensar sólo por un instante, mientras te quema la garganta. ¿Quieres saber?

Baltazar iba desmoronándose, con los brazos abiertos, sobre las tablas de la mesa, a merced de aquella comadreja débil, pero feroz.

—Cuando uno hace algo, ¿acaso es porque no habría podido actuar de otra manera? Eso es lo que te atormenta, ¿verdad? Si soy lo que ahora soy, es porque en ésa u otra circunstancia actué de ésa u otra manera. Pero ¿por qué actué de aquel modo? ¿No será porque, desde un principio, soy como soy? ¿Es por eso?

Bajo la mirada, que venía hacia él desde el espacio, y que iba adoptando distintos rostros a su alrededor, aunque fuera en sí inmutable, Baltazar asentía con la cabeza.

—¿Te duele que la simiente sea mala y que de la simiente de una ortiga no crezca una espiga de trigo?

—Claro que sí.

—Te daré un ejemplo. Fíjate en una encina. La miras y ¿qué ves? ¿Debería crecer allí donde está?

—Sí, debería.

—Pero un jabalí habría podido hozar la tierra y comerse la bellota. Si miraras otra vez aquel mismo lugar, ¿pensarías que allí debería crecer una encina?

Baltazar se retorció entre los dedos un mechón de pelo.

—No lo pensarías. ¿Por qué? Porque todo lo que ha ocurrido parece como si hubiera tenido que ocurrir sin que pudiera ser de otra manera. El hombre es así. Tú mismo, más tarde, te convencerás

de que no habrías sido capaz de ir a la ciudad a contarle a las personas indicadas que Surkont declaró los bosques como prados y que intentó hacer trampa.

—Yo no pienso acusarle de nada.

—El Baltazar bueno ama a Surkont. No, lo que tú tienes es miedo de que tu queja no sirva para nada, porque él paga a los funcionarios y se enterará de todo, y entonces ya no te defenderá frente a su hija. Y también tienes miedo de ganar. Podrían anexionarte al bosque estatal y, aunque a lo mejor te nombraran guarda forestal, te preguntarían también para qué necesitas tú tantas tierras. No mientas. Y no te salvarás maldiciendo tu destino.

—Es que yo nunca sé por qué hago las cosas. Por ejemplo, una vez llamé a unos casamenteros, pero ya no recuerdo por qué. Y aquel... ruso... habría podido solamente darle un susto. No recuerdo.

—¡Ah!

¡Aaah! Nunca sabremos luchar contra ese grito que resuena dentro de nosotros mismos. La mayor injusticia estriba en el hecho de que arranquemos la hoja del calendario, nos calcemos las botas, probemos los músculos del brazo y vivamos al día. Pero, al mismo tiempo, por dentro nos corroe el recuerdo de los propios actos, sin recordar sus motivaciones. Pues, una de dos: o esos actos tienen su raíz en nosotros mismos, en nuestro propio ser, que es el mismo de hoy, y entonces pasa a ser horrible convivir con él, pues hasta hace que nuestra piel huele mal; o es que los ha cometido otro, con el rostro oculto, lo cual es quizás aún más dramático, pues ¿por qué, debido a qué maldición, no podemos librarnos de él?

Baltazar preveía que Surkont se saldría con la suya

Eligió la inacción por cansancio, o por desconfianza hacia sí mismo, hacia su propia naturaleza, o hacia aquellos que solapadamente se infiltran en ella. Si se mantenía inactivo, tantos menos motivos tendría después para arrepentirse. Además, si ya se habían enredado las cosas, ¡que se acabaran de enredar de una vez por todas! Durante algún tiempo, llegó hasta a pegar a su mujer, pero luego desistió, y se encerró en sí mismo, pesado y silencioso. Quizá fuera razonable abandonar la casa y buscar con tiempo alguna tierra en otro lugar, acogiéndose a la reforma, pero ¿cómo volver a empezar de cero, cómo vivir en una choza cubierta de paja y empezar a construir una vez más?

¿Y para qué? ¡Que las cosas sigan como están! La partición no significaba que los Juchniewicz fueran forzosamente a vivir al bosque. También sabía, por otro lado, que, si a Surkont le ocurría algo, todo entonces dependería de la hija.

Su mujer, en un tercer alumbramiento, le dio una hija. Cuando la abuela la trajo de Pogiry para enseñársela, Baltazar pensó que no se acordaba de cómo había sido, ni en qué noche, ni si le había causado placer. La niña se parecía a un gatito, y a Baltazar. Celebró un bautizo fastuoso, y los invitados trataron de convertir en una broma el hecho de que se abalanzara con un cuchillo sobre alguien: él mismo no se enteró hasta el día siguiente, al despertar.

Los cascabeles tintinean, el caballo resuella, los trineos se deslizan sin ruido. Sobre el blanco manto de nieve, a ambos lados del camino, unas huellas. Un cuadrado torcido: es una liebre. Si el cuadrado se alarga significa que la liebre corre aprisa. La huella de un zorro sigue una línea recta — una pata tras otra— y trepa por la colina, allí donde la nieve reluce bajo el sol, hasta el bosquecillo de abedules de color azul violeta. Los pájaros dibujan tres líneas convergentes, a veces el rastro de la cola, o una señal borrosa de las plumas de las alas.

A causa del frío, la nariz de tía Helena se llenaba de venitas y sobresalía, más oscura, de la cara sonrosada, por encima del cuello de la pelliza. Ésta había perdido su colorido de origen y se había vuelto marrón, pero la de Tomás, aún muy nueva, recordaba por sus tonos vivos el pelaje veraniego de las ardillas. Por eso, y también porque era suave, a Tomás le gustaba frotarse la mejilla con la manga. La gorra con orejeras del abuelo, demasiado grande para él, le caía continuamente sobre los ojos, y Tomás se la levantaba una y otra vez con paciencia. Helena se cubría con un gorro redondo de borrego, color gris.

En Borkuny, los senderos junto a la casa se habían puesto amarillos por la nieve pisoteada; se veían salpicaduras de agua, rugosas, que se habían helado tras estrellarse en el suelo, y montones de estiércol de caballo entre los que correteaban a saltitos los gorriones. Barbarka, con sus largas medias de lana y sus zuecos, se afanaba en servir la mesa. Era la hora de la merienda. Los tres estaban sentados a la mesa; Tomás se aburría, se levantaba y se iba a mirar las armas de caza colgadas de la pared. Una especie de complicidad entre Romualdo y Helena ponía nervioso a Tomás. Le parecía descubrir entonces a otro Romualdo que no era tan bueno como había creído, que se hacía cómplice de los adultos y que prodigaba bromas, coreadas por las risitas entrecortadas de tía Helena. También le inducía a marcharse cuanto antes las idas y venidas de Barbarka quien, llena de ira, no se sabía bien por qué, se mordía los carnosos labios. Pero, si le obligaban a quedarse sentado a la mesa, se perdía hasta tal punto en sus sueños, que el «¡Come!» de Helena le producía un sobresalto. Nadie habría podido adivinar sus pensamientos, que no eran muy decentes. Las sonrisas y las invitaciones a comer y a beber le parecían poco naturales. ¿Por qué todos representaban una comedia, hacían muecas, se imitaban, cuando en realidad eran tan diferentes? Nadie enseñaba a los demás lo que tenía de auténtico. Cuando estaban reunidos, todos cambiaban. Por ejemplo, Romualdo, cuando se mostraba tal como era, decía: «Es hora de cagar», se agachaba junto a un árbol y luego se limpiaba con una hoja, sin esconderse de nadie; allí, en cambio, todo eran amabilidades y besuqueo de manos. Helena también se abría de piernas, y por ellas bajaba un chorrito; pero, allí, se comportaba como si no tuviera nada en aquel sitio, como si hubiera dejado aquella parte de sí misma en casa: tan noble y pura. Incluso Barbarka. ¿Por qué ella también? Barbarka, tan hermosa que hasta daba miedo, ¿también se agachaba, con sus mejillas arreboladas? ¿A ella también le salía aquello por allí, entre la pelambreira? Tomás temblaba cuando la miraba mientras se imaginaba aquellas cosas, pues de su frente lisa y de los rayos azules de sus ojos a aquello, no mediaba mucha distancia. Todos ellos sabían unos de otros que hacían aquellas cosas; entonces ¿por qué se comportaban como si no lo supieran? A decir verdad, cada una de aquellas visitas forzadas, en las que se veía obligado a presenciar sus aburridas muestras de buena educación, provocaba en él la misma actitud díscola, pero nunca tanto como en las visitas a Borkuny aquel invierno. ¡Qué bonito sería si todos se desnudaran, se agacharan unos frente a otros y se pusieran a hacer sus necesidades! ¿Seguirían diciendo bobadas demasiado tontas para que las dijeran cada uno por separado? No, les vencería el sentido del propio ridículo. La gran dosis de placer que le producía imaginar ese tipo de escenas se avivaba con el deseo de triunfar sobre cada uno de sus disfraces, de arrancarles sus pretensiones. Tomás se juró a sí mismo no ser nunca como

ellos. Pero su protesta se dirigía sobre todo contra Helena, quien contagiaba al señor Romualdo, o lo forzaba a adoptar aquellas actitudes simiescas.

Hacia el anochecer, cuando el cielo se impregnaba por el horizonte de un severo color rojizo y las delgadas ramas parecían gélidos látigos, sobre los abedules junto al río se posaban los urogallos. Tomás observaba las liras de sus colas durante el vuelo y la blancura de sus alas vistas desde abajo: si conseguía acercarse lo suficiente, veía el brillo metálico de su negro plumaje; de lejos, sólo se divisaban sus siluetas entre las ramas más altas de los árboles. Romualdo sacó una vez del armario un señuelo de madera que era igual que un urogallo. Se fija el señuelo al extremo de una pértiga, de modo que parezca el animal vivo, y se coloca la pértiga cerca de un abedul. Los urogallos creen que es un compañero y se acercan volando: entonces, se les dispara. Romualdo le prometió que un día irían a cazar urogallos, pero el plan no llegó a realizarse porque comenzaron las fuertes heladas y sólo una vez fueron de paseo al bosque, desgraciadamente con Helena. Romualdo les mostró unas huellas, que después de examinarlas cierto tiempo, resultaron ser de un lobo. ¿Cómo distinguía esas huellas de las de un perro grande? Hmm, tendría que ser un perro excepcionalmente grande — explicó—, y además las almohadillas de los dedos del lobo dejan una señal más honda y están más separadas.

Romualdo iba pocas veces a la iglesia; pero, cuando lo hacía, después de misa iba a visitarles. Tomás encontraba a Barbarka cada domingo. Rezaba con un grueso misal entre las manos, el triángulo de su pañuelo caído en la espalda, y allí no le intimidaba tanto como en Borkuny. En la iglesia, todo parece menos peligroso, incluso Domcio, cuyos pelos enmarañados distinguía a veces entre la multitud. La iglesia no le predisponía a la rebelión, pero, aun así, le daba algunos disgustos. Tomás consideraba que durante la misa los sentimientos de las personas debían elevarse hacia Dios y que, de no ser así, sería una especie de engaño. Él no quería engañar, por lo que cerraba los ojos y trataba de elevarse con el pensamiento, muy alto, a través del techo de la iglesia, hasta el mismo cielo, pero no lo conseguía. Dios era como el aire, y cada una de sus imágenes se volatilizaba al instante. En cambio, hacía con insistencia observaciones de tipo terrenal sobre todos los que le rodeaban: cómo iba vestida la gente, qué cara ponía. O bien, si conseguía elevarse por el espacio, era para colocarse él mismo en lugar de Dios y observar desde arriba la iglesia y a todos los allí reunidos. Entonces, el techo se volvería transparente y los vestidos también, y allí estarían, arrodillados, con sus vergüenzas a la vista de todos, aunque trataran de ocultárselas los unos a los otros. También quedaría al descubierto el interior de sus cabezas: desde arriba, podría coger con enormes dedos a uno y a otro, los colocaría en la palma de la mano y miraría cómo se moverían. Luchaba contra esa clase de sueños, pero aparecían en cuanto trataba de elevarse hacia esferas celestiales.

Quedó muy impresionado con la lectura de un libro sobre los primeros cristianos y Nerón (quien los convertía en antorchas vivientes en el grabado de la habitación del abuelo). Esa lectura le inspiró un sueño sobre la pureza. Tomás estaba en la arena de un circo romano, en un grupo de cristianos. Entonaban cánticos, y a él las lágrimas le bañaban el rostro, pero eran lágrimas de puro placer por lo bueno que había sido al acceder voluntariamente al martirio; se sentía todo él tan limpio interiormente que se había convertido en un río sin diques. Cierta día, hacía mucho tiempo (había ocurrido una sola vez), recibió una paliza por orden de la abuela por haber cometido una falta grave. Antonina lo aguantaba, y uno de los mozos azotaba con una vara su cuerpo desnudo. La operación, a pesar de los alaridos, le dejó el mejor de los recuerdos. Sintió una especie de ligereza en el alma y alegría por los pecados expiados, y derramó las mismas lágrimas de felicidad y plenitud que en aquel sueño sobre la muerte.

Los leones se fueron acercando. Sus dentadas fauces ya estaban allí, muy cerca, y los colmillos se hundían ya en su carne; la sangre fluía, pero él no sentía miedo, tan sólo un luminoso júbilo que lo unía al Bien, para siempre jamás.

Pero esto ocurría en sueños. En la realidad, aquella misma semana le hizo una terrible escena a Helena. Había perdido el libro de tapa negra en cuyas páginas amarillentas copiaba los nombres

latinos de los pájaros. Buscó por todas partes, preguntó a todos los mayores si lo habían visto, pero nadie sabía nada. ¿Qué había sido de él? Por fin, por pura casualidad, lo descubrió en la habitación donde, entre semillas esparcidas sobre trapos y montones de lana, dormía Helena. ¿Y dónde estaba? A una de las torneadas patas de la cama le faltaba un pedazo y, en su lugar, Helena había colocado el libro. Tomás la amenazó con el puño, gritando, y ella se extrañó de que estuviera tan furioso y no entendía qué mosca le había picado. ¡Idiota! Para ella, naturalmente, un libro y un ladrillo eran lo mismo, ningún pájaro o animal le interesaba lo más mínimo, y no distinguía un gorrión de un escribano. Si se interesó por el búho, fue tan sólo porque había recibido dinero por él. Y cuando simulaba escuchar con atención lo que Romualdo le contaba sobre la caza, le engañaba vilmente; lo hacía simplemente por coqueteo. No es muy cristiano alimentar un sistemático desprecio por un semejante. Pero a Tomás no le preocupaba demasiado, su desprecio por Helena le sugería distintos sistemas para castigarla, no sólo por esa última falta, sino en general, por ser tan tonta. Por ejemplo, coger semillas de belladona y echárselas a la sopa. Pero, alrededor de la casa, no había más que nieve, era invierno, no había dónde ir a buscar el veneno y, pasados unos días, la tensión del odio disminuyó. Además, si ella era como era, ciega a todo lo que es digno de ser amado, ni siquiera valía la pena el esfuerzo de envenenarla: mejor sería ignorarla.

En el césped, ahora blanco, enfrente de la casa, Tomás se entretenía haciendo bolas de nieve que iban aumentando de tamaño al ceñirlas con las tiras de plumón que iba arrancando a su paso. Luego, colocaba esas bolas una encima de otra y, en la más pequeña, que hacía las veces de cabeza, introducía dos carbones (los ojos) y una pipa hecha con una ramita. Pero las manos se le quedaban heladas y, además, una vez terminado el muñeco, ya no sabes qué hacer con él. Por la mañana, ayudaba a Antonina a encender las estufas. En el silencio de la casa, que parecía encerrada en una caja forrada de algodón, resonaba el enérgico repicar de sus zapatos en el vestíbulo. Entraba con ella una bocanada de aire frío, y el hielo, sobre los leños que volcaba ruidosamente en el suelo, les daba el brillo de un cristal. Entonces, Tomás colocaba en el hogar láminas de corteza de abedul, sobre las que construía una pequeña pirámide de cortos leños secos, que se ponían a secar en la rendija entre la estufa y la pared. El fuego lamía la corteza, que se enroscaba formando como unas trompetitas. ¿Cogerá, o no cogerá? Antonina entraba con la leña, seguida de Tomás, en la habitación de la abuela Dilbin cuando aún estaba a oscuras, e iba en seguida a abrir por fuera las contraventanas. Tomás parpadeaba, cegado por la súbita claridad, y parpadeaba la abuela que se apoyaba, encorvada, en una almohada colocada perpendicularmente a la cabecera de la cama. Sobre la mesilla de noche, junto a un grueso misal, había un montón de frasquitos de medicamentos, que exhalaban por toda la habitación un olor mareante. Ya no se quedaba allí tanto tiempo como en otoño y aprovechaba cualquier excusa para salir corriendo, pues ya estaba harto de gemidos. Se balanceaba en la silla junto a la cama, sabiendo que su obligación era quedarse, pero no resistía mucho tiempo y se escabullía con un sentimiento de culpa. Ese sentimiento no aumentaba por el hecho de huir: la abuela, enferma y llorosa, entraba en aquella categoría de cosas que se examinan con indiferencia e incluso con irritación, y por las que, mientras se las examina, se siente a la vez satisfacción y vergüenza.

Para Tomás fue un gran acontecimiento el día en que recibió unas botas, que eran exactas a como las había deseado. Hechas a mano por un zapatero de Pogiry, le quedaban algo grandes (habían contado con que crecería), pero eran muy cómodas. La caña, blanda y suave, podía, si era necesario, ajustarse con una tira sobre el empeine para que el pie no bailara dentro. Otra tira de cuero, que pasaba por unas presillas, la recogía debajo de la rodilla.

Finalmente llegó la primavera, distinta a todas las demás primaveras de la vida de Tomás. No solamente porque aquel año las nieves se fundieron con inusitada prontitud, y el sol calentó con excepcional fuerza, sino porque, por primera vez, no esperó pasivamente a que las hojas se abrieran, a que aparecieran en el césped las amarillas llavecillas de San Pedro y a que se oyera de noche entre los arbustos el canto de los ruiseñores. Salió al encuentro de la primavera, cuando apenas la tierra desnuda había empezado a humear bajo una clara luz sin nubes; en el camino hacia Borkuny, cantaba y silbaba, jugando con su bastón. El bosque detrás de Borkuny, en el que se hundió a primera hora de la tarde, le despertaba el deseo de salir fuera de su propia piel para convertirse en todo aquello que existía a su alrededor; algo desde adentro le impelía con fuerza, hasta producirle dolor. Tenía ganas de gritar de admiración. Pero, en vez de gritar, avanzaba en profundo silencio, procurando que ninguna ramita crujiera bajo sus pies, y permanecía totalmente inmóvil al oír el menor ruido o chasquido. Sólo de esta manera se puede penetrar en el mundo de los pájaros; éstos no temen la figura del hombre, sino sus movimientos. Junto a él, se paseaban los zorzales charlos, que sabía distinguir de los zorzales reales (en éstos, las plumas de la cabeza son de un gris azulado, no pardo grisáceas), y, al pasar junto a un abeto muy alto, descubrió que ya habían anidado en él los picogordos. En cambio, habría pasado por alto los nidos de los arrendajos de no ser por sus inquietos graznidos. Sí, allí estaban, pero se escondían tan bien que, desde abajo, nadie lo habría dicho. En el joven abeto, las ramas crecían casi a ras de suelo y, al principio, no le costó encaramarse, pero como más subía, más le costaba, porque las ramas se hacían siempre más espesas, las puntas de las agujas le pinchaban la cara hasta que, por fin, sudado y cubierto de arañazos, sacó la cabeza por arriba, junto al nido. Se balanceaba agarrado al tronco que, a esa altura, era muy delgado, y los pájaros le atacaban desesperadamente desde arriba con la intención evidente de asestarle un picotazo; en el último momento, les venció el temor, se dieron media vuelta y se alejaron para volver a atacar de nuevo. Encontró cuatro huevecillos color azul pálido, punteados de rojo, pero no los tocó. ¿Por qué los huevos de la mayoría de los pájaros del bosque son punteados? Nadie había sabido aclarárselo. Era así. Pero ¿por qué? Bajó del árbol satisfecho por haber alcanzado su objetivo.

Volvió embriagado por todo lo que había visto, pero ante todo por aquella primavera en el bosque, cuya belleza no consistía en nada particular, sino en un coro de esperanza compuesto por millones de voces. Sobre las copas afiladas de los árboles, negros sobre el fondo del cielo de poniente, dejaban oír sus melodías los zorzales (¡el *turdus musicus*, no el *turduspilaris* o el *turdus viscivorus*! Sólo los tontos confunden estas especies). En lo alto, se oía el balido de las agachadizas comunes, que parecían corderitos correteando a lo lejos, más allá de aquella seda rosa y verde. Antonina, al oír aquellos sonidos, sostenía, naturalmente, que se trataba de la bruja Ragana, a caballo en un demonio convertido en macho cabrío volador, al que torturaba con las espuelas. Pero Tomás sabía que aquel balido no era sino el particular silbido de las plumas de la cola.

Tomás ofreció a Barbarka un ramo de mezereón color rosa, cuyas flores olían como jacintos, y ella las aceptó complacida. Al anoecer, el señor Romualdo examinó, a la luz de la lámpara, el interior del cañón de su fusil. Dijo algo que dejó a Tomás sin habla y pálido de emoción. Sea por piedad, sea porque sabía que Tomás, al igual que los espíritus de los bosques, era capaz de guardar silencio, la cuestión es que le preguntó: «¿Querrás venir?».

El sentido de responsabilidad enturbia la felicidad. Se considera rara habilidad saber acercarse a un urogallo mientras canta. Un solo paso en falso, y el cazador queda derrotado. Romualdo, a pesar de ello, quería que Tomás le acompañara y le permitía acercarse con él al urogallo. El honor de Tomás estaba en juego, y no podía defraudarle.

Conocía las costumbres de ese pájaro, pero jamás lo había visto; no los había en las proximidades de Borkuny, sólo en lo más hondo del bosque, lejos de los humanos. Era el pájaro-símbolo de la selva. Sólo dos o tres pasos pueden darse al final de cada uno de sus cantos, cuando enmudece y se vuelve indiferente a todo cuanto ocurre a su alrededor, en la oscuridad, pues canta sólo al amanecer y en la época que va de los deshielos a la aparición de las primeras hojas.

La exaltación que se apoderaba de Tomás cada vez que aprendía algo nuevo sobre los urogallos y, en general, sobre todo lo que tenía relación con la naturaleza planteaba una duda: lo que le excitaba ¿era la imagen de un pájaro, grande como un pavo, con el cuello tendido hacia delante y la cola en forma de abanico, o más bien el imaginarse a sí mismo, acechándolo en la semioscuridad? ¿No sería también el que, al hundirse en el espesor del bosque, mudo y cauteloso, o al escuchar el concierto de los perros, se extrañara de sentirse, él, en persona, partícipe de aquella magnífica aventura, como un cazador de verdad? No sólo miraba los detalles a su alrededor, sino que se veía a sí mismo observando esos detalles: es decir, se extasiaba ante el papel que estaba representando. Por ejemplo, el gesto curvo de su pie al acercarse a la presa: con ese gesto expresaba la conciencia, quizás un poco exagerada, de su propia habilidad. De hecho, los mayores no tienen razón si creen que no se divierten de la misma manera. Y si no, que confiesen que su curiosidad por saber cómo se siente uno en su papel de amante es a veces más importante que el mismo objeto de su amor. Desean (¿no es así?) saborear la situación que han creado y adquirir con ello un mérito del que sentirse orgullosos. De ahí que sus gestos y sus palabras, por fuerza, deban ser un poco falsos, porque los representan ante sí mismos, controlándose, con el fin de acercarse lo más posible al ideal que han tomado por modelo. Exigen que sus sentimientos hacia las personas más queridas correspondan a su particular concepto del amor y, si no encuentran el tipo de sentimientos que necesitan, los fabrican artificialmente y tratan de convencerse a sí mismos, hábilmente, de que son auténticos. Se han especializado en el papel de actores, que consiste en ser alguien y, al mismo tiempo, con la otra mitad de sí mismos, comprobar que ese alguien, en realidad, no lo es del todo; aquí es por donde hay que salir en defensa de Tomás.

El fanatismo con el que clasificaba a las personas en dignas e indignas, según si las veía capaces o no de pasión, era una muestra de las exaltadas exigencias de su corazón. Tras reconocer que los pájaros representaban la más pura belleza, juró serles fiel, y se mostraba tenaz en el ejercicio de esa vocación. En sus movimientos, excesivamente precisos, se expresaba su voluntad; en sus mandíbulas fuertemente apretadas podía leerse: «Quiero ser lo que me he propuesto ser».

Salieron al día siguiente por la tarde en el carro de Romualdo, enganchado a un solo caballo. Un camino arenoso, con profundas rodadas, atravesaba el bosque y serpenteaba luego por entre amplios espacios cubiertos de brezos, salpicados aquí y allá por algún pino resalvo, o corros de jóvenes pinos transparentes, rotos muchos de ellos, como si fueran hierbas, por las nieves y los vientos invernales. Los brezales no despertaron el interés de Tomás por su aspecto árido, tan distinto a la vegetación que crecía junto al Issa y en los alrededores de Borkuny. Más tarde, llegaron a un bosque mixto, donde Romualdo se encaminó por uno de los atajos que servían para transportar madera. Allí, la tierra era seca y no había peligro de embarrancar. En la sombra, los cascos de los caballos golpeaban a veces la superficie de la nieve helada. Por fin, llegaron a una carretera con hondas cunetas a ambos lados y, media hora después, divisaron un amplio calvero en el que humeaban las chimeneas de una aldea. «Esto es Jaugiele» —dijo Romualdo—. «Aquí todos son cazadores furtivos.»

Sobre el fondo del bosque negro, unos bosquecillos sin hojas, y las malezas parecían azules a la luz del atardecer y, sobre ellos, se posaban franjas de niebla, formando capas. Entre unas ramas de aliso encontraron un puente y un camino que conducía hasta la casa forestal. Sobre el nido del tejado, las cigüeñas, que seguramente acababan de llegar de su largo viaje, se agitaban en un barullo de picos y alas. El perro ladraba, tensando la cadena, y Romualdo bajó ante la puerta con una sensación de alivio, estirando los brazos para desentumecerse. Una mujer alta, con una falda verde, apareció en la puerta y explicó que el marido no estaba, que había ido de caza y que pasaría la

noche en el bosque. Les invitó a entrar, pero les advirtió de que no podrían demorarse si querían encontrarle antes de que cayera la noche. De modo que sólo bebieron un poco de leche en el zaguán, en una jarra de barro. Siguiendo la dirección que ella les había indicado —primero a la derecha, después del pino, que tenía una colmena, a la izquierda, luego, pasando junto a la ciénaga, otra vez a la derecha—, llegaron por fin a una pista cubierta de blancas astillas de madera y de una capa de ramas cortadas. Era ya noche cerrada. Aquí y allá, brillaban los troncos descortezados. A lo lejos, divisaron un fuego.

Un tejadillo inclinado, hecho con troncos de pino cortados por la mitad, se apoyaba en dos estacas; el reflejo de las llamas le daba un color cobre oscuro. Sentados sobre unas pellizas, había dos hombres; en seguida vio Tomás los cañones de dos rifles apoyados en una pendiente. El guarda forestal y el otro aseguraban que la temporada de los cantos de los urogallos estaba en su plenitud, a no ser que la lluvia lo estropeará todo, pero no parecía probable: la puesta de sol presagiaba buen tiempo. «Este», preguntó el guarda, señalando con la cabeza a Tomás, «¿también quiere cazar urogallos?», y se alisó los bigotes que ocultaban una sonrisita ofensiva. Movi6 la cabeza y lo observó con atención, y aquella mirada turbó a Tomás.

Haces de chispas estallaban, ascendían en espiral y se desvanecían en la blanda oscuridad. Acostado en un lecho de ramitas de abedules, Tomás se cubrió con su pelliza, mientras un murmullo recorría las invisibles copas de los pinos y, a lo lejos, chillaba una lechuza. Los hombres, alargando las sílabas, hablaban de la boda de alguien, de un proceso, de que alguien había traspasado con el arado los límites de la propiedad de su vecino. De vez en cuando, uno de ellos se levantaba y volvía de las sombras arrastrando un tronco seco que arrojaba al fuego. Arrullado por el susurro de la conversación, Tomás, tumbado de lado, dormitaba, y, en ese duermevela, le llegaban las voces y el crepitar del fuego.

Sintió un estirón en el brazo y se levantó de un brinco. El fuego estaba ya casi apagado, en medio de un gran círculo de ceniza. En lo alto, brillaban las estrellas, más pálidas a un lado del cielo. Temblaba de frío y excitación.

Caminaban en la más completa oscuridad. Silencio absoluto. A veces, se oía tan sólo el golpe de una bota contra una raíz, o el roce de un fusil con alguna rama. Eran tres, pues el amigo del guarda forestal probaba suerte a otra parte. El sendero se estrechaba siempre más y, en vez del olor a pinocha, les llegaba el olor a cenagal. Los charcos centelleaban con los grises destellos que preceden al alba. Avanzaban hundiéndose unas veces en el agua, agarrándose otras a los penachos de los alisos. Luego, pasaron sosteniéndose en equilibrio sobre unos troncos resbaladizos puestos allí como pasarelas, entre fantasmagóricas matas de juncos secos.

No era ni un terraplén, ni una hondonada. A la izquierda, una zanja de la que brotaba en el silencio el croar de una rana. Más allá de la zanja, apenas si se entreveían los pinos enanos de la ciénaga. A la derecha, se destacaba la oscura mole del bosque que crecía en las tierras pantanosas. Tomás distinguía en él los troncos más claros, hoyos profundos, y una maraña de mimbres, saxífragas y raíces retorcidas de árboles derribados. Frente a ellos, el cielo empezaba a teñirse de rosa, y, tras detener en él un instante la mirada, todo lo demás parecía aún más oscuro.

De vez en cuando, se detenían a escuchar. De pronto, Romualdo le apretó el brazo: «¡Ahí está!», dijo en un susurro. Pero Tomás tardó un poco en distinguir aquel sonido. No era más que un suspiro atenuado por la distancia, una señal misteriosa, diferente a cualquier otro sonido en el mundo. Como si alguien martillara (no, más bien como si se descorchara una botella, pero tampoco). Dieron un apretón de manos al forestal, quien al instante, desapareció.

—De momento, podemos seguir acercándonos así, pero con prudencia. Está lejos y no nos oye —murmuró Romualdo—. Luego, ve con cuidado.

Con el fusil en una mano y manteniendo el equilibrio con la otra, se hundió entre las malezas. Tomás le seguía, con toda su atención concentrada en tratar de no hacer el más mínimo ruido. Pero ¿cómo evitarlo? El pie, antes de posarse en tierra, topaba con capas de palos secos que se rompían, estrepitosamente. Con las botas, procuraba abrir un hueco entre ellos antes de dar un paso, o bien trataba de pisar el musgo. Sí, el urogallo necesita vivir en la espesura de un verdadero bosque, para que ésta le proteja. Barricadas de troncos, colocados unos encima de otros, les cerraban el paso, y Romualdo vacilaba preguntándose si era mejor pasarles por encima o por debajo. El sonido se oía ahora más claramente. Sonaba como un tec-ap, tec-ap, siempre más rápido, y como emitido con cierto esfuerzo.

Semejante escena perdura en la memoria para siempre. Ante todo, la grandiosidad de los álamos blancos que parecían aún mayores a la luz gris perla de aquella hora en que ya no es de noche, pero tampoco de día y en que, entre los troncos, cierta claridad presagia ya el amanecer. Las raíces, cual dedos gigantes, se introducían en la húmeda penumbra, y un conjunto de troncos se erguían hacia arriba, hacia la luz. Romualdo, que parecía apenas una hormiga junto a ellos, se abría camino alzando el fusil. ¡Y aquel sonido! Tomás comprendió por qué aquel tipo de caza era tan fascinante. La naturaleza no podía encontrar otro canto que expresara mejor el espíritu salvaje de la primavera. No es una melodía, ni un grácil trino: es tan sólo un repiqueteo de tambor, cuyo ritmo se va acelerando. La sangre pulsa en las sienes, hasta que el canto del urogallo y el tambor que resuena en el pecho se funden en uno solo. Es una voz que no recuerda la de ningún otro pájaro, un sonido imposible de describir.

Tomás imitaba en todo a Romualdo. Cuando éste se volvió y dio la señal, se detuvo. Había llegado el momento. Ahora, solamente darían saltos. El urogallo dejó de cantar. Silencio absoluto. En lo alto pasaron volando unos pajarillos piando en tonos agudos. Volvió a empezar: tec-ap, siempre más rápido, más rápido, hasta que se le añadió otro sonido, como si alguien afilara un cuchillo; entonces, Romualdo dio un salto, luego otro, y se quedó inmóvil. Tomás no se movía

porque tenía miedo de no saber seguir el ritmo. Pero, cuando el urogallo soltó otra serie de sonidos, estaba preparado y, al oír el sonido final, dio un salto a la vez que Romualdo. Uno, dos, tres, comprendió que era el tiempo justo del que se dispone, pues el pájaro entonces se vuelve sordo, y se puede incluso hacer ruido, con tal de saber convertirse poco después en objeto inanimado.

Uno, dos, tres. Todo él se concentraba en esa actividad y rezaba: «Dios mío, haz que ocurra; Dios mío, haz que ocurra». Bajo ningún concepto, puedes variar tu posición. Debes quedarte allí donde te has detenido. Un pie de Tomás se adelantó buscando apoyo en el musgo y, al decir «tres», comenzó a deslizarse en el agua; el barro borboteaba armando ruido. Habría podido retirarlo agarrándose a un arbolito que crecía tras él, pero éste podría romperse y producir un crujido. De modo que siguió hundiéndose, desesperado. Romualdo le amenazó con un dedo.

Perdió un canto tratando de sacar el pie del barrizal. Siguió a Romualdo a cierta distancia y se sintió inquieto ante la idea de que quizá caerían sobre el urogallo, pues ahora su canto parecía resonar muy cerca. Calculando el lugar en el que colocaría el pie, se mantenía preparado, pero no ocurrió nada. Los minutos pasaban y, de pronto, oyó en el espesor del bosque, frente a ellos, un batir de alas. Era el final. Había volado. Asustado, llamaba con la mirada a Romualdo, esperando que éste se volviera.

No, el urogallo volvió a cantar igual que antes, pero algo más arriba. ¿Tan sólo había cambiado de rama? Tomás adivinó, por los movimientos de Romualdo y por sus miradas a los alrededores, que estaba trazando un plan y estudiaba el terreno para ver por dónde era mejor acercarse sin ser visto. Sobre el techo del bosque, el cielo había clareado, y rayos de sol teñían de rojo un grupo de álamos blancos. Hacia ellos se dirigió Romualdo a grandes zancadas llamando a Tomás con un gesto de la mano.

El urogallo estaba allí, en lo alto, entre los abetos. Con la cabeza erguida, arrodillándose en el musgo, Tomás lo observaba desde detrás de un tronco. Le pareció pequeño, casi como un mirlo. Las alas bajas, el abanico de la cola erguido y ladeado, parecían grises sobre el fondo totalmente negro del abeto sobre el que se había posado. Las espaldas de Romualdo, doblado en dos, se hundían en la cortina de agujas; trataba de acercarse a él dando un rodeo.

Un tiro. Tomás vio cómo el urogallo se despeñaba de la rama, sin movimiento alguno de alas (la larga estela de la caída), y oyó el ruido del golpe contra el suelo; otro eco siguió al primer eco del tiro. Se humedeció con la lengua los labios resecos. Se sintió lleno de felicidad y de agradecimiento hacia Dios.

Con su brillo metálico, la ceja roja y el pico como de hueso blanquecino, le colgaba hasta los pies cuando Tomás lo cogió por la cabeza y lo levantó a la altura del hombro. Debajo del pico, tenía como una barba de plumas. No conocía a los seres humanos, quizás una o dos veces oyera sus voces, de lejos. No le importaban ni tía Helena, ni los libros, ni las botas, ni la estructura de un fusil; no sabía que Romualdo y Tomás existían, no lo sabía, ni nunca lo sabrá. Cayó un rayo y lo mató. Y él, Tomás, estaba detrás del rayo, del otro lado; se habían encontrado del único modo en que podían encontrarse, y era un poco triste pensar que nunca se encontrarían de otra manera. En realidad, añoraba poder entenderse con otros seres vivos de un modo que no existe. ¿Por qué esa barrera y por qué, si se ama la naturaleza, hay que convertirse en cazador? Incluso su búho: Tomás había soñado secretamente que algún día podría hablar, o haría algún gesto que probara por un instante que dejaba de ser un búho. Pero, puesto que el sueño no se cumplió, quedó la duda: ¿qué hacer con un pájaro enjaulado? ¿Tomar uno mismo otra forma, quizás la de un urogallo? No, eso es imposible, y no nos queda más remedio que sostener al pájaro muerto, aspirando su olor, el olor de la salvaje entraña del bosque.

Estaba amaneciendo. Las mismas raíces y las manchas de cieno bajo las enmarañadas matas de juncos le parecían ahora menos extraordinarias. Llegaron pronto junto al foso del que se habían alejado menos de lo que Tomás había creído. Le produjo un gran placer caminar a lo largo de la zanja: aquella aurora rapaz en el caos de pinos retorcidos, apoyados unos contra otros, aquel hombre con la barra de su fusil, aquel humo gris de su cigarrillo y él, cargado con la presa.

La vida de las personas que, al salir por la mañana de su casa, no han oído el gorgoteo de los urogallos, debe ser más bien triste, porque no saben, en realidad, qué es la primavera. En momentos de desazón, no les llega el recuerdo de los festejos nupciales que tienen lugar en algún lugar, independientemente de lo que pueda atormentarlas a ellas. Y, puesto que el éxtasis existe, ¿importa mucho que no sean ellas las que lo sientan, sino otros? Unas florecillas lilas, con un polvillo amarillo en el centro, asoman por entre los pinos, erguidas en sus tallos cubiertos de una pelusilla aterciopelada: es la época en que los urogallos machos bailan en los calveros, arrastrando las alas por el suelo e irguiendo sus colas en forma de liras, color tinta, blancas por debajo. Sus gargantas no logran contener el exceso de canto, y se hinchan a cada oleada de sonido.

Romualdo no los cazaba en los bosques Borkuny, pues procuraba proteger la caza en los alrededores. El bosquecillo de abedules, frecuentado por las víboras, lindaba con un pinar joven y era el lugar elegido por los urogallos para sus cánticos nupciales. Los arbolitos crecían allí más bien espaciados pero frondosos, y sus ramas se arrastraban a ras del suelo. Entre ellas, como un parque, musgo rastrero, líquenes grisáceos y, aquí y allá, matas de arándanos. En aquellas regiones, se construían para la caza unas cabañas que, por fuera, más parecían arbustos; el cazador se ocultaba allí antes del amanecer y esperaba, teniendo al frente la pista de baile de los urogallos. Tomás se imponía el pundonor de no hacer uso más que de su propia destreza. Cazaba sin escopeta, y su objetivo consistía en llegar rastreando tan cerca que, en caso de llevar un arma, no pudiera fallar el tiro.

Nieblas lechosas y rosa infantil del cielo... Nieblas que pueden aparecer en cualquier época del año, pero ¿en qué se distinguían aquéllas de las demás para que su placidez cortara el aliento? Entre ellas, sobre la blancura del rocío o de la escarcha, los negros y relucientes gallos, son como enormes escarabajos de metal. Eligieron como terreno para sus escauceos amorosos un auténtico jardín encantado. Tomás avanzaba a gatas tratando de espiarles, pero sólo una vez consiguió acercarse del todo. En otra ocasión, un urogallo emitía su reclamo en lo alto de un pino: las gotitas transparentes que colgaban de las agujas brillaban con destellos tornasolados, y el pájaro ocupaba el centro del espacio; a los ojos de Tomás, era como un planeta. Y lo más importante, se marchó volando, por sí solo, sin que ningún paso imprudente lo asustara. A Tomás le hubiera gustado poseer un gorro que lo volviera invisible, como ocurre en los cuentos, pero incluso sin él a veces también conseguía pasar inadvertido.

La primavera iba afirmándose, y los cerezos empezaron a florecer en tal cantidad a orillas del Issa que su amargo aroma llegaba incluso a marear. Las chicas, de puntillas, cortaban ramos de esas frágiles flores que se deshojan tan fácilmente; al anochecer, detrás del pueblo, la trompeta y el tamboril iban dando vueltas por el prado, marcando el ritmo monótono del *suktinis*, baile de la región. La casa de Ginie quedaba entonces casi sepultada bajo compactas nubes de lilas en flor.

Aquel año, Tomás no hizo uso ni una sola vez del arpón de cuatro dientes, con su larga asta, que llevaba, cuando Pakienas o Akulonis iban a pescar lucios en la época del desove, y la herrumbre de los anzuelos manchó el sedal de sus cañas de pescar. Llegó a sentir remordimientos por ello. Pero ahora tenía demasiadas ocupaciones apremiantes, tanto en casa del señor Romualdo como en Borkuny, en la de la vieja Bukowski, hacia donde se sentía atraído no tanto por ella misma, ni por Dionisio o Víctor, sino por el lago.

El lago era pequeño, pero no lo bordeaba ningún campo, ni conducía a él camino alguno y en eso estribaba su valor. Rodeado de tierras pantanosas, se podía llegar hasta él tan sólo siguiendo un estrecho sendero, y, aun así, hundiéndose en el agua hasta el tobillo. En sus riberas crecían juncos altos, pero Tomás descubrió una pequeña ensenada con amplia visibilidad y allí permanecía largas

horas inmóvil, sentado en el tronco de un aliso. La superficie del lago era totalmente lisa, como un pedazo de cielo, surcada de vez en cuando por un ave acuática que dejaba a su paso largos pliegues. El lago tenía sus propios habitantes, y Tomás ansiaba siempre que aparecieran. Los ánades se zambullían en el aire lanzando un largo silbido y sobrevolaban largamente la superficie, rozándola apenas con el triángulo de sus alas; al remover el agua, se formaban unas suaves olas que llegaban hasta él. Los gavilanes espiaban a los patos, piando desde las alturas, y Tomás presenció una vez el ataque de un gavilán a un ánade macho de plumas multicolores, que consiguió refugiarse entre los juncos. Pero lo que más llamaba su atención eran las costumbres de los somormujos. A veces, emergían tan cerca de él que habría podido alcanzarlos de una pedrada: tenían el pico rosado, un moño y una golilla de color castaño sobre el cuello blanco. ¿Qué significaban sus extrañas ceremonias en el centro del lago? Los cuellos, convertidos en serpientes, surcaban la superficie a gran velocidad y, con la cabeza baja, curvaban estas serpientes en forma de arco. Su velocidad era asombrosa, pero ¿cómo la adquirirían, si no volaban y apenas si tocaban el agua? Pues seguramente como las barcas de motor que había visto en las ilustraciones de la abuela Dilbin. ¿Y para qué? Se lo preguntó a Víctor, pero éste se rió y contestó, tartamudeando como siempre: «Se persiguen porque son tontos», lo cual, evidentemente, no le pareció una explicación suficiente para un naturalista.

En general, la compañía de Víctor no era la más indicada, tanto por su tartamudez como por su rudeza. Sin embargo, araba, rastrillaba, echaba comida a los caballos y a las vacas e incluso las ordeñaba con una criada que habían contratado, siempre ocupado y siempre mandado por todos. Quizás haya empezado a tartamudear por temor a su madre. Al sentarse, la vieja Bukowski separaba las piernas, entre las que asomaba su abultada barriga, y apoyaba las manos con los puños cerrados sobre las rodillas. Entre esa postura, natural en ella, y aquella manera de tocar la guitarra entornando los ojos, cuando estaba de buen humor, había un abismo, y sus cantos le parecían a Tomás desagradables, como si un buey imitara a un ruiseñor.

La señora Bukowski criaba gran cantidad de patos. Un detalle dio que pensar a Tomás. Los patos se paseaban alrededor de la casa picoteando la hierba, o bien procuraban revolcarse en una pequeña concavidad que se llenaba de agua después de las lluvias; aparte de esto, no tenían más que barro húmedo, que, en tiempo seco, se resquebrajaba en grietas zigzagueantes. «¿Por qué no se acercarán al lago?» preguntó. Víctor hizo una mueca algo despreciativa, y su respuesta, una vez extraída de su balbuceo habitual, venía a decir; «¡Bah. si lo supieran!». Ignoraban que allí mismo existía un paraíso donde podrían bucear en un agua cálida llena de algas, de anchas hojas desparramadas sobre las soñolientas profundidades y de escondrijos entre los juncos. Al contemplar sus picos planos, que avanzaban dando chasquidos, y aquella expresión en las mofletudas mejillas, Tomás sentía compasión de su ridícula limitación. ¿Había algo más fácil que ir paseando hasta el lago? Llegarían allí en diez minutos. Hasta unos años más tarde, Tomás no fue capaz de llevar hasta el final su incipiente y poco claro pensamiento filosófico: los hombres eran unos infelices. Igual que aquellos patos.

La belleza de aquella primavera en la que cumplió doce años no escatimó a Tomás ciertas inquietudes, y quizás, en cierta medida, incluso contribuyó a fomentárselas. Por primera vez, advirtió que él mismo no era del todo él mismo. El uno era tal como él lo sentía en su interior, y el otro, el exterior, el corpóreo, era tal como había nacido, y en éste nada dependía de él. Cuando Barbarka lo llamó «tonto» desconocía su admiración por ella, porque, de haberla sabido, no le habría herido de aquella manera. Lo juzgaba por su exterior, y esa dependencia de su propio rostro («Tomás tiene la cara como un culo tártaro»), de sus gestos y de sus movimientos, que deben asumirse, le pesaba cruelmente. ¿Y si él no fuera como los demás, sino peor, organizado de otra manera? Romualdo, por ejemplo, es musculoso, seco, tiene las rodillas prominentes. Tomás se tocaba los muslos y los encontraba demasiado gruesos. Se ponía de perfil frente a un espejo y se miraba el trasero demasiado saliente, pero, si oía de pronto unos pasos, fingía que sólo pasaba por allí, sin detenerse a mirarse. El pelo de los demás crecía a ambos lados de la raya, pero por mucho

que él se cepillara y tratara de peinarse, tenía tan poco éxito como si se tratara de peinar un perro a contra pelo.

De modo que vivía dentro de sí, como en una prisión. Si los demás se burlan de nosotros es que no son capaces de penetrar en nuestra alma. Llevamos en nuestro interior nuestra propia imagen, unida al alma, pero, a veces, una sola mirada peculiar puede romper esa unión y mostrarnos que no, que no somos como nos gustaría ser. Además, se vive dentro de sí mismo y, al mismo tiempo, observándose desde fuera, con dolor. Así pues, Tomás añoraba aún más su Reino de la Selva, cuyo plano guardaba en un cajoncito cerrado con llave. Tras pensarlo con detención, llegó a la conclusión de que no admitiría en él a mujer alguna, ni Helena, ni la señora Bukowski, ni Barbarka. Los hombres también saben entornar los ojos y mirar fríamente, pero lo hacen tan sólo cuando establecen esa especie de relación con las mujeres y únicamente en su presencia. Cuando su espíritu se dirige a nobles fines, los hombres no se preocupan de pequeñeces, como por ejemplo, del aspecto externo de la gente.

Las hojas de los tilos junto a la casa de Ginie se transformaron de menudas yemas en grandes manos verdes, y taparon la campanilla colgada en el interior de una casita carcomida, colocada muy alto en la bifurcación de un tronco.

Tomás no recordaba que la hubieran usado nunca; jamás se colgó de ella ninguna cuerda y nadie hubiera podido alcanzarla. Por la tarde, durante los oficios del mes mariano, la luz que penetraba en la iglesia a través de la ventana era amarilla, y las flores exhalaban un suave perfume alrededor de la imagen azul de la Virgen.

Llegan las lluvias veraniegas, tras las cuales los caminos quedan encharcados en un barro color chocolate, en los que se abren paso los últimos hilillos de agua. Al pisar con el pie desnudo, entre los dedos aparece como una pasta blanda. Luego, el agua rellena la huella cóncava dejada por el talón.

La ventana de la habitación de la abuela Dilbin estaba abierta, y los ruiseñores cantaban entre las malezas junto al estanque, aunque todavía había algo de luz. Ella se despertó de un sueño pesado lleno de visiones. Le parecía que alguien estaba junto a su cama. «¡Arturo!», gritó. Pero no había nadie, y se dio cuenta por fin de que se encontraba allí, que habían pasado los años y que las letras doradas sobre la losa de la tumba debían de haberse borrado con las lluvias.

Bronia Ritter, con sus rubias trenzas, cazaba una mariposa en el cristal de la ventana, a la que luego soltaba, y contemplaba las sombras de la noche en el techo, y dos mechones de pelo blanco descansaban sobre la almohada. Las paredes de su casa en Riga la protegían del mal, y el tiempo no penetraba por ellas. Tras una infancia demasiado feliz, suele caerse en un precipicio, sin poder creer aún que sólo eso es lo verdadero y que ya no resonará la risa alegre que transformará lo irrevocable en una broma. ¿Qué significaba todo aquello? La cucharilla que extiende la mermelada en el pan, la falda de seda tornasolada de la madre, la hermana que le pone un lazo en el pelo, suena el timbre de la puerta, y el padre deja sobre la consola su bolsa a cuadros, que siempre lleva cuando vuelve de visitar a sus pacientes. ¿Por qué, a partir de allí, se le asignaba aquel camino y no otro? Imposible aceptar que éste fuera precisamente su destino. Pero hay que reconocer los hechos, aunque no puedan comprenderse. Tan sólo una triste novela que en seguida se dejará a un lado. No, no puede dejarla a un lado. Pero, ¿por qué precisamente yo?

Luego, esa larga caída. Todo ocurrió aquel día, al volver de la iglesia con Arturo, mientras la nieve se fundía sobre sus pestañas. La vacilante luz de las velas oscilaba en los candelabros y los tablones de madera crujían en la casa, que desde entonces pasaría a ser su casa. «¡No, no!» Era como descubrir que la muerte existe. Las guirnaldas de papel con las que se adorna el árbol de Navidad, el villancico cantado a coro, y las flores y los aros de los niños en el jardín, se rompen, se diluyen y, por debajo, aparece la crueldad, que es lo único auténtico. «¡No! ¡No!». Así sería por los siglos de los siglos. Arturo era bueno. Pero ella estaba supeditada a la fuerza, a la terrible organización del mundo al que él se había acostumbrado. El olor a tabaco y a cuero la introducían en un mundo en el que cada uno no es sino un objeto, en el que la práctica de agradables tradiciones resulta una falsedad que oculta torpemente la crudeza de la ley. Y, entonces, surge la pregunta, llena de asombro: ¿de modo que es así? Nadie se rebela contra ello, todo ha sido sacralizado y reconocido de ese modo, a pesar de que ninguna palabra crea la unión o lo cambie todo.

A decir verdad, no sabía quién era Arturo, ni siquiera cuando, en su rostro, que parecía de cera, los bigotes proyectaban su sombra, mientras ella colocaba los cirios junto a su féretro, pensando a pesar suyo: «Es una cosa». Un resorte cargado de energía que actuaba según sus propios principios. Solía mitigar su violencia chupando la caña de su pipa. No le gustaba hablar de sí mismo. En la espalda, llevaba la cicatriz de unos latigazos. «Fue después de una revuelta en el presidio» comentaba farfullando. Esa era toda la explicación que sabía dar. Había viajado, en trineo tirado por renos, allí donde siempre es de noche o siempre de día, en las tundras de Siberia. Durante la Revolución, había vivido en los bosques, erguido y delgado como siempre, vestido con su amplio casacón y su cinturón de ancha hebilla. Recordaba con satisfacción a un oficial ruso de los dragones cayendo del caballo, muerto por él; le había disparado con su fusil de caza una sola vez, como si se tratara de un jabalí. La puntería había sido siempre para él motivo de orgullo. Dejó notas y cuentas que indicaban: «Para Matilde Zidonis, 50 rublos». «Para T. K., 20 rublos.» Ella sospechaba que la había estado engañando, pero nunca se lo demostró. En el testamento, encontraron unos legados sin una clara motivación para algunos campesinos de las aldeas circundantes: sus hijos.

Las fechas se mezclaban en su memoria, inviernos, primaveras, pequeños acontecimientos, una enfermedad, invitados, Teodoro había nacido en el año 1884... Sí, ella aún no tenía diecinueve años.

¿Acaso había llorado el día en que supo que había muerto ahogado Konstanty, con quien habría sido feliz? Seguramente no. Quedó inmóvil, ensimismada, contemplando el interior de algo, al igual que se contemplan los torbellinos de un torrente, o las llamas de un hogar. En su cofre, guardaba el cuaderno de la clase de dibujo; en él había un solo dibujo de Konstanty. Hasta hoy lo guardaba allí, en el cofre.

Un ruiseñor cantaba a todo pulmón y otro le respondía. Por la ventana entraba humedad. Todo lo que ha sido pierde fuerza, se tambalea y se desvanece, y entonces el hombre reza pidiendo ayuda, porque duda de haber vivido. Si la estrella que se enciende en el cielo verdoso está realmente a millones de millas de distancia, si tras ella gravitan otras estrellas y otros soles, y si todo cuanto nace pasa sin dejar rastro, entonces sólo Dios puede salvar del absurdo el pasado. Aunque sólo fuera un pasado de dolor. Con tal de que se lo pudiera distinguir de un sueño.

—Tomás, cierra la ventana, entra frío.

Su voz chirriaba, como las bisagras de una puerta que se abre despacio. Tomás captó aquel tono nuevo. Hacía ya mucho tiempo que la observaba: los dedos cruzados y, junto a la barbilla, las mejillas caídas, separadas de aquélla por un surco; el cuello era delgado, con dos pliegues de piel. Ella volvió su rostro hacia él, los ojos, como de costumbre, no del todo ocupados por lo que había ante ella.

Era su nieto. ¿Buena, o mala sangre? ¿La virilidad y la turbulencia de Arturo, o su temor a la dureza de todo aquello que nos hiere aquí en la tierra? ¿Acaso poseerá la sangre de esos salvajes? Ella tenía la culpa de que Teodoro no fuera como su padre, sino blando y en realidad débil. También se sentía culpable con respecto a Konstanty. Y aquel chico podría acabar siendo como Konstanty, si salía a ella.

—Szatybelko ha traído una carta. Está aquí, mira.

En una esquina de la mesilla de noche, cubierta de medicamentos, había unas cuartillas y, debajo, un sobre. La letra inclinada, irregular, de la que Tomás no sabía descifrar ni una sola frase, era de su padre. El escrito, en el que algunas letras habían sido repasadas con tinta para hacerlas más legibles, era de su madre.

—Mamá dice que ahora vendrá seguro, dentro de dos meses a lo sumo.

—¿Por dónde entrará? —preguntó Tomás.

—Ya lo tiene todo previsto. Sabes que la frontera está cerrada, de modo que legalmente no puede entrar. Pero dice que conoce una aldea por donde podrá hacerlo.

—¿Y nosotros nos iremos con ella, por allí, o por Riga?

La abuela buscó el rosario que yacía en algún lugar junto a ella. Tomás se inclinó y se lo dio. Se había caído al suelo.

—Irás tú solo. Yo ya no necesito nada.

—¿Por qué dice eso, abuela?

Sintió una gran indiferencia y, precisamente por eso, rabia contra sí mismo.

La abuela no contestó. Gimió y trató de incorporarse. Tomás se inclinó sobre ella y trató de ayudarla. Su espalda encorvada en la camisola de fustán y las hondas arrugas del cuello por detrás de las orejas...

—Estas almohadas. Se hunden. ¿Podrías levantarlas un poco?

A la piedad que sentía Tomás le faltaba plenitud. Habría querido que fuera más auténtica, pero para ello habría tenido que esforzarse, y le irritaba el hecho de sentirla como algo tan artificial. Ahora la abuela le parecía menos irritante que de costumbre. No se detuvo a pensar por qué, era como menos transparente, sin todas aquellas astucias suyas, demasiado fáciles.

—Hay muchos ruiseñores este año —observó la abuela.

—Sí, abuela, muchos.

Ella empezó a pasar las cuentas del rosario, y Tomás no sabía si irse o quedarse.

—¡Cuántos gatos! —dijo ella por fin—. ¡Cómo es que estos pájaros no tienen miedo de cantar!

¿Realmente no hay testigos? La hierba tupida, aplastada por la suela del zapato, se yergue lentamente a medida que se pisa otras briznas; luego, el roce de las varitas rugosas contra la caña de la bota; un tordo, que había huido asustado, vuelve al lugar donde estaba buscando gusanos de tierra. Y aquellos dos, sentados en el fondo de un pequeño pozo, cuyas paredes están cubiertas de espesas hojas. Por encima de sus cabezas, pasan lentamente unas nubecillas. Un brazo oscuro rodea las espaldas protegidas por una blusa blanca. Una hormiga trata de liberarse del peso que le ha caído encima inesperadamente.

Es la época del año en que el cuclillo aún deja oír su cucú, pero ya su trino parece a menudo una carcajada, poco antes de enmudecer hasta la primavera siguiente. Nadie cuenta sus llamadas, que son el presagio de los años que aún quedan por delante. Todo son susurros en lo más hondo del bosque y ligeros tintineos de espuelas.

Pero he aquí que se acercaba, andando lentamente, el mago Masiulis. Llevaba una bolsa de tela colgada del hombro, en la que recogía hierbas. Se inclinaba, dejaba a un lado su bastón y, con una pequeña navaja, arrancaba una raíz que le serviría para alguno de sus fines ocultos. Oyó el sonido de una voz humana. Dio unos pasos, apartó unas hojas y, sin ser visto, entornó los ojos con expresión de burla, pues el gesto con el que la mujer ponía en orden su vestido significaba simplemente: aquí no ha pasado nada. Era un acto aislado para siempre y, ahora, empezaría a hablar de cosas anodinas, como si acabara de volver de una de esas aventuras con las que una suele tropezarse durante un paseo por los reinos de la noche. Masiulis, soltó las ramas, retrocedió hasta la linde del bosque, se sentó en una piedra y encendió una pipa.

Masiulis no estaba exento de pasiones. Por lo que de él se sabía, había alimentado con burlas su sabiduría y, a decir verdad, también con desprecio. Con desprecio hacia la naturaleza humana, incluyendo la suya propia. En cierta ocasión, comentó con alguien (evidentemente cuesta adivinar por qué lo hizo) que el hombre era como una oveja sobre la que Dios habría colocado otra oveja de aire, y la oveja de verdad no quería de ninguna manera ser ella misma, sino la otra. En esta frase radicaba sin duda la clave de sus magias. Cuando se tiene esta imagen del hombre, no es de extrañar que se quiera ayudar a las ovejas siempre que tengan dificultades para mantenerse en el aire.

Masiulis no tenía motivo alguno para ver con simpatía a la pareja que había sorprendido en el bosque. Siempre que dos personas se apartaban de aquel modo de los demás, él se sentía en cierto modo ofendido, pues era como si a ellos les pareciera que sólo a ellos les ocurría algo como aquello. Quizás no llegara a sentirse ofendido, pero sí le divertía y le incitaba a la mordacidad. Después de todo, cuando dos perros se comportan de un modo indecente a la vista de todos, se les apalea, pues sus largas lenguas y su expresión dulzona permiten suponer que no tienen en absoluto sentido del propio ridículo; sólo piensan en su placer y se quedan allí, protegidos por la seguridad de que nadie más que ellos experimenta aquello en aquel momento. En cuanto a la pareja del bosque, Masiulis masculló con enfado: «¡Mira la yegua ésa!», y aquel desprecio iba dirigido al púdico gesto de Helena Juchtiiewicz mientras se arreglaba el vestido.

Por una curiosa coincidencia, pocos días después, Barbarka fue a ver a Masiulis para pedirle ayuda, porque nadie más podía aconsejarla, o curarla. Masiulis no preguntaba, como el cura en el confesionario: «¿Cuántas veces, hija mía?», porque sabía que son muchas las veces, aunque, a decir verdad, el padre Monkiewicz, cuando escuchaba los pecados de sus parroquianos, lo único que esperaba oír era un fuerte propósito de enmienda. Un fuerte propósito de enmienda consiste en ese suspiro que lanzamos hacia Dios para que contemple nuestro ferviente deseo de librarnos del gusto de pecar, para que luego, cuando volvamos a caer en las mismas tentaciones, no lo tome demasiado mal. Puesto que lo ve todo, ve también que, en realidad, somos unos ángeles que ceden en contra de

su voluntad a las necesidades del cuerpo, pero que no lo aprueban plenamente y se entristecen por estar hechos de ésta y no de otra manera. En cuanto abandonaba el confesionario, Barbarka, como todos, sabía que había descargado parte del fardo, pero que se aprestaba a cargar con otro.

Para el problema que le había caído en suerte a Barbarka existen métodos femeninos conocidos y probados: por ejemplo, añadir a la comida un poco de sangre de menstruación, y el hombre a la que va destinada queda como atado por unos hilos invisibles. Pero este sistema no habría dado resultado, o lo que necesitaba Barbarka era contar sus penas a alguien. El brujo la recibió bien y habló mucho rato, mientras a ella se le deslizaban las lágrimas, de vergüenza también, por las manos. Si Romualdo se enterara de que había ido a ver a Masiulis con esa historia, la pegaría con todo el derecho del mundo, porque, de hecho, lo que hacía Masiulis era sublevarla contra él. A su antiguo rencor se mezclaba el recuerdo de lo que había visto aquel día al espiar a aquella pareja. Por eso, no le dio el filtro de amor, que se hierve y luego se va echando de a poco en la comida; en cambio, le aconsejó que dejara de pensar en aquel viejo asqueroso, gentilhombre traidor que se sentía atraído por las señoras de la nobleza.

Al volver a casa, Barbarka tenía los ojos hinchados. Pero, en el sendero que atravesaba el bosquecillo, se detuvo y, con el pie descalzo, borró, pensativa, las huellas de unos cascos de caballo. «¡Bah!, ¿Qué sabrá él? ¿Acaso conoce a Romualdo?» No, y ella, en cambio, sí. Hay secretos que no pueden revelarse a nadie. Es viejo, es cierto. Pero ¿quién hay como él...? Dobló el dedo gordo del pie y recogió con él arena y pinocha. No, hay que hacerlo de otra manera.

Barbarka tenía veintidós años. Sus faldas revoloteaban, rozando sus muslos, mientras caminaba con creciente seguridad. Alzaba la barbilla, y los labios se le hinchaban en una sonrisa que denotaba fuerza. Se detuvo allí donde se abría la vista sobre los edificios de las dependencias y recorrió con la mirada los tejados, las poleas del pozo y el huerto de árboles frutales, como si fuera la primera vez.

Evidentemente, había que hacerlo de otra manera. Cómo, ya lo vería más adelante. Por ahora, no había trazado más que un esbozo de sus decisiones, pero ya era suficiente. Es saludable llorar, como ella acababa de hacerlo en casa de Masiulis. Algo da la vuelta en nuestro interior y, como en un relámpago, vemos el error de soportar nuestro destino con humildad. ¿Marcharse lejos de Borkuny? ¡De ninguna manera!

Así pues, la visita al brujo no había sido inútil, sólo que el resultado había sido el opuesto al que había deseado. Masiulis se había dejado llevar demasiado por sus propias pasiones, que eran saludables mientras incitaban a la sabiduría, pero no cuando lo dominaban. Su comportamiento fue claramente contrario a su vocación.

Romualdo estaba frente al establo arreglando un arado a golpes de martillo. Ya en la cocina, Barbarka se lavó la cara con la palma de la mano en el agua del cubo y se miró en un espejo. No quería que se notara nada. Para hacerlo con habilidad, tenía que sorprenderlo. Se pasó la lengua por los labios para que no parecieran resecos.

Lucas Juchniewicz lloriqueaba, sentado en un rincón del sofá. Se enternecía con la misma facilidad con que caía presa de la tristeza.

—Pero, querido Lucas —trataba de consolarlo la abuela Misia—, aún no ha ocurrido nada, a lo mejor no procederán a la parcelación.

—Sí, la harán —gemía—. Seguro. ¡Sinvergüenzas, ladrones, nos echarán a la calle con un saco a la espalda! ¿Dónde nos meteremos, pobres de nosotros? —y se secaba los ojos con el revés de la mano.

La hacienda, que desde hacía tiempo arrendaban los Juchniewicz, tenía, de hecho, que ser parcelada por no se sabe qué ley de reforma agraria, y no era fácil negarle a Lucas la razón. Tía Helena estaba sentada a su lado con una sombra de suave resignación en la mirada. El abuelo, sentado frente a ellos en una silla, carraspeaba.

—Os trasladaréis a vivir aquí, naturalmente. Incluso será mejor; nos ayudaréis en la hacienda. Además, con esta reforma, es preferible que Helena viva aquí.

—Pero José nos ha denunciado —suspiró Helena.

—Ese sinvergüenza, ya os lo decía yo. Tus lituanos son todos así —la abuela Misia se dirigía al abuelo, imitando burlescamente su modo de hablar—: esa gente buena, querida, no hará nada malo. ¡Sí, yo les daría con un látigo —¡con un látigo!—, y ya veríais si aprenderían!

El abuelo se ajustaba los gemelos de los puños, cosa que hacía siempre que se sentía inseguro.

—El funcionario me prometió que lo arregaría. Claro, habrá que untarle bastante. Ese José no conseguirá nada.

—A mí, lo más sensato me parecería trasladarnos a la casa forestal. Para que vieran que usted, padre, vive en lo que es suyo, y yo en lo que es mío. En estas circunstancias, lo mejor es estar en su casa—afirmaba Helena.

Tomás apartaba la vista del libro, los escuchaba unos momentos, y, en seguida, sus voces volvían a ser un murmullo sin sentido. Se había calentado un hueco en la fría piel del sofá bajo la ventana. Detrás de la ventana del comedor, los gorriones piaban en la viña virgen, cuyos filamentos alcanzaban ya los bastidores. Las hojas de las agaves se erguían en el césped, doradas en el sol de la tarde.

—Pobrecito, chiquitín, se morirá —se burlaba la abuela Misia—. Bah, el toro ése no hace nada allí, se fabrica su alcohol casero para venderlo en Pogiry y andar borracho perdido todo el día. Está tan gordo que da asco verle. ¡Fuera! Echadlo y basta.

—Pero... se ha construido la casa con sus propias manos —trataba de justificar el abuelo—. También cuida del bosque. ¿Cómo quieres tratar así a un hombre?

—¡A un hombre! Aquí está la cosa, que no se trata de un hombre, sino de tu queridísimo Baltazar, de ese tesoro, de ese ojito derecho tuyo al que aprecias más que a tu propia hija.

—¡Pero Dios me libre de hacer daño a quien sea! —exclamaba Helena levantando los brazos con expresión de horror—. No lo he pensado ni por un momento. Podría encontrársele una vivienda aquí mismo, en la casa, y ayudaría. Szatybelko ya está muy viejo. O bien habría quizás una casa para él en la *kumietynia*.

Aquí, Tomás volvió a prestar atención, curioso de saber qué respondería el abuelo a esto.

—Sí, quizás la habría —asintió el abuelo—. Incluso sería una buena idea. Sólo que, sabes, Helena... eh... vivimos tiempos en que... eh... tú misma lo sabes tan bien como yo, si se disgustara y se enfadara... Tú misma debes comprender que lo más importante ahora es que... se apruebe la parcelación. De modo que... eh... no es el momento de crearse enemigos. Él conoce bien el bosque y podría... Ya tenemos bastantes problemas con José.

La amenaza de peligro actuó eficazmente sobre Helena y la abuela, de modo que no contestaron, Lucas se cogía la cabeza con las manos.

—¡Qué tiempos tan horribles nos ha tocado vivir! ¡Andar con pies de plomo con esos brutos, y hasta mimarlos! ¡Qué pesadilla!

—Pobre Lucas, ¿y si le diéramos un poco de valeriana? —insinuó la abuela, pero Helena no le hizo el más mínimo caso.

Para Tomás, Lucas era un personaje misterioso. Ningún adulto se comportaba como él, y sólo con verle le entraban ganas de reírse, pero allí nadie se reía, lo cual le hacía dudar de sí mismo. No obstante, Lucas llevaba pantalones largos, era el marido de Helena, sabía qué, cuándo y dónde había que sembrar y recoger. De modo que Tomás abrigaba la sospecha de que, detrás de aquel rostro, como de gutapercha, que tan pronto se deshacía en sollozos por exceso de ternura como se contraía en un gesto de desesperación total, se escondía otro Lucas, el auténtico, no tan tonto como parecía a primera vista. Sin embargo, nunca había podido tratar con aquel otro Lucas, más listo. Pero le parecía imposible que todo él fuera realmente sólo éste, y Tomás le atribuía una astucia especial: todo en él debía ser puro simulacro. Lucas se vestía también, para ciertas ocasiones, de distinta manera, como para ayudarse un poco en aquella comedia: llevaba pantalones estrechos a cuadros marrones, con una tira que le pasaba por debajo de la suela de los zapatos y un sombrero como los que se guardan en el fondo del viejo baúl, cubiertos de naftalina, de antes de la guerra del catorce.

Tía Helena lo trataba con afecto, pero, como pudo observar Tomás, lo menospreciaba totalmente. Lucas jamás expresaba una opinión propia.

—Si en casa de Baltazar pudiéramos disponer de una sola habitación, ya sería suficiente. Una sola habitación.

Para los funcionarios... ¡que vengan, que miren! —decía ahora Helena.

La abuela rezongó escandalizada.

—Pero Helena, ¿qué dices? ¿Así, en el bosque, como por caridad en casa de ese patán? ¡Qué horror!

—Bueno, no para siempre. Sólo así, de vez en cuando; convendría que corriera la voz de que la Juchniewiczowa vive en su propia hacienda. Papá podría exigirle esto, como mínimo.

—Está bien, hablaré con él, sí, lo haré. Claro que le hablaré —repetía inseguro el abuelo.

Tomás volvió a su libro, pero en seguida su atención se vio atraída por las invectivas que lanzaban contra José. Que si era un chauvinista, un fanático; que, si pudiera, los mataría; que si mordía por sorpresa, como los perros; que si le regalaban leña tan sólo por enseñarle aritmética al chico y que si le habían hecho tantos favores. Únicamente el abuelo no dijo ni una palabra, y sólo al cabo de un buen rato murmuró tímidamente:

—Desde su punto de vista, quizás tenga un poco de razón.

La abuela Misia juntó las manos y levantó los ojos al techo, tomando al cielo por testigo.

—¡Dios mío!

Se acercaba el gran día. En Borkuny, decidieron que no valía la pena ir hasta las lagunas del Issa, junto al pueblo de Janiszki; en primer lugar, porque están demasiado pobladas de ácoros que impiden avanzar libremente las barcas y, en segundo lugar, porque, al levantarse la veda, se llena de campesinos de la región, que disparan a tontas y a locas. La elección recayó sobre el lago Alunta; aunque quedara un poco lejos, «Verás Tomás, cuántos patos hay allí, ¡nubes enteras!». Decidieron también que Tomás llevaría la escopeta de Víctor, y éste dispararía con la escopeta a pistón; para utilizarla había que llevar una bolsa de accesorios: en un compartimiento iba la pólvora, en otro la munición, en un tercero los pistones y finalmente la estopa. La pólvora se dosificaba con una medida de metal y se vertía directamente en el cañón; luego, se introducía una porción de estopa, que se apretaba bien con la ayuda de una larga varilla de madera: sobre esto, se colocaba la munición y otro tapón de estopa, más pequeño. Al levantar el gatillo, quedaba al descubierto una varita de metal en la que se colocaba el pistón. Tomás sabía bajar suavemente el gatillo de una escopeta (se aprieta el disparador con un dedo y, con el otro, se sostiene el gatillo para que baje lentamente), pero, en un fusil a pistón, es distinto: se ve el fondo de la menuda cazuelita y no puede evitarse el temor de que el gatillo se escape al último momento y se produzca la descarga.

Tras discutir largamente sobre qué perros llevarían, decidieron que Karo se quedaría en casa, pues la caza del pato no hace sino estropear a los pointers, que luego hacen mal la muestra. Para levantar los patos, bastaba con Zagraj, sistemático y serio. Dunaj podría dejarse llevar por la fantasía de escapar hacia el bosque. En cuanto a Lumia, era una actividad indigna de ella, demasiado fácil, y, además, estaba a punto de parir.

Aparejaron, pues, el carro de adrales, le echaron unas brazadas de heno y subieron en él Juchniewicz, Tomás, Dionisio, Víctor, y Zagraj. Se oyó restallar el látigo; tras las ruedas se levantaban nubes de polvo. Tomás yacía en el fondo y veía cómo huían hacia atrás las piedras, los árboles, las cercas de las casas. Romualdo silbaba, y Tomás le acompañaba; iban de viaje, estaban alegres. Antes de una hora, sacarían las provisiones de las bolsas y cada uno recibiría un pedazo de salchichón, comerían y seguirían dando saltos en los baches del camino. Deberían llegar antes del anochecer, dormirían allí y, al amanecer, rápido al agua. ¿Encontrarían allí alguna barca?, se inquietaba Tomás. Claro que sí, en aquella aldea todos tenían por lo menos una.

Las aguas se divisaban a lo lejos, azules y rojas a la luz de poniente. La ribera por la que avanzaban era escarpada y, allá abajo, en el fondo, se veía el perfil del lago. Era ovalado, puntiagudo en un extremo. De este lado, los campos cubrían las colinas; al otro lado, en el centro del óvalo, una masa negruzca de la que emergía de vez en cuando, sobre el fondo del cielo, la pluma de un pino. Había por allá grandes marismas, y hacia ellas se dirigían. Allí, junto al camino, encima de un montículo que parecía construido artificialmente, se levantaban las ruinas de un castillo y, más allá, empezaba ya la bajada que conducía a la aldea de Alunta.

En la cabaña, tomaron leche cuajada servida en una enorme escudilla, y, luego, ya casi de noche, Tomás trepó por la inclinada pendiente que llevaba al castillo. La luna llena empezaba a ascender en el silencio de los prados, aún tibios del día, y cantaban los grillos. Y allí mismo, casi a sus pies, brillaban las escamas de menudas olas. Tocó los grandes bloques de piedra que debieron conformar los muros o los fundamentos del castillo: ella había salido corriendo de allí para saltar al agua y morir ahogada. Romualdo le repitió lo que, desde tiempos remotos, se contaba acerca del castillo: cuando lo atacaron los Caballeros teutónicos, una sacerdotisa pagana prefirió suicidarse antes que rendirse. Nadie sabía nada más. Tomás imaginaba que habría ido corriendo con los brazos en alto, gritando, y que su blanca capa ondeaba tras ella en el aire. Pero también habría podido ocurrir de otra manera. Habría podido bajar despacio, ceñida con un cinturón de paño, una corona verde en la

cabeza, entonando cánticos a su dios e inclinándose lentamente en la orilla del lago. ¿Dónde estaría ahora su alma? ¿Condenada por los siglos de los siglos, por no haber querido aceptar el bautismo? Los Caballeros teutónicos eran enemigos. Incendiaban, mataban, pero creían en Cristo, y el bautismo que impartían protegía de las penas del infierno. Quizás vagara su alma por allí y no estuviera ni en el cielo ni en el infierno. Tomás se sobresaltó, porque algo se movió a sus espaldas. Seguramente sería una rata y, a pesar de que había ido a las ruinas un poco en busca de aquel escalofrío, bajó corriendo para llegar cuanto antes al poblado y a las familiares voces de las personas, las vacas y las gallinas.

En el henil, junto a ellos, Zagraj suspiraba en sueños. Víctor había hecho un hueco en el heno en el que Tomás, más liviano, resbalaba todo el tiempo. En la oscuridad, alguien desconocido empezó a subir por una escalera de mano y pasó sobre ellos, pisándoles. «¿Quién es?», preguntó Romualdo, «¡Amigo!», contestaron, hasta que por fin se hizo el silencio; mirando una estrella por una rendija, Tomás se adormeció.

Cuando uno se despierta en el heno, tiene siempre la sensación de encontrarse en un sitio que no es el que uno creía. Tomás estaba en el mismo borde, y poco había faltado para que se cayera. Víctor no estaba junto a su cabeza, sino junto a sus pies: roncaba y silbaba por la nariz. En el gris amanecer, entrevió los pliegues arrugados de una manta en la que ahora no había nadie; Romualdo y Dionisio estaban profundamente dormidos y, sobre ellos, Zagraj. Tomás bostezó algo excitado, preguntándose si ya sería hora de despertarles, pero en aquel momento la puerta chirrió y se abrió, entró la luz y el frío, y alguien, desde abajo, gritó: «¡Señor Bukowski! ¡Es hora de levantarse!».

En el banco junto a la casa, hicieron los preparativos; Romualdo y Dionisio se colocaron las cartucheras al cinto, Tomás se llenó los bolsillos de cartuchos y bebieron sólo un poco de leche para no despertar a las mujeres, pues era domingo. El campesino y su hijo, que les acompañaban al lago, se arremangaron los pantalones hasta media pantorrilla y, de unos ganchos situados bajo el alero de la casa, descolgaron pértigas y largos remos.

El lago estaba velado por una niebla que se extendía en franjas por la superficie. Desde un sendero inclinado, vieron barcas medio recostadas sobre la grava: junto a ellas, la niebla ascendía en forma de vapor y dejaba entrever la lisa superficie del lago, sin una sola arruga; los listados interiores de las canoas, incrustadas en aquella densidad, parecían inmóviles para siempre. Cuando las alcanzaron, podían ya vislumbrar, aquí y allá, pequeños espacios del lago que iban adquiriendo la tonalidad del cielo.

Las obligaciones y las diversiones no están repartidas por igual. Adornado de magníficas plumas, el pato macho prefiere la soledad al aburrimiento de empollar los huevos y cuidar de los pequeños. Durante los mejores meses del año (mayo, junio y julio), la hembra se acurruca en el nido y, más tarde, arrastra tras de sí una cadena de pequeños seres cloqueantes, cuya velocidad queda frenada por el último eslabón de la cadena, que mueve con dificultad las patitas. La primera actividad seria que aprenden los polluelos es la de esconderse, en caso de alarma, bajo las hojas flotantes, dejando fuera tan sólo la punta del pico. Más adelante, aprenden a volar, que no consiste únicamente en mover las alas: lo más importante es saber despegar del agua. Tardan tiempo en aprenderlo y levantan un polvillo de gotas mientras avanzan en el aire, pero aún no del todo. El principio de la época de caza les sorprende generalmente en esta fase.

Las canoas olían a brea. Tomás se acurruco en la proa, tras él se sentó Romualdo con el perro y, a continuación, el batelero, que pasaba rítmicamente el remo de una mano a otra. Avanzaban suavemente en el espacio virgen, pequeñas olas golpeaban contra el borde; la otra canoa y las cabezas de los hombres se recortaban sobre la niebla y los rayos, como si estuvieran suspendidas en el vacío. Se dirigían directamente a la orilla opuesta. Ya podían distinguir los macizos de juncos cuando el batelero se levantó, dejó el remo, cogió la pértiga y la apoyó en el fondo, inclinándose a cada nuevo impulso.

Una ciudad flotante, una aglomeración de puntos oscuros entre el humo de las aguas y una bandada de ánades. La canoa cogió nuevo impulso, cortándoles la huida hacia los juncos; los patos formaron un cordón siguiendo a la madre, pero en seguida perdieron el orden intercambiando gritos que tal vez querían decir: «¿Qué hacemos ahora?». Riendo, Romualdo le avisó: «¡Cuidado, vas a caerte!». Tomás se afianzó en la proa, preparado para disparar. Alzaron el vuelo cuando ya estaban cerca. Fue como una tempestad de aleteos y surtidores de agua: ¡pum!, disparó Tomás; ¡pum, pum!, Romualdo. La superficie vibró bajo la metralla, y quedaron unos círculos, tres líneas inmóviles y la cuarta dando vueltas sobre sí misma.

Quien nunca haya recogido un pato matado por su propia mano, difícilmente podrá entenderlo. Conviene, además, saber distinguir: o bien nos acercamos a él a nado, después de dejar la ropa en la orilla, y entonces lo vemos crecer al nivel de los ojos, balanceado por la ola que nosotros mismos hemos levantado; o bien maniobramos de manera que lo encontremos justo al lado del borde de la canoa, y entonces alargamos el brazo para cogerlo. Tanto en un caso como en el otro, todo se realiza entre el acto de verlo de cerca y el de tocarlo. Primero, es tan sólo un objeto que flota en el agua, hacia el que nos empuja la curiosidad. Una vez que lo hemos tocado, se convierte en un pato muerto y nada más. Pero el momento en que se encuentra allí mismo, al alcance de nuestra mano, meciéndose con la redondez de su pequeño vientre moteado, nos promete una sorpresa, ya que no sabemos a qué hemos dado muerte, si a un pato-filósofo o a un pato-científico, y esperamos vagamente (sin creerlo del todo) encontrar junto a él su diario. Por lo demás, cuando se trata de pájaros acuáticos, a veces, aunque no muchas, la espera tiene su recompensa: en una pata, encontramos una anilla y, escritos en ella, unas cifras, o los signos de alguna estación científica de un país lejano.

Levantaron cuatro ánades reales y, siguiendo los juncos, exploraron las ensenadas. Tomás vio un ánade entre tallos enmarañados: disparó, el pato aleteó y cayó de lado. «¡Vaya vista!», le animó Romualdo; en aquel mismo instante, todo pasó a ser un hervidero, porque una columna de jóvenes patos que ya sabían volar levantó el vuelo. Romualdo abatió dos con su escopeta de doble cañón. Cerca, resonaron los disparos de Dionisio y Víctor.

El límite entre la tierra firme y el agua se distinguía poco en aquel punto; no era una orilla

propiamente dicha, sino una capa de hierbas encharcadas. Soltaron a Zagraj. Hundiéndose a cada paso, andando o nadando, avanzaba laboriosamente, ladrando. Los patos jóvenes se dispersaban en todas direcciones, como ratas, y casi no les daba tiempo a disparar. Los juncos hollados crujían, el batelero los empujaba hacia una ensenada poco honda, que las raíces podridas llenaban con su olor. En uno de esos estanques, mientras Tomás buscaba a su alrededor un nuevo blanco, descubrió (demostrando con ello tener mucha vista) que la ligera doblez de una hoja ocultaba la cabeza de un pájaro. Lo traicionó el hecho de que, en vez de quedarse inmóvil, trató de mejorar su posición. Tomás alzó el fusil, pero cambió de idea y le perdonó la vida. ¡Lo sintió tan asustado y al mismo tiempo tan seguro de haberse escondido bien! Al no matarlo, demostraba tener mayor poder sobre él que si lo hubiera matado. Cuando decidieron salir de entre los juncos, tirando de ellos para ayudar al remero, y se encontraron de nuevo en el lago, se alegró de saber que el pájaro seguía allí y que jamás sabría nada del regalo que un hombre acababa de hacerle. A partir de entonces, los dos quedaron en cierto modo unidos para siempre.

Tomás no disparaba contra los patos que pasaban volando sobre sus cabezas: una vez lo probó, pero falló ignominiosamente. Admiraba a Romualdo, al que ni siquiera el balanceo de la barca molestaba. Le admiraba sobre todo por su habilidad con las cercetas. Estas vuelan rápidas, emitiendo un silbido en el aire, y son más pequeñas que los ánades. Romualdo no falló ni una sola vez, y ya tenía tres debajo del banco.

—¿Qué tal os ha ido? —preguntó Romualdo a sus hermanos.

Víctor tartamudeaba y Dionisio contestó en tono burlón:

—Pues, mira, con lo que tarda en cargar su fusil, los patos pueden hasta sentarse en su cabeza — esta observación le estropeó a Tomás la fiesta durante un rato, pues se sintió culpable de haber privado a Víctor de su escopeta.

Un vientecillo suave erizaba la superficie del lago, que ahora, a plena luz, era de un azul intenso. En Alunta, sonaba la campana llamando a misa. Las gaviotas chillaban sobrevolando en círculo unas estacas que emergían oblicuamente del agua. Un ratonero agitaba pesadamente las alas bajo una nubecilla, en dirección al bosque.

Los bateleros aconsejaron dar una vuelta por el río antes de volver. Éste sale del lago, por detrás del castillo, de manera que la aldea, situada junto a su extremo más estrecho, queda aprisionada entre la pequeña colina de la antigua fortaleza y el río. Allí donde empezaba el túnel de juncos, ahuyentaron unos cuantos pájaros de vuelo tumultuoso. Romualdo mató a una cerceta común, que es la especie más pequeña de patos.

Un agua lisa, protegida de los vientos y de las tormentas, un lugar como los que se encuentran en lo más hondo de África, donde Tomás construía sus poblados inaccesibles a los seres humanos. Emergían gruesas estacas negras cubiertas de largas algas que se balanceaban con el movimiento del agua: antiguamente, había habido allí un puente. Más allá, unas cabañas junto a una franja de ácoros, pisoteados y pelados allí donde entraban las canoas. Frente a huertos de manzanos, habían puesto a secar redes colgadas de unas estacas, y, por el suelo, había unas nasas. Patos blancos y ocas chapoteaban junto a las pasarelas donde las mujeres lavaban la ropa. Una aldea, vista desde la placidez de un río, crece hasta adquirir las proporciones de una región, o de un país; descubrimos en ella cantidad de detalles que, cuando paseamos por sus calles, pasan inadvertidos, o que consideramos muy normales.

Víctor y Dionisio iban ahora en cabeza. Divisaron unos patos, pero no se atrevieron a disparar por temor a que fueran domésticos. Sin embargo, de pronto, éstos se alzaron con el desgarrado vuelo de los jóvenes, y los dos hermanos mataron a uno, disparando con sus tres cañones. Allí terminó la cacería. Dieron media vuelta y procedieron al recuento. Romualdo y Tomás tenían veintitrés, de los cuales siete correspondían a Tomás. Los otros tenían quince, y no sólo ánades, sino también un porrón común y una serreta gris con la cabeza color castaño y el pico curvado en la punta.

Ya en dirección de la colina del castillo, guiñaban los ojos, cegados por el sol. Las ruinas se

acercaban, vibrando entre la neblina llena de luz. La sacerdotisa pagana, que antaño había habitado el castillo y que, de noche, se hacía tan presente, quedaba relegada para siempre al mundo de los espíritus y de las leyendas. Tomás se volvió para retener por el collar a Zagraj, que no paraba de moverse y apoyaba las patas en el borde de la barca. Tomás llevaba la culata de la escopeta arrimada al banco y el cañón junto al pecho: era ya todo un cazador. Pero allí, junto a la otra orilla, había quedado su pato. ¿Qué estaría haciendo ahora? Se limpiaría las plumas con el pico, movería las alas graznando y agradecería la alegría que sigue a los momentos de peligro. ¿A quién agradecería? ¿Había sido Dios quien había decidido que hoy no debía morir? De ser así, Dios le habría sugerido a Tomás que no disparara. Y, en tal caso, ¿por qué a él, a Tomás, le parecía que aquel gesto sólo había dependido de su propia voluntad?

En el cielo, por encima de la tierra sobre la que todo ser viviente perecerá, avanza Saulé (el Sol), con su resplandeciente vestido. Los pueblos que ven en ella rasgos masculinos suscitan el asombro. Su ancho rostro es el de la madre del mundo. Su tiempo no es nuestro tiempo. De ella tan sólo conocemos lo que es capaz de captar la mente sometida al miedo de la propia soledad. Ahí está, en la inmutabilidad de sus apariciones y desapariciones: pero Saulé posee, ella también, su propia historia. Como cuenta la vieja canción, hace mucho, mucho tiempo, cuando se produjo la primera primavera (antes, seguramente no existió más que el caos), tomó por marido a la Luna. Se levantó temprano y se encontró con que el marido había desaparecido. Anduvo solitario y fue entonces cuando se enamoró de la Aurora. Viendo esto, Perkunas, el dios de los rayos, se encolerizó y con su espada partió en dos a la Luna.

Es posible que el castigo fuera justo, porque la Aurora es hija del Sol. La ira de Perkunas, que se volvió contra ella más tarde, puede explicarse por el hecho de que quizás no rechazara con suficiente firmeza las atenciones de su padrastro. Los cantos, compuestos por aquellos que han perpetuado el recuerdo de estos hechos tan lejanos, no explican los motivos. Únicamente puede afirmarse que, cuando la Aurora celebraba su boda, Perkunas entró por la gran puerta y partió en mil pedazos un roble verde. La sangre manó del roble y salpicó su vestido y su corona virginal. La hija del Sol lloraba y preguntaba a su madre: «¿Dónde, querida madre, podré lavar mi vestido, dónde podré limpiar esta sangre?». «Vé, hija mía, vé hasta el lago en el que caen nueve ríos.» «¿Dónde he de secar mi vestido?», preguntaba la Aurora. «Oh hija mía, en el jardín donde florecen nueve rosas.» Y, por fin, la última temerosa pregunta: «¿Cuándo será la boda en la que me pondré el vestido blanco?». «Hija, el día en el que lucirán nueve soles.»

¡Sabemos tan poco acerca de las costumbres y los problemas de los seres que se mueven por encima de nosotros! El día de la boda aún no ha llegado, a pesar de que cada milenio que transcurre no dura necesariamente más que un instante. Ciertas vagas noticias nos fueron transmitidas por la muchacha que perdió una oveja. Esto ocurrió en una época en que los mortales se comunicaban más fácilmente con los dioses del cielo: «Fui a ver la Aurora», canta la niña, «y ésta me contestó: "Muy de mañana, debo atizarle el fuego al Sol" (de ello se desprende que la Aurora no se ha casado y vive en casa de su madre). Fui a ver la Estrella de la noche» —sigue hablándonos la niña de sus infructuosas gestiones— «y ésta me dijo: "Por la noche he de ir a prepararle la cama al Sol"». La Luna también le negó su ayuda: «Me han partido con una espada, mira, tengo la cara triste». (Por fin, fue el Sol el que le indicó que la ovejita se había extraviado en algún lugar muy lejano, en tierras polares, quizás al norte de Finlandia.)

¿Era el padre Monkiewicz un planeta? Lo era sin duda para la mariposa que revoloteaba en el parterre lleno de capuchinas y reseda. La calva del cura relucía al sol, ¿quién sabe qué clase de embriaguez le producía a la mariposa la visión de aquella cima lisa que se reflejaba en sus múltiples ojos? Apenas unos días de vida, pero era imposible afirmar con certeza si aquella existencia efímera no se sentía plenamente recompensada por un éxtasis de formas y colores, inaccesibles para nosotros.

El padre Monkiewicz: una superficie debajo de la cual trabajan máquinas planetarias, la circulación de la sangre y la vibración de miles de nervios. Evidentemente, para según quienes, el padre Monkiewicz no tenía más importancia que una hormiga, y se reirían si vieran sus calzoncillos y lo que, en otros tiempos, había sido una bata (en casa procuraba no gastar la sotana). Se balanceaba al andar, leyendo el breviario, pero igual podría estar moviendo una guadaña, si su madre no hubiera decidido que al menos uno de sus hijos escaparía a la suerte del campesino. Las circunstancias, más fuertes que su querer o no-querer, habían hecho de él un fiel servidor de la

Iglesia. Cumplía diariamente con su obligación que consistía en exhortar a las personas a que se valoraran a sí mismas más que a una montaña, a un planeta, o al universo entero. Los recién nacidos, concebidos con placer, babeaban y aullaban cuando él les daba la sal que simboliza las amarguras que les esperan en la vida; de los productos de la Naturaleza, él creaba moradas para el Espíritu Santo y, con el agua del bautismo, les imprimía el sello del Verbo. A partir de ese instante, arrancados al orden de la inmutabilidad, tenían el derecho a descubrir la oposición que existe entre ellos y la Naturaleza. Y, más tarde, cuando esa residencia corpórea se desmoronaba, y se detenían los movimientos del corazón, el padre Monkiewicz (u otro que poseyera el mismo poder) los purificaba de todo pecado, trazando cruces con el óleo sobre los miembros que al polvo volverán: en aquel instante, se rompía el contrato entre la materia y el soplo.

Sin embargo, el padre Monkiewicz no empleaba todo su tiempo en pensar en esas obligaciones. Ahora, por ejemplo, había ahuyentado una mariposa en la hierba, para ver cómo volaba; observaba una abeja, cuyas alas vibraban en el cáliz de un lirio blanco y, presionando con el dedo un papel, exclamó: «¡Miserables!». Se refería al último bautismo. Le habían pagado demasiado poco. Se defendían alegando que no tenían dinero, pero habrían podido dar un poco más. Estaba furioso consigo mismo por haberse dejado ablandar y haber rebajado la tarifa habitual.

Tomás se quitó la gorra mientras abría la portezuela del jardín. Se acercó al cura, consciente de la importancia de su misión. Las palabras que pronunció sonaron profunda y trágicamente, como correspondía.

—La abuela Dilbin, padre, está muy débil. Ha venido a verla el doctor, y dice que no sobrevivirá.

—¡Ah! —exclamó el sacerdote, para expresar su preocupación—. Bueno, bueno, ya voy, en seguida estaré.

Y se dirigió hacia la escalera a pasos menudos.

—He traído la carreta. El caballo está atado allá abajo.

—Muy bien. Espérame aquí.

Parecía correcto mandarle la carreta, aunque estuvieran a dos pasos. La expresión del rostro de la abuela Misia, que hablaba entre susurros, sus conciliábulos con el abuelo y Helena y el cambio radical en su comportamiento ante la proximidad de Aquello llenaron a Tomás de orgullo por participar, él también, en lo que de más serio puede ocurrir. Puesto que todos estaban muy ocupados —era la época de la siega del centeno—, le encargaron a él ir a buscar al cura. En principio, sabía enganchar un caballo, pero siempre se le enredaban las correas, por lo que el abuelo le ayudó. Para ir a la parroquia pasando por la Muralla Sueca no hay carretera; hay que pasar por abajo, junto a la cruz, tirando las riendas con todas las fuerzas, apoyando los pies contra la parte delantera de la carreta y bajar así, despacito, tanto más cuanto que, al llegar abajo, en seguida hay una curva. No se pueden aflojar las riendas hasta después de la cruz, en parte porque no hay otra manera de retener al caballo y en parte por seguir el reglamento que lo permite.

La abuela Dilbin, que yacía inmóvil en la penumbra, como disminuida, obligaba a Tomás a andar de puntillas; en cuanto a sus sentimientos, el hecho de desempeñar un papel en el drama —y un papel de protagonista: de nieto y de hombre de la casa, exento ya del consabido «¿qué sabrás tú de eso?»— le absorbía totalmente. Se imaginaba el tintineo de la campanita, los rostros que asomaban por detrás de los cercados, las cabezas devotamente inclinadas y a él mismo montado en el pescante.

Hasta aquel momento, todo estaba ocurriendo tal como se lo había imaginado. El párroco mandó llamar a un niño a la casa más cercana, quien se encaramó a la banqueta delantera, junto a Tomás, y se puso a tocar la campanita. Conduciendo con precaución (pensaba en su responsabilidad), echaba de soslayo miradas a los lados, para ver si los miraban. Desgraciadamente, las casas estaban vacías en su mayoría, todos habían ido al campo; sólo de vez en cuando aparecía, en algún corral, una viejita, o un abuelo, quienes se persignaban y, con los codos apoyados en la cancela, acompañaban con la mirada a aquel quien para ellos era —¿dentro de un mes, o un año?— el pasajero más

importante.

El sol de la tarde calentaba a placer, y, en la calva del párroco, aparecieron unas gotitas de sudor. En realidad, ni el sol, ni la luna, ni la aurora pueden igualar al padre Monkiewicz. Él es un Hombre y, por si a alguien no le pareciera suficiente, lo que sostiene en sus manos hará inclinar el platillo de la balanza: las estrellas y los planetas no pesarán más que la arena del camino. Su camisa de tela de algodón grueso, con manchas húmedas en las axilas, despedía un olor animal, pero gracias a él se cumplirá la promesa: «Se siembra en corrupción y resucita en incorrupción. Se siembra en ignominia y se levanta en gloria. Se siembra en flaqueza y se levanta en poder. Se siembra cuerpo animal y se levanta en cuerpo espiritual».

—¿Una carta?

Es como un chirrido apenas perceptible en la penumbra, en la que brilla la rendija de la contraventana.

—No, abuelita, no hay cartas.

Mentía, porque la carta estaba en la mesilla de noche de la abuela Surkont. Hacía ya cierto tiempo que le censuraban la correspondencia y, como quedó demostrado, no sin razón. Tomás escuchaba las conversaciones que había provocado aquella última carta, que llevaba un sello alemán y que no había llegado por Letonia, sino por Koenigsberg. ¡Dios nos libre de enseñársela! De la manera más suave posible, iban transmitiéndole lo que ya la madre de Tomás había escrito, en otra carta, a sus padres. Konstanty no había sabido presentar las cuentas claras de ciertos fondos militares y había pasado un tiempo en la cárcel hasta que le expulsaron del ejército; ahora, trataba de incorporarse a la policía. Teodoro, al parecer, no tomaba muy en serio la noticia de la enfermedad de la abuela Dilbin, ya que no ocultaba el último percance de su hermano.

Así pues, esto quedará encubierto para siempre. Ocurrió y no ocurrió, porque sólo llegó a conocimiento de los indiferentes, quienes, alzándose de hombros, archivaron el suceso, como uno más en la larga lista de las transgresiones de Konstanty. Como si una bala capaz de atravesar el corazón se hubiera clavado en el tronco de un árbol.

—Me estoy muriendo. El sacerdote.

¡Cuántas veces durante su enfermedad no había repetido que se moría, exagerando sus males, como la princesa del cuento cuando se quejaba de que un guisante, colocado encima de siete edredones, la lastimaba! Posiblemente, el consabido suspiro hipocondríaco le brindaba cierto alivio, porque era algo ya muy suyo, que entraba en la esfera de lo normal. Mientras podemos dar testimonio de que dominamos el hecho de nuestra propia aniquilación hablando de ella, nos parece que nunca ocurrirá.

—Querida señora, aún nos enterraré a todos —se apresuró a asegurar la abuela Misia—. Pero un sacerdote tampoco hará daño, es evidente. Por el contrario, ha ayudado a curar a muchos. Hubiéramos tenido que llamarle hace tiempo, y ahora estaría usted paseando por el jardín.

Tranquilizar. Pues a los enfermos, aunque lo sepan, les cuesta creerlo y agradecen el sonido y el tono de las palabras que excluyen la posibilidad de atravesar esa frontera, tras la cual ya no hay palabras. A Tomás le sorprendió desagradablemente la inflexión, llena de dulzura, de la voz de la abuela Misia. ¿Para qué *exagerar* tanto?

Aquel mismo día, el párroco subió los peldaños entre la viña virgen que recubría las dos columnas. No hay que olvidar que los cuarenta o cincuenta años que lo separaban ya de su infancia no habían producido en él cambios tan notables como para haber dejado de ser del todo el niño de pueblo que llevaba a apacentar el ganado. Aquellos pies, que ahora llevaban zapatos, en otros tiempos habían quedado rojos y amoratados por las escarchas del otoño. Se apoyaba en su cayado y, con la curiosidad que despierta la contemplación de animales extraños, observaba a los señores que pasaban por la carretera, a caballo, o en relucientes carruajes conducidos por cocheros de librea. No entraba ahora en aquellas habitaciones de techos bajos únicamente como representante de Cristo, sino que arrastraba tras él, cogido de la mano, a aquel mismo niño de antaño que franqueaba tímidamente los umbrales de la casa del amo. La deferencia que le demostraban ahora no le libraba del temor a las humillaciones.

Se protegía, pues, detrás de la sobrepelliz y de la estola; ellas le sostenían e infundían dignidad a sus movimientos (como si se le permitiera a una figurita rechoncha y paticorta sentirse digna).

Luego, se cerró la puerta a sus espaldas, y la abuela Dilbin quedó a solas con él. Pese a las falsas

palabras tranquilizadoras de la abuela Misia, nadie se hace demasiadas ilusiones cuando ve cómo, desde arriba, allí donde se mueven las sombras de las caras, cae sobre uno un susurro y oscila algo blanco y un destello violeta. Aquello que suele anunciar el fin a tantos seres humanos y que perdura entre las cosas exteriores, se apodera también de nosotros; no resulta fácil, de hecho es casi imposible, aceptar que, tratándose de nosotros, no se disponga de una zona propia, reservada exclusivamente para nosotros, y que haya que rendirse a lo inevitable: una simple cifra que la imaginación es incapaz de abarcar. «¿Tienes fuerzas para confesarte, hija mía?» Hija mía, llamaba a Broncia Ritter, de Riga, la ciudad hanseática, un pequeño pastor lituano.

—En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, amén. No te canses, hija mía, arrepíentete de tus pecados, esto le bastará al Señor.

Pero Broncia Ritter avanzaba entre la niebla, tratando de romperla con sus manos, dirigiéndose hacia algún inaccesible punto de claridad.

—Un pecado —murmuró.

—¿Qué pecado? —y el sacerdote acercó el oído a sus labios.

—He dudado... de que Dios... existe y de que... me escucha.

Sus dedos se cerraron sobre la manga del sacerdote.

—Un pecado.

—Te escucho.

—No he amado... a mi marido... Que me perdone.

Es muy difícil avanzar entre la niebla. Y añadió, apenas un murmullo de hojas:

—Mi hijo... diré....

El sacerdote alzó una mano: «*Ego te absolvo*», dijo en voz alta. El blanco círculo de la hostia se acercaba a ella en la tenue luz de la contraventana entreabierta.

Una pelota cae en la grava del sendero, rebota, encuentra la mano que la esperaba, la hierba brilla bajo el rocío de la mañana, los pájaros cantan, muchas generaciones de pájaros han pasado por allí desde entonces, la abuela Mohl, enterrada en el panteón familiar, en Imbrody, devana un ovillo de lana y llama: «Broncia, separa las manos, así» y arrolla la suave hebra alrededor de sus muñecas. Ella le había regalado a Broncia, en cierta ocasión, una cruz de coral con una pequeña ventanita en el centro. Al acercar el ojo a ella, la mirada penetraba en una habitación donde se celebraba la Santa Cena. Jesús parte el pan, y unos rayos inmateriales surgen de su cabeza en todas direcciones, sobre el fondo de una pared agrietada. Las cosas grandes y pequeñas se igualan: aquella mirada hacia el interior del coral con venitas más claras y una voz de mujer en el exhausto amanecer del alumbramiento («¡Un hijo!»)... Las barras de trineo rechinan, el miedo al espacio y los movimientos de Cristo no fueron, sino que son; el tiempo se reduce, ya nada mide el reloj o la arena de la clepsidra. Los labios ya no tienen la fuerza de abrirse; desde allí, desde afuera, llega la ayuda, la oblea se pega a la lengua, se abre el coral, y ella, que se ha vuelto pequeña, se acerca allí, a la mesa, y Él mismo le tiende una mitad de la rebanada de pan que acaba de partir. Lejos, lejos, en otro país, yacen sus pies que el padre Monkiewicz toca, con aquel dedo grande y ancho de hijo, de nieto de labradores y segadores, humedeciendo su piel con el óleo.

Siempre que el párroco se encontraba a la cabecera de un agonizante, tenía el presentimiento de que no estaba solo junto a la cama, sino que también los Seres Invisibles estaban sentados allí, en fila, o en cuclillas, o agitándose en el aire —agitación y golpes de espadas. Aquellos a quienes atrae el dolor se complacen en los efluvios de la desesperación que se elevan allí donde el futuro se desvanece. Todo lo que insinúan con sus susurros tiende a reforzar en el hombre el cuidado de sí mismo y a atraparlo en sus propias redes. Al mismo tiempo, al desplegar ante él visiones de felicidad, le enseñan la Necesidad, que no había sabido dominar. No es de extrañar, pues, que se mantengan a la espera de la maldición que arrancarán de sus labios el fraude de su vida pasada y la falsa promesa de libertad. Haciendo la señal de la cruz, el sacerdote ahuyentaba a esos seres que insisten en exigir pruebas y más pruebas, con el fin de vencer cuando se pone en cuestión al Dios Oculto. ¡Dame una señal de tu poder, y entonces creeré que no me encamino hacia la nada, hacia la

podredumbre de la tierra! Así rastrean y procuran que este pensamiento sobreviva a la progresiva desaparición de todos los demás pensamientos.

Pero, en la mesilla de noche de Micaela Surkont, quedó aquella carta, prueba de que las oraciones no son escuchadas. Si el hecho de haber engendrado a un fruto mancillado reforzaba en Broncia Ritter la convicción de ser peor que los demás, la carta la habría sin duda reafirmado aún más en su dolor. ¿Era justo no habérsela entregado? Quizá lo que se le exigía era la superación de la suprema dificultad: confiar aun cuando le había sido ya claramente negada toda razón de hacerlo. Al apiadarse de ella y evitarle el golpe, la gente la ayudaba de la única forma en que puede hacerlo la gente; es decir, impartiendo ilusiones los unos a los otros, porque la crueldad de las sentencias venidas desde arriba acostumbra a parecer siempre excesiva.

—¿Duerme?

—Acaba de dormirse.

El doctor Kohn dejó unas dosis de morfina y explicó cómo tenían que utilizar la jeringa en caso de que no cedieran los dolores. Cuando, a lo largo de sus frecuentes visitas, le preguntaban sobre la naturaleza de aquella enfermedad, contestaba primero: «Probablemente un cáncer», y luego sencillamente: «Cáncer». Su presencia, a esas alturas, ya no podía suponer un alivio. Sí, en cambio, la presencia del padre Monkiewicz, pues, cuando él se retiró, el pecho de la enferma se movía con una respiración sosegada. El sacerdote recogió los faldones de su sotana y se sentó en el comedor, junto a la mesa, donde se sentía más seguro. Tras algunos comentarios de circunstancia, expresó la opinión de que había sido un buen año para el centeno.

—El barómetro indica lluvia —suspiró el abuelo—. ¡Ojalá tengamos tiempo de entrojar!

Y le acercó la mermelada.

El párroco tenía unas ganas enormes de saber algo acerca de las complicaciones político-familiares.

—¡Pobre señora Dilbin! Encontrarse así, sin sus hijos. Pero qué remedio, si están lejos.

Y no se atrevió a decir más.

—Están lejos —asintió el abuelo—. Ya sabe, el hombre va allí donde encuentra trabajo.

—Y, naturalmente, el mundo no es en todas partes igual a este agujero —la abuela no perdía ocasión para mostrarse cáustica con el país.

—Sí, ya se sabe, el deber es el deber.

El párroco atribuyó naturalmente a una gentileza del señor Surkont el saco de harina que encontró en su coche —un regalo muy bien recibido antes de la siega—, pues ella, aquella bruja avariciosa, sabía muy bien que él jamás se habría atrevido a reclamar bienes terrenales. Tomás colocó la cabezada al caballo y le introdujo el bocado entre los labios verdecidos por el heno que había estado mordisqueando. Un suave olor a miel llegaba desde los tilos, en los que se afanaban las abejas, hurgando entre sus flores zumbantes. Entretanto, Broncia Ritter erraba lentamente por los límites del tiempo.

Se necesita mucho oficio para colocar las gavillas en el largo carro de adrales, casi como para construir una casa. Cuando el edificio está terminado, se pasa el nudo corredizo de una cuerda por el extremo de una viga, que los años han vuelto lisa y escurridiza. Sirve para prensar la carga con el fin de evitar que se caiga cuando el carro se ladea. Generalmente, dos hombres tiran de la cuerda por atrás para que la viga se apoye con firmeza; es peligroso, porque, si la viga se les escapara, podría romperles el lomo a los caballos. Finalmente, el carretero se coloca arriba de todo; al conducir, ve ante sí los caballos pequeños como ardillas. Al entrar por la puerta del troje, el conductor se acuesta encima de las gavillas: es la única manera de pasar. Esos fajos rectangulares y amarillos se balanceaban todo el día a lo largo de la alameda y, cuando rozaban los avellanos, dejaban tras de sí, colgadas de sus ramas, largas briznas de paja. El aire era pesado, y las nubes bajas se hinchaban; antes del anochecer, empezó a llover. La lluvia fue aumentando en intensidad y, toda la noche, no cesó el aguacero.

Tomás notó que, en la casa, reinaba cierta impaciencia. La abuela Misia y Antonina se turnaban junto a la cama de la enferma y, sin confesárselo, sentían las dos una especie de enojo contra ella. La piedad hacia alguien que grita y llora de dolor, unida al propio cansancio y al sueño, despiertan el deseo de que todo se termine cuanto antes. Pero la tormenta pasó, el aire volvió a vibrar de calor y tuvieron que administrar a la enferma más inyecciones de morfina. Tomás pensaba en Borkuny, pero no sabía cuándo podría volver allí. Para ventilar la habitación, abrieron las contraventanas y la ventana: entró volando una golondrina que empezó a dar vueltas por la habitación.

Tres días después de la visita del sacerdote, Antonina lo llamó desde el porche, con voz irritada: ¡«Tomás!»». Se levantó de un salto del césped. No le gustó que lo hubiera encontrado allí, como si estuviera esperando. En la penumbra, encontró a la abuela Misia luchando con la tapa del cofre del que tan a menudo la abuela Dilbin había sacado sus regalitos. Encima, había dejado un cirio: «Cuando muera recordad que está ahí».

La mirada de la enferma, vacilante y relajada, recordaba el chirrido de su voz en los últimos tiempos. Antonina se arrodilló y se puso a leer letanías en lituano. El morrito de la abuela Surkont, parecido al de una rata grande, se inclinaba sobre la cabecera de la cama; caminaba de un lado para otro a pasos menudos, sosteniendo un cirio en la mano.

Tomás, cerca de la ventana, frotaba sus pies desnudos uno contra otro en los cálidos rayos de sol que bañaban las tablas del suelo, pintadas de marrón. Se sentía a sí mismo con inusitada precisión. Su corazón latía y su mirada captaba todos los detalles; le habría apetecido estirarse, levantar los brazos y aspirar profundamente el aire. Aquel hundimiento de la abuela le producía una sensación de triunfo, que le pareció monstruosa y que quedó de pronto truncada por un breve sollozo. El pecho de la abuela luchaba por respirar una vez más; la vio pequeña, indefensa frente a aquel horror indiferente que la aplastaba, y Tomás se lanzó hacia la cama, gritando: «¡Abuelita! ¡Abuelita!», arrepentido de sus culpas hacia ella.

Pero ella, aparentemente consciente, no se percataba de la presencia de nadie. De modo que Tomás se levantó y, tragándose las lágrimas, trató de retener para siempre cada uno de sus movimientos, cada estremecimiento. Sus dedos se abrían y se cerraban sobre el edredón. De sus labios salía un sonido ronco. Luchaba contra la huida de las palabras.

—Kon -stan -ty.

Se oyó el chasquido de una cerilla y, en el pabulo de la vela, apareció una tenue llamita. Comenzaba la agonía.

—Jesús! —dijo todavía claramente.

Y añadió muy bajito, aunque Tomás pudo oír perfectamente aquel susurro que se desvanecía:

—Ayú-da-me.

Si el padre Monkiewicz hubiera estado allí en aquel momento, habría podido comprobar que los Seres Invisibles habían sido derrotados. Pues a la ley según la cual todo lo que muere se convierte en polvo y desaparece para todos los siglos de los siglos, ella contraponía la única esperanza: la esperanza en aquél que puede romper la ley. Sin pedir pruebas, a pesar de las razones que demostraban lo contrario, creía.

El blanco de los ojos inmóvil, el silencio, la mecha del cirio chisporroteaba. Pero no, su pecho aún se movía. Una inspiración profunda, y los segundos volvían a correr, y de pronto, la respiración de aquel cuerpo que parecía muerto, desconocido, sorprendía con aquellos estertores a intervalos irregulares. Tomás sentía un escalofrío de horror ante aquella lenta deshumanización. Aquello ya no era la abuela Dilbin, sino la muerte en general. Ya no contaban para nada la forma de su cabeza, ni el tono de su piel. Habían desaparecido el miedo que la habitaba, aquel miedo tan sólo suyo, y sus «ay de mí». Tras largos minutos, quizá media hora (aunque, según otra medida, era tanto como toda una vida), la boca quedó inmóvil a media inspiración, abierta.

—Que la luz eterna resplandezca sobre ella, amén —murmuró la abuela y, con el dedo, bajó delicadamente los párpados de la muerta. El abuelo se persignó lenta, solemnemente. Luego, empezaron a deliberar acerca de dónde la trasladarían. La cama había quedado tan hundida que el cuerpo se enfriaría en aquella posición, casi sentado. Decidieron entrar una mesa grande, y Tomás ayudó a pasarla por la puerta y a cubrirla con una manta oscura.

Ayudó también a trasladar a la abuela Dilbin de la cama a la mesa. Cuando alargó el brazo para levantarla, el camisón se subió y Tomás giró rápidamente la cabeza. En la sábana, cuando ya la sostenía en alto y Antonina la cogía por los brazos, advirtió una tira de excrementos, aplastados en el espasmo de la agonía.

Volvió cuando yacía, lavada ya y vestida. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, los pies tocándose por los talones y separados en la punta, y la mandíbula sostenida por un pañuelo atado a la cabeza. Por la ventana, ahora abierta, entraban los rumores del anochecer, los graznidos de los patos, el lento chirrido del carro, el relincho de un caballo. Todo aquello era tan distinto, tan alegre, que incluso dudaba de que realmente allí hubiera ocurrido aquello de lo que acababa de ser testigo.

Lo mandaron a casa del carretero, y su pena se disipó. El carretero vivía en la *kumietynta* (trabajaba a la vez para la casa grande y para la gente del pueblo). Tomás volvió con él y miró cómo tomaba las medidas. Por la noche, tardó mucho en dormirse, porque, detrás de la puerta, yacía un cadáver, mientras ella, penetrando en sus pensamientos desde otra esfera, extraterrestre, conocía ya su indignidad. Había encontrado placer en presenciar su muerte. Un placer áspero como el del gusto de esas bayas que queman la lengua, pero que incitan a seguir comiendo. Unas velas, en dos altos candelabros, se consumían ahora junto al catafalco; oía las oraciones, mientras ella vagaba sola en la noche oscura.

Al día siguiente por la mañana (en la arandela de cristal de uno de los candelabros, en la cera fundida, se habían hundido las alas de una mariposa nocturna: entre los párpados de la abuela brillaba una línea blanca), Tomás fue a casa del carpintero para ver cómo construía la caja. En el patio frente a la carpintería, apoyadas unas a otras, había ruedas sin llantas y tablones apilados. Conocía aquel banco con su superficie rugosa, llena de entalladuras y grietas, con las manijas de los tornillos a un lado, bailando sueltas en los orificios, y aquel olor a viruta bajo los pies. Podía pasar largo tiempo inmóvil, sentado en un tronco, fascinado por el movimiento del cepillo. Ahora también. «El pino no sirve, pondremos roble», decía el carpintero. (Kielpsz, por su nariz y los bultos de su cara, se parecía un poco a la abuela Misia.) Las venas surcaban sus manos, formando montes y valles. De la rendija del cepillo salía una cinta blanca, y daba gusto verle dominar la madera; si es posible pulir así una tabla, bien podría pulirse también todo lo que existe. ¿De modo que aquellos dibujos que diseñaban las vetas del tronco en el roble estarían ya para siempre junto a las mejillas de la abuela Dilbin? Otra vez le invadía aquel sueño sobre Magdalena. ¿Pueden los gusanos entrar en la caja a través de las grietas? Una calavera blanca, con profundas cavernas en los

ojos, mientras las tablas seguirían perdurando. Era de suponer que la abuela había muerto de verdad. Ella le había contado terribles historias sobre casos de letargo, en los que, después de cerrar la caja, se oían golpes desde el interior; a veces incluso se oían ruidos una vez enterrado el cuerpo: en este caso quitaban la tierra, levantaban la tapa del ataúd y encontraban a una persona asfixiada, retorcida por el esfuerzo. Despertarse así y comprender —aunque sólo fuera por un cortísimo instante— que había sido enterrada viva era lo que ella más temía. Siempre repetía que lo mejor era lo que había mandado hacer alguien de su familia: romper a martillazos la cabeza del muerto para asegurarse de que no quedara en letargo.

La cruz también sería de roble. El carpintero sacó del bolsillo un lápiz grueso, lo ensalivó y dibujó sobre una plancha la forma que iba a tener. Le enseñó el dibujo, pidiéndole su opinión. Tomás volvió a sentir el privilegio de ser el nieto. Una especie de tejadito unía los brazos de la cruz. «¿Para qué sirve?», preguntó. «Así es cómo debe ser. Coger dos tablas y clavarlas no queda bonito. Además, la lluvia baja por aquí y entonces no se estropea.»

Según Antonina, el alma humana va dando vueltas durante mucho tiempo alrededor de la envoltura que ha abandonado. Da vueltas y observa cómo era antes, y se extraña de que hasta entonces no se conociera a sí misma sino unida al cuerpo. Hora tras hora, el rostro que había sido su espejo, va cambiando y pareciéndose más al moho de las piedras. Por la noche, Tomás observó que la abuela tenía un aspecto distinto que por la mañana, pero, de pronto, se apartó, presa del pánico, pues ella le había mirado. Saltó hacia la puerta dispuesto a gritar que estaba despertando del letargo. Pero no, no se había movido. Sólo los párpados se habían entreabierto un poco, y el reflejo de los cirios temblaba en la rendija blanca. El alma ya no habitaba aquel cuerpo. Si Antonina decía la verdad, tan sólo se paseaba por allí, tocando objetos familiares, a la espera de que terminase el entierro para poder marcharse tranquila, sin preocuparse ya de lo que, sin duda, era su propiedad.

Las nubes forman panzudas figuras, un dragón avanza por el cielo, con la cola torcida y las aletas erguidas, poco a poco su morro va dispersándose, estirándose siempre más, hasta que se desgaja de él un pequeño ovillo blanco empujado por su soplo. Por sobre el dragón, pasa una cruz de brazos finos, sostenida por el sacristán, al que sigue el párroco y el féretro, llevado por Baltazar, Pakienas, Kielpsz y el joven Sypniewski. Desde la Muralla Sueca, ante la que pasa el cortejo, se distinguen claramente unas figuritas que se mueven, entre las diminutas gavillas que puntean las inclinadas laderas de la otra orilla del Issa, y carros cargados de trigo.

Lucas Juchniewicz, quien había llegado el día anterior con Helena, corrió para reemplazar a Pakienas; se le abrieron los faldones del gabán, dejando al descubierto unos pantalones a cuadros oscuros. Al doblar la cabeza bajo el peso, el féretro se inclinó y se tambaleó; con sus menudos pasos, estorbó a los demás. De modo que, una vez más, Lucas demostraba que sólo sabía ponerse en ridículo, y Tomás se sintió decepcionado. Por lo menos, era tozudo, eso sí: hacía muecas como si estuviera a punto de llorar, pero seguía cargando con el ataúd. Szatybelko se había puesto su levita azul marino, y su mujer un pañuelo de seda con flores negras. En la iglesia, una vez que estuvieron todos sentados, Tomás trató de rezar, pero pensaba en la fosa, ya excavada. En el panteón familiar, habían quedado sólo dos sitios vacíos (el de la abuela Misia y el del abuelo), de modo que la enterrarían, en otro lugar, muy cerca de allí. Toparon con las raíces de un roble, lo cortaron con un hacha y ahora las blancas manchas de sus heridas sobresalían de la arcilla. Las raíces envolverían el ataúd, se introducirían quizá incluso en su interior, y la abuela quedaría atrapada como entre las garras de un pájaro.

Cuando los demás empezaron a salir de la iglesia, Tomás ya se había deslizado por entre las tumbas. Sí, era allí. Para poder enterrarla cerca de los Surkont, habían elegido un lugar al borde mismo del cementerio; apenas a unos pasos, lavada por las lluvias y cubierta de matas de hierba rala, se alzaba el pequeño túmulo de una persona a la que Tomás conocía muy bien, Magdalena. No es fácil imaginar lo que ocurre después de la muerte, pero él aseguraría que, de un modo o de otro, ellas dos se encontrarían. ¿Pero cómo? Se darían las manos, la cabeza cortada de Magdalena volvería a su cuello, y las dos mujeres se pondrían a llorar: ¿Por qué nos preocupábamos tanto? ¿Acaso valía la pena? ¿Por qué no nos conocíamos, y sufríamos, cada una por separado? «Habrías podido vivir conmigo», diría la abuela, «te habría encontrado un buen marido, y tú me habrías ayudado a vivir, porque eres valiente. Es triste que las personas se amen tan sólo después de la muerte. ¿Es difícil envenenarse? Me gustaría saberlo.» «Sí, es difícil», suspiraría Magdalena. «Recé para que Dios me perdonara y, así, de rodillas, me tragué el veneno, pero en seguida me asusté y pedí ayuda.» Las dos serían jóvenes; la abuela estaría como en sus fotografías de antaño, cuando llevaba un vestido muy entallado. Y las dos se tutearían. «¿Pero por qué asustabas a la gente?», preguntaría la abuela. Magdalena sonreiría. «¿Por qué preguntas, si ahora ya lo sabes?» «Sí, es verdad, ahora ya losé.»

Tomás se negaba a situarlas en dos mundos distintos, porque le parecía imposible que Magdalena hubiera sido condenada. No pueden ser condenados sino aquellos que no despiertan en nadie ni piedad ni amor. Los demás se agrupaban alrededor de la tierra recién movida, mientras Tomás, allí, rezaba un Ave María, tratando de pronunciar las palabras con tanto ardor que hasta se clavaba las uñas en la piel de la mano. Confiaba Magdalena a la Virgen María.

Bajaron el féretro con la ayuda de unas correas; por unos instantes, quedó balanceándose, pues se había enganchado con una raíz cortada; luego, siguió hasta detenerse en el fondo, inmóvil; Tomás miró hacia abajo mientras el padre Monkiewicz rezaba. A los muertos los depositan así en la tierra, desde hace cientos, miles de años; si todos se levantaran de pronto, serían muchos millones y

deberían quedar de pie, uno junto a otro, tan apretados que no cabría entre ellos ni una aguja. Todo ser humano sabe que va a morir; el abuelo decía que ya le esperaban las cadenas del panteón de los Surkont. Los hombres lo saben y lo soportan con indiferencia. Por supuesto no hay otra salida, pero, en realidad, deberían gritar, arrancarse los cabellos de desesperación. La muerte —el solo paso de una vida a otra— es terrible. Nada. Su calma, su «porque es así», tanto si se trataba de la muerte como de cualquier cuestión, era para Tomás totalmente incomprensible. Creía en un secreto que Dios revelaría a los hombres, si ellos lo desearan con todas sus fuerzas: que la muerte no es imprescindible y que todo es distinto a lo que ellos creen. ¿O acaso sabían más de lo que decían y, por eso, se comportaban con tanta tranquilidad? Es decir, Tomás les concedía su confianza, como lo había hecho con Lucas, quien, si no ocultara en su ser a otro más inteligente, haría tambalear el orden de las cosas: los adultos, en tal caso, no serían más que unos niños disfrazados y grotescos. Lo que parece simple no puede ser tan simple.

A Tomás, también lo bajarán un día con unas correas, encerrado en un ataúd. ¿Incluso si llegara a ser papa? Incluso en ese caso. Pero, si aquel día hubiera explotado la granada, no se habría enterado de que moría, se habría despertado y preguntado: «¿Dónde estoy?». El urogallo que mató Romualdo no tuvo tiempo para el terror. «¡Dios mío!» haz que yo no muera lentamente, como la abuela!»

«Echa tú el primer puñado», le dijo en un susurro la abuela Misia. A él, el nieto, el más próximo y, en realidad, el único pariente. Cogió un terrón de tierra amarillenta y la echó; el terrón cayó y se deshizo, otros lo siguieron, golpeando con un ruido hueco la tapa y, poco después, el contenido de una pala dejó caer sobre la tabla superior una fina capa de arena. Trabajaban aprisa; habían llenado ya el espacio comprendido entre los costados del ataúd y las paredes de la tumba, aún se veía la madera barnizada de color marrón y, pronto, tan sólo el vivo color de la tierra. Si la caja, una vez cerrada, incitaba a imaginar su contenido (pues el cuerpo se convertía en-algo-del-interior) tanto más lo hacía ahora: un espacio vacío, un poquito de aire, separado del resto del aire, un fragmento de túnel.

Arriba, los robles. Algunos, muy viejos, ya estaban allí cuando Jerónimo Surkont pasaba por la carretera. Abajo, al final de la ladera inclinada, cubierta de hierba espesa, corre un riachuelo que desaparece bajo un pequeño puente y se precipita más adelante en el Issa. Al otro lado del barranco, árboles frutales y chozas. Esta vista determina el final del viaje. «Hemos de encargarnos sin falta la placa con la inscripción», dijo el abuelo. Tomás intervino: «Habría que poner: Viuda de un insurrecto del año 1863». Esto la llenaba de orgullo. Antonina prometió: «Tomás y yo plantaremos las flores».

Kielsz sostenía su cruz con tejadito, y la clavaba con fuerza, rodeándola de tierra y apisonando la tumba rectangular. Aquí, el cronista detiene la pluma y trata de imaginar a las personas que visitarán aquel lugar un día, muchos años después. ¿Quiénes son? ¿Qué hacen? Su automóvil reluce allá abajo, junto al puentecillo: suben hasta allí paseando. «¡Qué vieja cruz tan curiosa!» «Valdría la pena cortar esos árboles, aquí no sirven para nada.» Sin duda no les gusta la muerte, recordarla rebaja su dignidad, golpean la tierra con el pie y dicen: «Vivimos». Sin embargo, en su pecho también late un corazón, a menudo enloquecido de terror, y el sentimiento de superioridad ante los que ya han pasado no les protege de nada. Unos líquenes azulados cuelgan del tejadito de Kielsz, y ha desaparecido toda huella de nombre. Las nubes forman panzudas figuras, como entonces, el día del entierro.

Este sonido no recuerda en absoluto las voces que suelen salir de una garganta humana, pero, aun así, Tomás aprendió a imitarlo. Al principio, le costó mucho, pero, tras entrenarse con ahínco, hasta él mismo se extrañó de poder hablar con ellos. En el bosque, al lado de Borkuny, hay una depresión del terreno cubierta de alisos, que, en verano, se transforma en un laguito, y allí es donde aquello tenía lugar. El sol ya se había puesto, las puntas de los alisos se recortaban, oscuras, sobre el fondo color limón del cielo, y se acercaba el momento. Tenía ante sí un muro compacto de árboles jóvenes, permanecía de pie en el cenagal, del que emanaba un olor a hojas podridas, y, furioso, pero con prudencia, evitando movimientos bruscos, aplastaba los mosquitos que se abalanzaban en bandadas sobre su rostro y su cuello. Se llenaban de sangre hasta el punto de que, en la palma de la mano, una vez aplastados, dejaban manchas rojas. Levantó suavemente el seguro de la escopeta a punto de disparar. La escopeta, que habían quitado a Víctor el verano anterior, ya se la había quedado él. «¿Para qué la quieres tú?», decía Romualdo a su hermano, «No tienes tiempo. Además, ¿cuándo sales tú con ella? Se queda colgada en la pared, mientras que Tomás podrá ir de caza algún día.» Y Víctor había accedido.

Unos gavilanes habían hecho su nido en el espesor del bosque, allí donde el acceso era difícil, porque la tierra estaba demasiado mojada. Habían ya criado sus polluelos, que, durante todo el día, iban dando vueltas en el aire, muy alto, como sus padres; pero, al atardecer, toda la familia se reunía allí para pasar la noche. Anteayer, Tomás había probado su reclamo, y le habían contestado desde tres o cuatro puntos diferentes. El secreto consistía quizás en escoger el momento en el que aún no están todos en casa y se llaman unos a otros. Se oía su chillido siempre más cerca; de pronto, Tomás vio entre las hojas las alas grises abiertas y, poco después, un aleteo en el momento en que el gavilán se posaba sobre la punta fina del árbol. Él no podía ver a Tomás, que estaba abajo, en la penumbra, de modo que llamaba y esperaba respuesta. Fue entonces cuando Tomás levantó muy despacio la escopeta hasta el ojo y apretó el gatillo. ¡Ya cae! Estuvo mucho rato buscando, y ya temía no encontrarlo hasta quizás por la mañana, cuando, de pronto, topó con él: aquella mancha gris, ajena a aquella ciénaga llena de tallos oscuros, parecía casi chillona. Sus largas alas se abrieron al levantarlo, y, al querer estirar las garras convulsivamente apretadas, Tomás se hirió en un dedo: sólo uno era poco tras haber adquirido aquella superioridad sobre ellos. Esperó un día y volvió a probar.

«¡Pii-ii!» Este grito penetrante sale tan sólo si se contrae la garganta, y precisamente en esto estriba su dificultad, porque, después de repetirlo unas cuantas veces, la garganta se irrita. Tomás oyó a los gavilanes en algún lugar lejano del bosque. ¿Vendrán, o no vendrán hoy? A su alrededor, se oía tan sólo el zumbido de los mosquitos que bailaban su baile ascendente y descendente en un haz de luz, formando una columna. «Pii-ii», repitió. No sabía qué indicaba esta señal en su lenguaje. Lo único seguro es que era un grito de nostalgia, una llamada. Más cerca. Sí, seguro. Volvió a emitir su reclamo, que fue alejándose en el silencio, en el que otros pájaros habían encontrado ya sus ramas para pasar la noche y ahuecaban las plumas. Y, de pronto, desde varias direcciones, un lamento insistente. Allí estaban, pues.

Saboreaba su triunfo, aunque procuraba no exagerar.

Los gavilanes, al ser tan jóvenes, no habían aprendido aún a distinguir una entonación falsa. Además, allí no había arrendajos que, con su graznido, denuncian la presencia del hombre. Llamó sólo una vez más, porque, de cerca, a lo mejor adivinarían que no era exactamente su llamada.

Por encima de los árboles, una silueta y luego otra. No, el hecho de que estuvieran volando allá arriba no probaba nada aún. Pero, atención, una sombra pasó entre el cepillo de los jóvenes alisos y se posó. ¿Dónde? Los mosquitos en las manos y la frente de Tomás podían disfrutar a gusto, él no

se movía. El gavián emitía su grito desde la punta de un árbol cercano, pero entre las hojas no se distinguía nada. Si Tomás avanzaba unos pasos, el otro se daría cuenta y seguramente desaparecería con aquel peculiar vuelo suyo, que suele adoptar cuando se enfrenta al hombre: un vuelo misterioso.

El único sistema era arriesgarse y volver a lanzar otro reclamo. Olvidando quién era, trató de adoptar el alma de un gavián, para que le saliera lo mejor posible. «Pii-ii». El otro, excitado, respondió. Agitó las alas, y esto bastó para que Tomás lo descubriera. Apuntó casi a ciegas; más que ver, adivinó en la oscuridad la mancha color ratón. Después del disparo, el pájaro levantó el vuelo, se curvó y empezó a caer, golpeándose contra las ramas, mientras trataba de detenerse. Tomás saltó hacia él, las varas de los juncos le golpeaban el rostro. Era el segundo, ya había matado dos: algo cantaba en su interior. Lo encontró caído de espaldas, vivo aún, las garras erguidas en actitud de defensa. En vez de los compañeros o de la madre, cuya llamada iba tan claramente dirigida a él, un ser enorme se inclinaba sobre su cuerpo, vencido e impotente. Tomás trataba de justificar su acto pensando que aquella ave rapaz se alimentaba con la carne y la sangre de los palomos y pollos que destrozaba. Lo golpeó con la culata en la cabeza, y los ojos dorados quedaron tapados, de abajo arriba, por los párpados. Tras sacarle la piel, su carne sería para Lutnia; la piel, disecada, conservará durante un tiempo el aspecto de éste y no de otro ser, mientras no la destruya la polilla.

Si Tomás sentía a veces escrúpulos (solía ocurrirle), se decía a sí mismo que la criatura que se mata igualmente tiene que morir, de modo que da lo mismo que sea un poco antes o un poco después. El hecho de que los animales deseen vivir no le parecía una razón suficiente, puesto que él tenía un objetivo —matar y disecar— y este objetivo le parecía lo más importante. El cielo adquiría una tonalidad azul oscura cuando salió del bosque y atravesó la pasarela sobre el riachuelo. Las ventanas de la casa brillaban entre los arbustos. Barbarka estaba haciendo la cena. ¿Qué dirá al ver el segundo gavián?

Pero, a la tercera vez, fue un fracaso, los tiros los habían ahuyentado. En varias ocasiones, volvió a hacer gala de su facultad de lanzar el reclamo, hasta que, cierta mañana (durante otro verano), quiso comprobar si podía aún hacerlo y sólo consiguió quedarse totalmente ronco. Estaba cambiando de voz, que se había vuelto grave, y ya nunca más pudo emitir aquella señal aguda, entre el maullido de un gato y el silbido de una bala.

Barbarka propinaba sonoras bofetadas en la jeta del señor Romualdo, tan fuertes que su eco se extendía por el vergel. «¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?», repetía él, retrocediendo. El ataque al adversario por sorpresa es una táctica en general muy recomendada, y, en este caso, la sorpresa fue total. En aquella mañana de domingo, sin haber mediado ninguna discusión ni malentendido, de pronto: «¡Cerdo! Ahora te da por ir con viejas! ¡Toma! ¡Toma! ¡Por el daño que me has hecho! ¡Toma!»». La aparición de un cometa no hubiera sin duda suscitado en Romualdo más estupefacción que aquel ataque. Claro que él habría podido agarrar un palo y echarla inmediatamente de Borkuny, pero, por el contrario, se iba ablandando y se preguntaba si ella no se había vuelto loca. Pero Barbarka ya salía corriendo por un sendero, llorando desconsoladamente.

Su llanto era sincero. En sus golpes convergían la ira y el cálculo. Barbarka sentía que era así y no de otra manera cómo tenía que actuar y que, al hacerlo, se exponía a ganarlo, o a perderlo todo. Enfurruñarse e ir rezongando por los rincones de la casa ya no serviría de nada. Además, cuando se da un salto, no se aprecia la distancia mediante la aritmética. Romualdo era un adversario, pero no únicamente eso. Él estaba a gusto con ella, y ella lo sabía. En primer lugar, no le sería fácil encontrar una sirvienta como ella, tan limpia, ordenada y dispuesta para toda clase de trabajos, incluso para arar: en cierta ocasión, había arado ella sola casi todo un campo, cuando él estuvo enfermo y el jornalero se marchó después de una discusión. Además, cocinaba mejor que las demás. Él ya no era jovencito, tenía sus manías y a una nueva tendría que volver a enseñarle todo. Además, había otros motivos por los que podía sentirse segura de sí misma.

Aquella vida, lejos de todo, les satisfacía plenamente, porque vivían juntos. La primavera y el verano pasaban aprisa, cargados de toda clase de ocupaciones; tantas, que casi no podían con todo. En otoño, ella hacía mermeladas de arándanos y manzanas y, cuando comenzaban las lluvias, se sentaba a la rueca. Sabía hilar fino. Cultivaban su propio lino y compraban lana a Masiulis. Con lo que había hilado, tejía lienzos de lino y paños de lana en su telar. Lo hacía cada día hasta el anochecer (se oía el ruido seco de la lanzadera); se puede hilar de noche, casi a ciegas, pero, para tejer, es preciso tener luz y prestar mucha atención. Ese telar de madera y unas cuantas faldas guardadas en un baúl, constituían la única dote de Barbarka.

Su laboriosa semana terminaba, el sábado, con la ceremonia del baño y, el domingo, con su ida a la iglesia, a pie o en coche. Romualdo no era muy piadoso y faltaba a misa muchos domingos, pues prefería ir de caza.

Romualdo había construido con sus propias manos la caseta para el baño, junto al río, y lo había hecho a conciencia. Se componía de dos cuartos. En el primero, había clavado en la pared unas perchas de madera, para poder colgar la ropa, e incluso talló un banco, para que fuera más cómodo vestirse y desnudarse. Allí también instaló un hogar en el que se introducían unos troncos gruesos que calentaban de tal manera una piedra plana colocada al otro lado del tabique que, si se vertía sobre ella un cubo de agua, desprendía al instante torbellinos de vapor. En la otra habitación, de pared a pared y unos encima de otros, había tres estantes, unidos entre sí para formar unos peldaños. Nada hay más desagradable que una caseta de baño en la que entra el viento, de modo que todos los años recubrían con musgo las rendijas que se formaban entre los troncos de las paredes.

Al principio de la ceremonia, Barbarka le lavaba la espalda a Romualdo. A continuación, éste añadía vapor, pues le gustaba muy caliente. Se encaramaba directamente en el último estante mientras ella colocaba a su lado, al alcance de su mano, un cubo de agua fría: si uno se va echando agua fría a la cabeza, puede aguantar más tiempo allí arriba. Barbarka cogía un azote de varitas de abedul y, desde el peldaño inferior, se las pasaba por el pecho y la barriga, lo cual *exigía* mucha pericia: por efecto del vapor, la piel se vuelve sensible y el más pequeño roce quema como si de

hierro al rojo vivo se tratara; un roce suave duele más que un golpe, y el arte consiste precisamente en saber pegar y rozar alternativamente. Romualdo resoplaba y gritaba: «¡Ay! ¡Más! ¡Más!». Hasta que se levantaba de un salto, rojo como un cangrejo cocido y salía corriendo afuera: allí, se dejaba caer en la nieve, se revolcaba en ella unos segundos, lo justo para recibir un latigazo y no sentir frío. Volvía y se subía otra vez al estante, porque le tocaba el turno a Barbarka. La tenía allí arriba tanto tiempo que ella acababa gimiendo: «¡Ay, ay! ¡No puedo más!». «¡Claro que puedes! Date la vuelta» y la azotaba, mientras ella gritaba, riendo: «Basta ya, ¡suéltame!».

Si Romualdo la despidiera, ¿con quién iría a bañarse y quién le frotaría la espalda?

No había la menor duda de que Romualdo, en el baño, la miraba con suma complacencia. Era la encarnación misma de la salud y de la juventud, los senos ni demasiado pequeños ni demasiado llenos, la espalda y las caderas fuertes. Al lado de él, ella era de un rosa pálido, casi blanca. Y, sea por lo que fuere, le daba muchas ocasiones de sentir su orgullo viril.

Sea por lo que fuere. Cuando se sometía al rito amoroso, Barbarka (lo cual no es quizá demasiado idóneo, pero en aquel momento no se piensa en lo que es o no es adecuado) invocaba los santos nombres del Evangelio y, al rendir el último suspiro, gritaba en un susurro: «¡Romuaald!».

Él, inmóvil, contemplaba aquella oleada que chocaba contra él, y que él mismo había provocado. Tenía el prurito del trabajo bien hecho. Le satisfacía comprobar que, poco después, ella volvía a jadear y a emitir su confusa letanía. Si esto se repetía una y otra vez, ella no se quejaba nunca. Y no podía siquiera imaginar que pudieran separarse un día. Si algunos antiguos métodos no dieran resultado y viniera un niño, pues bienvenido sería. El mundo parecía renovarse cada mañana, el cristal bañado de rocío, un ligero temblor en las rodillas. De ahí tantas canciones junto al telar, por un exceso de alegría.

Pero ahora lloraba y pensaba a la vez en lo que él debía de estar haciendo en el vergel. Camina por el sendero, dentro de un momento oirá el chasquido de las tablas, él entrará y dirá: «¡Fuera!», pese a que, si la echara así, en un arranque de cólera, actuaría en contra de sí mismo. No necesitaba para nada toda esa historia con Helena Juchniewicz. Barbarka consideraba sus caprichos de nobleza como parte de la tontería masculina, distinta en cada hombre, y que hay que soportar tal como es. No es más que un disfraz, por debajo es como todos. Pero debería darse cuenta de que correteando detrás de una verdadera dama, sólo para demostrar que no era peor que los demás, lo estropeaba todo.

¡Si no fuera por la vieja Bukowski!... Esa era el enemigo. No se oponía a que Barbarka viviera en casa de Romualdo, pues él no podía vivir solo, pero los vigilaba. A veces, él sentaba a Barbarka junto a él en el carruaje e iban así hasta la iglesia; entonces, la madre le reprendía: «¡Qué dirá la gente! Una sirvienta debería saber cuál es su sitio».

Sí, la Bukowski era un obstáculo. Ella tenía la culpa de que le estuviera vedada la felicidad suprema, el sentirse dueña y señora de Borkuny, con la seguridad de que nadie podía ya echarla de allí. Nunca ningún Bukowski se había casado con una campesina, ni siquiera una campesina rica, no como ella. Con la mirada baja, fija en sus rodillas, sentada con las piernas separadas, que tensaban la falda, Barbarka se abandonaba a su desesperación. Los demás obstáculos le parecían ahora una preocupación innecesaria. Si él entrara ahora, ella caería de rodillas ante él y le pediría que la perdonara, con tal de que todo siguiera como hasta entonces.

La nuca robusta de Romualdo estaba surcada de pequeños rombos. Ahora se había puesto roja como un moco de pavo. Estaba de pie, inmóvil. De pronto, empezó a caminar aprisa, en dirección a la casa, pero se detuvo junto al porche. Al cabo de un instante, subió despacio la escalera y, ya en su habitación, descolgó su escopeta.

El bosque, cuando se pasa en él muchas horas escuchando su murmullo, es buen consejero. Sus consejos o el hecho bien conocido de que la dureza de los hombres es tan sólo aparente, hicieron que, cuando volvió por la tarde, no dijera ni una palabra. Hasta la noche, cuando ella hubo ordeñado las vacas, no se oyó su rotunda llamada:

—¡Barbarka!

Entró en la habitación temblando.

—¡Acuéstate!

Romualdo sostenía en la mano la fusta con la pezuña de ciervo. Le levantó la falda y le azotó el trasero desnudo, sin prisa, pero haciéndole daño. A cada golpe ella lanzaba un gemido, se retorció, y mordía la almohada, pero se sentía feliz. ¡No la había rechazado! ¡La castigaba, por lo tanto la consideraba suya! Su castigo era justo. Se lo tenía merecido.

Lo que pasó a continuación puede ser considerado un premio, tanto más cuanto que el amor se vuelve más dulce cuando va unido a las lágrimas y al dolor. Aquí conviene señalar uno de los rasgos más curiosos del ser humano: incluso cuando se acerca a la cima del éxtasis, no le abandona el pensamiento, que sigue fluyendo independientemente del frenesí carnal. Entonces, más que en ninguna otra circunstancia, siente como una doble naturaleza. Los labios de Barbarka iban soltando nombres de santos, testimoniando así su filial fidelidad a la Iglesia, así como su incapacidad para expresar la vehemencia de sus sentimientos en otro lenguaje que no fuera aquél, mientras el pensamiento seguía calibrando su triunfo. Ella, quien unos momentos antes se conformaba totalmente con que las cosas siguieran tal como habían sido hasta entonces, iría ahora más lejos y se disponía ya a luchar contra la vieja Bukowski. La Barbarka visible deseaba que él la desgarrara y la colmara, mientras la Barbarka invisible le insinuaba que, si de todo ello nacía un niño, tampoco estaría mal. Y las dos mantenían entre sí cierta complicidad.

Dentro de una semana tendría lugar una cacería de urogallos, y la aventura de tía Helena sumió a Tomás en la mayor de las perplejidades. Aunque por muchos motivos no le era simpática, se sentía atado por la solidaridad familiar. ¿Qué había ocurrido? Helena iba a Borkuny en el carruaje, y Tomás no dejó escapar la ocasión. Sostenía las bridas y el látigo, iban sentados uno al lado del otro, ya estaban en el bosquecillo, el caballo empezaba a remontar la cuesta, cuando de pronto... Era difícil saber si primero vio, u oyó. Por detrás de un joven abeto, hubo un destello blanco, seguido de unos gritos que salían de la garganta de Barbarka, a quien jamás había visto de aquel modo. Quedó petrificado de estupefacción. Sofocada, con las cejas fruncidas, agitaba una vara de avellano y vociferaba:

—¡Perra! ¡Ya verás! ¡Te enseñaré yo a ir por ahí con tus amoríos!

Y siguió toda una sarta de maldiciones en los dos idiomas.

—¡Que te vea yo una vez más en Borkuny! ¡Que te vea yo!...

Restalló la vara, y Helena llevó las manos a las mejillas; restalló otra vez la vara, y Helena se cubrió con el brazo. Cómo comportarse en esos casos superaba todos los conocimientos de Tomás. Tan sólo supo golpear al caballo; las ruedas giraron ruidosamente.

—¡Da la vuelta! ¡Da la vuelta! ¡Dios mío!, pero ¿por qué, por qué? —se lamentaba Helena—. ¡Da la vuelta, Tomás, no volveré a pisar esa casa!

Sí, era fácil decirlo, pero el camino era estrecho e iban aplastando arbustos, y la rueda chirriaba contra el flanco del carruaje; estuvieron a punto de volcar. Gruesos lagrimones resbalaban por la cara de tía Helena. Estaba colorada y, sobre todo, expresaba en voz baja su estupor. Juntaba las manos como si rezara, y el azul de sus ojos clamaba al cielo venganza por aquel ultraje inmerecido.

—¡Qué horror! ¡No entiendo nada! ¿Pero por qué? ¿Cómo se ha atrevido? Debe estar loca.

Tomás se sentía incómodo y procuraba no volver la cabeza, simulando concentrarse en los caballos. Además, tenía bastante tema de meditación. Amoríos... eso, sí, era cierto. Todas aquellas muecas acarameladas que dirigía a Romualdo. Cuando estaba con él, los ojos se le volvían como dos ciruelas húmedas. ¿Pero a qué venía aquella intervención de Barbarka? No podía entenderlo. ¿Acaso se había hartado él de las tonterías de Helena y le había ordenado a Barbarka que la esperara en el bosquecillo? ¿Cómo podía aliarse con su sirvienta en contra de su tía? ¿Qué le importaban a Barbarka los asuntos de Romualdo?

Tomás había quedado con él para ir de caza. Aquella amistad masculina no se resentiría por culpa de una tontería como aquella, una discusión muy poco seria de gente mayor. Lo malo es que ella ya no volvería a Borkuny y le prohibiría ir a él, y, si él, a pesar de todo, iba, podría parecer feo. ¿Se lo prohibiría? Quizás no. En todo ello, había algo vergonzoso y, deteniéndose en la frontera de las cosas poco claras, Tomás adivinaba que su tía no tenía motivos para vanagloriarse. Aunque Helena no dijo ni una palabra, de su silencio nacía una especie de acuerdo entre los dos. Su rostro se volvió lúgubre, dos pliegues se formaron junto a los labios, se tambaleaba en el carruaje como una lechuza.

—¿Cómo? ¿Tan pronto? —preguntó la abuela Misia.

—Pues sí. Bukowski no estaba en casa —mintió Helena, como sin darle importancia.

Así fue cómo se afirmó una especie de supremacía de Tomás y, al mismo tiempo, se estableció la complicidad entre los dos. Desgraciadamente, al recuerdo de Barbarka enfurecida se mezclaba otro recuerdo, que le afectaba tan sólo a él. No hacía mucho, en una de sus salidas con la escopeta, mientras iba paseando por la linde del bosque, salió de la espesura, muy cerca ya de los campos del pueblo de Pogiry. Un viejo campesino, subido a un carro, colocaba las gavillas que un joven le pasaba desde abajo con la ayuda de una horquilla. Al ver a Tomás, quien lo saludó amablemente

con un *Padék Dévu* (o sea «Dios le ayude»), interrumpió su trabajo e, irguiéndose sobre su montón de gavillas, empezó a insultarlo agitando al sol su puño cerrado. Tomás no se lo esperaba en absoluto, apenas si lo conocía de vista, y sentirse así, de pronto, objeto de semejante odio inmerecido fue para él una experiencia muy dura. Si la ira se enfrenta a la ira, es más soportable, pero allí la ira se había desatado contra su amabilidad, sólo por el hecho de ser él hijo y nieto de señores. No sabía dónde meterse, se alejó despacio para que no pareciera que huía, el rostro le quemaba de vergüenza y pena, y sus labios, aunque no lo hubiera confesado a nadie, temblaban y se doblaban en forma de herradura.

Algo en el repentino ataque de Barbarka le recordó aquel día. Al fin y al cabo, él, con Helena encima del carruaje, era una cosa, y Barbarka otra. Pero ante todo sobre Romualdo recaía la responsabilidad por aliarse con... e inesperada y obstinadamente, se le apareció de pronto el amado y sacrílego Domcio, con quien había soñado varias veces bajo la forma de Barbarka. «¡Vaya compañía ese señor Romualdo! —y la abuela Misia recalca la palabra "señor"—. ¡Con todos esos desharrapados que entran en esa casa!»

Romualdo olía a tabaco y a fuerza. Tomás no quería perderle. De pronto, se dio cuenta de que de lo que se trataba era de los urogallos, la escopeta, todo, y se asustó de cómo por unos instantes pudo tener semejantes pensamientos. A fuerza de insistir, arrancó a la abuela Misia unas tiras de lienzo para envolverse los pies y se procuró unas sandalias de líber de tilo, pues no se metería con botas en las marismas.

Las calderas para la destilación clandestina del alcohol estaban situadas en el bosque, en un lugar de difícil acceso, e incluso si la policía apareciera por allí sería tan sólo para poder luego probar en casa de Baltazar el producto obtenido. Se marcharían con algunas botellas bajo el brazo, por declarar en sus actas que no habían encontrado nada. Baltazar necesitaba el vodka no sólo para su uso particular (la cerveza no le bastaba), sino también para venderla. Desde que una comisión había visitado el bosque, a la que él mismo había acompañado, la hostilidad entre el pueblo de Pogiry y él había ido en aumento. La verdad es que los tres funcionarios, después del buen trato que habían recibido en casa de los Surkont, volvieron a subir a sus carros de muy buen humor, con la cara muy roja y cantando durante el viaje. Uno de ellos estuvo incluso a punto de caerse, cosa que no pasó desapercibida para muchos. Acabaron de animarse en la casa forestal, de modo que árboles no debieron ver muchos, sí, más bien, mucha hierba. Por motivos que habían sido muy debatidos, los habitantes de Pogiry preferían que el bosque pasara a ser propiedad del Estado, a pesar de que perderían alguna ventaja, como la de poder llevarse de vez en cuando algún árbol, cosa que Baltazar les permitía. Nadie, excepto José, sabía exactamente cuál era la fecha de la partición entre Surkont y su hija, pero intuían que el bosque desempeñaba un papel de suma importancia en lo que se refería a los pastos en litigio entre ellos y la propiedad de los Surkont. Acusaban a Baltazar de estar de parte de Surkont en ese asunto, y el alcohol clandestino servía para regar las gargantas más vocingleras. Además, si Baltazar se negaba a repartir gratuitamente, podían vengarse conduciendo a la policía hasta el lugar donde se ocultaba el alambique.

En aquellos tiempos, junto al muro de la iglesia de Ginie, los hombres se reunían después de misa en pequeños corros y hablaban a menudo del bosque.

—Es muy astuto —decía el joven Wackonis.

Hacía tiempo ya que no usaba el blusón militar; vestía ahora, como José el Negro, una especie de casaca de paño casero, cerrada hasta el cuello. Cuando se encontraban, simulaban no acordarse del episodio de la granada. Pertenece al pasado y se había hundido en él como una piedra en el agua.

—El —y su lengua humedecía el papel de un cigarrillo que acababa de liar— no entregará su tierra a nadie.

Lo decía en un tono indiferente, y ni la mirada ni un sólo movimiento de su rostro delataban su verdadera intención. Pero José sabía que les tomaba el pelo por su credulidad.

—Quizás ahora no la entregue —asintió—. Pero lo hará dentro de un año, o dos.

—Baltazar está de su parte.

—Se está poniendo la soga al cuello.

—Sí, se la está poniendo. Dicen que la Juchniewicz va a echarlo.

—¿Quién lo dice?

—Hoy, en la *kumietynia*. Ella estuvo allí y le buscaba una casa. El aquí, y ella en la casa de él.

José escupió en señal de disgusto.

—¿Van a tenerlo ahora como jornalero? No creo que sea tan tonto.

—¿No lo es ya?

—¿Quién puede obligarle a dejar el bosque? Si él no quiere, no pueden hacerle nada. Lo mandarían ante los tribunales, pero podrá seguir con esa historia diez años más.

—Pero ya sabéis que Baltazar es miedoso. Se cae una piña, y él cree en seguida que se caerá el cielo detrás.

—Hay que ver lo que la bebida puede hacer de un hombre.

La opinión de Wackonis, según la cual, para apreciar a los hombres, hay que partir de la observación, expresaba una actitud bastante común entre los habitantes de Pogiry en lo que se

refería a Baltazar: una gran hostilidad, pero también mucho desprecio. Para decirlo de otra manera: consideraban que, mientras cualquier persona podría dar cien pasos sin problema alguno, Baltazar se agotaba dando vueltas y aporreando con los puños paredes inexistentes. Pero él no sabía que tenían de él esa opinión y que al desprecio iba unida también cierta dosis de compasión. La prisión en la que se debatía le parecía a él real y, si hubiesen tratado de explicarle que era víctima de una alucinación, habría ignorado sus argumentos, seguro de que los demás estaban ciegos y no entendían nada. Les llenaba de vodka para que se alegraran los rostros por unos instantes y para oír, sentado entre ellos, algún elogio que le demostrara a sí mismo que «Baltazar es bueno». Nunca hasta entonces, inmerso como estaba en sus problemas íntimos, había tenido que ocuparse de lo que los demás pensarán de él. Las cosas le iban bien, algunos hasta le envidiaban un poco, pero nada más. Ahora, en cambio, esa maldita comisión y las maquinaciones de los señores, y, como si todo eso ya no le apartara lo bastante del pueblo, Surkont había aludido tímidamente a algo referente a su hija: una sola frase, pero fue suficiente para poner a Baltazar sobre aviso.

El líquido de la cocción borboteaba trabajosamente en la caldera y el reflejo de las llamas iluminaba aquel rostro de mejillas redondas. Toda la instalación se encontraba debajo de él, en un hueco excavado en la tierra. Baltazar está sentado en el borde; a sus espaldas, la oscuridad, de la que emergen las relucientes hojas de los avellanos. ¿Por qué alguna mano tendida por encima de los bosques, ocultando estrellas, no llegaba, guiada por la luz de la luna sobre las olas del Báltico, hasta aquel punto diminuto de la tierra que gira y, agarrando al pobre Baltazar, no se lo llevaba? Hacia dónde, daba lo mismo; podría, por ejemplo, dejarlo caer en medio de una orquesta, durante un concierto, en alguna gran ciudad; los atriles se caerían, cundiría el pánico, y él se arrastraría a gatas, moviendo pesadamente los pies enfundados en sus largas botas, hasta que, por fin, se levantaría, tambaleándose, despeinado.

—¡Grita!

Y Baltazar, obediente a la orden de su perseguidor, arrojaría a la sala la confesión del mal secreto que consume a tantos de los que hemos nacido junto a las orillas del Issa.

—¡No basta! No basta. ¡Vivir no basta! —¡Grita! Un aullido salvaje: —¡Así no! ¡Así no!

Contra el hecho de que la tierra es la tierra, el cielo es el cielo, y nada más. Contra los límites que nos ha impuesto la naturaleza. Contra la necesidad de que el yo sea siempre el yo.

Pero ninguna mano se lo llevará, y Baltazar tenía hipo. Se rascaba el pecho, introduciendo los dedos por la camisa desabrochada; se cubría la espalda con una pelliza, la noche era transparente y fría.

El desprecio colectivo del pueblo de Pogiry se explica fácilmente, porque aquel hombre no sabía lo que quería. Se complicaba la vida y se enredaba, quizás únicamente para no quedarse a solas con aquel terror suyo, sin forma ni nombre. Pero no sería inverosímil creer que, desde el principio del mundo, lo esperaba, en algún lugar, ese destino que sólo él podía cumplir y que no cumplió, y que, en el lugar donde debía crecer un roble, había tan sólo un espacio vacío y el esbozo apenas perceptible de unas ramas.

Se deslizaba desde el borde al fondo de aquel agujero, se ponía en cuclillas, colocaba su cubilete debajo del tubo.

Bebía. En las profundidades del bosque, resonaba el lamento de un pájaro despedazado. Otra vez el silencio y el crepitar del fuego. El cielo empezaba a palidecer; una estrella fugaz trazó, al caer, una línea allí donde aún estaba oscuro.

—Matar.

—¿A quién?

—No lo sé.

La agachadiza es como un relámpago gris. Levanta el vuelo y, muy cerca aún del suelo, hace unos movimientos en zigzag tras lo cual endereza el vuelo. Cuesta adivinar por qué, pero todo parece como si, en el orden del universo, se hubiera previsto desde hace mucho tiempo que el hombre inventara la escopeta. Karo temblaba, con la pata delantera levantada. Romualdo disparó y mató al pájaro. Tomás, en cambio, ni había tenido tiempo de levantar su fusil hasta el hombro.

Esto ocurría en una pradera pantanosa, donde entre la hierba brillaban charcos de agua rojiza, oxidada. La humedad refrescaba agradablemente los pies, protegidos contra los tallos punzantes y las víboras por las tiras de tela y las suelas de líber de tilo. El sol del amanecer jugueteaba en el rocío. Iban en fila detrás del perro. Tenían que haber ido de caza los cuatro, pero Dionisio se excusó al último momento, de modo que fueron sólo Romualdo, Tomás y Víctor.

Seguramente, en otros tiempos, aquello había sido un lago, pero ahora, sobre lo que había sido su fondo, se extendían amplios prados en los que crecía el carrizo y, más allá, frente a ellos, se abrían vastos espacios cubiertos de musgo rojizo, en el que crecían pinos enanos y, aquí y allá, matas de juncos enmarañados. Al entrar en la zona de los primeros arbolitos, Tomás aspiraba tan conocido aroma. Era el reino de los olores. Del musgo emergían arbustos de *ledum palustre*, con sus estrechas hojas como de cuero, y bayas azules de los arándanos de las marismas, del tamaño de un huevo de palomo, que maduran en el aire cálido impregnado de vapor. Tienen un gusto refrescante, pero no se puede comer muchas a la vez porque acaban mareando, aunque no se sabe si por culpa de ellas, o por aspirar tanto tiempo aquellos aromas. Los urogallos jóvenes, conducidos por su madre, encuentran allí suficiente comida, y los gallos, que pasan el verano solitarios, se hunden en la espesura en la época de la muda: durante unos días casi no tienen fuerzas para volar.

—¡Busca, Karo, busca!

Karo corría en círculo, su blanca pelambre con manchas amarillas aparecía y desaparecía, movía la cola y se volvía a veces para mirarles, con aire interrogante. Romualdo, vestido con una chaqueta de grueso tejido de cáñamo, con la cartuchera a la cintura y la correa de la escarcela pasada por el hombro, le señalaba la dirección con la mano. Víctor cargaba una gran bolsa de piel con los accesorios para su fusil a pistón.

Tomás había ido a Borkuny como si no hubiera ocurrido nada y, al saludar a Barbarka, simuló no haber estado aquel día en el carruaje. Más tarde, cuando caminaban a solas, Romualdo preguntó a Tomás, sin demostrar demasiado interés.

—¿Y tu tía? ¿No piensa venir por aquí?

Tomás se quedó de una pieza. ¿Para qué aquella comedia? Pero se dio cuenta de que, si se metía en ella, acabaría enredándose.

—No sé. Debe estar ocupada.

Y ya no se habló más de ella. Con la escopeta a punto, seguía con la vista las correrías de Karo, totalmente concentrado e inquieto por lo que iba a ocurrir. Desde hacía tiempo, le dolía el hecho de no haber podido matar ni un solo pájaro en vuelo; los jóvenes patos silvestres de aquel día no contaban; había disparado a bulto al mismo tiempo que Romualdo. Ya era hora de acertar al menos una vez, y los urogallos le ofrecían una buena ocasión. La primera pieza de hoy —aquella agachadiza— no hizo más que aumentar su tensión, pues saber seguir con la escopeta sus movimientos, calcular la distancia que uno debe adelantarse, todo ello en el tiempo de un segundo, le parecía algo totalmente inalcanzable. Si al menos hubiera tenido la agachadiza en su mira, pero no; había ocurrido todo tan aprisa que apenas si se le había aflojado el nudo de la garganta, y Karo ya traía la pieza.

—Ahora ya no levantan fácilmente el vuelo —dijo Romualdo—, es más fácil que el perro dé con

ellos. No mires hacia arriba, Tomás.

Se hundían en el musgo hasta las rodillas.

—Allí podría haber, mira.

Pero no había, y siguieron adentrándose en aquel terreno musgoso. Karo sacaba la lengua, la escondía y volvía a su trabajo.

Sí, lo peor es que el hombre no se lo espera. Primero concentra su atención y se acerca con cautela a cada arbusto, pero luego olvida un poco la finalidad de su excursión, se deja llevar por el ritmo mismo de sus pasos, y los juncos, como los que ahora tenían frente a ellos, pasan a ser tan sólo algo que pronto dejarían atrás. Y precisamente entonces, como para fastidiar...

Por unos instantes perdieron a Karo de vista. De pronto, Tomás se sintió acosado, alcanzado por el fragor de un sonido que había estallado en el aire; un estampido, el mundo se deshace en pedazos, pánico, fuego, la sangre inunda el rostro, la vista se nubla, las manos tiemblan. Este. Este. Y todo tan cerca que veía sus cuellos estirados y sus picos, como los de los pollos, entre un confuso revuelo de alas. Apuntó, o mejor dicho no apuntó, apretó el gatillo apresuradamente, con tal de disparar, esperando un milagro. Víctor junto a él se inclinaba, encorvado, torpe, y Tomás oyó su disparo, su propio urogallo siguió volando, y otro, frente a Víctor, cayó; el perro se agitaba de un lado para otro sin saber si atrapar el urogallo de Víctor o el de Romualdo.

Mientras sacaba el cartucho vacío, Tomás trataba de afrontar virilmente su derrota, pero el cielo claro llevaba ahora un crespón negro, y el corazón le latía apresuradamente como después de un susto. Esperaba (si es que había tenido tiempo de pensar en algo) que acertaría de milagro, que se lo había merecido; asumía toda la culpa, otra vez sería más listo.

Víctor golpeteaba la pólvora con la baqueta, cebando su chopo.

—Gagui gueg goguegog gogaguía (es decir: «Allí los cogeremos todavía») —dijo con tacto, dando a entender que no valía la pena preocuparse por un tiro fallido.

A Tomás se le pasó pronto el mal humor, tanto más cuanto que se sentía obligado a poner al mal tiempo buena cara. El futuro le atraía: ahora calma, sobre todo mucha calma. Por todas partes, les rodeaba la canosa blancura de los pinitos enfermizos, sus ramas bajas se secaban y de ellas colgaban largas barbas de líquenes. Romualdo alzaba el dedo, observando los movimientos del perro.

—Lo tiene, ya lo tiene.

El perro quedó inmóvil, con el rabo tieso. Se acercaron a grandes zancadas, preparados. Dentro de Tomás algo gemía, implorando ayuda.

—¡Pif!

Karo avanzó un poco más, pero volvió a su posición estática, magnéticamente atraído por un punto.

—¡Pif!

Quizá haya quien pueda soportarlo, pero Tomás no: cuando acababa de decidir que conservaría el equilibrio, se oyó un fuerte chasquido, como el de una tela que se rompe, distinto al que esperaba oír, y, a continuación, una vibración, el palmoteo de unas alas blancas que se agitaban a poca altura y el tiro de Romualdo.

—¡Son perdices nivales! Trae, Karo, trae.

La perdiz era blanca y parda, las patas con polainas, y la nieve de las alas destacaba del resto del cuerpo. Tomás echó una mirada oblicua a la escarcela de Romualdo y sintió envidia en vez de alegrarse de haber conocido una nueva especie, cuyo nombre latino podría inscribir en su libro.

Le reconfortaba el hecho de haber sabido dominarse. Había controlado sus reacciones y, gracias a ello, su conciencia de cazador había quedado a salvo. Quedaba todavía una esperanza, y así el esfuerzo de ir sacando y hundiendo los pies en aquella masa esponjosa no se hacía penoso. A cada paso, el agua que impregnaba su calzado se escurría con un suave chapoteo. Mataron una víbora a la que Karo ladraba furiosamente, levantando el labio superior, con la misma expresión que pone una persona cuando come algo demasiado ácido. Ahora, el perro avanzaba en línea recta. Había

tiempo de sobras para volver a elaborar una vigilancia razonable. Despacio, levantando una pata tras otra, Karo se volvió para comprobar si le seguían, si aprovecharían la ocasión.

Una explosión. ¡Dios mío, era tan fácil, tan fácil! Volaba hacia ellos, no había que apresurarse, ya lo tenía en la mira: ¡Dios mío, haz que acierte! Un tiro, y Tomás, atónito, sin querer admitir que realmente había sido víctima de aquella desgracia, vio al urogallo proseguir tranquilamente su vuelo. Aquella contradicción entre su voluntad concentrada, el conjuro y el hecho ocurrido le dejó completamente anonadado. Porque la verdad es que, igual que aquella vez, estaba convencido de que existía como una relación entre él y el animal y que el acto de apuntar era superfluo, como si fuera la consecuencia de una gracia particular.

Muy cerca de él cayeron dos jóvenes urogallos, abatidos por el doble disparo de Romualdo. Los dos estaban solamente heridos: hay un tipo de herida que paraliza al animal y no le deja ni volar ni correr, pero su vida sigue, intacta. Tomás los levantó y ellos movieron el cuello en todas direcciones. Sentía que tenía la obligación de cumplir con aquel deber, puesto que no había sabido cumplir con el otro. Los cogió por las patas y golpeó sus cabecitas con la culata del fusil, pero fue en vano, pues se quejaban con un agudo cacareo. Un áspero placer, como para descargar la rabia, y al mismo tiempo un sentimiento de vergüenza, que no obstante quedaba atenuado por la idea de que había que hacerlo así. Dejó el fusil apoyado en un árbol, y, tomando impulso, con todas sus fuerzas, empezó a golpearlos contra el tronco de un pino joven. ¿No os basta? ¡Bien, pues aquí va otra! Hasta que abrieron los picos y dejaron caer gotas de sangre.

—Ahora vamos a descansar. Comeremos algo, porque mi estómago se queja. El sol ya está alto.

Se sentaron en unas matas y comieron pan con queso que Romualdo había sacado de su bolsa. Tomás nunca se había sentado como hoy, junto a ellos, pero los sentía súbitamente ajenos, como separados de él por una barrera. Ellos habitaban un país en el que él no podía entrar. Incluso Víctor, el tontorrón de Víctor, había disparado y acertado. Había en ellos algo distinto, que él no poseía. ¡Pero si él sabía acercarse a los animales y más de una vez lo habían elogiado por ello! Le parecía un misterio que Víctor, con su extraño aspecto desgarrado, supiera y él no. Una serena claridad resplandecía en lo alto, los vapores del pantano aturdían, las lagartijas correteaban sobre sus secos islotes entre líquenes. Simulaba tomar el sol dormitando, pero en su interior la tristeza hacía rodar pesadas y frías bolas.

—¿Por qué no disparas, Tomás?

No podía. Sabía que no haría más que aumentar las dimensiones de su fracaso. ¡Vaya día! Pronto terminarían, una colina calva aparecía ante ellos, desde allí arrancaba el camino circular que conducía a Borkuny, y ya estaban cerca. Esta vez, Víctor falló, no así Romualdo. Pero, cuando, al llegar a terreno seco, vio levantarse un vuelo, no pudo contenerse; le pareció que le había sido reservada para el final una compensación, y que no había merecido aquel rechazo.

Romualdo observaba con interés su escopeta humeante y el vuelo del urogallo.

—Hoy no has tenido suerte, a veces ocurre.

Sus palabras no reproducían la situación en su totalidad. Tomás se odiaba a sí mismo, porque había decepcionado a Romualdo.

Si la caza del urogallo dejó tan mal recuerdo en Tomás fue porque, desde hacía tiempo, sospechaba que había en él importantes fallos. Se creía un buen cazador a la hora del reclamo, del acecho, o de convertirse de pronto en un árbol o en una piedra; incluso le parecía poseer para estas cosas cualidades poco corrientes. También se consideraba buen tirador, cuando estaba escondido; sin embargo, el motivo más fútil lo perdía, hasta llegar a producirle fiebre. Si la prueba con los urogallos era decisiva, el obstáculo que se levantaba ante él era infranqueable. Nunca llegaría a ser una persona completa, todo el edificio, hecho de juicios sobre sí mismo, se le derrumbaba estrepitosamente. Se había esforzado tanto, había deseado tanto, se había acostumbrado tanto a considerarse un ciudadano del bosque. Pero he aquí que, por esa especie de ironía superior que niega lo que más se desea, oía una voz que le decía: «No». No. Así pues, ¿quién debería ser? ¿Quién era él en realidad? La comunidad de intereses con Romualdo, el mapa del País de los Elegidos, todo lo perdía. Pero no podía separarse de su fusil, de modo que, dolorido, se iba al bosque y, allí, olvidaba sus penas.

Las manchitas de luz en la maleza y el murmullo en lo alto le calmaban y se olvidaba de sí mismo. Allí, no tenía que examinarse ante nadie, nadie esperaba nada de él, ni él buscaba nada, procuraba andar sin hacer ruido, se detenía y le alegraba ver que muchos animales no advertían su presencia. Entonces, pensaba a veces que era más feliz cuando no llevaba escopeta, porque, en realidad, no era preciso matar. Ahora bien, si vas al bosque sin escopeta y te preguntan a qué vas, pareces un poco tonto porque no sabes cómo explicarlo, mientras que, si dices «a cazar», la cosa queda clara. Además es indudable que aquel cañón a la espalda añade encanto al paseo; podría darse un encuentro fortuito con un animal, o un pájaro al que podrías cazar. Es difícil prever qué sorpresas puedes encontrar en tu camino.

La escopeta no desempeñó papel alguno en su encuentro con los ciervos. Iba por uno de esos senderos cubiertos de pinocha oscura, lisos, que se pierden a lo lejos entre el barro; sólo en invierno, cuando se hielan, pasan por ellos los trineos que transportan leña. De pronto, se quedó atónito, sin comprender al principio qué era aquella presencia; sí, presencia, nada más. Los troncos rojizos de los árboles se habían movido e interpretaron un baile, la luz también interpretó un baile entre las plumas de los helechos. No eran troncos, sino seres vivientes, cubiertos por la herrumbre de la corteza, y al límite de una existencia vegetal. Mordisqueaban hierba muy cerca de él, sus menudas pezuñas se movían hacia delante y sus cuellos ondulaban. Uno de ellos volvió la cabeza hacia él, pero no lo diferenció de las cosas inmóviles. Tomás sólo deseaba que aquello durara, ser capaz de disolverse e, invisible, participar en lo que le rodeaba. Quizás una vibración de su párpado, o su olor, despertaron su recelo. Desaparecieron entre los avellanos con gráciles saltos, y Tomás quedó allí, dudando de que existieran realmente, o de si había sido víctima de una alucinación.

Otro día, se encontró asimismo con un joven zorro que husmeaba junto a un tronco. Pero en esta ocasión, Tomás no sólo contempló su morrito y el penacho de su cola; sintió además el imperativo del deber y también tuvo la idea de que podría redimir todas sus culpas ofreciéndoselo a Romualdo. Este pensamiento se sobrepuso a los demás, pero, cuando tocó la correa de la escopeta, el zorro saltó como impelido por un resorte sin siquiera mover una hoja.

Sin embargo, cierto día, sucumbió a la tentación del arma, y el resultado fue muy negativo. En lo alto de los avellanos, observó como el movimiento sinuoso de una serpiente de color entre la vegetación y el aire. Era una ardilla, distinta a las que él había visto, quizás debido a que se le apareció en aquel salto horizontal, que alargaba su silueta y la hacía más bella. Debajo de ella, resonaban los gritos asustados de unos pajarillos, presintiendo un peligro para sus nidos. Tomás, por puro amor hacia ella, sin poder dominarse, disparó.

Se trataba de una ardilla joven, tan pequeña, que lo que Tomás había creído que era, allá en lo alto, no era ella en realidad, sino la estela de sus saltos en la que su color perduraba. Caída ahora en el musgo, se doblaba en dos y se estiraba, llevándose las patitas al blanco chaleco de su pecho, sobre el que apareció una mancha roja. No sabía morir, intentaba arrancarse la muerte como si ésta se tratara de un arpón al que hubiera quedado clavada y entorno a cuya aguja tan sólo podía dar vueltas.

Tomás lloraba arrodillado junto a ella, y el rostro se le crispaba debido a su íntima tortura. ¿Qué hacer ahora, qué hacer? Daría media vida para poder salvarla, pero tenía que asistir a su agonía, impotente, castigado por aquella visión. Se inclinaba sobre ella, y sus patitas con sus dedos menudos se juntaban como para implorar su ayuda. La cogió en sus manos, y, al tenerla así, habría podido sentir ganas de besarla y acariciarla, pero, de hecho, apretaba los labios, porque ya no era un deseo de posesión lo que le dominaba, sino el de entregarse a ella, y eso, por supuesto, era imposible. Lo que más le costaba soportar era su pequeñez y su manera de retorcerse, como si la plata viva se resistiera a quedarse extática. Una vez más, ante Tomás se revelaba un misterio, pero por tan breve instante que en seguida perdió su rastro. Los gráciles movimientos se convirtieron en estremecimientos intermitentes, y una sombra oscura se infiltró entre la pelusilla de sus mejillas redondas. Estertores siempre más débiles. Muerte.

Se quedó sentado en un tronco, escuchando el murmullo del bosque; hacía unos instantes, ella jugaba allí recogiendo nueces. Aquello era más espantoso que la muerte de la abuela Dilbin, no sabía exactamente por qué. Ella era única, entre todas las ardillas; nunca más habría otra igual y nunca resucitaría. Pues ella es ella, y no otra. ¿De dónde nacía su convicción de que ella era ella, y su calor y su gracia? Los animales no tienen alma, de modo que, al matar un animal, se lo mata para toda la eternidad. Cristo no podrá ayudarla. La abuela clamaba: «Ayúdame». A ella Cristo la acogería y la orientaría. También podría salvar la ardilla, puesto que lo puede todo. Aunque las ardillas no recen, aquélla, sí, rezaba; rezar es lo mismo que querer, querer vivir. Y él era el culpable. ¡Infame!

Si la enterraba, se pudriría y no quedaría rastro de ella. No se la llevaría. No se atrevería a mirar a nadie a los ojos. Dar la vuelta y marcharse. Llamó su atención el montículo de un hormiguero. Hecho de hojas secas de pino por fuera no parecía habitado, pero, por unos caminitos llanos, avanzaban hacia él grandes hormigas rojas y, cuando Tomás destruyó la capa superior del hormiguero y hundió un palo en él, el agujero se convirtió en un hervidero. Siguió removiéndolo y, cuando, de sus destripados túneles, empezaron a salir enormes cantidades de hormigas agitadas y presas de pánico, cogió la ardilla, la depositó en el centro y la cubrió de tierra. Se la comerían entera y dejarían sólo su esqueleto. Tomás volvería y lo encontraría. Luego, decidiría qué haría con él; lo mejor sería colocarlo en una cajita, y ponerla en algún lugar donde pudiera perdurar todo el tiempo posible.

No le resultaría difícil encontrar el camino: primero un pino con el tronco torcido, luego una roca y una isla de ojaranzos. Levantó su escopeta (no estaba cargada), la pasó por el hombro y empezó a abrirse paso hacia el sendero.

Infamia. No alcanzar a los que se defienden con su destreza y sus alas, y alcanzar tan sólo a los débiles que no esperan el peligro. La ardilla ni siquiera lo había visto, nada la había advertido. Los jóvenes urogallos se retorcían ahora dentro de él, sentía el ruido sordo de sus cabecitas destrozadas contra el árbol. Llevaba en su memoria un cuadro tan detallado, que le parecía poder tocar la rugosidad de la corteza, de la que, tras cada golpe, se desprendían fragmentos que caían produciendo un chasquido. Le remordían la conciencia otras fechorías, aunque la abuela Misia le hubiera contado que, de pequeño, cogía en una cesta los caracoles y los tiraba al Issa por piedad. Se imaginaba (quizás porque, después de la lluvia, salían rastreando por los caminitos) que les hacía un favor. Allí, en el fondo del río, morían, pero quedaba su buena voluntad. También aquel pato, al que había salvado la vida. Pero no era suficiente.

Si al menos pudiera abrazarse a alguien, llorar, y contar todas sus penas. De pronto, le asaltó tal

ardiente deseo de que el roble, que crecía en la linde del bosque, se convirtiera en un ser viviente que se acurrucó a sus pies, transido de angustia, del aquel miedo que se siente en un columpio. Una carraca graznaba en una rama seca; siempre las había perseguido, pero nunca dejaban que se les acercara. Sólo dos pájaros poseen ese plumaje azul vivo, puro color alado: el martín pescador y la carraca (*coradas garrulus*, como había apuntado en su cuaderno). Ahora ni siquiera levantó la cabeza.

Hacía ya tanto tiempo que, según decían, su madre iría, se lo llevaría a la ciudad y, allí, lo mandaría al instituto. Y siempre lo mismo: dentro de un mes, dentro de poco, y nunca llegaba el día. «Mamá, mamá, ven», repetía, mientras caminaba con su escopeta al hombro, y sus largas botas, las lágrimas cayéndole por la cara y lamiendo su sabor salado. Aquella palabra mágica no despertaba en él recuerdo concreto alguno, solamente suavidad y alegría.

Necesitaba otra alegría, pero no la de aquella tarde de agosto en la que el espejo del aire vibraba por encima de los rastrojos. En los últimos tiempos, sentía de vez en cuando extraños sentimientos: la gente, los perros, el bosque, Ginie, estaban allí como siempre, frente a él, pero eran diferentes. Para vaciar un huevo, se practica en uno de sus extremos un pequeño orificio y, con una paja, se aspira lo que hay dentro. Asimismo, de todo lo que le rodeaba no quedaba más que la apariencia, la cáscara. Como si fuera lo de siempre, pero ya no igual.

Y el aburrimiento. Cuando uno se levanta por la mañana, lo hace, o bien acudiendo a la llamada de la alegría, de los juegos y del trabajo, y entonces falta tiempo para hacer todo lo que se quería hacer; o bien, al no haber llamada alguna, no se sabe qué hacer, ni adonde ir. «¿Cómo? ¿Tomás aún no se ha levantado?» «¿Qué te ocurre? ¿No estarás enfermo?» «No.» Ya no comprendía qué le había gustado tanto en las orillas del Issa: las hojas se cubrían de una gruesa capa de polvo que levantaba la carretera, el calor era agobiante en aquel verano demasiado maduro, el agua lenta y oleosa del río bajaba arrastrando broza que la corriente esparcía lentamente. Sacó sus aparejos de pesca y quitó el óxido de los anzuelos. La lombriz se retorció entre sus dedos, el extremo del anzuelo buscó el puntito rosado del centro y se hundió en él; no, prefirió pescar con pan. Si el flotador se movía y se sumergía o no, le tenía sin cuidado; pescando no hacía más que repetir, en vano, una antigua ocupación, totalmente ditando de despertar en sí un nuevo interés, pero no lo consiguió.

Sacó del cajón sus cuadernos de aritmética, abandonados desde que, después de la denuncia presentada por José, suspendieron las clases. Su propósito de dedicarles una hora diaria no duró mucho; se enredó en un problema y se desanimó. Volvió a rebuscar en la biblioteca, y encontró allí el *AlKorati*. Se trataba, como pudo apreciar, del libro santo de los mahometanos. Alguien en Ginie se habría interesado por su religión, quizás el bisabuelo o el tatarabuelo de Tomás. Aunque algunos pasajes eran incomprensibles, lo leía a gusto, pues enseñaba cómo debe actuar el hombre, qué puede y qué no puede hacer, y también porque las frases sonaban bien cuando las pronunciaba en voz alta.

La escopeta permanecía colgada de un clavo y había dejado de usarla. Provocaba en Tomás la vergüenza del abandono. Tenía intención de ir a Borkuny, pero lo iba aplazando día a día. Romualdo ya no aparecía por allí. Tía Helena se habría enterado por la abuela Misia de que Tomás había ido con él a cazar urogallos, pero hizo como si aquello no la afectara lo más mínimo.

—Tomás, ayuda a llevar las manzanas.

Y ayudaba. Incluso era una satisfacción para él cansarse cargando cestas en el lugar de Antonina. Las transportaba con una percha en cuyos extremos colgaban las cestas de unos ganchos hechos de horquillas de avellano. El vergel había sido arrendado a un pariente de Chaim, quien cuidaba de él. Las amplias despensas, situadas debajo del granero, con sus estantes en los que se colocaban las mejores especies de fruta, desprendían un áspero olor a piedra y tierra apisonada. Mordió una manzana reineta, y su pulpa crujiente y elástica, que siempre tanto le había gustado, le sorprendió: no había cambiado.

Tan sólo después de más de un mes, se acordó del esqueleto, e incluso entonces tuvo que hacer un esfuerzo para ir hasta el bosque. Encontró el hormiguero, pero la ardilla no estaba en su interior.

Nunca supo qué había sido de ella.

El ayuno que se impuso Tomás era muy severo. Sólo se permitía beber agua, no podía comer. Decidió aguantar así dos días. Lo que lo empujaba a ello era, más aún que la esperanza de liberarse del estigma, la necesidad misma de martirizarse. Sentía que era una decisión razonable, conveniente, justa.

Tenía sus razones. Como para demostrar que era distinto, diferente de la gente corriente, se veía aquejado de una extraña enfermedad. Por la mañana, iba a escondidas a buscar agua en un cubo y procuraba lavar las manchas de sus sábanas. Por la noche, tenía pesadillas. Barbarka, desnuda, lo abrazaba y le pegaba con una vara. Tristeza. Debía existir una manera de romper la cortina, pues las cosas que lo rodeaban estaban o bien minadas por dentro, o bien, eso al menos le parecía, como veladas por telarañas que las volvían confusas. Ya no eran redondas, sino planas. Y la cortina ocultaba también el secreto que tanto deseaba desvelar: como en los sueños cuando alguien corre, llega, está a punto de alcanzar el objetivo, pero las piernas pesan como si fueran de plomo. ¿Por qué Dios ha creado un mundo en el que no hay más que muerte, muerte y muerte? Si Dios es bueno, ¿por qué no podemos extender la mano sin matar, ni seguir un sendero sin pisotear escarabajos y gusanos, aunque se haga lo posible para evitarlo? Dios habría podido crear el mundo de otra manera: pero había elegido crearlo así.

Sus fracasos en las cacerías y la indecente enfermedad de la que se sentía aquejado, lo excluían de la compañía de los hombres, pero, en compensación, lo llevaron a un largo período de reflexión cara a cara consigo mismo. La finalidad del ayuno era la de purificarse, retornar a su estado normal y, al mismo tiempo, ponerse en situación de comprender. La persona que se inflige un castigo demuestra con ello su disgusto por el mal que la embarga y, con ello, invoca a Dios.

Comprobó que aquel sistema era eficaz. Por la mañana, sentía el estómago vacío como cuando se va a recibir la comunión. Luego, al cabo de unas horas, le cogían tremendas ganas de comer, pero resistía a la tentación: sólo un trocito de manzana, anda, concédetelo. Cuanto más duraba, más fácil era. La mayor parte del tiempo se quedaba echado, en duermevela, imbuyéndose sublimidad. Pero lo esencial ocurría con los objetos a su alrededor, con el cielo y los árboles, cuando salía al porche. Tomás descubrió, ni más ni menos, que, cuando nos debilitamos, nos desprendemos de nosotros mismos, y transformados en un simple punto, nos elevamos hacia algún lugar por encima de nuestras cabezas. La mirada de este segundo yo era penetrante y abarcaba también a la otra criatura abandonada, como si le fuera a un tiempo familiar y extraña. Y ésta se volvía pequeña, se alejaba siempre más, siempre más abajo, y toda la tierra con ella, pero nada en ella perdía sus detalles, a pesar de que todo el conjunto se precipitara hacia las profundidades del abismo. La tristeza iba desapareciendo y se abría una nueva visión. Antonina contaba que la diosa Warpeia está sentada en el cielo y que de cada uno de sus dedos sale un hilo del destino: al extremo de cada hilo, se balancea una estrella. Cuando cae una estrella, es que la diosa ha cortado un hilo y entonces muere un hombre. Tomás, por el contrario, en vez de descender, erraba por las alturas, parecido a las pequeñas arañas que se desplazan rápidamente hacia una ramita, ajustando una cuerda invisible.

Cumplió con lo que había planeado, pero, en la tarde del segundo día, sintió que las fuerzas lo abandonaban. La cabeza le daba vueltas cuando quería levantarse. Comió para cenar leche cuajada con patatas, y nunca hasta entonces su olor (estaban rociadas de mantequilla) le había parecido tan maravilloso.

Dios, para confortarlo, le envió pensamientos que antes jamás le habían pasado por la cabeza. Le gustaba, cuando estaba de pie en el césped, separar las piernas, doblarse hacia delante y mirar a través de aquella puerta lo que había al otro lado. Visto del revés, el parque parecía sorprendente. De modo que el ayuno no sólo le transformaba a él, sino también a lo que veía a su alrededor. En tal

caso, ¿el mundo dejaba de ser lo que había sido hasta entonces? No. El mundo de hoy y el de otras veces coexistían. De ser así, quizás no tengamos razón cuando acusamos a Dios de haber organizado mal las cosas, pues ¿cómo sabemos si un día, al despertar, no nos encontraremos con una nueva sorpresa y con la sensación de haber sido hasta entonces unos tontos? ¿Y cómo saber si Dios no contempla también la tierra por entre sus piernas separadas, o después de un ayuno tan largo que el de Tomás no podía siquiera comparársele?

Pero la ardilla sufrió. Mirándola con ojos distintos ¿acaso no veríamos que estábamos equivocados y que ella, en realidad, no sufría? Nadie podría afirmarlo, ni siquiera Dios.

Sea como fuere, el ayuno abrió una brecha para Tomás, por la que entró un rayo de luz que se incorporó a él. Tocaba con la mano el tronco de un arce y se extrañaba, a decir verdad, de que no fuera posible penetrar en él. Allí, en el interior del arce, le esperaba un país en el que habría podido deambular, minúsculo, durante un año entero: habría podido llegar hasta el mismo corazón, hasta los pueblos y las ciudades allende la frontera de la corteza, hasta la substancia misma del bosque. Pero no del todo. Allí no hay ciudades, pero uno trata de imaginarlas, ora de una manera, ora de otra, pues el tronco de un arce es algo inmenso, conlleva —y no sólo gracias a la mirada humana— la posibilidad de ser ahora esto, ahora aquello.

Tomás se sentía muy solo, pero a lo que él aspiraba era a disolverse y también a un entendimiento sin palabras. Sus exigencias eran desmesuradas. Sí, estaba la abuela Misia, pero no se sentía capaz de confiarle nada, no servía para eso. En cuanto a la confesión, no le atraía en absoluto. El examen de conciencia, según las preguntas escritas en el libro de oración, a las que se responde con afirmaciones o negaciones, pero que siempre se dejan lo esencial, le apartaban de ella. Su culpa la llevaba dentro de sí mismo, era general y escapaba a la clasificación en pecados.

Dios mío, haz que sea igual que todos, rezaba Tomás, y los demonios aguzaban el oído, imaginando nuevos métodos para su actuación ulterior. Haz que sepa tirar bien y que nunca olvide mi decisión de ser naturalista y cazador. Cúrame de esa repugnante enfermedad (aquí, resulta difícil asegurar, teniendo en cuenta el bajo nivel de los demonios en las orillas del Issa, que no soltaran una silenciosa carcajada). Permíteme, cuando a Tí te plazca iluminarme, que pueda comprender tu Universo, tal como es en realidad, no como a mí me parece que es (aquí se pusieron más serios, porque el asunto de todos modos era importante).

Las numerosas contradicciones que manifestaban los deseos de Tomás, para él no lo eran. Deploraba la muerte y el sufrimiento, pero como características del orden en el que él mismo había sido colocado. Puesto que tal cosa no dependía de su voluntad, tenía que velar por su posición entre los mortales, y esto se conseguía gracias a la destreza para matar. Ahora bien, habría preferido seguir siendo amigo de Romualdo y adquirir el derecho a ir de excursión al bosque sin tener que derramar sangre, pero se sacudía de encima la responsabilidad, aunque no lo conseguía del todo.

—¡Madre! ¡Madre!

Dionisio, llorando, se dirigía suplicante a la vieja Bukowski, pero todo parecía inútil.

—¡Satanás! —gritaba, pegando puñetazos en la mesa—. ¡Satanás, lo he traído yo al mundo para mi desgracia! ¡Canalla! ¡Sinvergüenza!

Estaba muy colorada, y Dionisio temía por su salud. Jadeaba pesadamente, se inclinaba sobre la silla y se cogía la barriga.

—Ay, ay, me duele el estómago.

Y seguía quejándose:

—Nos arrojará a todos al fango. Acabará por matar a su propia madre, pero ¿eso a él qué le importa? Ay, Dionisio, siento náuseas.

Dionisio se acercó al armario, llenó medio vaso de vodka y lo puso frente a ella. Se lo bebió de un trago, secándose luego los labios. Alargó el brazo con el vaso en la mano en señal de que quería más. Dionisio volvió a llenárselo, contento de que no rechazara la medicina.

—Víctor, quédate un rato con tu madre.

Salió al porche. Allí, en un pequeño banco, estaba sentado Romualdo, con la cara seria, fumando:

—¿Cómo está?

Dionisio se sentó a su lado y empezó a liarse un cigarrillo.

—Grita y se encuentra mal. Será mejor que no entres ahora.

—No pensaba entrar.

—¿Tenías que hacerlo así? ¿No habría sido mejor decírselo poco a poco, para prepararla?

Romualdo se encogió de hombros.

—¿Es que no la conoces? De golpe o poco a poco, daría lo mismo.

Se quedaron callados. Las gallinas rascaban la tierra bajo los manzanos, entre los hoyos que habían dejado sus cuerpos en la tierra fina, cubierta de huellas dejadas por sus patas. El gallo perseguía a una de ellas; la alcanzó se quedó unos instantes aleteando encima de ella, hasta que se dejó caer al suelo con aire desgarrado. Ella sacudió sus plumas, como siempre asombrada por lo que acababa de ocurrirle, pero pareció olvidarlo en seguida, antes mismo de poder reflexionar sobre ello. Un caballo, con las manos atadas, saltaba sacudiendo la crin. Dionisio se levantó de un brinco, pues el caballo se aprestaba a entrar de aquella manera en un arriate en el que maduraban plantas de adormidera. Levantó un palo del suelo, lo lanzó en dirección del caballo y agitó los brazos para asustarlo. Los patos avanzaban por la hierba lanzando melancólicos graznidos; el sol calentaba mucho, y aquel mes de septiembre era seco.

—¿Y ahora, qué pasará? —preguntó Dionisio.

—¿Qué quieres que pase? Cuando se calme, se calmará.

—¿Pero cómo lo harás? Dice que no te dará su bendición.

El disgusto y una barba de dos días oscurecían el rostro enjuto de Romualdo:

—Si no quiere dármele, que no me la dé. ¿Qué puedo hacer yo? Tú, obedeces a tu madre; no quiso que te casaras. Esto le parece mal, lo otro peor; no hay modo de contentarla.

—Pero, ya sabes, no es más que una simple campesina... —murmuró Dionisio.

—La tuya era una dama, y madre tampoco la quiso.

La cosa no había sido exactamente así. El motivo de aquella otra negativa suya no había sido la persona elegida, sino su propio hijo, como si estuviera celosa y prefiriera verlo soltero a perderlo. Ahora, en cambio, ocurría algo realmente terrible y explicar cómo se había llegado hasta allí, al igual que tratar de explicar cómo una mosca se va enredando gradualmente en una telaraña, era

demasiado difícil.

El blasón. En el fondo del gran baúl, estaban guardados viejos documentos de la familia, aunque, a decir verdad, nadie los había tocado desde la muerte del viejo Bukowski, quien todavía sabía descifrarlos; pero allí estaban. Mezclar la sangre de los Bukowski con la de los esclavos, que durante siglos habían sido tratados a latigazos, era como arrojar el blasón al fango. De hecho, los Bukowski trabajaban como campesinos y, desde fuera, nada los distinguía de ellos, pero cada uno era igual a un rey, porque, en otros tiempos, ellos eran quienes elegían a los reyes. Si el padre nunca se había doblegado ante nadie, ni el abuelo, ni el bisabuelo, ni el tatarabuelo, ¿cómo soportar la idea de que podría nacer un Bukowski en el que reaparecerían las oscuras tendencias al rastrero servilismo y a la astucia propios de la gente de vil condición? Y el recuerdo de quien era y de aquello a lo que le obliga su apellido ya no le protegerían de nada; volvería a casarse con una campesina y, así, su linaje se diluiría en la suciedad de la turba que no sabe, ni quiere saber, de dónde proviene.

De modo que la vieja Bukowski, que se consideraba la guardiana de la pureza de su sangre, tenía suficientes motivos para estar desconsolada. No se había opuesto a que Barbarka viviera en Borkuny; contaba con el buen sentido de Romualdo, a pesar de que ciertos detalles hubieran tenido que ponerla sobre aviso. Barbarka estaba demasiado segura de su posición en la casa, se tomaba demasiadas libertades. Romualdo hizo públicas las amonestaciones. El padre Monkiewicz no mostró sorpresa, pero su corazón se inundó de dulzura al comprobar que lo que no era cristiano se volvía cristiano y que, a pesar de ser un noble, Romualdo era una persona decente. Cabría preguntarse si, desde su punto de vista, Romualdo había obrado correctamente al hacer públicas las amonestaciones. Si quería seguir teniendo a Barbarka en casa para que alguien le frotara la espalda en el baño, entonces había hecho bien. Por ciertas razones, era difícil seguir viviendo como hasta entonces, o, más bien, era de suponer que le sería siempre más difícil. Lo cual no quiere decir que tomar aquella decisión no le costara vencer muchos escrúpulos y muchas dudas. Quizás le ayudara su ira contra Helena Juchniewicz, que se había divertido con él y que, por fin, al dejar bruscamente de ir a visitarle, dio buena muestra de lo que son los caprichos de la gente encopetada: su casa ya no le parecía suficientemente digna.

Comunicar a su madre la decisión tomada no había sido nada fácil para Romualdo, quien pasó un mal rato. Habló mucho de la hacienda, de que necesitaba ayuda y de que tendría que casarse. ¿Con quién? Pues bien, supongamos que con... y pronunció aquel nombre; le siguió una carcajada llena de sarcasmo, pero él insistió en que su decisión era firme. Entonces, estallaron los gritos y volaron las sillas que caían al suelo estrepitosamente, hasta que la Bukowski agarró un bastón y se arrojó sobre él a bastonazo limpio.

Cuando Dionisio volvió a entrar en la habitación, encontró a su madre inmóvil, con la mirada fija en un punto y los puños apretados apoyados en la mesa. El contenido de la botella había disminuido visiblemente. Víctor, sentado en la cama, la miraba con la boca entreabierta. Un temblor sacudía de vez en cuando la cabeza de la vieja.

—¡Qué deshonra!

Y otra vez, más bajito, como para sí:

—¡Qué deshonra! ¡Qué deshonra!

Dionisio quería mucho a su madre y la compadecía. Pero ya no quedaba nada por decir. Sentado en un banco, miraba a San Eloy, cuya mano, que sostenía la palma, estaba cubierta de manchitas dejadas por las moscas. En el matamoscas de cristal junto a la ventana, el suero de la mantequilla estaba lleno de puntos negros que todavía se movían, las moscas más resistentes trepaban al amasijo formado por sus compañeras ya sumergidas, arrastrando torpemente las alas embadurnadas.

Nada puede compararse a la calma de la abuela Misia. Se balancea sobre las olas de un ancho río, en el silencio de las aguas intemporales. Si nacer supone el paso de la seguridad del seno materno a un mundo lleno de objetos que cortan y hieren, entonces la abuela Misia aún no había nacido; había existido siempre envuelta en el sedoso capullo de lo que es.

El pie roza la suavidad de la manta, se envuelve en ella, complaciéndose en sí misma y en el don del tacto. Su mano estira la materia esponjosa hasta debajo de la barbilla. Detrás de la ventana, la blancura de la niebla y el grito de las ocas. El amanecer otoñal se desliza por los cristales de la ventana en forma de gruesas gotas de rocío. Seguir durmiendo, o existir en la frontera del sueño. Entonces, nada de lo que capta un pensamiento o una palabra podría alcanzar el punto que se halla en lo más hondo de nosotros mismos; desaparece la diferencia entre la manta, la tierra, las personas y las estrellas, y queda tan sólo una cosa, una sola, que no participa siquiera del espacio —y la admiración.

A partir de esa repetida experiencia matutina, la abuela Misia comprendía la relatividad de los nombres que damos a los objetos, así como la de todos los asuntos humanos. E incluso, atrevámonos a decirlo, las verdades que nos impone la Iglesia no correspondían a aquella otra verdad, más elevada, que ella presentía; la única oración que realmente necesitaba se reduciría a repetir: «¡Oh!».

«Esta pagana», decía de ella la abuela Dilbin, con razón. Las culpas que el hombre descubre en sí mismo al actuar, no le pesaban a Misia lo más mínimo. En vez de poner su voluntad al servicio de algún objetivo, se inhibía, pues ninguna meta le parecía digna de esfuerzo. No es de extrañarse, por tanto, que no supiera penetrar en las necesidades y los problemas de los demás. Desean, necesitan, pero ¿por qué?

Cuando se despertaba del todo, se quedaba acostada con los ojos muy abiertos y pensaba en toda clase de detalles relacionados con la vida diaria, pero sin darles mucha importancia: la abuela Misia jamás se levantaba aprisa para hacer algo que había olvidado hacer el día anterior, o que exigía su presencia. Saboreaba el recuerdo de su permanencia en el infinito y ronroneaba, acariciada todavía por una mano gigantesca. Lo que para otro representaría una sarta de problemas, para ella simplemente ocurría, nada más. Por ejemplo, Lucas (¡vaya matrimonio!), o los devaneos de Helena — aunque, al parecer, la historia con Romualdo ya había terminado— y ahora aquella reforma. Y también Tecla, anunciando indefinidamente su llegada, en la que ya nadie podía creer.

Los Seres Invisibles, que se paseaban por el suelo crujiente de la casa, entre los estallidos de los muebles del «salón», se mostraban sin duda más preocupados que ella, precisamente porque ella no se preocupaba en absoluto. Habrían podido ya hacía tiempo admitir que con ella habían perdido la partida. Para su desgracia, es difícil atacar a los inocentes que no tienen conciencia del pecado. Pero quizás haya que atribuir precisamente a esta experiencia el que empezaran a atosigar a Tomás con un nuevo tipo de tentaciones.

Hurgándose la nariz con el dedo, gesto que se aviene a las reflexiones otoñales, Tomás pensó por primera vez en Misia como en una persona, y empezó a juzgarla con dureza. Era una tremenda egoísta, sólo se amaba a sí misma. Pero, en cuanto se lo hubo dicho, de un modo extraño, le entraron toda una serie de dudas. Veamos: bastaba con mirarla para ver lo contenta que estaba con sus rodillas, con el hueco de su almohada, y cómo se sumía en sí misma, como en un comfortable edredón (Tomás sentía a Misia desde dentro, o le parecía sentirla). ¿Acaso él mismo no se parecía mucho a ella? ¿No le ocurría como a ella que, cuando mejor estaba era cuando olía su propia piel, se acurrucaba formando un ovillo y disfrutaba con la conciencia de que él era él? Era el momento de sentir agradecimiento hacia Dios, era el momento de rezar. ¿Pero no había en todo ello algo

engañoso? La abuela Misia era piadosa. Pero, veamos, ¿acaso no celebraba su culto ante sí misma? Se suele decir: Dios. ¿Y si fuera tan sólo el amor hacia nosotros mismos lo que ocultamos tras esta palabra, para causar buena impresión, pues lo que amamos realmente es nuestro propio calor, el latido de nuestro corazón y nuestra manera de envolvernos en la manta?

Nadie puede negar que los demonios suelen ser astutos. ¡Qué satisfacción despojar a Tomás de la confianza en su voz interior y quitarle la tranquilidad apelando a su escrupulosa conciencia! Ya no podrá dirigirse a Dios para pedirle que aclarara sus pensamientos y, al caer de rodillas, creerá que cae ante sí mismo.

Tomás deseaba confiarse al Verdadero, y no a esa especie de vapor que se eleva por encima de nosotros, alimentado por lo que vive en nuestro interior. Pero apenas se hubo liberado, tras aquel ayuno, de las torturas que él mismo se había infligido, apenas hubo disfrutado de unas pocas mañanas llenas de dulzura, volvió a perder pie y, pintando garabatos sobre los cristales empañados, le surcaron la cara lágrimas de abandono.

Mientras tanto, la abuela Misia cada día, de madrugada, se sumía en sus delicias, y no le pasaba siquiera por la cabeza que pudiera con ello escandalizar a nadie.

—Pronto se acabará.

Era una voz, o una señal, que vibraba en el aire, por encima de la hierba seca en la que cantaban los grillos. Baltazar se tambaleó, de pie en el sendero, fulminado por la alteración de las cosas. ¿Por qué estaba allí? ¿De dónde había salido? ¿Qué tenía que ver con todo aquello? Frente a él, los objetos, borrosos y aplastados, bailaban en zigzag, provocándolo con su desconocido aspecto. El se elevaba en el centro del vacío: peor aún, no tenía siquiera centro, y la tierra no ofrecía apoyo a sus pies, se apartaba, huidiza, absurda. Caminaba y, a su paso, centellas de insectos saltaban a uno y otro lado, ¿por qué están allí, siempre iguales? Saltan.

—Pronto, todo habrá acabado.

Los peldaños crujieron, la habitación estaba vacía; su mujer y sus hijos habían ido a Ginie a casa de la abuela, la jarra de cerveza estaba en la mesa, junto a una hogaza de pan. Inclino la jarra, bebió unos tragos de cerveza y, con todas sus fuerzas, la estrelló contra el suelo. Unos regueros de un líquido oscuro se esparcieron en forma de estrella sobre las tablas rugosas. Se agarró a la mesa, y el olor de la madera, lavada con lejía, aquel olor, ligeramente rancio, de la casa le pareció repugnante. Miró a su alrededor, y su mirada cayó sobre un hacha apoyada contra la estufa. Se acercó a ella, la cogió y, tambaleándose, arrastrándola con la mano que colgaba volvió junto a la mesa. Cogió impulso y asestó un golpe, no a lo ancho, sino a lo largo, calculando bien el lugar. La mesa se derrumbó con estrépito, la hogaza cayó rodando y se detuvo del revés, mostrando su superficie plana y enharinada.

Baltazar trajo de la otra habitación una garrafa grande envuelta en mimbre y la dejó en el suelo. Luego, le dio una patada. Apoyado contra la pared, contempló el líquido que salía a borbotones y se extendía formando una amplia mancha, que llegaba hasta la mesa destrozada y rodeaba la hogaza. Tenía mucho que mirar, porque, destacándose de todo lo que le rodeaba, de pronto, aquello adquirió más fuerza y relieve. La materia, abultada por los bordes, se escurría perezosamente, se introducía por debajo de los bancos, dejando a su paso islotes que al momento ella misma recubría. Parecía, en sí misma, la premonición de lo inevitable, y Baltazar no pensó más que en ella cuando sacó del bolsillo unas cerillas.

Conoció entonces aquel instante, en el límite del ser y no ser; un segundo antes, no era, y un segundo después, es, para siempre, hasta el fin del mundo. Sus dedos sostenían la caja, mientras los de la otra acercaban el palito con la punta negra. Quizás siempre había deseado ser un acto puro, un gesto creador, cerrado sobre sí mismo, de manera que las consecuencias de ese acto no recayeran sobre él, pues le alcanzarían en el momento en que, inaccesible al pasado, estaría concentrándose ya en el acto siguiente. Frotó la cerilla contra la caja, y surgió la llama. La observó como si la viera por primera vez, hasta que el fuego le quemara, abrió los dedos y la cerilla se apagó mientras caía. Sacó otra, la frotó con brío y la tiró hacia delante. Se apagó. Encendió la tercera, se inclinó despacio y la acercó al petróleo derramado.

Volcó un banco encima de las llamas que se extendían con rapidez y salió. Llevaba el blusón desabrochado, sin cinturón. En el bolsillo, el tabaco y una botella de vodka.

—Pronto se acabará.

El futuro. No lo había. Una voz lo llamaba, el cielo estaba pálido y claro, los grillos cantaban. Día, noche, día, ya no los habrá, ya no serán necesarios. De algún modo, nacía en él la certeza, se fortalecía. ¿Acaso sabía adonde iba? Caminaba. Giró la cabeza y sintió el horror ante la consecuencia, el terror ante lo irrevocable al ver aquel humo que se escapaba por las ventanas abiertas de la casa. Esa eterna protesta de Baltazar contra la ley según la cual nada permanece en sí mismo, sino que todo se encadena sin cesar, y la botella que sostenía con dedos temblorosos, y esa

caída en la hierba, y levantarse y arrastrarse a gatas, y esa llamada a la que tomamos por un grito, pero de nuestra garganta apenas si sale un ronco susurro.

Baltazar habría podido sin duda correr y procurar apagar el incendio. Pero esta idea ni le cruzó por la cabeza. Se ahogaba en su propio grito, no por lo que acababa de hacer, sino por lo que le había forzado a hacerlo: quizás, cuando sostenía la cerilla, sabía ya que era libre y, al mismo tiempo, que haría tan sólo aquello, nada más que aquello. También sabía, mientras estaba allí, a gatas, como un animal, que no se levantaría, ni iría a apagar el fuego.

La figura con una espada de madera se acercaba a él, con movimientos de víbora, trazando con la espada círculos de color paja. Baltazar veía sus ojos brillantes con pupilas verticales, y el cuerpo aplanado, al acecho. De un salto, arrancó una estaca de una cerca, se giró jadeando, pero, en la hierba frente a él, ya no había nada. Los filamentos del veranillo de San Martín bailaban en el aire, líneas de luz ligeramente combadas. A su alrededor, el bosque dorado al sol, el silencio de un día caluroso.

Nadie. Ni enemigo ni amigo, excepto la presencia de lo inasible y, por ello, aterrador. Se giró bruscamente, para rechazar un ataque por la espalda. Una picaza alzó el vuelo, graznando desde algún lugar de la zanja. El humo que salía por las ventanas envolvía en finas estrías el tejado de la casa y cubría ya, como una tenue niebla, las copas de los ojaranzos.

—Pronto se habrá acabado.

—El bosque.

—Estatat.

—No.

—¿Es el bosque?

—Es Baltazar.

—La casa de Baltazar está en llamas.

Los habitantes de Pogiry salían a la linde de los vergeles y a los rastrojos, para verlo mejor. A continuación, se llamaron unos a otros, recogieron cubos, perchas, hachas y se pusieron en camino, aprisa, formando grupos. Detrás de los hombres, corrían niños y perros, al final se unió a ellos un grupito de mujeres, llevadas por la curiosidad.

En lo que ocurrió a partir de entonces, hay que distinguir entre lo verosímil y el curso real de los acontecimientos. Siempre que se reconstruyen hechos, aunque a primera vista se relacionen lógicamente entre sí, aparecen lagunas que, si se rellenaran, todo aparecería bajo una luz totalmente distinta. Pero nadie trataba de hacerlo, pues todos quedaron ya hartos satisfechos de haber alcanzado en seguida la evidencia.

Baltazar había incendiado su casa y luego se había agazapado allí donde terminaban sus cercados, a ambos lados del camino por donde pasa el ganado hacia los pastos. Se mantuvo al acecho porque supuso que, desde Pogiry, verían el incendio y acudirían a apagarlo, y él había decidido impedirlo. Esto es lo que parece verosímil. En realidad, no llevaba intención concreta alguna; estaba sentado en la hierba, estremecido y tembloroso, amenazado por fantasmas rastreantes y picazas sobrenaturales. Muchas cosas se explicaban por la falta de armonía entre su espíritu y su cuerpo. Su espíritu era capaz de sumirse por completo en el caos y en el terror, pero el cuerpo conservaba lucidez y rapidez en los reflejos; era pesado, pero todavía potente. Ese cuerpo les parecía a los demás como sometido a una voluntad al servicio de una finalidad concreta.

Ya desde lejos, vieron las llamas y oyeron los desesperados ladridos del perro, a cuya caseta debía acercarse ya el fuego. Absortos por aquel espectáculo, se quedaron atónitos al verle aparecer de pronto, como salido de la tierra, despeinado, inhumano. En la mano sostenía la estaca arrancada a la cerca. Su brazo se alzó, como apuntando en un gesto de defensa. No había previsto encontrar a gente. Aquello se acercaba formando un ancho frente, iluminado por una multitud de rostros, eso al menos le pareció.

En cabeza, iba el viejo Wackonis. Al ver que Baltazar blandía la estaca, se cubrió con el hacha. Entonces, el cuerpo de Baltazar percibió el peligro y actuó como debía. La estaca cayó, con toda la fuerza de su brazo, sobre la cabeza de Wackonis, quien se desplomó.

—¡Lo ha matado!

—Lo ha mata-a-ado!

Hubo otro grito, una llamada, para reforzar la unidad de todos:

—¡Ey, Vyrail! ¡Adelante los hombres!

En aquel punto, estaban talando el bosque: entre los árboles cortados, crecían robles jóvenes. Aquí y allá, en el desmonte, oscuros hoyos desgarraban la vegetación. Un grupo de hombres corría vociferando, saltando por encima de esos hoyos, las camisas volando en el aire. Baltazar huía en dirección al viejo bosque. Ya no era más que un cuerpo que se defendía y se lanzaba hacia su única meta. No pensaba, pero sabía que era cuestión de vida o muerte, y ésta era la finalidad de su carrera: la carabina de cañones recortados, escondida en el viejo roble.

Pero ellos, a su vez, sabían que, si Baltazar conseguía entrar en el bosque alto, perderían su pista. Le cortaron el paso por un lado, y él giró a la izquierda; le volvieron a cortar el paso, pero él se

desvió más aún y alcanzó los alisos. Estos separaban el bosque de las tierras de Baltazar y, por el otro lado, lindaban con los pastos.

Baltazar se hundía en el barro medio seco, y sus botas arrancaban grumos de turba negra. No le quedaba aliento para seguir corriendo; tenía que seguir, pero le faltaba aire y se arrastraba a gatas, revolcándose en aquella masa oscura, con el corazón a punto de estallar, gimiendo. Entretanto, sus perseguidores se habían detenido para deliberar. Si querían atraparlo, tenían que rodear los alisos y organizar una batida. Se repartieron puestos de vigilancia. Baltazar los oía y buscaba un arma; en su huida había tirado la estaca. Con la mano, palpó un grueso bastón que se deshizo al tocarlo, estaba podrido, de modo que agarró una piedra.

Los hombres de Pogiry iban ahora a ajustarle las cuentas al criminal que se había lanzado a matarles, cuando ellos, como buenos vecinos, se disponían a prestarle ayuda. Sin duda alguna, querían matarlo a palos. Sabían que era muy fuerte, por lo que tenían que avanzar todos a la vez y se animaban entrecruzando maldiciones.

Las agujas de los relojes avanzan a pasos cortos; en nuestra ancha tierra, se da una simultaneidad de gestos, miradas y movimientos, un peine se desliza por brillantes y largos cabellos, haces de luz se reflejan en los espejos, túneles donde se agolpan ruidos sordos, hélices de barcos que agitan las aguas. El corazón de Baltazar latía, midiendo su tiempo, la saliva le goteaba por sus labios entreabiertos. ¡No, no, todavía no! ¡Vivir, como sea, donde sea, vivir todavía! Buscaba un refugio, se hundía en el lodo, lo rascaba como si quisiera enterrarse en él, como si pudiera cavarse un escondrijo con las uñas. Aquello —él allí y ellos a su alrededor— era como la confirmación de un presagio, o de un sueño, predeterminado e irrevocable. No tenía dónde esconderse. Los alisos, que más arriba eran muy espesos, allí crecían más bien espaciados; los árboles más viejos no dejaban filtrar suficiente luz para los arbustos, y había penumbra: entre las gruesas raíces, se veían las huellas de los cascos de las vacas, y, aquí y allá, los planos hongos de las boñigas. No conseguiría escapar, siempre lo verían desde lejos. La carabina. Tener una carabina. No tenía carabina.

Quizás Baltazar hubiera tenido que ir al encuentro de todos con los brazos en alto. Pero, para eso, habría tenido que distinguir entre el incendio de la casa, sus propios fantasmas y la gente de Pogiry; éstos eran para él ejecutores, estrechamente vinculados a todo lo demás. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, se le salían de las órbitas. Apretaba la piedra con la mano.

Golpeaban los troncos de los árboles como en una verdadera batida. Sus voces se acercaban. Hay que atribuir la táctica que adoptó entonces a un resto de presencia de espíritu que aún quedaba en él. En lugar de esperarlos, avanzó hacia ellos, hacia los que se acercaban por el lado de los campos. Atacándoles de improviso, conseguiría quizás huir. Pero pesaba demasiado, se hundía en el barro, no podía coger suficiente velocidad.

Se encontró frente a frente con un chico joven (según las chicas, el mejor bailarín de la región). Por poco chocan, y, a una distancia de dos pasos, le arrojó la piedra a la cara. Cuando se es un buen bailarín, es de suponer que se tiene mucha agilidad: el joven se inclinó, en un cuarto de segundo, y la piedra pasó silbando junto a su cabeza. Baltazar se protegió del filo del hacha saltando detrás de un árbol. Y estalló el griterío.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! ¡Aquí está!

Corriendo otra vez, Baltazar se agarró con las dos manos a un arbolito y lo arrancó de raíz. Cómo lo hizo, no se sabe; era algo superior a las fuerzas humanas. Sosteniendo el arbolito a modo de una enorme maza, cubierto de barro, se encontró con los que venían hacia él de frente.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! ¡Aquí está!

Las ovejas, a pleno sol, levantan nubes de polvo en los barbechos. Un erizo remueve las hojas debajo de un manzano. Una balsa se aleja de la orilla, y un hombre retiene por la brida a sus caballos que resuellan, aspirando el olor del agua. Muy alto en el cielo, por encima de los espacios cubiertos por el musgo de los bosques, vuelan grullas dejando oír sus cruu, cruu.

El encuentro tuvo lugar en un calvero. El aire silbó por el impulso de Baltazar y, en aquel mismo instante, un tronco le cayó sobre el brazo; sus dedos se abrieron y dejaron caer el arbolito. Un

bichero, con su gancho de hierro, desuñado a deshacer los tejados a los que ha prendido el fuego, y su gruesa asta de fresno, sostenida con las dos manos por el hijo de Wackonis, dibujó un arco en el aire.

Si tan sólo fuera posible detener un solo instante lo que ocurre en todas partes, congelarlo, contemplarlo como encerrado en una bola de cristal, aislándolo del instante anterior y del instante posterior, y transformar así el hilo del tiempo en el océano del espacio. Pero no.

El golpe cayó sobre el cráneo de Baltazar. Su cuerpo trazó un círculo vacilante y se desplomó cuan largo era. El eco repetía «aquí está», se oían los jadeos de los hombres cansados y el tumulto de los pasos precipitados de los demás.

Entretanto, la casa de Baltazar terminaba de arder, al igual que los establos, las cuadras y las pocilgas. De la hacienda forestal sólo quedó la granja.

—Le está bien empleado.

—¡Ese hijo de Satanás!

El viejo Wackonis había muerto, pero Baltazar seguía vivo. Lo trasladaron a Ginie, a casa de su suegro. Surkont mandó inmediatamente llamar al médico. Tomás nunca había visto al abuelo en tal estado de irritación. Él, siempre tan suave y conciliador, contestaba con brusquedad, se volvía de espaldas, sus blancos bigotes recortados se erizaban, farfullando a medias no se sabe qué palabras. Se fue al pueblo y se sentó junto al enfermo, que no recuperaba la conciencia.

La gran lámpara de petróleo, colocada sobre un escabel, iluminaba con gran claridad. Baltazar estaba acostado en una cama, de la que habían retirado todas las almohadas, menos una, que pusieron bajo su cabeza. Le habían quitado ya el barro y la sangre que lo cubría; su rostro moreno, ahora lívido, destacaba en la blancura del vendaje, hecho con un grueso tejido. Tenían que administrarle la extremaunción, pero, entonces, inesperadamente, abrió los ojos. Su mirada tranquila era como de sorpresa. Parecía no entender dónde se encontraba, ni qué podía significar todo aquello.

El sacerdote, ligado por el secreto de confesión, no divulgó nada de lo que había oído, tan sólo aseguró que Baltazar tenía perfectas sus facultades mentales. Es posible que aquel golpe le hubiera librado de las telarañas y de las nieblas en las que se debatía. Su última conversación con el sacerdote fue larga. Luego, a medida que iban pasando las horas, Monkiewicz repitió algunas de las cosas que acababa de oír, explayándose siempre un poco más y encontrando justificaciones para hacerlo. Tenía por costumbre recurrir a ciertos detalles para ilustrar sus enseñanzas sobre las trampas de que son víctimas las almas humanas, y, así, muchos de los hechos llegaron a conocimiento de la gente.

A pesar de su experiencia y de todo lo que había llegado a oír en su confesionario, se le notaba muy afectado. No sólo por los graves pecados (Baltazar se los expuso por primera vez, como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta de que existían y los hubiera descubierto de pronto), sino aún más, quizás, por la resignación u obstinación con la que aquel hombre repetía una y otra vez su convencimiento de que estaba condenado. El párroco le explicaba que nadie tiene derecho a decir eso, que la bondad divina no conoce límites y que el arrepentimiento de los pecados es más que suficiente para obtener el perdón. Baltazar se arrepentía sinceramente, y con todas sus fuerzas. Tantas, que volvía su dolor contra todo lo que había sido hasta entonces, sin eludir nada. Escuchaba atentamente, pero, poco después, repetía: «No hay salvación para mí», o «él está aquí». Así pues, para Baltazar, la luz que iluminaba ahora su pasado quedaba rodeada por las tinieblas de las que provenía y hacia las que se dirigía. Había adquirido ya la costumbre de esperar un subterfugio siempre distinto, que volvía a conducirlo al mismo sufrimiento. Y decía aquel «él está aquí» con tal entonación de certeza, que el padre Monckiewicz miraba hacia atrás, inquieto.

Sin esperanza. El cura tenía ahora que absolver e impartir los últimos sacramentos a ese hombre culpable de tan grave pecado. El párroco nunca hasta entonces se había encontrado en semejante situación y, lleno de escrúpulos, intentaba arrancar de Baltazar aunque sólo fuese una apariencia de esperanza para quedarse él mismo en paz con su propia conciencia. Obtuvo al menos que el enfermo ya no le contradijera, pero, por supuesto, se debía también a que iba debilitándose por momentos. El tiempo que el padre Monkiewicz transcurrió a su lado le alteró los nervios, como si la enfermedad que tenía que curar fuera contagiosa, y, a pesar de que se negaba rotundamente a admitirlo, se sentía como un simple testigo, con muy pocos recursos para combatir el Mal.

Por falta de fuerza o de ganas, cuando los demás entraron en la habitación, Baltazar no demostró tomar conciencia de su presencia. Tenía la mirada fija en un punto y, así, dirigiéndose al espacio, dijo:

—El roble.

Se refería a la carabina escondida en el roble por una simple regresión automática hacia el

pasado, ¿o acaso expresaba algún pensamiento concreto? En seguida perdió el conocimiento.

El doctor Kohn llegó ya bien entrada la noche. Dijo que tal vez pudiera salvarse si, por ejemplo, se le intervenía, pero, para ello, habría que trasladarlo, primero en coche de caballos y luego en tren, hasta un gran hospital. Es decir, era mejor esperar, sin meterse en más complicaciones inútiles. Baltazar no vivió más que hasta el amanecer. Los girasoles emergían de entre la niebla con sus escudos negruzcos, las gallinas cloqueaban, soñolientas, sacudiendo el rocío de sus alas; entonces, una vez más, recorrió con la mirada las vigas del techo y los rostros de la gente, todo debió parecerle sin duda extraño.

—Chicos, todos a la vez.

Estas fueron sus últimas, incomprensibles palabras, y, minutos más tarde, murió.

Por la mañana, allí ya no quedaba nada por ver. Así pues, para Tomás, la imagen de Baltazar vivo no quedó velada por la máscara del fúnebre reposo. Su labio superior ligeramente levantado, un poco femenino, la cara redonda, siempre demasiado joven, en la que aparecía como una sombra de sonrisa: que así permanezca, ya.

—¿Qué os parece? ¿No lo decía yo? Ha muerto borracho perdido, el canalla ése —la abuela Misia se persignaba y añadía—: El Señor lo tenga en su gloria.

Antonina suspiraba, compadeciendo la suerte del ser humano, que hoy vive y mañana está muerto. En cuanto a Helena, había olvidado por completo su intención de hacer que Baltazar cambiara de casa y de trasladarse ella a la casa forestal. Únicamente deploraba que tantos bienes se hubieran desvanecido con el humo, y su disgusto no se debía ahora a su egoísmo, sino a una preocupación real por todo lo que era fruto del esfuerzo humano.

Al entierro asistieron todos los de la casa de los Surkont. Llovía intensamente, y Tomás caminaba muy cerca de la abuela Misia, sosteniendo un paraguas. Las gotas de agua bendita que esparcía el cura con su hisopo se perdían entre los torrentes del aguacero, que repiqueteaba en las hojas de los robles.

El sacerdote reflexionó largamente sobre el caso de Baltazar y se perdió en un complicado laberinto. Las conclusiones a las que llegó adquirieron atisbos de certidumbre tan sólo cuando se acostumbró a decirlas en voz alta, afirmándose en su opinión al repetir las una y otra vez. Hablaba acerca de aquellos que cierran el acceso de su ser al Espíritu Santo: la voluntad humana es libre, pero ha sido creada de manera que puede aceptar, o rehusar, el don. La comparaba a la fuente de un río que mana en la cumbre de una montaña: al principio el agua se esparce, busca un camino, hasta que termina por formar un cauce por un lado o por otro.

El padre Monkiewicz, que no era un predicador ni un teólogo muy brillante, consiguió sin embargo, después de la muerte de Baltazar, emocionar a sus oyentes, aunque también contribuya el tácito entendimiento entre ellos y él, pues nadie ignoraba quién le servía de ejemplo. Durante bastante tiempo Baltazar ocupó un lugar importante en el recuerdo de todos. Las mujeres recurrían a él para asustar a sus maridos, cuando éstos volvían con alguna copa de más.

El abuelo de Tomás encargó algunas misas por el alma del guarda forestal. El cura recibía el dinero, agradecía cortésmente el donativo y se enfadaba consigo mismo por aquella excesiva humildad de la que jamás supo librarse en presencia de señores. Y al mismo tiempo pensaba lo que pensaba: no estaba sin duda lejos de considerar a Baltazar un poco como la víctima de los señores; un poco, sí, aunque...

De modo que Baltazar ya no existe, y no es fácil imaginar ese «ya no existe» si lo pronuncian unos labios que, dentro de unos minutos, o unos años, se encontrarán también en la esfera del «no existe». Las calderas en las que Baltazar destilaba el vodka son, en cambio, bien tangibles; nadie puede ponerlas en duda. La gente de Pogiry las trasladó a un lugar más cercano y las utilizó de un modo muy eficaz. Fueron asimismo motivo de peleas, así como de acusaciones de robo por parte de la familia. En cambio, del jardín de Baltazar sólo se beneficiaron los jabalíes.

En el mes de mayo, los bosquecillos de abedules adquieren un color verde claro que, sobre el fondo oscuro de los bosques de abetos, se destacan como esas estelas de luz con las que solemos adornar el planeta Venus. En otoño, cuando asumen un tono amarillo claro, brillan como pedazos de sol. La púrpura de los álamos resplandece en las copas de aquellos inmensos candelabros. El mes de octubre tiene todavía en los bosques la tonalidad de las serbas maduras, de los pálidos vellones vegetales y de las hojas caídas en los senderos.

Cazaban allí donde las pequeñas colinas descienden hacia los pantanos y contemplaban las laderas en toda su apiñada belleza. El aire de aquella mañana era frío y transparente. Romualdo cerró las manos en forma de trompeta y llamó a los perros:

—¡Halitoli! ¡Halitoli!

—Oooliii —respondía el eco.

Tomás estaba junto a él. De sus dudas y de las torturas que se infligía, no quedaba ni rastro; le parecieron irreales a partir del momento en que Barbarka, después de misa, le comunicó un día que Romualdo le esperaba el domingo siguiente para una cacería con los perros. La verdad es que no sabía cómo tratar a Barbarka después de la noticia de su boda, noticia que, en su casa, fue recibida con indiferencia y comentarios más bien poco halagadores. Aunque, bien pensado, nunca había sabido cómo tratar a Barbarka. Lo más importante ahora era que Romualdo lo había llamado.

No había habido, pues, desprecio alguno por su parte, y sólo había sido imaginación suya. Romualdo lo recibió extrañándose por no haberle visto en tanto tiempo y le preguntó qué había estado haciendo.

Tomás se sentía feliz. Aspiraba los ásperos olores, y sus pulmones se henchían en un sentimiento de fuerza. Echó los hombros hacia atrás y le pareció que, después de tomar impulso, habría podido saltar cien o doscientos metros, aterrizando donde le viniera en gana. Acercó las manos a los labios e imitó a Romualdo:

—¡Hali! ¡Toli!

—Ga go-gueg —balbuceó Víctor—. Gaguí —y señaló el lugar con el dedo índice.

Los perros corrían por un prado hacia el bosque. Delante, iba Lutnia, seguida de Dunaj y Zagraj. No habían encontrado nada allí y había que llamarlos para buscar otros puestos.

El mundo se le aparecía a Tomás claro y simple; la cadena que le mantenía atado a sí mismo y a sus pensamientos se había roto. ¡Adelante! Palpó a sus espaldas el cañón de su escopeta, cuyo contacto frío le produjo placer. Todo lo que el destino había preparado para aquel día debía ser bueno a la fuerza.

El futuro siempre había sido para él como un almacén de hechos a punto de realizarse. A él se llega mediante el presentimiento, porque, de algún modo, está ubicado en el cuerpo. Algunos seres vivientes aparecen a veces en calidad de representantes suyos; por ejemplo, un gato cuando atraviesa la carretera. Pero, ante todo, hay que escuchar la voz interior, cuyo timbre es a veces alegre, a veces sordo. Si el destino está preparado ya de antemano y no se va creando a cada instante brindándonos la posibilidad de ser de ésta u otra manera, entonces ¿qué parte le queda a nuestro deseo y a nuestro esfuerzo? Tomás no acertaba a encontrar una respuesta. Sólo le quedaba someterse a las resoluciones que se cumplían a través de él, de modo que cada uno de sus pasos a la vez le pertenecía y no le pertenecía.

Se sometía. La voz le llamaba, llena de júbilo, como un tintineo de cristal. Sus pies se posan sobre una capa de hojas en descomposición, el metal de la escopeta choca contra una argolla del cinturón, reina el silencio entre los abetos, un cascanueces asoma por un instante su cuello salpicado de blanco; por encima de los grandes hormigueros no se aprecia movimiento alguno, se habrá

retirado a otro lugar, a lo más hondo, al corazón mismo de las ciudades que empiezan a caer en su sueño invernal. Tomás habría caminado así durante horas enteras, pero Romualdo se detuvo y, acariciándose las mejillas, discurrió por dónde convenía seguir. En aquel punto, se reunían tres caminos, y eligieron el que conducía por el borde de un declive bastante abrupto. De vez en cuando, las puntas de los abetos aparecían debajo de ellos, a sus pies, y el bosque bajaba por una pendiente suave, cortado por barrancos bordeados de avellanos medio desnudos, al fondo de los cuales se destacaba el verde chillón de la hierba. Romualdo dejó a Tomás apostado junto a uno de esos barrancos. Le encargó que no perdiera de vista ni el sendero, ni el paso allá en el fondo. Tomás vio alejarse apenado las espaldas de Romualdo y Víctor, porque siempre parece que lo que espera a los compañeros que siguen adelante será mucho más interesante.

Se apoyó en el tronco de un pino. Luego se sentó, con la escopeta en las rodillas. Frente a él, un murmullo; miró y vio una rata que asomaba el hocico de su madriguera, debajo de unas raíces planas. El hocico husmeaba, alzándose en un modo muy cómico. Decidió que no había peligro y se alejó aprisa. Tomás la perdió de vista entre las hojas amarillas. Otro pequeño ruido llamó su atención, como si, allá arriba, entre las ramas, algo se estuviera deshaciendo suavemente. Se puso de pie levantando la cabeza, pero el abeto del que caían fragmentos de piñas era enorme. Unos pajarillos revoloteaban en lo alto; por un instante, avistó un ala atravesada por un rayo de sol, pero, excepto aquel aleteo, no pudo distinguir nada más. Dio la vuelta al árbol, sin resultado. Aquello excitaba su curiosidad, pues desconocía su nombre. A aquella distancia, no podía verlos bien; en general, esos pajarillos eran los que le creaban más problemas. Cuando, por ejemplo, le preguntaba a Romualdo a qué especie pertenecían, éste sólo sacudía una mano: «¿Quién sabe?».

Se estremeció, como quien despierta de un sueño, pues, inesperadamente, desde las profundidades del bosque, le llegaron los sonidos de la cacería. Era como si, de pronto, hubiera resonado el órgano de una iglesia. No eran voces individuales, parecía como si alguien hubiera pisado el pedal, como si arrancara a cantar un coro desde los primeros compases, en una línea ascendente y descendente. El eco lo potenciaba, y Tomás apretaba su escopeta fijando la mirada ora en el sendero rojizo, ora en el fondo del barranco. No captaba por dónde corrían los perros, su coro se hacía alternativamente más fuerte o más tenue, y su regularidad, así como aquella espesura convertida en un pecho hinchado de profundos clamores, le impresionó de tal manera que hasta dejó de preguntarse de dónde venían las voces. De haber estado con Romualdo, él le habría explicado el sentido de aquella música y habría vibrado de exaltación, pero, por el momento, aquel lenguaje no significaba nada para él y lo colmaba por lo que era en sí.

Al parecer, ahora se alejaba. No esperaba que el animal apareciera allí, frente a él; se dejaba dominar por esa especie de pereza que le embarga a uno cuando se hacen cálculos y todo concuerda, de tal manera que ya no se sienten deseos de seguir comprobando, o bien cuando se excluye de antemano cualquier posibilidad de accidente. El verdor en el fondo del barranco y el sendero negaban con toda la fuerza de su existencia la posibilidad de que algo más se añadiera a ellos. De todos modos, Tomás no andaba muy equivocado: Romualdo, quien no confiaba demasiado en la precisión de su tiro, le había apostado en un lugar donde esa posibilidad era más bien remota (conociendo aquella pista, sabía que los conejos la utilizaban raramente).

Aquella participación pasiva en la llamada del bosque acabó hundiéndolo en un mundo de ensueño. Libre de responsabilidad, tranquilo, se puso a jugar, esparciendo la capa de hojas secas y agujas que cubrían el suelo y practicando pequeños hoyos en la tierra con la punta del zapato. Se le aparecieron imágenes totalmente inadecuadas para su edad: aquel hoyo era un canal, éste un río y allí faltaba otro canal. Entretanto, la cacería proseguía su diálogo con el espacio; un murmullo, más allá de su eco, se propagaba en la cima del bosque.

¿Por qué no se dio cuenta Tomás de que los perros no ladraban como de costumbre y de que en sus voces resonaba una advertencia?: «¡Atención! ¡Atención!». No. Pensando en las musarañas, es decir en nada, ensimismado, no sospechaba que la sentencia se había pronunciado y que la tragedia se avecinaba.

Todo había sido preparado para que el golpe le alcanzara del modo más doloroso. La confianza del héroe. Había largo tiempo alimentado su miedo, luego se había librado de él y, ahora, se encontraba, pues, en aquel punto de debilidad, de amor y deseo, sin el que el hombre jamás se convertiría en el blanco de los golpes del destino. Y aquella alegría engañosa y aquella promesa según la cual jamás volvería a reproducirse el dolor que sintió en el pasado. Sin ignorancia no hay, sin duda, tragedia auténtica; de pronto, los haces luminosos de los focos se proyectan sobre él, y ya, envuelto en ellos, empieza a moverse bajo la mirada atenta de los espectadores que contienen la respiración: un loco que no sospecha nada, demasiado entregado a la magia de los sonidos, cavando los hoyos que serán su perdición.

Los perros perseguían un gamo. En su carrera, trazaron un amplio arco, y la algarabía de sus voces alcanzó a Tomás desde algún punto del valle. Al oírla, levantó la cabeza y dirigió su mirada distraída hacia la lejanía. Y, en aquel instante, justo debajo de él, saltó el relámpago y lo que le dejó petrificado no fue lo que vio: sintió con todo su cuerpo que la materia del barranco resurgía para convertirse en algo nuevo, desconocido. Todo ocurrió a la vez: el estupor, el gesto de apuntar, el disparo y el pensamiento: «es un gamo», pero todo ello en una especie de inconsciencia, con la desolación del acto consumado, cuando, al apretar el gatillo, se sabe ya de antemano que se ha fallado.

Tomás se quedó boquiabierto. Todavía no había captado el sentido de lo que acababa de ocurrir. A continuación, se le escapó un gemido y arrojó furioso la escopeta; todo a su alrededor quedó vacío de contenido. Se sentó, sollozando, traspasado por la crueldad del destino.

La brisa balanceaba sobre su cabeza las ramas suaves de los pinos. Los perros se habían callado. De modo que su serenidad no había sido más que una trampa. ¿Por qué, por qué aquella voz interior le había inspirado seguridad? ¿Cómo podrá soportar ahora aquella humillación sin límites? Ahora, sólo ahora, el gamo cobraba vida bajo sus dedos que oprimían los párpados: inmovilizado en un salto, doblando las patas delanteras y el cuello hacia atrás. ¡Si lo hubiera visto un segundo antes, sólo un segundo! Pero aquello le había sido negado.

Los arbustos se movieron. Lumia saltó aullando y volvió los ojos hacia él; detrás de ella, los otros dos perros parecían no entenderlo. Y, por si fuera poco, ahora el desengaño de los perros: el hombre había disparado y había rebajado el prestigio del hombre. Tomás permaneció sentado en un tronco, inmóvil, con las manos apoyadas en las mejillas. Una rama crujió bajo un zapato; los jueces se acercaban.

Romualdo se detuvo junto a él:

—¿Dónde está el gamo, Tomás?

No se movió, ni le miró.

—He fallado.

—¡Pero si iba directo hacia ti! Habría podido dispararle a tiempo, pero pensé: déjaselo a Tomás.

Y, dirigiéndose a Víctor, que se acercaba, le dijo con irritación:

—Tomás ha dejado escapar el gamo.

Cada palabra se hundía en Tomás como una fría hoja de acero. No tenía salvación. No se atrevía a mirarles a la cara. Hundido en sí mismo, en su cárcel, en el cuerpo que le había traicionado y del que no podía renegar, apretaba los dientes.

Volieron en silencio. Los mismos cruces, las mismas curvas del sendero, hasta hace unos minutos tan llenas de encanto, le parecían ahora esqueletos sin color. ¿Por qué había merecido aquello? Más doloroso aún que la vergüenza era el rencor que sentía contra sí mismo, o contra Dios, porque el presentimiento de la felicidad no significa nada.

En los prados, allí donde hubieran tenido que torcer en dirección a Borkuny, se excusó diciendo que le esperaban en casa y se despidió.

—¡Tomás, la escopeta! —le gritaron.

La había dejado junto a ellos, apoyada en un aliso. No volvió la cabeza, metió las manos en los bolsillos y trató de silbar.

Tomás tenía trece años cumplidos cuando hizo un descubrimiento: a una auténtica aflicción suele seguirle una auténtica alegría, y entonces uno olvida cómo era el mundo cuando esa alegría no existía.

La escarcha cubre las flores de los coronados. Un herrerillo levanta el vuelo desde una ramita, en cuyo extremo se insertan unas bolitas blancas, y la deja oscilando. Frente a la ventana de la habitación que antes ocupaba la abuela Dilbin, Tomás está sentado debajo de un peral y aspira el perfume de las peras marrones, arrugadas, caídas a tierra: olor a jardín que se marchita. Miró las contraventanas. No, era todavía demasiado pronto. Aún debe estar dormida. ¿Y si ya estuviera despierta? Se acercó a la contraventana y levantó con precaución la falleba, pero en seguida retiró la mano.

Su nueva inquietud: ¿acaso la merecía realmente, pese a todo lo que se ocultaba en él? Si entre ellos había una cesta de frutas, elegía la peor para que ella no la cogiera. Cuando ponía la mesa, vigilaba que a ella no le tocaran platos desportillados (casi todos lo estaban); colocaba el tenedor y se detenía a pensar, pues le parecía que el suyo era demasiado bueno y a ella le habían dado uno más usado, y lo cambiaba rápidamente. Despertarla, sí, ¡cuánto le habría gustado hacerlo!, pero sería egoísmo de su parte.

El eco traía desde detrás del estanque el ruido irregular de la trilladora. Dio la vuelta a la casa, subió corriendo la escalera que conducía al porche, en el que secaban semillas de capuchina, y tropezó con Antonina en la cocina. Las tablas del pasillo se habían gastado por tantos años de uso continuo. Echó una ojeada en el «vestuario». Podría, por ejemplo, pesar aquel hatito de lana e ir después a escuchar a su puerta. Descolgó de la pared la pesa, enganchó las cuatro puntas del hatito en el gancho y corrió la barra de latón. Por un instante, consiguió distraerse, pero de pronto lo dejó todo. Acercó la oreja a la puerta. No podía aguantar más; apoyó la mano en el pomo de la puerta, suavemente, sin hacer el menor ruido, sólo para poder echar una ojeada por la rendija. Pero el gozne rechinó y, desde adentro, se oyó su voz: «¡Tomás!».

Aquella vez, a la vuelta de la cacería, había caído enfermo. Ya por el camino, sintió escalofríos. Al llegar a casa se desnudó, castañeteando los dientes, y se introdujo entre las frías sábanas. La abuela Misia le dio frambuesas secas para que sudara. Ya llevaba dentro la enfermedad, y seguramente la engañosa exaltación en la que había caído por la mañana anunciaba ya la fiebre; ¿o es que ya entonces necesitaba ponerse enfermo? Tocando con la barbilla sus rodillas dobladas, sentía un único deseo: esconderse en lo más hondo posible de su madriguera y sentir sobre sí el peso de la colcha y de la pelliza. Aquello había ocurrido hacía unas semanas, pero parecía muy remoto. Ahora, ella trenzaba su pelo castaño, desparramado en la almohada, cuando Tomás se acercó a ella en la penumbra; estaba sentada ante el espejo, con la cabeza ladeada. Pero, antes, Tomás había rozado su mejilla con los labios y se había sentado en la cama, en el mismo borde, en el madero duro que sobresale del colchón. Una aguja en la mesilla de noche, o cualquier otro objeto que no podía distinguirse bien, brillaba misteriosamente. Cuando abrieron las contraventanas, Tomás la contempló por la espalda y vio sus ojos en el espejo: eran un poco oblicuos, grises, o quizás con un destello que impedía adivinar su color exacto. Sus cejas espesas cedían cuando se reía, de modo que los ojos quedaban ocultos tras las rendijas que se formaban entre ellas y las mejillas.

Relacionados con su madre, Tomás conocía tan sólo dos hechos que le habían contado de su primera infancia, y en los que pensaba con frecuencia; tanto, que le parecía incluso recordar algunos detalles, aunque eso era imposible dada su temprana edad.

«La bañera» sobre el Issa es un pequeño espacio abierto entre los árboles de la orilla, siempre a

la sombra, al que se llega campo a través. Su madre lo había dejado en el sendero y ya estaba en el agua cuando vio, galopando hacia ellos por los rastrojos, un perro con la lengua fuera y el rabo entre las piernas (en la región, había habido varios casos de rabia). Saltó fuera del agua, cogió a Tomás, y subió corriendo la cuesta desnuda, en dirección al parque. Tomás no sabía de dónde había salido aquella toalla que ella había recogido al vuelo al último momento y que flameaba detrás de ella, ni cómo sentía la angustia que la invadía, el aliento que faltaba en sus labios y los latidos apresurados de su corazón. Recordaba también al perro: rojizo, con los costados hundidos; sentía su jadeo a sus espaldas. Quizás todo proviniera de un sueño, pues esa clase de sueños, en los que salía huyendo, le atormentaba a menudo. Paralizado, a la merced de su velocidad, se moría de miedo de que ella no pudiera seguir, de que se cayera. «Ella» no era, por lo demás, más que un signo, incluso distinto a su retrato, así como a la persona real que ahora podía tocar cada día. En sus charlas con ella, volvía obstinadamente a aquel episodio y, cuando terminaba de contárselo todo, preguntaba: «¿Y la toalla? Había también una toalla». «¿Pero a qué toalla te refieres?», contestaba ella.

Del segundo incidente nunca habló con ella. Tenía entonces un año y medio y enfermó de difteria. Estaba agonizando, y su madre, según Antonina le había descrito con todo detalle, golpeaba la cabeza contra la pared y se arrastraba de rodillas, gritando e implorando misericordia. Levantó las manos y juró que, si Tomás se salvaba, iría a pie en peregrinación a la Virgen Milagrosa de Ostrabrama, en Vilna. Y, al instante, Tomás empezó a mejorar. Los mayores, cuando él les hablaba de aquella promesa, se escabullían: «Ya sabes, en los tiempos que corren, con la guerra y tanto desorden, es imposible». De modo que Tomás tuvo que aceptar el hecho de que su madre no había hecho el peregrinaje. Ahora, aquello se relacionaba con las conversaciones que mantenían ella, Helena y Misia, generalmente en su habitación. Su madre sabía contar de un modo muy emocionante sus viajes durante la guerra, en las proximidades del frente y su paso por la frontera, atravesando bosques salvajes, de noche, y sola con un contrabandista. Éste le indicó el sendero que había que seguir, pero era una noche tan oscura que se equivocó de camino; tenía miedo de seguir y caer en manos de los guardias, de modo que se escondió en la espesura del bosque y aguardó a que amaneciera. Helena intercalaba a veces, con admiración: «¿Qué dices, Tecla, de veras?». Pero, si se quedaba a solas con Misia, decía con aire condescendiente: «Por supuesto, ya conoces a Tecla...», lo cual quería decir que Tecla no era una persona seria y que era un poco inconsciente: aventuras extraordinarias, sí, pero sin nunca un céntimo en el bolsillo. Misia, desde su estufa, disfrutaba incitando a Helena a que siguiera desgranando sus acarameladas quejas, y ésta no se daba cuenta, la muy tonta, de que la abuela le tomaba el pelo. Pero a Tomás las observaciones de su tía le herían profundamente, quizás porque aún quedaba la sombra de aquella promesa incumplida. ¿Quién sabe si su madre era realmente una persona ligera? De algún lugar, en lo más hondo de su ser, emergía aún cierto rencor contra ella por haberle dejado tanto tiempo solo. Cuando, cierto día, se sorprendió a sí mismo pensando así, reconoció inmediatamente su grave error. Buscó un castigo y se infligió el más severo: se prohibió ir a su habitación a darle los buenos días, durante tres mañanas consecutivas; el más severo, en efecto, porque ella podría pensar que él no le hacía caso y prefería dedicarse a otra cosa. Si alguna vez sentía la tentación de juzgarla, cerraba los ojos y trataba de imaginar lo hermosa y valiente que era.

Las hojas habían enrojecido, el Issa corría humeante entre ácoros oxidados. A veces, enganchaban el caballo e iban por las aldeas a visitar a los amigos de su madre, de cuando era soltera: jarras de cerveza en la mesa, pipas humeantes, vasos que brindaban, y niños y perros y arcas verdes con sus flores pintadas de colores; en los vestíbulos de las casas, olía a queso, suero y manzanas; las gallinas aleteaban ruidosamente, encaramadas en sus perchas; la pereza se instalaba en las casas de pueblo, en aquella época del año, en que las tareas del campo ya habían terminado y las alquerías se replegaban sobre sí mismas, en el rectángulo del corral. El barro en las carreteras silbaba suavemente en los rayos de las ruedas. Se encendían las estufas y, al anochecer, era agradable contemplar el fuego y no pensar en nada. Se deseaba que aquella cálida luz rosada perdurase, pero las brasas se apagaban lentamente, ya nada era lo mismo; se hizo de noche, y daba

pereza moverse.

Había que recortar con frecuencia la mecha del quinqué, cuya pantalla era blanca de un lado y verde del otro, para que no manchara de negro el cristal. Tomás hacía sus deberes. Ella dejó a un lado las agujas de hacer punto y humedeció con la lengua el lápiz para corregirle una palabra. Acercó su silla a la de Tomás hasta que sus hombros se tocaron. Los dos, allí sentados, quedaron iluminados por el círculo de luz de la lámpara. Afuera, en el vergel, ululaban las lechuzas.

A pesar de todo, no es fácil deshacerse del pasado. Cierta vez, ella le preguntó qué querría ser de mayor. Se puso colorado y bajó la cabeza.

—Yo... seguramente sacerdote.

Lo observó, divertida.

—¿Qué tonterías dices! ¿Por qué precisamente sacerdote?

—Porque yo... porque yo...

Se tragaba las lágrimas, pero no pudo retenerlas. No pudo articular: «Porque fallé con el gamo, y porque estaba disgustado porque no cumpliste tu promesa», lo cual tampoco habría sido toda la verdad.

—Porque... porque soy malo.

Un sacerdote, por el hecho de llevar sotana, tiene derecho a ser distinto de los demás hombres. Lo que se les exige a éstos, a él no le concernía. Es lo que trataba de explicar.

Por la expresión de la cara de su madre, le pareció que tenía que insistir:

—Sí, así es.

—¿Pero si no sabes ni cómo eres!

Se volvió y dijo entre dientes:

—No quiero estar solo.

—No, nunca más.

La puerta no podía abrirse así más que una vez: por encima del jersey gris de cuello alto, el rostro desconocido deslumbró, llamó, esperó, atrajo; él, tenso, no comprendía y, de pronto, con un grito, un salto, sus brazos le rodearon: era ella. «No, nunca más.»

Su sueño era tranquilo. Ella lo cubrió con el edredón, y su beso le acompañó suavemente en la espesa profundidad de la noche. Sus pasos se alejaron. Hundiendo la nariz en la almohada, Tomás se preguntó qué podría ofrecerle. ¿El cuaderno de los pájaros? No, aquello era otra cosa. «Pero la quiero.»

En la vigilia de San Andrés hicieron fundir cera. A su madre le tocó una corona de flores, o de espinas, quién sabe, y a él una hoja plana cuya sombra recordaba África; y encima de aquella África, una cruz. Poco tiempo después, cayeron las primeras nieves. Torbellinos de humo salían de las bocas de los que venían de la calle, golpeando el suelo con los pies para desprenderse de aquella vidriosa masa de los tacones. La todavía pastosa superficie del Issa, que avanzaba crujiendo levemente, se solidificaba convirtiéndose en hielo. Las Navidades se acercaban, muy distintas a las de antes: el plato, que durante la cena de Noche Buena se deja vacío para un posible viajero, parecía ahora realmente preparado para un desconocido, y no, como en años anteriores, con la secreta esperanza de que, de pronto, llegaría su madre. Ahora, era ella, y no Antonina, quien, con la ayuda de Tomás, hacía los preparativos para las fiestas. Ella misma cocinó el *barchtch*, sopa de remolacha con «orejitas», las setas envueltas en pasta y preparó los *slizyki*. Éstos consisten en unos pedacitos de masa de harina, cortados en forma de rollitos, y cocidos al horno hasta que se vuelven duros como piedras. Ya en el plato, se recubren con *syta*, de la que hay una jarra entera sobre la mesa. La *syta* es una mezcla de agua, miel y granos de adormidera machacados. A Tomás no le importaban demasiado los platos comprendidos entre el *barchtch* y el postre. Se llenaba un plato hondo de *kistel* de bayas de oxicoco, especie de jalea rosada, y se hartaba de comer su postre favorito. El heno que se colocaba debajo del mantel, en recuerdo del pesebre del niño Jesús, constituía un mullido apoyo para sus codos, cuando, incapaz de comer más, se sentía casi desfallecer. Luego, junto al árbol de Navidad, cantaron villancicos, y su madre le enseñó algunos que él no conocía. Encendieron la linterna del establo y fueron a la misa del gallo, hundiéndose en la nieve en polvo.

La madre de Tomás era una persona práctica y decidió que pasarían el invierno en Ginie. Con las heladas, el paso por la frontera era muy difícil y también tenía otros motivos para esperar. El padre de Tomás pasaba por distintos períodos, pero en general su situación era más bien precaria. Tras perder vanos empleos, ahora, como funcionario municipal, vivía casi en la miseria. Helena recibía su parte en forma de tierras, de modo que a Tecla también le correspondía algo. Sin embargo, para juntar algo de dinero, que luego cambiaría en dólares, había que trillar y vender el trigo y esperar el momento en que los precios subirían. Tecla concibió una idea audaz, que Helena acogió exclamando: «¡Estás loca!». Consistía en pasar de contrabando, al otro lado de la frontera, un par de caballos, pues aquella raza de caballitos anchos y pequeños no existe más que en Lituania y serían un magnífico regalo para su marido. Pero, si apenas pudo pasar inadvertida ella sola, ¿cómo haría con los caballos? «Tonterías», decía, «saldrá bien».

Aquella frontera —abierta sólo para contrabandistas, lobos y zorros, porque los polacos consideran la ciudad de Vilna como suya, mientras para los lituanos es su capital, ilegalmente ocupada por los polacos— solía crear a la gente muchas complicaciones. La madre eligió los caballos: cuatro años, overos, con una raya oscura a lo largo del lomo. Ellos tenían que llevarles hasta su casa. Tecla contaba con su buena suerte y también con el hecho de que los guardias, cuando no hay oficiales a la vista, suelen dejarse ablandar, en caso de que no se consiga burlar su vigilancia.

Plumón blanco en el alféizar de las ventanas y silenció. En él se percibía el monótono piído de los camachuelos, mientras descascarillaban semillas de lilas. El viaje que iban a emprender despertó el interés de Tomás por la geografía. Para sus clases, se servían de un atlas alemán editado en 1852. Su madre corregía con un lápiz las fronteras de las naciones, pues muchas de ellas tenían ahora otra forma. En el atlas, no habían marcado Ginie ni las localidades vecinas, cosa que no había que tomarse a mal, pero él pensaba más bien en los mapas en general: cuando se apoya el dedo en un punto cualquiera, hay allí, debajo del dedo, bosques, campos, caminos, pueblos, y se señala a una multitud de personas, en la que cada una es singular, distinta a las demás personas por algún rasgo

que le es propio; al levantar el dedo, ya no hay nada. Así como en la iglesia sentía deseos de salir volando y contemplar desde arriba a la gente arrodillada, delante de un atlas, habría deseado poseer una lente mágica que extrajera del papel todo lo que en él se ocultaba. Cuanta más atención se dedica a aquella extensión con el contorno de sus continentes, sus círculos y líneas, más atraen. Es como cuando se eligen dos cifras, uno y dos, y se trata de imaginar qué hay entre ellas. Si se pudiera dibujar un mapa en el que estuvieran indicadas todas las casas y todos los seres humanos, el lugar en el que cada uno se encuentra, o hacia dónde se dirige, quedarían los caballos, las vacas, los perros, los gatos, los distintos pájaros, los peces en el Issa; y si también se los pudiera dibujar, quedarían todavía las pulgas de los perros, los relucientes escarabajitos en la hierba y las hormigas, y así sucesivamente. De modo que un mapa será siempre inexacto. Y, si se le sigue observando mucho tiempo, puede comprobarse otra cosa: yo estoy aquí, en mi silla, una vez, pero también estoy allí, por segunda vez, debajo del dedo, en el punto inexistente que debería señalar el pueblo de Ginie. Me señalo a mí mismo, pero a tamaño reducido. Este otro yo no es el mismo que el yo de aquí, sino que es un yo confundido, mezclado con otras personas.

Los días se iban alargando. El abuelo volvía de sus viajes de negocios de muy buen humor, porque sus gestiones, por fin, llegaban a buen término. Le prometían que la partición de Ginie entre él y Helena sería oficialmente reconocida por las autoridades. La denuncia de José, finalmente, no les había perjudicado. Los Juchniewicz tenían que trasladarse después de San Jorge; la otra propiedad había sido, efectivamente, parcelada.

Llegó Domingo de Ramos, sin gatillos de sauce, pero sí con hielo y nieve; aquel año, la primavera iba retrasada. Poco después, entre las hojas podridas y las agujas de los pinos, vieron aparecer las albarranillas. Tomás pensó que aquélla sería su última primavera y que tal vez no volvería nunca más. Paseó mucho tiempo por el parque, hasta que encontró un lugar en la ladera, en medio de un pequeño prado cuadrado; arrancó de la tierra, con sus raíces, un pequeño castaño, lo transportó allí y lo plantó. Si algún día volviese a Ginie, lo primero que haría sería correr hacia aquel prado y ver cuánto había crecido su árbol.

El Issa estaba todavía helado. Junto a la orilla, emergían, enroscadas como trompetas, las primeras hojas de un verde pálido, mientras el centro reflejaba las nubes revueltas. Cierta día, en el sendero que surcaba la maleza junto al río, se encontró con la amiga de sus juegos de antaño, Onuté. La veía de vez en cuando, de lejos, pero aquella vez fue distinto. Ella se detuvo, lo observó un momento con una especie de curiosidad, pero su expresión era más bien extraña. Era ya una chica mayor. Bajó la cabeza, y Tomás sintió como un sudor en el cuello y en las mejillas y pasó junto a ella con gravedad. Aquella gravedad disimulaba un temblor, pero Onuté bien pudo haber creído que él la despreciaba, porque él era ya casi un señor. Fue lo que supuso Tomás, demasiado tarde ya, cuando el peligro se había alejado, y se sintió incómodo.

Seis meses después de la boda del señor Romualdo con Barbarka, nació un hijo. Negras jorobas peladas salpicaban los campos bajo la nieve que se fundía, y, a pesar de que estaban a comienzos de abril, volvió a helar. Llevaron al niño a la iglesia en trineo. Lo bautizaron con el nombre de Witold.

Bajo el cielo plumizo, graznaban las cornejas entre los juncos, y el látigo de Romualdo, el de las grandes ocasiones, con un mechón rojo, rozaba con negligencia la grupa del caballo. Barbarka entreabría ligeramente el pañuelo floreado y miraba si el niño seguía durmiendo. Iban así, ignorando con toda evidencia el tiempo, que no queda determinado tan sólo por el continuo retorno de primaveras e inviernos, ni por el balanceo de los trigales, ni por la llegada y la partida de los pájaros. La tierra por la que se deslizaban los trineos pintados de verde no era tierra volcánica, ni arrojaba llamas y cenizas. Nadie pensaba allí en los incendios y los diluvios que han conmovido la historia de la humanidad.

Witold se puso a berrear al llegar a casa. Barbarka lo instaló en una cuna y, mientras lo mecía, contemplaba la mesa preparada para el banquete. Era una gran alegría sentirse dueña de su propia casa. Cuando abría el armario, que desprendía un olor de pasta hecha en casa, se sentía presa de una inconmensurable dulzura, como la de las pastas. Mis pastas. Mi marido. Mi hijo. Y, no menos importante, mi suelo de madera —las tablas crujían y sus botines también. Con el rostro radiante, recibió a los invitados. Romualdo se frotaba las manos y decía: «Vamos, Barbarka, sírvenos algo de comer».

La vieja Bukowski examinó a su nieto y declaró que se parecía a su hijo, no a la nuera. Tenía que consolarse de alguna manera, y también vaciando un vaso tras otro. Detrás de las ventanas, la noche iba haciéndose siempre más espesa; se oía silbar entre las ramas el viento del deshielo. Si alguien se hubiera acercado, atraído por la luz, habría visto a un grupo de gente riendo, recostada con cierta pesadez en las sillas, y a los perros (en invierno, debido al frío, les dejaban estar en la casa) rascándose en medio de la habitación. Los perros suelen golpear el suelo cuando se rascan el cuello con la pata trasera, pero el cristal de la ventana no habría dejado pasar ese sonido.

En la oscuridad, un lobo, en la linde del bosque, volvió la cabeza en dirección a la ventana iluminada y observó un instante aquella incomprendible morada humana, separada para siempre de lo que él era capaz de comprender. ¿Quién sabe si aquel rectángulo luminoso no atraía también a otros seres más inteligentes? Pero si se tratara, por ejemplo, de diablos en frac, serían pronto castigados por su curiosidad. Solían otorgar demasiada importancia a asuntos triviales para poder subsistir en una época en la que es indispensable el sentido de la proporción. Pronto, junto a las orillas del Issa, nadie contará ya que ha visto a uno de ellos balanceando las piernas en la viga del molino, o que ha oído la música de sus bailes. Y si alguien, a pesar de todo, lo contara, no habría que creerle.

El viento del deshielo soplaba del Oeste, del mar. Sobre las aguas, entre las costas de Suecia y Finlandia, y las ciudades hanseáticas de Riga y Danzig, los barcos se balanceaban y mugían en la niebla. Barbarka le cambiaba los pañales al niño, sosteniéndolo por las piernas y levantando ligeramente su pequeño trasero, que suscitaba en ella oleadas de ternura. Aquella ternura, y los sentimientos que brotaban en ella cuando se desabrochaba la blusa y acercaba al niño a su pecho, con una vena azul que se transparentaba a través de la piel, no deben situarse fuera de la esfera de experiencia que les es propia. Nos ha tocado vivir en el límite de lo animal y de lo humano, y está bien que así sea.

Más o menos en la misma época, Romualdo contrató a un nuevo jornalero, Dominico Malinowski. Si éste, por primera vez en su vida, se ausentaba de Gime, se debía a motivos muy graves.

Se encontraba aquel día en el pajar, en compañía del campesino para quien trabajaba aquel invierno, trillando con mayales. Quizás habría podido evitar el incidente, aunque ya por la mañana todo indicaba que algo ocurriría. Domcio sabía dominarse. Llevaba siempre los labios apretados y estrechos, a fuerza de retener lo que habría deseado decir, pero no podía. Entraba en la madurez y se parecía siempre más a un ave rapaz. Muchas veces sintió la tentación de agarrar a aquel sinvergüenza por el cuello, pero sabía que era peligroso ceder a los propios impulsos. Bum, el eco devolvía el golpe del mayal que sostenía el viejo; bam, le respondía el mayal de Domcio, y así, a dos voces, proseguían su tarea. Luego, se detuvieron, porque el viejo fue a descargar su mal humor sobre alguien de la casa. En realidad, fue entonces cuando empezó todo.

Ese alguien era una sirvienta de la edad de Domcio, a la que éste consideraba como una tonta porque se dejaba explotar por todos más de lo necesario. Poco importa ahora la simpatía que él pudiera sentir por ella, la cuestión es que, en aquel momento, tuvo que salir en defensa de la chica. El fibroso y reconcentrado orgullo del viejo tuvo que enfrentarse entonces a la fuerza de Domcio, y agarró aquel pescuezo, apretó con los dedos su nuez de Adán, lo sostuvo unos instantes en el aire y lo tiró al suelo con un ruido sordo. Salió a continuación por la puerta del corral y oyó a sus espaldas unos gritos.

Un minuto de triunfo: «Ya no estaré a tu merced». Pero, mientras se acercaba a la casa junto a la balsa, pensó en las consecuencias. Y éstas no tardaron en producirse. El viejo incitó contra él a otros campesinos; los más ricos, hicieron causa común, y Domcio no pudo contar a partir de entonces con encontrar trabajo en sus fincas. Tuvo que trasladarse, y le tocó en suerte Borkuny.

Mientras no encontraba trabajo, Domcio se quedó en casa labrando cucharas, cuencos y zuecos para recaudar algún dinero. A veces, su madre, sentada frente a él en el banco, miraba sus ágiles y expertas manos. Decía «la tierra», y entonces él levantaba la vista hacia aquel rostro surcado de arrugas, hacia aquellos labios atrapados entre dos pliegues, profundamente marcados en la piel. Siempre la misma historia: aquella petición de un pedazo de tierra, que podía aportarles la Reforma. «José decía que sí». «Ya están parcelando por todas partes...» Domcio no contestaba. Inclina la cabeza y hundía su cuchillo en la madera de tilo, con mayor atención que de costumbre. Pensativo, conducía lentamente la hoja hacia él, abriendo un profundo surco.

La marcha de Tomás y de su madre quedó aplazada hasta junio. Ella hizo colocar en el carro unos arcos de avellano sobre los que tendió un toldo, como en los carros de los gitanos. Cien kilómetros les separaban de la frontera, y, al otro lado, les esperaban cuarenta más, de modo que, en caso de lluvia, les sería útil y, además, les serviría para poder dormir durante el viaje. Preparó también muchas provisiones: quesos secos con comino, salchichas y jamones ahumados, casi negros, tal como le gustaban al padre de Tomás.

La noche anterior, el abuelo hizo entrar a Tomás en su habitación, cerró la puerta y carraspeó. Luego, empezó a decir que, en las ciudades, había mucha gente corrompida y que debía evitar el caer en malas compañías; pero en seguida volvió a resoplar, tj, tj, y pareció de pronto avergonzarse de algo cuando Tomás le preguntó cómo de distinguían las malas de las buenas compañías. «Pues, verás, el vodka, las cartas...» Lo atrajo hacia sí, y Tomás se sintió embargado de una violenta emoción mientras besaba sus mejillas que picaban, hasta que, de pronto, el abuelo lo apartó y rebuscó un pañuelo en sus bolsillos.

Aquella mañana, Tomás desayunó pronto, quemándose los labios con el té y se levantó de la mesa sin terminar de beberlo. Frente a la ventana, veía el blanco toldo del carro. Todo estaba cargado y se oían las últimas conversaciones rápidas, de modo que corrió hacia la terraza, y más lejos aún, por el césped inclinado, más allá de las peonías en flor. Entre los árboles del parque, se vislumbraba parte del valle, envuelto en la niebla matinal; por encima del verdor cubierto de rocío, el día aparecía entre tonos rosados y cantaban los pájaros. Quería poder recordarlo. «Te olvidarás de nosotros, ay, te olvidarás», decía Antonina, cuando se reunieron todos en las escaleras, y le cogió con tristeza la cara con las dos manos. Las mejillas de la abuela Misia olían a reinetas húmedas. Lucas lloriqueaba, le besuqueaba, le aplastaba contra su pecho. Bendiciones y cruces trazadas en el aire. «Vamos, Tomás», dijo su madre, seriamente. Se persignaron. Apretaba entre las manos el cuero duro de las riendas. En separaciones como aquéllas, debe haber alguien que corte en seco las despedidas, y si lo hace de improviso, mejor. Tomás hizo restallar el látigo, las ruedas chirriaron, oyeron gritos y, mirando hacia atrás, más allá del toldo, en la abertura cada vez más pequeña del túnel verde de la alameda, vio pañuelos agitándose en el aire y manos levantadas.

Las riendas se tensaron: bajaban con precaución el camino lavado por las lluvias. El Cristo, cariacontecido, apareció un instante entre las hojas espesas. Por detrás, el muro blanco del henil. Tomás puso los caballos al trote, y así pasaron junto a los robles del cementerio, bajo los que quedaban para siempre Magdalena, la abuela y Baltazar. Ginie desapareció detrás de una curva; ante ellos, lo desconocido.

Más tarde, mientras los caballos subían pesadamente por la empinada cuesta, el Issa brilló por última vez, serpenteando por los prados. El río familiar, su agua dulce al recuerdo. Los músculos de los caballos se estremecían bajo su piel, mientras subían la colina. Una vez en el llano, Tomás hizo restallar el látigo y los amenazó: «¡Eh, tú, Birnik, cuidado con lo que haces!».

Los caballos, que atravesarían la frontera y se encontrarían lejos de los lugares donde habían nacido, se llamaban Smilga y Birnik, nombres que conservarían el recuerdo de los dueños a los que habían pertenecido. Smilga tenía fama de honrado y trabajador, se esforzaba al máximo para tirar del carro y, por eso, nunca engordó. Birnik, en cambio, insensible a los golpes, redondo como un pepino, tan sólo hacía ver que tiraba, dejando todo el esfuerzo a su compañero. En cambio, en las cuestas, se entregaba con todas sus fuerzas; el obstáculo ofendía su pereza y se esforzaba por vencerlo.

La madre llevaba un pañuelo estampado con flores multicolores. Debajo de ellos, el heno se hundía ya, aunque el viaje acabara de empezar. Se oía tintinear el cubo para abreviar los caballos,

pese a que estuviera fuertemente atado. La vuela del vehículo no está en el estado que debiera. Avanzaban por calveros, donde los caballos agitaban la cola para ahuyentar los avispones, en dirección de los grandes lagos, por la misma carretera que una vez había recorrido Magdalena, encerrada en su ataúd. Se detuvieron debajo de un roble para comer, después de extender un mantel en la hierba. Hacia el atardecer, se abriría ante ellos otro paisaje, en el que, tan lejos como abarcaba la vista, habría más agua que tierra, lagos y más lagos, penínsulas que no se distinguen de los istmos que separan unas de otros, y archipiélagos de verdes islas. Luego, bajarían por las colinas, entre enormes piedras verticales que parecen animales petrificados. En los prados, estaban precisamente segando el heno, y una hilera de menudas figuras humanas oscilaban al mismo ritmo. Pasaron la noche en una aldea pesquera; silencio, barquitas que huelen a brea, el sonido de los caballos tascando la avena.

No queda más que desearte buena suerte, Tomás. Tu futuro será siempre una incógnita, nadie podrá adivinar lo que hará de ti el mundo hacia el que te diriges. Los demonios del Issa te han trabajado tanto como han podido, lo demás ya no depende de ellos. Ahora, ¡cuidado con Birnik! Está a punto de dormirse, indiferente a todo, sin saber que, gracias a ti, un día alguien escribirá su nombre. Levantas el látigo, y la narración toca a su fin.